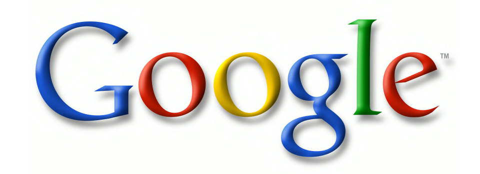
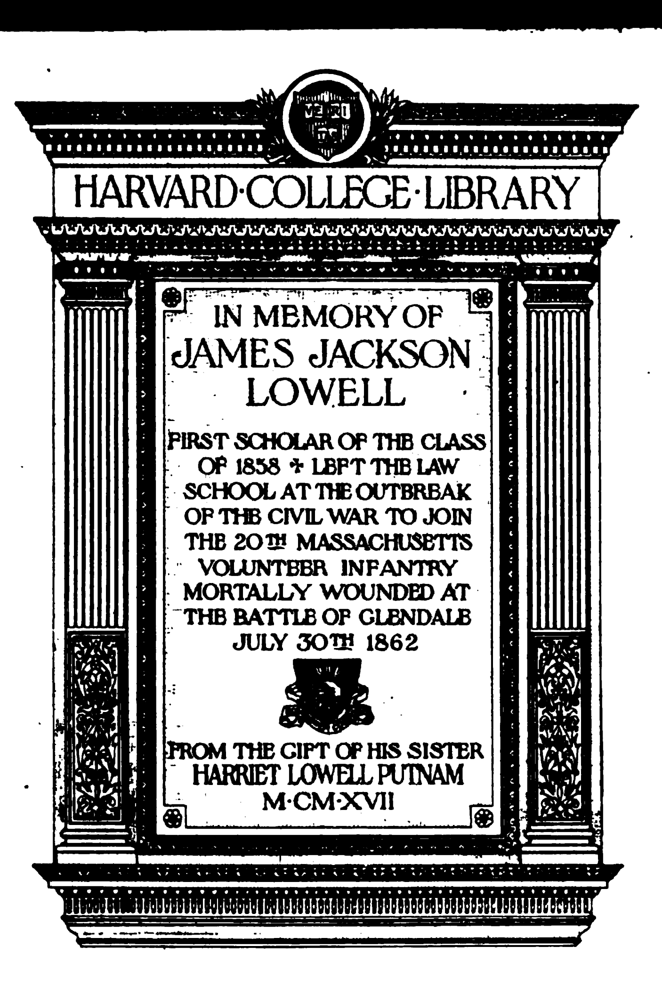



HARVARD·COLLEGE·LIBRARY
IN MEMORY OF
JAMES JACKSON
LOWELL
FIRST SCHOLAR OF THE CLASS
OF 1858 ✣ LEFT THE LAW
SCHOOL AT THE OUTBREAK
OF THE CIVIL WAR TO JOIN
THE 20TH MASSACHUSETTS
VOLUNTEER INFANTRY
MORTALLY WOUNDED AT
THE BATTLE OF GLENDALE
JULY 30TH 1862
FROM THE GIFT OF HIS SISTER
HARRIET LOWELL PUTNAM
M·CM·XVII



Mexico
2°




Maximiliano
1o.
LEYENDA HISTÓRICA
Escrita por
IRENEO PAZ.

Como testimonio de simpatía
al Sr. Alberto Hans.

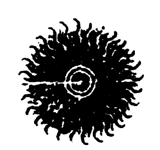
Ireneo Paz

México, Marzo 16 de 1900

IRENEO PAZ

MAXIMILIANO

10ª LEYENDA HISTORICA



MEXICO.

IMPRENTA, LITOGRAFIA Y ENCUADERNACION DE IRENEO PAZ.
Segunda calle del Reloj número 4.

1899

INTRODUCCION

Los seis años de turbulencias para México producidas por un conato de monarquía en que tantos intereses entraron en juego, produjeron peripecias tan variadas, que es verdaderamente imposible relatarlas en un volúmen, aunque solo se procurara reunir las principales. Zamacois dedicó cuatro tomos de su HISTORIA DE MÉXICO *á narrar los sucesos del Imperio de Maximiliano; José María Vigil escribió el 5° tomo de* MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS *compuesto de 900 páginas en folio, consagrado solo á esa época; Rivera Cambas empleó diez años para publicar sus tres grandes volúmenes sobre la Intervención americana y francesa y sucesivamente muchos autores como Pruneda, Lefêvre, Kératry, Hans, Basch, Payno, Dr. Rivera, Arias, Hijar y Haro, Martinez de la Torre, Riva Palacio y otros muchos que se han tenido á la vista para redactar el presente trabajo, se apoderaron de los principales incidentes, de los hechos más culminantes, de los documentos que les fué más fácil*

consultar, sin que se haya llegado á ver todavía la historia completa de esa época aciaga con todos sus detalles, con todas sus intrigas, con todas sus correspondencias, con todos sus personages, con todas sus escenas y con todas sus sucias poridades.

El autor de este libro, mucho menos que todos aquellos escritores, logrará abarcarlo todo en una obrita recreativa, encaminada más bien á dar á conocer familiarmente algunos de los lados más salientes de esa gran farsa; pero sí procurará dar á todo aquello su fisonomía propia y caracterizar hasta donde sea posible á los actores del melodrama. En esta tarea le ayudará mucho lo que se ha escrito que es bueno y abundante, fuera de lo que puedan servirle sus propias inspiraciones y el conocimiento personal que tuvo así de muchos de los hechos como de muchas de las gentes que en ellos figuraron. Sin apartarse ni un ápice de la historia, sin cambiar en su esencia los acontecimientos, sin alterar para nada la verdad, por más que vaya mezclada con algo de novela, se agregarán otras páginas más al recüerdo siempre doloroso de tantas infamias y crímenes por una parte así como de tantos sacrificios por la otra, enseñando al pueblo á formar su experiencia propia al presentarle de bulto los males que trajeron á nuestro pais las imprevisiones, la desunión, el espíritu de anarquía que nos dominaba y la falta de juicio que precedió á nuestra organización política.

Sí, esta es una leyenda y no precisamente una novela, porque en el fondo aparecerá siempre la silueta de la historia con toda su majestad.

El estilo en la narración será llano, ligero, alegre;

pero á través de ciertos giros de apariencia superficial sc encontrará el objeto que han tenido las anteriores leyendas del autor, que es poner al alcance, aun de las personas de más medianos recursos, que no pueden proporcionarse las obras históricas de mucho costo, el conocimiento de los sucesos más notables que se han desarrollado en nuestro suelo. De la misma manera, las personas que se fatigan con la lectura de los libros serios, las que no pueden dedicarse al estudio, las que por carácter gustan más de los escritos recreativos, las que en suma, aun conociendo perfectamente los acontecimientos quieran refrescar su memoria, todas las que siguen con más interés una relación salpicada de diálogos y de variedad de incidentes, que el árido libro del historiador sujeto á reglas especiales, encontrarán aquí también los episodios históricos y quizá verán satisfechos sus deseos.

Pero la misión principal que lleva la presente leyenda, hay que decirlo con toda franqueza, es que nuestro pueblo tenga, á poco costo, una relación verídica de todo cuanto pasó en el pais durante la aciaga época de la Intervención francesa y del Imperio de Maximiliano, á fin de que nadie ignore ni en esta ni en las futuras generaciones, los nombres de aquellos que hicieron el mal ni los de aquellos que supieron sacrificarse en servicio de la patria. Es la misión que tienen que llenar todos los cronistas: arrojar el baldón sobre los malos, sobre los pérfidos, sobre los criminales, y hacer el pedestal para que descanse sobre él la gloria de los buenos. ¡Póstumo castigo y póstumo premio que siempre debió infundir pavor á los primeros y tranquilidad de conciencia á los segundos!

Hay que repetirlo una vez más: en una leyenda de 500 á 600 páginas no se podrán abarcar todos los sucesos ni siquiera los que fueron más culminantes en su totalidad; pero se irá procurando que se exhiban bien los que se relaten, con todos sus aspectos, á fin de qne se graben cada vez más profundamente en la conciencia de los mexicanos. Es preciso, es urgente, es ineludible trabajar cuanto se pueda para llegar á conseguir que aquel periodo histórico tan calamitoso para nuestro pais, sea bien comprendido y bien estudiado, hasta por las mujeres y los niños, porque fué aquella una lección de las más terribles entre las que han tenido los pueblos de la tierra, y de la que deben aprovechar muchas enseñanzas las generaciones venideras.

Dicho esto que el autor ha considerado indispensable y que ha sido escrito antes de poner la primera línea en la obra, para que se comprendan bien sus propósitos y las intenciones siempre patrióticas que lo han guiado, entra desde luego al asunto.



CAPITULO I

MIRAMAR

Acababa de anochecer. Las ventanas del castillo de Miramar estaban iluminadas hácia el lado del parque, y en una de aquellas, á través de los cristales y las transparentes cortinas de gasa, se había dibujado la silueta de una mujer, en el momento mismo en que llegaban al vestíbulo dos hombres vestidos de negro, subían en carruaje y trasponiendo la verja de hierro, se dirigían por la calzada sembrada de árboles hácia la vecina ciudad de Trieste.

La sombra, mejor dicho, la mujer, dejó caer las cortinas y desapareció de la ventana. Momentos después la archiduquesa Carlota entraba en el gabinete de Maximiliano en donde este, después de haber despedido á sus visitas, se había quedado pensativo.

—Y bien? preguntó ella tomando una silla y acercándose al sillón que ocupaba su marido junto á una mesa en donde apoyaba el codo del brazo con que sostenía su mejilla derecha.

—Y bien, contestó Maximiliano dando un suspiro,

han venido á confirmarme la noticia que me comunicó mi hermano hace tres días por conducto del conde de Reschberg: Napoleón III me regala un imperio.

La archiduquesa se quedó por un instante meditabunda y desentendiéndose de la idea principal que la dominaba, que era aquella ingerencia de los dos Soberanos, preguntó:

—¿Y quienes son estos que han venido?

—Los jefes del partido monarquista en México.

—¿Cómo se llaman?

—El uno es el general Almonte; el otro es el diplomático Gutierrez Estrada.

—Me lo figuré luego que los ví: tuve la indiscreción de levantar la cortina de la puerta vidriera que conduce á la pieza inmediata y los pude contemplar á mi satisfacción.

—¿Los conocías acaso?

—Me habían hecho el retrato de ellos desde que se anunciaron. El marqués de Bombelles me tiene al corriente de todo.

—Pues bien: me han dicho que están plenamente autorizados tanto por Napoleón como por su partido, para ofrecerme el trono de México.

—Algo de eso oí también, ¿y qué has contestado?

—Lo mismo que á mi hermano: que necesito pensarlo, orientarme bien y en seguida imponer mis condiciones.

—Pero esa respuesta creo que en nada cambia el acuerdo tenido entre nosotros.

—Absolutamente. En la situación en que nos encontramos, y después que la hemos estudiado bajo todos sus aspectos, no tenemos otra salida que la de meternos en la aventura.

—Y es una aventura en efecto.

—Podría agregarte: una calaverada.

—Una calaverada, ¿por qué? En América hay otro imperio muy sólido y muy bien establecido que lleva el nombre del Brasil.

—Sí, pero es una monarquía antigua y aceptada.

—Según lo que estoy leyendo de historia, México ha tenido también sus imperios y durante trescientos años fué gobernado por virreyes. Desde que quiso hacerse República lo ha devorado la guerra civil.

—Es verdad eso, pero....

—Pero ¿qué?

—Es de temérsele á una mala vecindad.

—A la de los Estados Unidos?

—Sí.

—Esa República nueva callará ante la voz de toda la Europa.

—Eso precisamente es lo que pido: contar con el apoyo europeo.

—¿Lo has pedido?

—He indicado que lo necesito.

—Ahora refiéreme lo que te han dicho esos mexicanos que vinieron á Trieste.

—Lo que ya sabíamos por conducto de mi hermano: que Inglaterra, Francia y España están formando una convencion que tal vez esté firmada á estas horas, comprometiéndose á invadir con sus ejércitos á México, no solo para hacerse pagar lo que esa desgraciada Nación les debe, sino para asegurar allí la tranquilidad por medio de un gobierno fuerte y duradero.

—Sí, llevan una intervención armada.

—Solo que....

—¿Sólo qué?

—Cada potencia trabaja para que la corona se dé á sus príncipes ó á sus protegidos. Por ejemplo, España querría que se pusiera en México á un príncipe español, alegando que sería más conveniente por el idioma y la raza.

—En este caso se hará lo que quiera Napoleón.

—De acuerdo con el partido monárquico de los mexicanos.

—¿Y qué dicen ellos? ¿Es numeroso su partido?

—Se compone del clero que es riquísimo, de todas las personas acomodadas y de la plebe que está muy mal educada, pero hecha para que se le domine.

—¿Eso te han informado Almonte y Gutierrez Estrada?

—Ellos me han dicho que vinieron autorizados por Napoleón para tratar conmigo confidencialmente este asunto, esto es, para ofrecerme la corona de México en nombre de su partido con adquiescencia del emperador francés, sin exigirme á que acepte desde luego de un modo definitivo.

—¡Ah!

—La aceptación final será cuando esté conquistado todo el pais, se me proclame y se me invite á aceptar el gobierno con todas las formalidades.

—¿Y durará mucho tiempo eso?

—Unos cuantos meses á lo sumo. Almonte asegura que la mayoria del pais se unirá desde luego á las potencias para establecer la monarquía y que apenas él se presente todos lo secundarán en mi designación.

—De manera que es negocio arreglado?

—Así lo creo, salvo alguna contingencia inesperada.

—¿Como cuál?

—Hay varias que pueden presentarse: que mi hermano me exija la renuncia de la corona de Austria y me niegue su apoyo moral y material porque es muy egoista: que Napoleón sea influenciado por Inglaterra ó disuadido por los Estados Unidos; que la intervención fracase ó que difieran los informes que me ha de dar D. Francisco de P. Arrangoiz de los que me han dado Gutierrez Estrada y Almonte. Hé aquí algunos de los incidentes que pueden echar á tierra nuestro edificio de naipes.

—Y mis sueños de gloria y de felicidad? Porque yo sueño que tú podrás llegar á ser el Señor absoluto en América como lo fué Bonaparte en Europa.

—Es muy halagador lo que me ofrecen, pero muy peligroso.

—Peligroso dices? ¿por qué?

—No sé por qué.....peligros imaginarios si quieres; pero aquello está tan lejos, tan separado de la civilización, á tantas leguas de nuestro centro y de nuestras costumbres.... en fin, no tengo miedo, sino la zozobra de lo desconocido.

—Nada temas: iremos y te ayudaré mucho: para eso estoy aprendiendo la historia de México y la lengua castellana.

—Sí, tendremos que ir: ya te lo he dicho: debo dos millones de francos, estas posesiones se encuentran hipotecadas y ya se me ofrecen desde luego doce millones para mis preparativos de viaje. Los judíos han husmeado el buen negocio.....

—Si vamos, vamos.... esto de Austria está muy verde y yo ardo en deseos de que te llamen Emperador y á mi la Emperatriz, aunque sea de México.

Luego agregó bajo, muy bajo, viendo de un modo particular á Maximiliano:

—Ya que no puedo ser madre, quiero ser emperatriz.



CAPÍTULO II

ARRANGOIZ

LOS rumores, las conferencias reservadas, las intrigas de gabinete para establecer un imperio en México, se multiplicaron el año de 1861. Una infinidad de cartas se cruzaban entre Paris, Londres, Viena, Madrid, Bruselas, México y el castillo de Miramar: los comisionados iban y venían de una ciudad á otra; los curiosos y los que se interesaban con oficiosidad en el asunto de la monarquía, tomaban cartas en el juego más ó menos abiertamente y, menos por la prensa que apenas solía levantar muy poco á poco el velo que cubría aquel misterio, por todos los medios posibles se habían puesto en comunicación los intrigantes para dar el golpe sobre seguro. En México apenas habia una media docena de hombres políticos que sospechaban lo que estaba pasando en Europa, estando como estaban todos los ánimos ocupados en la gigantesca campaña que libraba en esos momentos el partido liberal al partido conservador en el terreno de las armas.

En ese año de 1861 fué cuando Napoleón III hizo conocer á Maximiliano sus deseos, instigado por los mexicanos expatriados; entonces fué cuando Francisco José mandó decir á su hermano que podía aceptar la corona de México, y cuando Almonte, Gutierrez Estrada, Hidalgo y otros que se consideraban jefes del partido monarquista y del clericalismo en México, estuvieron concurriendo á Miramar para poner de punto el pastel.

Los archiduques, como hemos visto, se encontraban muy preocupados con aquella perspectiva inesperada que se les había presentado: en el fondo aceptaban la aventura con todas sus consecuencias, tenían necesidad de aceptarla para salir de la situación precaria en que estaban; pero alguna sombra como un presentimiento les ofuscaba el porvenir, y sea por el vago temor de un fracaso ó porque hubieran convenido en presentar apariencias de resistencia, no manifestaban nunca una resolución hecha en presencia de los demás.

Allí en su castillo estudiaban con tenacidad el español, leían la historia antigua y moderna de México, se informaban de las costumbres, y los gustos de los mexicanos, pedían á los que los visitaban cuenta y razón de cuanto formaba los elementos de México, en suma, se preparaban para el viaje; pero á cuantos les preguntaban si estaban resueltos, les contestaban que todavía no, que era un negocio grave que necesitaban pensarlo despacio y con madurez.

Un día fué anunciado D. Francisco de Paula Arrangoiz, á quien Maximiliano había llamado con instancia por conducto de Gutierrez Estrada. Esto pasaba

ya el 21 de Mayo de 1862, cuando aun no se sabía en Miramar el desastre de Laurencez.

—Déjame solo por ahora con ese caballero, dijo el archiduque á su mujer, después te presentaré con él y juntos oiremos sus consejos ó sus lecciones.

Carlota abandonó el salón por una puerta disimulada en el muro, mientras Arrangoiz era introducido por uno de los condes que ya tenían asediado á Maximiliano, quien hizo las presentaciones.

—Su Alteza se ha servido llamarme.... comenzó á decir el notable mexicano, cuando el archiduque le interrumpió designándole una silla y diciéndole:

—Al señor Gutierrez Estrada encargué se sirviera suplicar á Su Excelencia que si lo juzgaba oportuno y no tenía inconveniente, se tomara la molestia de pasar á este castillo en donde la archiduquesa y yo tanto necesitamos de sus luces y de sus consejos.

—¡Señor! exclamó D. Francisco inclinándose.

—No, nada de modestia, ni nada de excusas tampoco. Yo sé bien que Su Excelencia es uno de los mexicanos más ilustrados, si no el primero, más conocedor de su pais y más adornado de excelsas virtudes, y he querido, he anhelado que tuviéramos algunas explicaciones verbales.

—Señor, contestó Arrangoiz inclinándose más profundamente, Su Alteza puede ordenarme lo que guste, y aunque deben ser exagerados los informes que le han dado, estoy dispuesto á contestar con sinceridad á todas sus preguntas.

—Sí, eso es lo que yo quiero: la sinceridad y la confianza, que hablemos como dos amigos, como dos compatriotas.

—Por mi parte no tendré inconveniente en expresarme con la ruda franqueza que acostumbro.

—Sabrá, pues, el distinguido Señor Arrangoiz que tanto la corte de Francia que sostiene la intervención armada en México, como aquellas en que son soberanos algunos miembros de mi familia, aprueban que yo marche á tan remotas tierras á coronarme Emperador, ¿qué le parece tal asunto á Su Excelencia?

—La monarquía para México es mi ideal, contestó Arrangoiz, lo mismo que lo es para todos los prelados de nuestra Iglesia y para todas las gentes de orden en el pais: respecto de ese punto debe ya tener informes exactos Su Alteza.

—Los tengo efectivamente.

—Ahora en cuanto á los obstáculos que hay que vencer, en cuanto á los hombres que hay que moralizar, eu cuanto á las medidas que deben adoptarse, hay mucho que decir, según la manera que tenga cada cual de ver aquellas cosas.

—Comenzaremos si le parece á S. E. con las dificultades.

—Las principales serán allanadas por las bayonetas francesas á las cuales se han unido las tropas sostenidas por el clero católico; pero ¿cuánto tiempo durará la intervención armada?

—Eso digo yo: ¿cuánto tiempo se necesitará para consolidar la paz?

—Quizás ocho ó diez años; pero se necesitaría hacer un tratado con Napoleón en que se comprometiera Francia á no retirar su apoyo en quince ó veinte años más. Así pues, considero que el primer obstáculo que debe allanarse es el que opondrán los demagogos

que cuentan con caudillos incansables y con gran partido entre la plebe.

—Tengo entendido, por lo menos así me lo han dicho los obispos Munguía, Labastida y Covarrubias, lo mismo que Almonte, Hidalgo y Estrada, y así me lo ha mandado ofrecer Napoleón, que se barrerá rápidamente ese elemento. Almonte cree que todo es llegar á México, organizar algo de gobierno y lanzar á Márquez, Miramón y Mejía unidos con los franceses, para que Juarez y sus gentes desaparezcan en tres meses.

—Sí: lo probable es que á estas horas nuestro ejército aliado se encuentre ocupando la capital, sin que por eso deje de temerse que le cueste algún trabajo despejar todo el pais hasta en sus más lejanas extremidades. Hay sitios montañosos lo mismo que guerrilleros irreducibles.

—De todos ellos darán cuenta el ejército francés y nuestros generales. Podemos pasar adelante.

—Señor, necesito hablar respecto del segundo punto con toda franqueza, y tengo que hacerlo.

—¿Cuál era el segundo punto?

—El de estudiar á nuestros hombres y moralizarlos.

—¡Ah! sí.

—Nuestro país, señor, es católico: por lo menos lleva tal nombre y se precia mucho de serlo. La generalidad de las gentes no saben lo que es el catolicismo y sin embargo son fanáticas. Es la misma anomalía que se nota en España é Italia, en donde hay mucha jactancia religiosa y muy poca religiosidad. Nuestros mismos prelados son muy honestos, algunos tienen fama de ser muy virtuosos, sin que eso les

impida tener sed de riquezas, de poder y de toda clase de satisfacciones terrenales. Quizás Vuestra Alteza tendrá que luchar más y librar batallas más nutridas con los hombres del partido que lo llama que con sus declarados enemigos, que siempre se le han de presentar tales cuales son, intransigentes y resueltos.

Maximiliano permaneció pensativo un instante y luego dijo pausadamente:

—Esto que acaba Vuestra Excelencia de decirme es lo que más me hace vacilar en mi determinación: temo ir lleno de compromisos anticipados y que mi mismo círculo se quiera imponer y sacar las ventajas que se ha propuesto. En fin: más adelante formaremos una lista de las personas, lo más extensa que sea posible, y anotaremos sus defectos y cualidades. Un gobernante debe conocer á su pueblo, debe conocer á sus enemigos; pero más profundamente á sus partidarios, que á veces suelen ser los más peligrosos. Sigamos adelante.

—Respecto de las medidas que deban adoptarse, Su Alteza las sabrá dictar muy oportunas cuando se encuentre sobre el mismo terreno.

—Y versarán.....

—Versarán sobre la hacienda que es preciso fundar desde sus cimientos, porque hasta ahora no ha habido allí en ese ramo más que un baturrillo; sobre la manera de desarmar y si es posible destruir todo lo que signifique demagogia y que es la peor plaga que ha pesado sobre la Nación; y antes que todo, la principal medida para aquietar las conciencias y para dar garantías á la propiedad, debe ser en mi concepto la de nulificar las leyes liberales sobre bienes del clero, lo

mismo que las llamadas de Reforma, á fin de que la religión de Estado sea la católica y vuelvan á regir las bases adoptadas por todos los mexicanos y extranjeros residentes en el pais, en el plan de Iguala.

—Es bastante por ahora: me va á permitir Vuestra Excelencia presentarle á la archiduquesa?

—¡Oh señor! con sumo agrado.

Maximiliano tocó un timbre, apareció uno de sus condes y le ordenó que llamara á Carlota.

Entró al salón la radiante princesa y después de ser presentada dijo Maximiliano:

—Estoy seguro que la archiduquesa se unirá á mí para rogar al señor de Arrangoiz que prolongue su estancia en el castillo aunque sea por una semana: nos honrariamos mucho en contar con un huésped tan distinguido.

—La honra muy grande será mia al vivir bajo el mismo techo de tan excelsos príncipes. Ofrezco estar en Miramar seis dias, que es el mayor tiempo que puedo detenerme.

Los príncipes dieron las gracias á Arrangoiz y lo condujeron al comedor.



CAPITULO III

LOS PREPARATIVOS

Naturalmente, en la mesa durante la comida, lo mismo que en la sobremesa, que fué muy prolongada, no se habló sino de México, de sus revueltas intestinas, de los hombres que sobrevivían, de los que más figuraban en la política, del carácter de los habitantes, de la fisonomía de las poblaciones, de la riqueza de las minas, de su agricultura y comercio, y, en suma, de todo aquello que en tan solemnes momentos interesaba más á los príncipes.

Carlota fué la que estuvo haciendo al señor de Arrangoiz más nutridas y más insinuantes preguntas, sin dejar de tomar extensa nota de los nombres, hábitos, opiniones y caudal de las principales damas mexicanas.

—Sueño con México, exclamó alegremente la princesa después de algunas bellas descripciones que hizo el señor de Arrangoiz, y según lo que oigo ahora y lo que antes he oido, me parece un pais encantado.

—Encantador dirás, exclamó por su parte Maximiliano.

—Las dos cosas. Y luego agregó la princesa dirigiéndose al señor de Arrangoiz:

—En el caso de que el archiduque llegue á aceptar la corona que se le ofrece, cosa que considero muy difícil, yo me prometo que tal viaje será el más dichoso de mi vida.

—Su Alteza haría un enorme sacrificio si aceptara, dijo Arrangoiz haciendo una inclinación de cabeza ante la princesa que tenía al frente, pero será su obra de las más meritorias si consigue, como lo espero, establecer la paz y la prosperidad en un pais que ha sido tan trabajado por las disensiones domésticas.

—La archiduquesa y yo, contestó Maximiliano, tendremos que estudiarlo mucho, que discutirlo mucho y que mucho meditarlo para dar una resolución que pueda resultar favorable.

Los secretarios, confidentes y demás atachés del príncipe, apareciendo hasta entonces como comparsas en la comedia, poco abrían la boca, cuidando mucho de no tomar parte activa en la conversación por temor de lanzar alguna palabra comprometedora y comían guardando un discreto silencio.

Maximiliano, dijo al fin que temía abusar de la condescendencia del señor de Arrangoiz y le rogó que se retirara á sus habitaciones, de las que le daría posesión el mayordomo del castillo que estaba allí ya listo esperando las órdenes del castellano.

Por su parte también los archiduques se retiraron á sus departamentos, procurando reunirse en un

gabinete de Carlota, según acostumbraban hacerlo cuando tenían algo muy íntimo que decirse.

—¿Qué tal? ¿qué te parece mi hombre? preguntó Maximiliano á su esposa sentándose á su lado.

—Me parece que es persona juiciosa y expedita.

—Es un diplomático.

—Lo conozco.

—¿Cómo lo conoces? ¿En dónde lo viste antes?

—En los libros: no inútilmente estoy leyendo cuanto se refiere á México.

—¿Y qué te han dicho tus libros de este personaje?

—Que si este se llama Don Francisco de Paula Arrangoiz puede ser el mismo que cuando era presidente Santa Anna, intervino en la venta de un territorio llamado la Mesilla hecha á los americanos.

—Cuéntame eso.

—Este señor Arrangoiz era cónsul ó agente especial de Santa Anna en los Estados Unidos cuando se vendió la Mesilla, él recibió el dinero y previendo que iba á desaparecer hasta el último peso entre las manos de los que gobernaban, se pagó por sí mismo sus honorarios.

—¿Qué honorarios?

—Los que decía le correspondían por el corretaje.

—¿Pero se le había asignado alguna cantidad?

—Ninguna, y por eso fué destituido y amenazado de muerte por Santa Anna si volvía á presentarse en México.

—¡Ahjá! ¡Con que entre estas gentes andamos?.....

—Yo no sé si será el mismo; pero hubo un individuo así llamado que en el deplorable asunto de la

Mesilla se embolsó un dinero que su gobierno no le había dado permiso de tomar.

—Y decir que mi hombre tiene una apariencia de las más honradas y de las más bonachonas!

—Ahora si quieres persuadirte mejor de quien es, pregúntale si intervino en el sucio negocio de la venta de la Mesilla.

—No, no le haré pregunta tan indiscreta.

—O sencillamente invítalo á ir á México contigo.

—Eso sí haré.

—Y yo te juro que si es el mismo que se apropió los fondos no irá por temor de que ahora se lo echen en cara.

—Probaré á invitarlo.

—Ya sabes que tengo una memoria feliz, continuó la princesa, cuanto te he dicho de Estrada, Hidalgo y Almonte, creo que ha salido rigurosamente exacto.

—Sí, Estrada un ignorante y fanático por la monarquía y por una religión que él entiende á su modo; Almonte un ambicioso de la peor especie, capaz de traicionar á su mismo padre si viviera, Hidalgo un intrigantillo sin antecedentes, todo eso ha salido verdad, con más algunas notas poco favorables para los tres que he seguido recogiendo. Al menos este de que tratamos ahora no tendrá pretensiones respecto de México.

—No, ni Arrangoiz ni Estrada consentirán en volver á México por las cuentas que tienen pendientes; pero sí esperarán que les des alguna investidura para representarte en las cortes europeas.

—Eso lo veremos más adelante.

—Por ahora lo que necesito es tener informes cier-

tos de las gentes que van á rodearte, sin dejar que te intimiden nunca los malos pronósticos.

—Este señor de Arrangoiz me ha hecho algunos.

—Sí, te ha de decir que las clases altas de México quieren ante todo que se proteja al clero y á la religión, que hay que oprimir con mano de hierro á los enemigos de la Iglesia, que tienes que hacerte el gefe incondicional del partido conservador, que debes poner tu ejército en manos de los tres caudillos notables, Márquez, Miramón y Mejía, y que de no observar esa conducta seguirás la suerte de Iturbide; pero quizás te será mejor aconsejarte de las circunstancias ó de las cortes europeas que son las que van á sostenerte.

Sus Altezas siguieron formando sus proyectos fantásticos para el porvenir, conformándose con el presente que les iba á sacar del atolladero con doce millones de francos que tenían ofrecidos para el dia de la aceptación de la corona.

Ya los judíos de Trieste que habían olido buenas ganancias se amontonaban ofreciendo dinero al archiduque y ya este sin tener que ocurrir á su hermano, disponía de lo necesario para dar á su casa un aspecto regio. Por lo demás, los horizontes que se les presentaban por delante eran insondables. ¡Quien sabe hasta dónde llegaría el Archiduque si reaparecía en su destino la estrella de sus antepasados!

Arrangoiz permaneció seis dias en Miramar aleccionando al futuro soberano de México y en ellos logró hacerse de su confianza hasta poder llegar á tratarle con familiaridad. En cambio la archiduquesa no lo ve'a con buenos ojos.



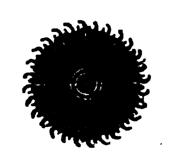
Sus Altezas siguieron formando sus proyectos fantásticos para el porvenir.

—Va contigo á México? le preguntó á Maximiliano.

—Ha rehusado terminantemente.

La archiduquesa se sonrió conformándose con decir:

—Entonces es el mismo que le jugó la mala partida á Santa Anna.

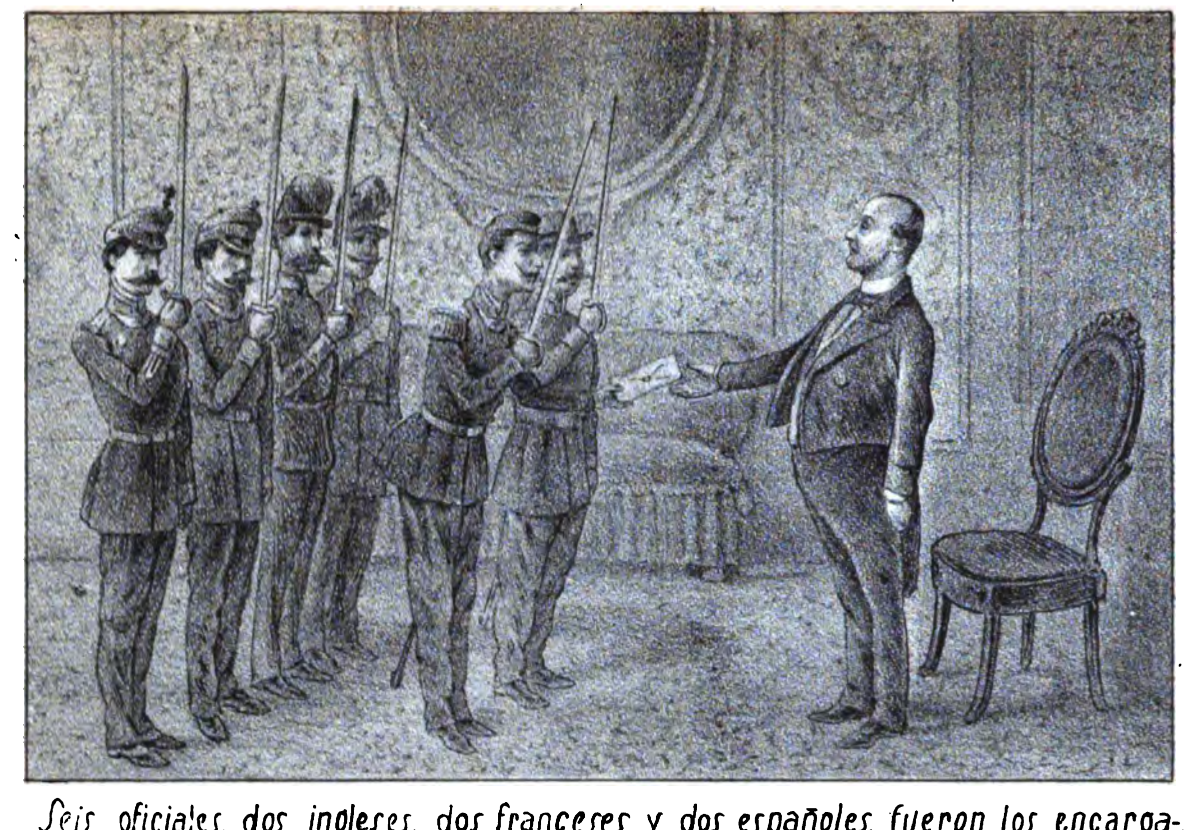


CAPITULO IV

LA SITUACIÓN

Mientras que los príncipes austro-belgas estaban instruyéndose en las cosas de México y repasando el idioma español bajo la dirección de Fr. Tomás Gomez; mientras los mexicanos partidarios de la monarquía cruzaban en todas direcciones la Europa solicitando apoyos y redondeando la intriga más estúpida que han visto las edades modernas; mientras Napoleon soñaba en una conquista con que iba á llenar las páginas más gloriosas de su reinado, en la República Mexicana estaban pasando sucesos muy interesantes, y sobre todo graves, promovidos también por las desesperadas intrigas que habían puesto en juego los vencidos en la guerra llamada de Reforma.

Muy conocidos son de todas las personas que deben leer este libro los acontecimientos de aquella época de desastres y mucho se ha escrito sobre ella por diversos historiadores muy competentes para que pretendamos reconstruirla, lo cual sería muy extenso y



Seis oficiales, dos ingleses, dos franceses y dos españoles, fueron los encargados de presentar el ultimatum al gobierno mexicano.

nos alejaría de nuestro propósito; así es que solo vamos á dar una ojeada sobre la situación general que guardaba el pais en los principios del año de 1862.

En virtud de la convención firmada en Lóndres en 31 de Octubre de 1861 por los representantes de Inglaterra, Francia y España para que ocuparan con sus escuadras el litoral mexicano sin intervenir en los asumtos interiores y solo para reclamar sus deudas por haber declarado el gobierno de la República por conducto del ministro Zamacona que se suspendían los abonos, habían desembarcado tropas en Veracruz de las tres potencias aliadas, dirigiendo en seguida los gefes de la expedición un *ultimatum* al gobierno de Juarez en cuyo documento exigían una reparación inmediata á los agravios inferidos á los nacionales de los paises aliados y á las mismas potencias.

Esto pasaba en Enero de 1862.

Seis oficiales, en su mayor parte de marina, dos ingleses, dos franceses y dos españoles, fueron los porta-pliegos encargados de presentar el *ultimatum* al gobierno mexicano y dichos oficiales fueron muy agasajados en la capital, tornándose en simpatías los sentimientos desfavorables de que estaban animados.

Don Manuel Doblado, que era el ministro de relaciones exteriores, contestó con grande habilidad al *ultimatum* manifestando entre otras cosas: que la pacificación de la República que era lo que principalmente venían buscando los aliados, estaba ya hecha y el gobierno liberal sólidamente establecido, por lo que consiguió que se volvieran los porta-pliegos bien dispuestos á trabajar en que se celebraran

conferencias con comisionados mexicanos en el Estado de Veracruz. Así se hizo y á esas conferencias concurrió el mismo Doblado, arrancando la formación de los preliminares redactados en la Soledad. que fué un triunfo diplomático de los más completos.

A la vez Juarez expedía un terrible decreto el 26 de Enero, declarando delitos que se castigarían con la pena de muerte el de invasión extranjera sin previa declaración de guerra, y el de traición á la patria, considerándose traidores aquellos que de cualquiera manera ayudaran á los que profanaban el suelo de la República.

En esos momentos desembarcaron en Veracruz el padre Miranda y los generales Almonte, Miramón, Haro y Tamariz y otros personajes intervencionistas. Esa fué la mancha más negra y más asquerosa de aquella época, ¡que hubiera intervencionistas! es decir, que hubiera hombres con sangre mexicana en las venas, que demostraran gran entusiasmo por una dominación extranjera.

Mientras el gobierno de Juarez se empeñaba en destruir las partidas de rebeldes que existían en el pais, á fin de que las potencias vieran qne no se necesitaba de ellas para la pacificación, los jefes conservadores Márquez, Cobos y demás cabecillas, se afanaban en demostrar lo contrario presentándose en todas partes quebrantando los elementos del gobierno: este por lo mismo se encontraba exhausto de toda clase de recursos para poder hacer frente á un conflicto con las armas invasoras y se trataba de zanjar á todo trance las dificultades en el terreno de la diplomacia.

Pero los franceses traían ya un plan preconcebido. Las instrucciones terminantes de Napoleon, de acuerdo con los mexicanos infidentes y con el proyecto del establecimiento de una monarquía, eran las de no celebrar arreglo ninguno y las de quitar á Juarez y reponer en el mando al partido de la reacción para que este hiciera la proclamación de Maximiliano. De esta manera los comisarios inglés y español, que obraban de buena fé en la observancia de la convención, tuvieron que sostener grandes luchas con los comisarios franceses y especialmente con Saligny que era el más interesado en el asunto porque tenía alguna participación en la gran estafa conocida bajo el nombre de bonos de Jecker.

Como el gobierno de Juarez estaba reconocido por las tres potencias en los tratados de la Soledad y era público y notorio que el padre Miranda, Almonte y otros habían vuelto al pais para revolucionarlo, nada más natural que pedir fueran expatriados aquellos malos mexicanos. Doblado, en consecuencia, dirigió una nota muy razonada y muy cortés á los comisarios de España, Francia é Inglaterra, diciéndoles que era de innegable notoriedad que Almonte, Haro, Miranda y otros habían llegado al pais con el propósito de promover asonadas, que el gobierno tenía necesidad de destruir el foco de conspiración establecido bajo el amparo de las armas extranjeras y supuesto que su autoridad era reconocida por ellos, pedía que dichos individuos fueran alejados del territorio de la República.

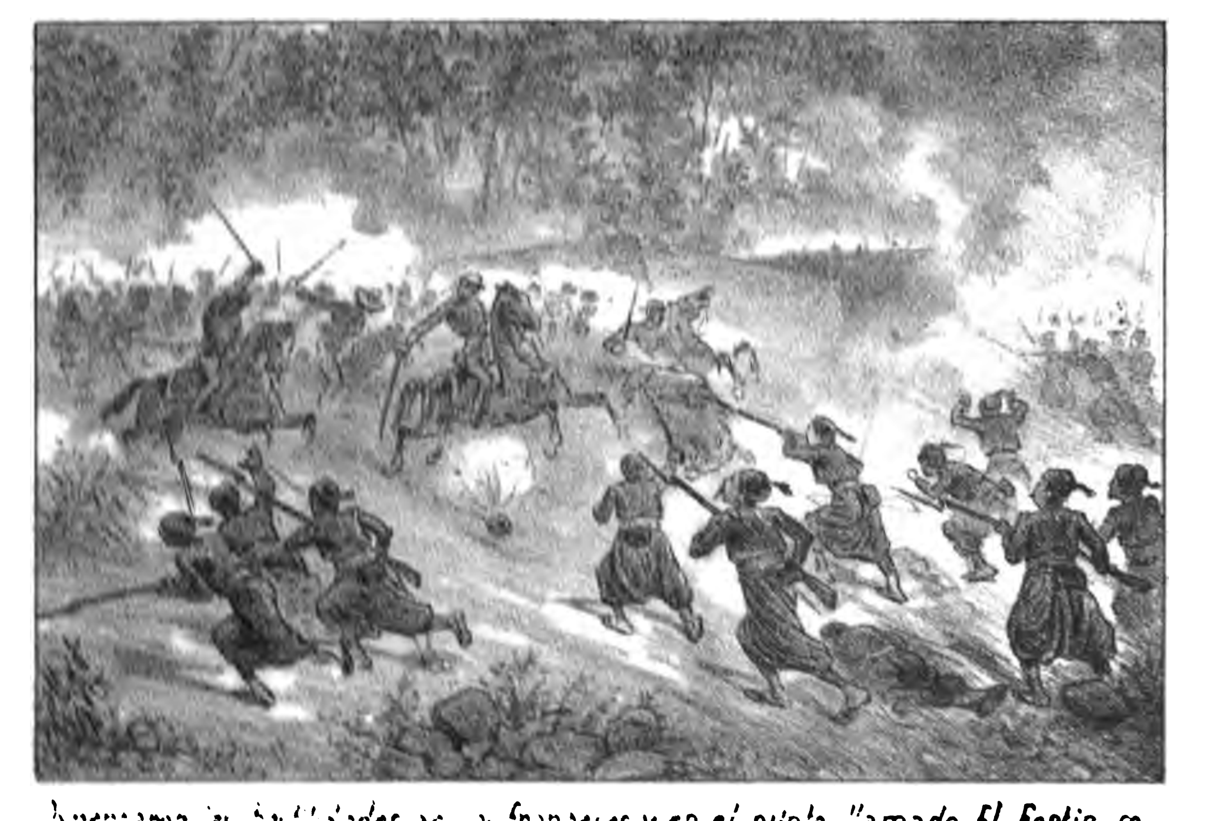
Esta fué la manzana de la discordia que cayó en el seno de los comisionados, y el dia 9 de Abril tuvie-

ron una conferencia borrascosa que concluyó con el rompimiento ya previsto, desde que se sabía que Napoleon se había echado en el bolsillo izquierdo el convenio de Lóndres y había ordenado á sus gentes que destruyeran á Juarez y levantaran el trono de Maximiliano. Almonte y comparsa no fueron mas que el pretexto para concluir con una situación embarazosa creada por la mala fé y la duplicidad del emperador de los franceses.

En ese dia 9 quedaron, pues, rotos los dos tratados, el que se firmó en Lóndres y el que se firmó después en la Soledad, tomando la resolución los ingleses y españoles de retirarse del pais, aun sin arreglar sus reclamaciones. porque repugnaba á su caballerosidad la indigna conducta de aquel que se consideraba como el principal de los aliados.

La historia se ha encargado ya de calificar á los que intervinieron en aquel inícuo negocio y á nosotros ahora solo nos toca seguir adelante dando una ligerísima idea de aquellos sucesos.

Una felonía tenía que traer otra y otras. Conforme á los preliminares de la Soledad, las tropas extranjeras tenían que regresar á sus posiciones si se declaraba la guerra; pero léjos de eso y sin fórmula de ninguna clase, Laurencez, general en jefe de la expedición francesa, hizo avanzar sus fuerzas á Orizaba bajo el ftívolo pretexto de que tenía que protejer á los enfermos franceses que estaban en el hospital. Fué una doble perfidia la de Laurencez, porque ni podía sin faltar al honor militar, escupir sobre la firma de Saligny, ni menos podía suponer que los en-



Comenzaron las hostilidades de los franceses y en el punto llamado El Fortín, se dió la primera escaramuza.

fermos tuvieran nada que temer estando bajo la salvaguardia del general Zaragoza.

Desde ese momento se vió claro que la guerra era inevitable por más que no hubiera sido declarada con ninguna de las fórmulas establecidas entre las naciones cultas. Laurencez iba á comenzar la campaña como un conquistador, peor aun que como un conquistador, como un salvaje, pues los conquistadores antes de adquirir el terreno por la fuerza, han solido emplear medios pacíficos, como Hernan Cortés cuando por astucia se apoderó del emperador Moctezuma.

Sin más explicaciones pues, que un *sic volo* de Napoleón III, comenzaron las hostilidades de los franceses y el punto llamado el Fortín fué donde se libró la primer escaramuza, así como la segunda ya más en forma fué en las cumbres de Acultzingo, favorable á los franceses.

Almonte, Taboada y demás intervencionistas se pronunciaron en Orizaba, formando allí un gobierno en contra de Juarez, y Zaragoza reconcentró sus pocas fuerzas en Puebla para contener el empuje de los franceses que avanzaban ya apoyados y dirigidos por los traidores.



CAPITULO V

COMENTARIOS

La casa á donde nos dirigimos ahora estaba y está aun situada en la calle de Tacuba, solo que en virtud de algunas renovaciones que se le han hecho está hoy algo desconocida. Entonces tenía el número 27. Vivía allí el coronel Cisneros, militar del tiempo de la independencia, cuya mujer rica y bien relacionada le había presentado la oportunidad de retirarse de la carrera y hacer una vida quieta y desahogada.

Era una noche tibia, tan tibia que había sido necesario que se abrieran los dos balcones de la sala para hacer entrar algo de fresco á los miembros de la familia y á los contertulianos.

Se encontraban allí reunidas las siguientes personas: el coronel, su esposa Doña Asunción, Aurora sobrina de esta, Ernesto estudiante de último año de derecho, amigo de infancia de la niña, el licenciado Camacho con su esposa, amigos viejos de la casa, el

el doctor Gutierrez, que hacía tercio en los juegos de cartas y algunos otros vecinos sin importancia que tenían la costumbre de ir á tomar allí el té cada tres ó cuatro noches. También formaba parte de la tertulia, esa noche, Sebastián Perez, periodista que algo se interesaba por una prima de Aurora, si no por alguna de sus amiguitas.

Las reuniones se verificaban ahora más á menudo, con objeto de comunicarse sus noticias é impresiones, en virtud de los graves acontecimientos que se desarrollaban, lo cual hacían por de pronto con alguna moderación encontrándose allí personas de opiniones contrarias, como veremos más adelante.

Corrían los últimos dias de Abril y con ellos las noticias de lo que estaba pasando en el Oriente de la República, sabiéndose no sin grandes zozobras por más fé que se tuviera en los soldados mexicanos, que el ejército francés avanzaba, si no muy rápidamente, á lo menos con toda firmeza, para el interior.

—Es claro que ha de avanzar, dijo el coronel, si le dejan abandonadas las más ventajosas posiciones, torpe sería si no las ocupara.

—Es necesario tener en cuenta, observó el abogado Camacho, que la perfidia con que Laurencez quebrantó los tratados de la Soledad, es lo que ha desorientado á los gefes de las tropas mexicanas.

—¿Pues cómo estuvo eso? preguntó doña Zenona, la esposa del boticario que estaba muy poco al corriente de los sucesos.

—Explíqueselo usted, dijo Cisneros al abogado.

—Los tratados de la Soledad fueron los que firmaron los comisarios franceses, ingleses y españoles, es

decir, los apoderados de sus tres gobiernos, cuyos tratados contienen una cláusula que dice: «Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado esos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mexicano, se estipula que en el evento desgraciado de que se rompan las negociaciones, las fuerzas invasoras desocuparán dichas posiciones y volverán á colocarse en la línea de Paso del Macho y Paso de Ovejas.»

—Buena memoria tiene el licenciado: ya conocíamos aquí ese convenio.

—Pues es el que ha sido quebrantado por el jefe francés, escupiendo en la firma de los apoderados de las altas potencias contratantes.

El coronel, que había servido casi siempre en el ejército, tenía sus afecciones por la monarquía y quiso atenuar aquello exclamando:

—Pero Laurencez ha dicho que se vió en la necesidad de protejer sus hospitales en Orizaba.

—¿Protegerlos? ¿contra quién?

—Contra Zaragoza que dijo en una carta que no se comprometía á prestarles ninguna atención.

—Es falso. El artículo 5° de los preliminares de la Soledad los puso bajo la salvaguardia de la Nación mexicana y Zaragoza en su carta ofreció las más completas seguridades para los franceses.

—Sí, todos lo sabemos bien, dijo con ímpetu el joven estudiante Ernesto Dominguez, no fué mas que un pretexto vil el de Laurencez fingiendo no entender bien los términos de la carta, para dejar el mal clima y tomar sin ningún trabajo las posiciones fortificadas.

—Usó de un ardid de la guerra.

—Pero fué un ardid de mala ley que no se permite entre hombres de honor, ni menos cuando hay de antemano un pacto solemne.

—Y luego, agregó el abogado Camacho, que bien se vieron antes de escrita la carta cuales eran las intenciones de los delegados. ¿No se dió á Almonte un cuerpo francés de escolta para que se pronunciara en Orizaba?

—Como ya los franceses vinieron con instrucciones de Napoleon para quitar á Juarez y establecer la monarquía en México, repuso el coronel, toda su conducta tiene que ser lógica.

—No se necesitaba hacer uso del engaño y la perfidia. ¿Qué objeto tuvieron los tratados de Londres, los preliminares de la Soledad y las proclamas con que se ha venido protestando el respeto al régimen interior de la República, si se sabía de antemano que nada debía cumplirse? Eso parece tender únicamente á deshonrar á la Francia.

Doña Asunción, viendo el mal giro que tomaba el debate, se apresuró á decir:

—Vamos al comedor á tomar el té.

No por eso dejaron los hombres de discutir por el camino, y aun sentados ya á la mesa siguieron hablando de lo mismo, puesto que era lo único que preocupaba en aquellos momentos la atención de todos los mexicanos.

El abogado dijo:

—Aun la forma de la declaración de guerra ha sido inusitada, puesto que en realidad no la ha habido. No es esta mas que una invasión sin precedentes en

que se viene á levantar á un partido caído y...... quizás despreciado de la Nación.

—Poco á poco, exclamó el coronel que acababa de dar un sorbo de chocolate, se habrá vencido á los conservadores porque la suerte de las armas siempre es incierta; pero defendiendo ellos el catolicismo y siendo el pais católico, los mexicanos en su mayoría tienen que estar del lado de los conservadores.

—Usted sabe bien, señor coronel, puesto que conoce nuestra política de tantos años, que aquí no se trata de cuestiones religiosas, sino de pretextos invocados por la sed de mando.

—Pero el mando se quiere para protejer la religión.

—¿Y quién le hace nada á la religión?

—Los liberales que han quitado sus bienes al clero, que han desterrado á los obispos y dado las leyes de Reforma, que abolieron los conventos y tantos horrores establecieron.

—En ningún pais del mundo se permite ya que el clero tenga bienes raíces, porque es anti-económico y anti-político, y si los obispos fueron desterrados ellos se lo buscaron, dejando su misión de paz para mezclarse en las revueltas, provocarlas y aun sostenerlas con el dinero de la Iglesia.

El coronel no pudo contestar estos argumentos, tanto más cuanto que no era aferrado á las ideas monárquicas á que solo le inclinaba el espíritu de compañerismo y sentía en su interior la lucha de si sería de buena ó de mala fé aquella intervención y de si debía ó no tenerse confianza en Almonte y los demás traidores que quizás por su mucha ambición

se colocaban bajo el abrigo de los pabellones extranjeros. Eso por lo que respectaba á la cuestión de actualidad, pues que en cuanto al clero, como los demás militares de la época de Santa Anna, no lo consideraba sino como un elemento explotable para mantener la discordia, y así fué que después de reflexionar un momento, dijo:

—Yo no sé en qué vendrá á parar todo esto; pero me parece que bien pudo escogerse otro camino menos sembrado de escollos.

—Sí, señor coronel, dijo suspirando el abogado, porque aun en el supuesto de que dominen el pais los franceses y establezcan un monarca, ¿qué ganarán los hombres públicos de la nación? ¿Con qué podrán pagar las deudas injustas que reclamen las naciones aliadas y los gastos que hagan y sigan haciendo en una guerra que tal vez será de muchos años? Si el pais está ya aniquilado con las revoluciones, ¿de dónde podrá dar el dinero que cuesta una monarquía y el mantenimiento constante de un ejército extranjero?

—Diré á ustedes, exclamó el doctor Gutierrez, yo era uno de los que creía que solo el brazo de una fuerte potencia extranjera podría aquí ponernos en juicio y afirmar la paz; juzgaba en mi fuero interno que la intervención de las tres grandes naciones aliadas sería benéfica para esta República en el sentido de dotar al pais de un buen gobierno; pero desde que he visto más claro, esto es, que Napoleon está animado del espíritu de conquista y que nuestros hombres pasan por todo género de humillaciones para sacar un provecho mezquino, desde que he visto las perfi-

dias de los comisarios franceses y que Almonte ha descendido hasta falsificar firmas en sus actas de pronunciamientos, tengo horror á esa intervención.

—¿Cómo es eso de falsificar firmas, exclamó el coronel, y en un documento solemne como es una acta de pronunciamiento?....... ¿quién se atrevería á suponer?....

—Nadie supone nada, amigo mio, ahí están cuatro mexicanos protestando contra la superchería que se hizo en Córdova, y son D. Leonardo Higuerola, D. José A. Nieto, D. L. H. Hernandez y D. Dolores Benitez, lo mismo que ocho españoles que han expresado enérgicamente su indignación por haberse tomado sus nombres para hacer larga la lista de los pronunciados. En el *Siglo XIX* y en otros periódicos puede usted ver las protestas.

—Pues no debían cometerse tales indignidades.

—Pero si todo cuanto viene haciéndose es una indignidad, desde los engañosos tratados y las engañosas proclamas, hasta la infamia de venir á ensangrentar nuevamente un país que con tantos trabajos se había pacificado.

—No, pacificado no; todavía quedaban y quedan en pié Márquez y otros caudillos de la reacción.

—Que hubieran sucumbido si no les llega tan inopinadamente el sostén de un ejército extranjero. De aquí en adelante solo Dios sabe lo que sucederá y á quien habrá determinado darle la victoria de las armas.

Como la conversación se animó y se hizo general, Ernesto pudo aproximarse á Aurora y decirle muy quedo.

—Yo vine á verte por la última vez.

—¿Qué estás diciendo?

—Mañana marcho para Puebla.

—¡Dios mio!

—Calla, Aurora, que no lo observen porque es un secreto.

—Pero Ernesto de mi alma, ¿qué vas á hacer á Puebla? le preguntó Aurora comenzando á alarmarse.

—Voy á cumplir con mi deber: á defender á mi patria.

—Lo que habías de hacer era concluir tus estudios.

—Varios jóvenes los abandonaron antes para ir á tomar las armas y yo no quiero ahora ser menos que ellos.

—Todavìa si los franceses estuvieran á las puertas de México, quizás no me opondría tanto á tu determinacion; pero irte por tu gusto al teatro de la guerra sin ser militar.... ¡es una locura, Ernesto!

—Yo quiero ganar para tí laureles.....

—¡Qué laureles ni qué tonterías! lo que vas á hacer es á darnos un pesar á mí y á tu familia.

—Siento correr en mis venas la sangre del soldado.

—Lo que sientes es la influencia que tienen sobre tí los malos amigos que te aconsejan.

—Si no hubiera otros, yo solo me iría.

—¡De modo que es una determinación formal!

—Ciertamente. Si me fuera atrás me cubriría de ridículo, porque se diría que yo soy el que ha excitado á los demás.

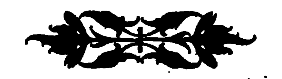
—¡Ay, Ernesto! ¡no sabes lo que me haces sufrir!

—Yo volveré cubierto de gloria, ó dejaré mi vida en los muros de Puebla.

Ambos jóvenes se dieron un apretón de manos debajo de la mesa, en los momentos en que el coronel dió la voz de volver á la sala.

Cuando sonaron las diez, hora de disolverse la tertulia, el coronel casi se mostraba convencido de que la justicia estaba de parte de la República en vista de las infamias repetidas de los comisarios franceses y de los malos mexicanos, á la vez que Ernesto más resuelto aún, se despedía de la familia acentuando el apretón de manos que daba á Aurora, fijo en la idea de que era necesario poner sus aptitudes físicas y morales al servicio de la patria.

Aurora humedeció la almohada con sus lágrimas pensando en la funesta determinación de su novio y en que tal vez no saldría ileso de los peligros á que iba á exponerse.



CAPITULO VI

EL CINCO DE MAYO

EN la conversación que se tuvo en la casa del coronel Cisneros, de que se dió cuenta en el capítulo anterior, no se dijo todo lo que respecto á perfidias habían hecho los comisarios franceses encargados de dar cumplimiento á las órdenes de Napoleón.

En el momento en que Prim iba á retirarse de Orizaba con las tropas españolas cumpliendo lo pactado, Laurencez había mandado encerrar en el convento de San José de Gracia 600 soldados con pretexto de enfermedad para que apoyaran un pronunciamiento que habían de verificar los traidores. Entonces el general Zaragoza se dirigió á Laurencez diciéndole que permitía por un deber de humanidad que los enfermos franceses se quedaran en Orizaba y que estarían seguros bajo la salvaguardia y lealtad del ejército mexicano, pero que debía salir de allí la escolta que los custodiaba. Laurencez fingiendo no

haber comprendido bien una nota tan clara, se apresuró á expedir una proclama que circuló por todo el mundo civilizado, diciendo: « Soldados franceses: A pesar de los asesinatos cometidos en nuestros camaradas y el estímulo que da el gobierno mexicano para esos atentados por medio de sus proclamas, quería yo permanecer fiel hasta el último momento, al cumplimiento de las obligaciones contraidas por los plenipotenciarios de las tres potencias aliadas; pero acabo de recibir una carta del general mexicano Zaragoza, según la cual *está indignamente amenazada* la seguridad de nuestros enfermos que habíamos dejado en Orizaba bajo la salvaguardia de las convenciones. Ya no hay que dudar más en presencia de semejantes hechos; marchemos sobre Orizaba en auxilio de 400 de nuestros camaradas amenazados de un cobarde atentado; marchemos en su auxilio, gritando: ¡Viva el Emperador! »

¡Con razón el *Emperador* y todos sus acólitos fueron por el cielo tan terriblemente castigados! Era imposible que quedaran impunes tantas infamias, tantos miserables embustes!

La proclama de Laurencez nos pintaba como verdaderos salvajes ante el mundo civilizado y la opinión en masa nos condenaba y pedía que se nos hiciera entrar por la fuerza á las vías de la razón, del derecho y de la cultura. Así fué como á fuerza de falsedades y calumnias, los franceses pérfidamente ayudados por los malos mexicanos, lograron formar en Europa una atmósfera pestilente en contra de nuestra patria en general y en contra de los políticos liberales en particular. Los que no eran señalados

como bandoleros, lo eran como crueles, sanguinarios y como faltos de palabra y de honor.

Esto es, los más manchados y los más indignos eran los que procuraban arrojar lodo á nuestros patriotas.

Dejemos todo eso que ahora ya lo tiene bien definido y bien calificado la historia y lleguemos á los grandes sucesos que se desarrollaban en principios de Mayo de 1862.

El dia 4 llegó Laurencez al pueblo de Amozoc con 6500 franceses y 800 mexicanos de tropas organizadas por los traidores Haro y Almonte. En la noche llamó á su alojamiento á estos generales. Encontraron al jefe francés acompañado del coronel Valazé y otros oficiales superiores que examinaban un plano extendido sobre la mesa y el cual estaba ya marcado con varias líneas rojas y azules.

—Mañana atacamos á Puebla, señores, les dijo Laurencez, sin más preámbulos, y los he mandado llamar á ustedes para que me ilustren con sus consejos y para que me digan con qué elementos pueden ayudarme adentro y fuera de la plaza.

Como los dos traidores se vieran uno á otro sorprendidos, queriendo significar que no entendían aquel exabrupto, el general Laurencez se apresuró á decir:

—Comenzaremos por el plan de ataque. Este es el plano de la plaza y las fortificaciones, ¿cuáles son los puntos más débiles y cuáles son los más fuertes?

—Los puntos más fuertes, contestó Haro, son los cerros de Loreto y Guadalupe que forman parte de la línea fortificada.

—Indudablemente, afirmó Almonte. Están bien artillados y deben contar con 2000 defensores detrás de los parapetos.

—Ustedes, entonces, si vinieran mandando el ejército, ¿por qué lado atacarían con mayores probabilidades de un éxito completo?

—Por aqui, dijo Haro, señalando con el lápiz una cortina marcada con tinta azul.

—Eso mismo iba á proponer yo, dijo Almonte, el punto más accesible para ocupar la plaza es esa tapia que pertenece al convento del Carmen.

—¿Y no habría temor de que nos cañonearan después desde los cerros?

—No, porque están lejos, y una vez penetrando nosotros á la plaza entraría la más completa desmoralización en el ejército mexicano.... quiero decir, en las chusmas que manda Zaragoza.

—Veremos lo que opina el Sr. Valazé que como jefe del Estado Mayor, es quien debe resolver en el asunto.

El coronel Valazé dijo haciendo un gesto desdeñoso:

—No digo que estariamos perdidos si siguiéramos el parecer de estos señores, porque nuestros zuavos y nuestros marinos triunfarán en donde quiera que se les diga que triunfen; pero sería lo más desacertado.

—Nosotros conocemos mucho la ciudad y sus elementos, exclamó Haro entre risueño y colérico.

—¡Psé! Conocer el terreno no es todo lo que se necesita: Y voy á darles desde luego una razón convincente que debía callarme, porque este negocio es de mi responsabilidad: estoy seguro que el general

Zaragoza esperará como ustedes que le ataquemos por la tapia del Carmen, y es en consecuencia, el punto que debe tener más sólidamente guarnecido.

—Es claro, agregó Laurencez con un elevado tono de suficiencia, y en los cerros deben estar las tropas colectadas últimamente, solo para servir de sostén á la plaza.

—Pudiera ser así, dijo Almonte comenzando á ceder, aunque siempre tendrían que vencerse más dificultades en los fuertes elevados, que en la plaza que tiene otros puntos tan débiles como las tapias del Carmen.

A la vez señaló otros en el plano que le parecieron serían los que opondrían menos resistencia.

—Si ustedes tuvieran á sus órdenes el ejército que nos vienen ofreciendo desde que salimos de Veracruz, aquí tendrían oportunidad de atacar esos puntos débiles. Yo se los encomendaría. Esto lo dijo el jefe francés con tono sardónico.

—Pronto llegarán Márquez y Cobos con 4000 hombres, dijo Almonte pavoneándose.

Laurencez lanzó una carcajada y exclamó:

—Entonces ustedes no saben que hoy fué derrotado Márquez por los republicanos que manda O'Horan!

—¡Márquez derrotado! ¿pero en dónde?

—En Atlixco: hace unas cuantas horas.

Almonte y Haro se vieron con desconsuelo.

—¡Bah! dijo Laurencez, no hay que apurarse: utilizaremos la poca gente que hay en Matamoros de Izúcar, aunque en esta campaña no creo que me pueda servir de gran cosa. Para dar buena cuenta de

Zaragoza me sobra con el efectivo de 6000 y tantos franceses que me acompañan.

—¿Y no sería mejor marchar directamente sobre México? se atrevió á insinuar Almonte.

—Dejando á un enemigo á retaguardia! exclamó Valazé, eso es contrario al arte de la guerra.

—Hay veces en que un golpe de audacia desconcierta al enemigo. Zaragoza no tiene elementos suficientes para presentarnos batalla en campo raso, dijo Haro.

—Pero los tiene para seguirnos y ponernos entre dos fuegos.

—En la capital no hay ni mil hombres de combate.

—Quinientos que sean nos pueden detener detrás de parapetos mientras Zaragoza nos cañonea por la espalda. Mejor es que no sigamos discutiendo semejante absurdo.

Almonte y Haro salieron del alojamiento de Laurençez bastante corridos, y el primero para conformar al segundo, le dijo muy quedo:

—Estos no son mas que instrumentos de Napoleón III que es quien debe sacarnos del atolladero. Si los hacen pedazos mañana, mejor para nosotros: vendrán 50,000 franceses después para vengar la derrota. Ignoran estos pobres diablos que nos desprecian ahora, que están trabajando para nosotros.

El dia 5 á las primeras horas de la mañana, se movió de Amozoc el ejército francés sobre Puebla, sin que nadie mas que Laurencez y el jefe de su Estado Mayor supieran el plan de ataque que habían resuelto llevar á la práctica, aunque sí aseguraban á los soldados que lo componían que á las doce estarían

almorzando en la plaza después de haberse desembarazado de sus contrarios.

¡Las coronas que habían de ceñir sus frentes, según se habia asegurado, estaban ya tejidas por las bellas poblanas!

Entre tanto, en el campo mexicano reinaba una calma aparente: se tenía fé en el general Zaragoza; pero no se tenía mucha ni en el híbrido conjunto de las tropas ni en sus elementos de guerra, que se veían inferiores al gran aparato con que avanzaban los franceses.

Á las cuatro de la mañana salieron los batallones de línea de sus cuarteles de Puebla y empezaron á desfilar para los cerros de Loreto y Guadalupe que á gran prisa habían estado en los últimos dias fortificándose. El general Zaragoza después de dejar sus instrucciones al general Tapia, jefe de la guarnición que quedaba en la plaza, salió de esta al frente de su Estado Mayor encaminándose á visitar la línea que se había formado con las tropas que mencionaremos luego en los cerros de Loreto y Guadalupe conforme al plan de campaña que se había propuesto, el cual consistía sencillamente en atacar á los franceses por sus flancos y retaguardia si dirigían sus operaciones sobre la ciudad.

Apenas aparecieron los primeros resplandores del dia en el Oriente, cuando ya Zaragoza con su pequeño séquito trasponía las murallas de la ciudad. Una media hora después era saludado por los batallones y escuadrones que estaban formados y descansando sobre las armas fuera de los fuertes. Al presentarse Zaragoza los de caballería montaban en sus corceles

y los de infanteria echaban armas al hombro, sin que se tratara de impedir que gritaran todos: ¡viva el general Zaragoza! ¡viva la República! El general á su vez arengaba á cada uno de aquellos cuerpos con la elocuencia natural que le daban el patriotismo y la fé que tenía en que iba á salvarse cuando menos la honra nacional en aquella jornada. Todos los jefes habían estado preocupados: pero desde el momento en que oyeron hablar á Zaragoza lleno de confianza y en que vieron su semblante iluminado por la inspiración del vencimiento, toda vacilación fué convertida en entusiasmo.—¿Por qué no hemos de triunfar en esta vez, se decían unos á otros, de los que se llaman los primeros soldados del mundo? ¿No estamos en buenas posiciones y dirigidos por un general hábil y valiente?

Después de pasada esta rápida revista y ya cuando la luz del dia era más diáfana, el general en jefe que había sido acompañado por los jefes de divisiones y brigadas, se detuvo á corta distancia de la línea y dió á cada cual algunas instrucciones generales. Todos deberían estar listos para moverse á los puntos que se les designaran, ya fuera que se tratara de atacar al enemigo en columnas ó para defender la posición en el caso remotísimo de que lo intentara el ejército francés. Siempre Zaragoza estaba en la creencia de que los franceses se dirigirían sobre la plaza y que las principales maniobras se desarrollarían en las llanuras inmediatas.

Cuando los exploradores vinieron á decirle que el enemigo se encontraba á una legua de distancia, dijo con voz firme:

—Señores, á sus sitios, dispuestos á ejecutar los movimientos que ordene el cuartel general con toda precisión. Espero que en esta jornada todos sepamos cumplir con nuestro deber.

Ernesto Dominguez, el joven estudiante que hemos conocido en la casa del coronel Cisneros en México, había salido de la capital como dijo á Aurora y se había presentado directamente á Zaragoza sin cartas de recomendación. Este le había dado un sitio de subteniente en su Estado Mayor.

—Ahora gano las insignias de teniente, había dicho á sus compañeros y...... quien sabe si aun las de capitán.

Y acariciando estas y otras locas ideas en su imaginación, había montado en su caballo con soltura y, siguiendo de cerca á su jefe, había presenciado, no sin sentir fuertes palpitaciones en el corazón, todos aquellos preparativos para el combate.

En el día anterior había hecho amistad con otro oficial del Estado Mayor llamado Ramón Diaz, al cual preguntó luego que observó que se habían estacionado sobre una pequeña eminencia desde donde se dominaban todas las posiciones, menos los fuertes:

—Y ahora, ¿qué vamos á hacer aquí nosotros?

—Vamos á presenciar los primeros movimientos tanto del enemigo como los de los nuestros, según están ya ordenados y cuando comience la batalla el general nos irá designando para ir á comunicar las órdenes que sean necesarias.

—¿De manera que nosotros no entramos en acción?

—Es probable que no, sin que por esto dejemos de encontrarnos en los mayores peligros.

—¿Por qué?

—Porque tendremos que ir al galope á donde nos manden, muchas veces en medio de los dos fuegos de los combatientes.

—Yo quisiera mejor que cargáramos.

—Los ayudantes solo trasmiten órdenes, amigo mio.

—Está bien.

Y como Ernesto con su mirada límpida y curiosa había visto algo por allá léjos que le pareció extraño, reanudó luego la conversación diciendo:

—Me parece que se levanta una nube de polvo, allá un poco léjos y aun me ha parecido ver brillar algunas armas con los primeros rayos del sol, ¿qué será?

—Es el enemigo, contestó Ramón con tranquilidad.

—¿Los franceses?

—O tal vez los traidores, pero es el enemigo.

—¿En qué se conoce?

—En que un poco más acá se ve otra nube de polvo más pequeña y aun se ven algunos fogonazos: esa es una guerrilla que viene en observación tiroteando al enemigo.

Ernesto sintió que quería salírse el corazón del pecho.

En efecto, la columna francesa venía avanzando lentamente como dudando aún respecto de si se movería de flanco sobre Puebla ó si seguiría avanzando lentamente hácia los cerros de Loreto y Guadalupe.

A Ernesto le pareció que habría una legua de distancia desde el punto donde se encontraba Zaragoza observando con su anteojo y el lugar donde parecía haber hecho alto la masa negra y compacta que apenas se veía con los ojos de un modo indeciso.

De repente aquella masa se movió y siguió avanzando. El general Zaragoza se sonrió con cierta alegría diciendo á los que estaban más próximos:

—El ataque va á dirigirse de lleno sobre estas posiciones.

La columna sin embargo volvió á hacer alto como á una media legua cerca de unas casuchas que se destacaban en la llanura.

—Se han detenido, dijo Ernesto como con un suspiro.

—Los franceses se tratan bien, le contestó Ramón, antes de emprender la fatiga van á desayunarse.

En efecto, momentos después se vieron salir pequeñas humaredas de todos los grupos, mientras que varios ginetes seguidos de algunos pelotones se desprendían del campamento.

Eran por una parte el jefe del Estado Mayor de Laurencez que iba á practicar un reconocimiento de las posiciones, y los ingenieros con sus hombres cargados de herramienta para allanar el paso de los cañones y afirmar el terreno en que habían de colocarse las baterías.

El general Zaragoza bajó el anteojo prontamente y llamando á dos ayudantes más próximos les comunicó órdenes en voz baja, y estos corrieron al galope el uno por la derecha y el otro por la izquierda, perdiéndose á poco entre las hondonadas del cerro.

—¿Qué pasa? preguntó ansioso Ernesto á su compañero.

—Sin duda el general ha observado algo que no se había previsto y manda nuevas instrucciones á Berriozábal, á Negrete y á Porfirio Diaz.

—Entonces aquellos que están abajo, ¿vienen ya á atacar?

—Todavía no: están reconociendo las posiciones y lo que el general ha de querer es que no se entere bien el enemigo de la situación que guardan nuestras tropas.

—De modo que les habrá mandado que se oculten.

—Probablemente.

El sol empezaba ya á calentar, eran pasadas las nueve, cuando se oyó un cañonazo disparado del fuerte de Guadalupe.

Ernesto se estremeció y volvió la vista al fuerte de donde vió que se desprendía una nube de humo, y á la vez creyó notar que todo el campamento republicano también se estremecía á la vista de los primeros soldados del mundo que estaban tan á poca distancia tranquilos y como muy seguros de obtener otra nueva victoria sobre las muchas que traían á cuestas de Solferino y de Magenta.

—Es mucho ejército ese, se dijo interiormente Ernesto, para que nosotros podamos siquiera detener su marcha.

Como si la voz del cañón hubiera sido la voz de mando para que comenzaran las maniobras, se vió que las tropas francesas hacían al principio un movimiento desordenado que en pocos momentos se regularizó, destacándose distintamente tres grandes gru-

pos que formaban otras tantas columnas. El gran tren de carros y repuestos apenas se divisaba muy á la retaguardia. La reserva se formó á poca distancia de donde se veía flamear la bandera del general en jefe.

—La reserva es como de mil hombres y se queda con Laurencez, murmuró el general Zaragoza: las columnas que se nos echan encima son como de dos mil hombres cada una, tendrán que embarazarse cuando comiencen á practicar la subida.

Pero parecía que todas las dificultades que debían presentarse en el combate habían sido previstas por el encargado de dirigirlo: los ingenieros colocaron seis baterías á dos mil metros primero y después más cerca, frente á Guadalupe, la caballería formada en alas, ocupó los flancos de las tres columnas y estas se escalonaron pareciendo tomar diversas direcciones para converger después á un punto dado.

Zaragoza siguió dirigiendo su anteojo alternativamente á las columnas, á los cañones, al Cuartel General de los franceses y á las reservas, mandando de vez en cuando á algún ayudante, sin menudear mucho sus órdenes nuevas sin duda con objeto de mantener siempre cerca de sí un personal conveniente para los momentos más precisos.

Ernesto estaba nervioso observando todos aquellos movimientos y se llenaba de impaciencia cuando desaparecían en las irregularidades del terreno algunos cuerpos franceses, temiendo que hubiera un camino subterráneo, una senda oculta que les permitiera llegar hasta los fuertes sin peligro.

En esos momentos la artillería francesa abrió sus

fuegos oyéndose solo un cañonazo continuado; tan rápido así era el cañoneo.

El fuerte contestó con sus grandes piezas y entonces el estrépito se hizo terrible.

Iba ya el general Zaragoza á mandar un ayudante para repetir una orden suya que parecía no haber sido obedecida, cuando se vieron frecuentes fogonazos detrás de una colina causados por una batería rayada mexicana que hacía un fuego mortífero sobre los franceses. Estos se vieron precisados á suspender sus fuegos y á retirarse á mayor distancia en medio de un grito de júbilo lanzado por los soldados del fuerte de Guadalupe, que había alcanzado el mayor de los triunfos dominando al enemigo en su arma favorita.

Entonces Laurencez confió el éxito del combate al valor nunca desmentido de sus cuerpos de zuavos, de marina y de cazadores que formaban las columnas de ataque, ordenándoles que verificaran este sin esperar ya á que fueran apagados los fuegos de los cañones de Guadalupe.

Por una media hora los tiros de cañón fueron escasos, mientras se verificaba el asalto ordenado á la infantería.

Zaragoza estaba más atento que nunca comprendiendo que había llegado el momento crítico. Temìa que se hubieran agotado las municiones en el fuerte de Guadalupe que visiblemente era el que iba á ser atacado por todas las fuerzas combinadas del enemigo, lo mismo que temía que la audacia y la intrepidez de los asaltantes llegaran á infundir pavor en los defensores de las posiciones.

Entonces fué cuando menudearon las órdenes y llegó su turno á Ernesto de entrar en servicio.

—Teniente Dominguez, le dijo el general en jefe con voz firme, vaya usted á decir al general Tapia que está allí. y le señaló el punto de la ciudad donde había un grupo de ginetes y una bandera, que rompa el fuego sobre el enemigo y no se separe de la posición.

Ernesto se fué tan aprisa en su caballo como podía permitírselo el terreno y á cada momento oía silbar las balas sobre su cabeza, lo cual no dejaba de producirle grande emoción, siendo la primera vez que se hallaba en un encuentro de tropas, pareciéndole este, como lo era en efecto, formidable.

Llegó con felicidad y comunicó las órdenes en los momentos precisos en que el general Tapia se disponía á abrir los fuegos sobre el enemigo, según instrucciones anteriores, operación que produjo de pronto magníficos resultados, porque por ese lado los franceses estaban al descubierto. Se destacaron luego dos compañías de cazadores y cargaron con tal ímpetu sobre las posiciones exteriores de la ciudad, que lograron arrollar á los pocos soldados que allí había y entrar á las calles, de donde tuvieron que retroceder diezmados y en desórden, en tanto que el ataque al fuerte de Guadalupe, paralizado por poco tiempo, siguió con mayor ímpetu, habiendo sido las columnas reforzadas por las reservas.

Zaragoza, siempre atento á las peripecias del combate, mandó al fuerte los auxilios de que pudo disponer á la vez que procuraba generalizar la refriega por todos lados.

Ernesto tuvo que regresar al lado del general en

jefe pasando entre los fuegos de amigos y enemigos. Hasta que estuvo allí fué advertido por el mismo Zaragoza de que el caballo que montaba tenía una rozadura de bala en el anca y su sombrero estaba agujerado en tres partes distintas.

—Muy bien, teniente Domingnez, ha desempeñado usted su comisión como un oficial valiente y práctico.

—Soy subteniente, señor, le contestó modestamente Ernesto.

—Cuando mandé á usted con la orden le llamé teniente, ahora es usted capitán.

Ernesto derramó una lágrima de júbilo y contestó con voz sofocada por la emoción:

—Gracias, mi general.

La misión encomendada á este oficial dió muy buenos resultados, porque los franceses suspendiendo el asalto mientras atendían á los fuegos que se les hacía por la retaguardia, dieron tiempo á que llegaran los auxilios enviados al fuerte y el combate resultara menos desigual. Renovado este principalmente contra el fuerte de Cuadalupe y la cortina que se extendía hasta el de Loreto, la lucha entre dos y tres de la tarde, después de tres horas de un fuego vivísimo, se hizo tremendo, vertiginoso. Toda la linea mexicana estaba envuelta en una nube densa de humo que no dejaba percibir lo que estaba pasando, así es que la ansiedad de Zaragoza y los que lo acompañaban era grande, y cambiaban de puntos de observación casi insensiblemente, queriendo en vano abarcar con el poder de los anteojos de campaña todos los puntos que eran atacados. Lo que más les inquietaba

era ver que los franceses á pesar de la metralla que vomitaban sobre ellos los cañones del fuerte casi sin interrupción, habían logrado pasar los fosos ayudados de puentes improvisados y ver que el fuego se suspendía en algunos lugares como si la lucha se hubiera empeñado allí cuerpo á cuerpo.

En efecto, así había sido: el capitán Gautrelot subió por una escala formada con las espaldas de sus soldados á lo alto de la trinchera, el corneta Rollet encaramado en el parapeto dió el toque de carga, el teniente Caze descargó por una tronera abandonada los seis tlros de su pistola, casi sobre los cañones mexicanos llegó á plantarse la bandera del 2º Regimiento de Zuavos. Este momento fué el más crítico: si los defensores del fuerte, como sucede en tales casos, se hubieran desmoralizado, allí sucumben..... no siempre se conserva el valor ni menos la serenidad cuando se ve á un enemigo arrojado, que desprecia la muerte y llega á donde se le ha ordenado que debe llegar. Hasta los más intrépidos vacilan cuando ya tienen encima al contrario. Pero se trataba del honor nacional, se defendía la independencia de la patria, se encontraban en las posiciones que sostenían la refriega Negrete y Berriozábal, y estos jefes que se habían sabido poner á la altura de la situación, supieron también inspirar confianza á sus subordinados, supieron sobre todo acudir á tiempo á donde era más inminente el peligro, y los franceses á pesar de su audacia, á pesar de su disciplina, á pesar de su superioridad para la esgrima de la bayoneta, fueron rechazados á la arma blanca de las trincheras y luego ametrallados....

La misma suerte habían corrido las columnas francesas en toda la línea; pero Laurencez no quería aún ceder la victoria y mandó la reserva y luego no solo la reserva sino aun los cuerpos de cazadores que se habían quedado custodiando el convoy y que no debían entrar al combate.

—¡Oh! si me llegaran en estos momentos algunos auxilios aunque fueran de los restos que hayan quedado á Márquez, Mejía ó cualquiera de los traidores que ofrecieron auxiliarnos con su gente!....

Pero los traidores no pudieron acercarse porque precisamente para impedir que lo hicieran y para batirlos, había destacado antes Zaragoza 1500 caballos á las órdenes de O'Horan y Carbajal, con cuya fuerza hubiera sobrado para hacer la derrota de los franceses completa si se han quedado aquellas fuerzas en el campamento.

Márquez y Mejía no llegaron en efecto al lado de Laurencez, pero desde léjos le ayudaron á que no fuera destruido, habiendo obligado al general republicano á mermar su ejército.

Laurencez pues insistió en que las posiciones fueran tomadas á sangre y fuego y dió al efecto órdenes precisas enviando todos los refuerzos posibles á las columnas de ataque cuando ya Zaragoza había agotado los suyos, y entonces viendo este la situación tan comprometida y cuando ya no tenía más ayudante á su lado que al capitán Ernesto, á quien deseaba, por el afecto que le había inspirado, no exponerlo á peligros muy evdentes, volvió la cabeza y le dijo:

—Capitán Dominguez, corra usted para aquella

hondonada en donde está el general Porfirio Diaz con los batallones Zapadores y Rifleros y dígale que impida á todo trance el avance de la columna francesa que no tardará en presentársele; dígale también que será auxiliado por el batallón Reforma. Pronto, pronto.

Ernesto que había estado comunicando órdenes de más fácil ejecución, á la primera ojeada comprendió que la que se le encomendaba era peligrosísima porque tenía que atravesar por entre los fuegos de los combatientes por las lomas descubiertas; pero no vaciló ni un momento y encomendando su alma á Dios y su pensamiento á su amada Aurora, puso su caballo al galope.

—Valiente oficial, murmuró Zaragoza, si no muere ahora hará brillante carrera.

Y siguió con ojos atentos el segundo asalto intentado por los franceses que desplegaban un ímpetu extraordinario.

—Con razón tienen una fama universal estos soldados, dijo á las personas de su séquito que lo rodeaban.

En esos momentos sacó el reloj de su bolsillo, vió que marcaba las cuatro de la tarde y á la vez oyó un trueno en el cielo que dominaba el fragor de la pelea.

—Cinco horas de fuego, las bastantes para que nuestras municiones estén agotadas. Ahora la lluvia tanto podrá favorecernos á nosotros como á los franceses...... este momento va á ser el decisivo.

Siguió observando con el anteojo y murmuró en medio de un suspiro:

—Mis órdenes se cumplen con fidelidad: no hay mas que hacer sino esperar á que Dios dé la victoria al que tenga la justicia.

Y como si Dios lo hubiera oido pudo observar que las columnas francesas eran rechazadas otra vez más simultáneamente en toda la línea. El aire barría el humo con fuerza y podía verse con claridad que los zuavos, los marinos y los cazadores, retrocedían en confusión corriendo muchas veces á ocultarse en las zanjas lo mismo que en las sinuosidades del terreno. Después se supo que un cuerpo entero de marina estuvo escondido el resto de la tarde y la noche en el fondo de un barranco.

Casi al mismo tiempo que se oían las dianas tocadas por las músicas militares de los fuertes, se desgarraron las nubes cayendo á torrentes la lluvia acompañada de granizo. Como lo había previsto Zaragoza, la tempestad sirvió para desorganizar completamente á los franceses y evitar que dieran nueva carga,; pero impidió á la vez que los mexicanos pudieran lanzarse sobre ellos y aniquilarlos, porque el terreno se había puesto resbaladizo. No obstante esto, el general Diaz reunió sus tropas, las arengó y se puso al frente de ellas para dar el alcance.

—¡Oh! ¡oh! exclamó Zaragoza observando aquel movimiento, ya tenemos por hoy lo bastante con lo que se ha conseguido. Vaya usted, continuó dirigiéndose á un ayudante, y dé orden al jefe de esa columna para que se replegue á las posiciones.

Ernesto que había llegado sano y salvo al lado del general Diaz, no había podido regresar al lado del general en gefe, porque el combate estaba empeñado



-¡Oh! ¡Oh! Exclamó Zaragoza observando aquel movimiento, yá tenemos por hoy, lo bastante con lo qüe se ha conseguido.

y se le había cerrado todo camino, así es que estuvo en todas las peripecias últimas de la refriega y ahora con la espada desenvainada iba también persiguiendo á los franceses.

Tras la orden dada por el primer oficial, llegaron tres ayudantes más repitiéndola. El último dijo que el general en jefe hacía presente al jefe de la columna que los franceses podrían detenerse, organizarse en un momento y cargar con una inmensa superioridad sobre aquel puñado de valientes que fácilmente serían derrotados. Era exponer mucho la gloria alcanzada.

—¡Qué lástima! exclamó el general Diaz, yo hubiera dado cuenta de todo ese ejército desmoralizado en menos de una hora.

Y como siempre fué buen subordinado mandó hacer alto y contramarchar.

Entonces vió Ernesto por sus propios ojos que todo el cerro de Guadalupe estaba cubierto de cadáveres, destacándose por todas partes los pantalones rojos de los zuavos de los que hubo más muertos en todo aquel porfiado combate.

Cuando llegó al lado del General en Jefe gritó con entusiasmo:

¡Viva el general Zaragoza! ¡Viva la República!

—¡Viva! ¡viva! contestaron todos.

Y dando un abrazo al teniente Ramón, exclamó con júbilo:

—¡Qué hermosa jornada! El recuerdo de este 5 de Mayo no se olvidará nunca.

CAPÍTULO VII

EL SEGUNDO ACTO DE LA COMEDIA

ERA el 3 de Octubre de 1863, la misma fecha en que dos años después decretó Maximiliano una ley de sangre. A las diez de la mañana había demasiado movimiento en el castillo de Miramar, formado por la servidumbre del archiduque á la cual se habían unido ochenta criados más alquilados para dar golpe de vista al espectáculo. También se habían reclutado chambelanes, maestros de ceremonias, damas de honor, etc. Las cajas del candidato estaban bien provistas por los judíos austriacos que habían prestado dinero sobre los futuros rendimientos del imperio mexicano: se podía gastar á manos llenas.

Mientras el Archiduque estaba dándose la última mano en su alcoba, peinándose las patillas y buscando el mejor efecto para sus condecoraciones, la Archiduquesa en su tocador, auxiliada por sus doncellas, se colocaba en el pecho, el cuello y la cabeza algunas riquísimas joyas, después de haberse vestido espléndidamente. Parecía, según todos aquellos pre-

parativos, como que se trataba de deslumbrar á los comisionados mexicanos que debían llegar al castillo á las once y media, toda vez que estaba arreglado que salieran de Trieste en carruajes dispuestos al efecto, á las once de la mañana en punto.

Se divisó por el camino el polvo que levantaban los carruajes de la comitiva y el mayordomo puesto de atalaya con un anteojo, avisó á sus ayudantes que la comisión se aproximaba, para que los criados y dependientes ocuparan los sitios que de antemano les había designado el primer maestro de ceremonias.

Nueve eran los individuos que formaban aquella histórica comisión é iban en siete coches con chambelanes y agregados.

Hé aquí los nombres de los comisionados que designó la junta de notables de México para ofrecer la corona de Emperador á Maximiliano, nombres que no deben olvidar nunca los mexicanos:

José María Gutierrez Estrada.
Francisco J. Miranda.
José Hidalgo.
Joaquín Velázquez de León.
Ignacio Aguilar y Marocho.
Tomás Murphy.
Adrián Woll.
Angel Iglesias.

Unos abogados, otros clérigos, otros militares y dos diplomáticos.

Cruzaron los coches el puente y verja del castillo, se detuvieron junto al vestíbulo y apeándose nuestros personajes fueron recibidos al pié de la escalera por el segundo maestro de ceremonias, quien los condujo por

el centro de una valla que había formado la servidumbre: en el ala de la derecha los criados estaban con libreas negras bordadas de plata; las libreas de los del ala izquierda eran blancas con adornos azules y todos llevaban calzón corto, medias de seda, zapatos de charol y espada al cinto. En la galería alta había otra valla de marineros. Más adelante había alabarderos con sombreros de tres picos y luenga barba y por fin en la entrada del salón había también otras dos hileras de oficiales, empleados, capellanes, sastres y demás gente menuda. Pasaban de trescientas personas los comparsas destinados á esta *mise en scéne.*

Si los comisionados no hubieran sido personas sérias, aquella era la oportunidad de reirse á carcajadas; pero nuestros personajes observaron con estupor tanto lujo, se veían unos á otros asombrados y se decían en voz baja:

—Es imposible que el príncipe quiera cambiar este *confort* por el triste placer de ir á habitar nuestro vetusto palacio de gobierno.

Ignoraban ó fingían ignorar que este *confort* era improvisado para producir en ellos efecto y costeado ya con los pesos mexicanos en *perspectiva.*

Entraron igualmente los comisionados al régio salón también preparado con nuevos tapices de seda para esta ceremonia, se formaron y esperaron á pié firme unos minutos. Se abrió una puerta y apareció Maximiliano vestido con frac azul: les saludó con una inclinación de cabeza y esperó á que le dijeran lo que se les ofrecía.

Se adelantó dos pasos al Presidente de la comisión

Gutierrez Estrada, sacó un papel de la bolsa de la casaca y leyó el largo discurso que corre en las historias y en el cual prodigó al Archiduque los epítetos más retumbantes, ofreciéndole la corona del imperio mexicano que iba á levantarse en nombre de la nación, apoyándose en una docena de actas de algunas poblaciones ocupadas por los franceses.

Maximiliano, que ya sabía poco más ó menos lo que significaban aquellos pobres votos arrancados por la fuerza, no se dejó ir de bruces, sino que contestó que aceptaria la corona cuando la elección del noble pueblo mexicano fuera hecha en su conjunto, esto es, cuando fuera aceptado por mayor número de personas y de poblaciones, y una vez que contara también con el asentimiento del jefe de su familia, ó sea con la voluntad de su hermano el Emperador de Austria, con la cual ya contaba de antemano, pues lo que más deseaba aquel jefe de Estado era quitárselo de encima porque le era gravoso.

Cutierrez Estrada hizo la presentación de cada uno de sus compañeros, entregó las preciosas actas de sus muy contados adeptos, y apareció la Archiduquesa radiante de hermosura, de gracia, de magestad y también de toilette.

Todos los comisionados quedaron deslumbrados con Carlota, que tuvo frases dichas en español para cada uno de ellos. Tenía su capellán castellano que le había dado lecciones del idioma y tenía también libros que le habían proporcionado ya datos precisos y preciosos sobre todos los mexicanos con quienes en lo sucesivo iba á tener que encontrarse por cualquier circunstancia.

Concluida la ceremonia, que tuvo todo el carácter oficial: se retiraron los comisionados por donde habían venido, esperando aún que algo debía seguirse que fuera más suculento.

En su hotel de Trieste se encontraron en efecto una invitación para que volvieran por la noche á Miramar á una comida y recepción que les daba el Hapsburgo.

—Y bien, les dijo Gutierrez á sus compañeros luego que estuvieron reunidos en su alojamiento ya sin testigos incómodos, ¿qué juzgan ustedes de nuestra embajada?

—Que hemos hecho un pan como unas hostias, le contestó el padre Miranda que era uno de los monarquistas más exaltados.

—En efecto, prorrumpió Hidalgo, S. M. se ha dignado imponernos demasiadas condiciones.

—Las muy indispensables, se apresuró á contestar Gutierrez Estrada que conocía bien la madeja. Nosotros le hemos traido unas actas insuficientes.

—Es muy raquítico lo que hemos traido, dijo Aguilar y Marocho, como un eco de su colega el Excelentísimo Señor Presidente de la Comisión.

—Pero ustedes lo saben y el príncipe también, repuso Gutierrez Estrada, que esas actas no son mas que para cubrir el expediente. Tratándose de un asunto convenido y bien convenido, estos son detalles de poca monta.

—El príncipe irá á México, dijo Hidalgo, sobre eso no debemos abrigar duda alguna; pero irá cuando se hallen las cosas más en regla que como las han hecho Saligny y Almonte.

—Han procedido como muchachos aturdidos, murmuró Iglesias, cualquiera de nosotros habría podido conseguir más numerosas y más significativas adhesiones. Ni siquiera están los cabildos, que habría sido tan fácil comprometerlos.

—Comprometidos ya lo están, dijo Miranda, lo que ha faltado es tacto para hacerlos firmar.

—En suma, contestó Gutierrez Estrada, queriendo defender á las gentes de México, se ha hecho lo que se ha podido. Creo que demasiado consiguieron los jefes franceses ayudados de los nuestros con agenciarse las actas de Veracruz, Jalapa, Orizaba, Puebla y parte de México, lo mismo que con obligar á los notables á hacer la proclamación.

—En resumidas cuentas, Maximiliano ha estado en su papel......

—S. M. Maximiliano I, interrumpió el padre Miranda.

—S. M. Maximiliano I ha estado en su papel, siguió diciendo Hidalgo, haciéndose un poco del rogar, puesto que ese era ya un punto acordado......

—¡Ah! ¿era punto acordado? preguntó Woll.

—Sí, señor general, con objeto de dar tiempo á que el territorio mexicano sea dominado por los franceses y á que los Emperadores de Austria y Francia confirmen, bajo bases sólidas, todos sus ofrecimientos. Esta contestación de S. M. contiene dos objetos importantísimos: uno, asustar á su hermano con una no aceptación en perspectiva; otro, obligar á Napoleón á que active las operaciones de la guerra y á que ratifique los tratados de alianza.

—¡Ah!

—¡Oh!

Todos los comisionados lanzaron exclamaciones en diversos tonos. Después de convenir en que Maximiliano había estado elocuente, político, correcto y diplomático, sobre todo diplomático, hicieron un almuerzo ligero, pasearon por las calles de Trieste, y, al pardear la tarde, se encaminaron de nuevo en los carruajes alquilados para su servicio, al palacio de Miramar, que divisaron á poco iluminado como para una fiesta.

En efecto, fiesta y grande hubo aquella noche en Miramar en que los comisionados mexicanos fueron agasajados régiamente, siempre con el dinero adelantado por cuenta del imperio de México.

Recibidos en el gran salón del castillo con las mismas ceremonias que por la mañana, esperaron de pié á SS. AA. II. que se presentaron con sus respectivos acompañamientos. Maximiliano vestía de marino austriaco, y la Archiduquesa llevaba un vestido de tela de seda color rosa, con inmensa cauda que sostenían dos pajecillos y sobre la frente ostentaba una corona cuajada de piedras preciosas. Sus pendientes, su collar, sus pulseras y un alfiler prendido al pecho, contenían brillantes de colosal tamaño, llevando tal aglomeración de joyas con la intención tal vez no solo de fascinar á los comisionados mexicanos con aquellas riquezas, sino de hacerles entender que los príncipes no necesitaban seguramente de hacer un viaje peligroso á México para nadar en la opulencia. El alhajero había sido alquilado á los judíos de Trieste.

Cuando el mayordomo anunció que S. A. I. estaba servida, Gutierrez Estrada dió el brazo á la Archiduquesa, los demás comisionados á las otras damas, entre las que ya había algunas mexicanas, por ejemplo, la suegra del mismo Gutierrez Estrada, las que ya se encontraban colocadas en la servidumbre de Miramar, como damas de honor de aquella corte en miniatura, y Maximiliano cerró la marcha hablando familiarmente con su favorito Arrangoiz.

El comedor del castillo estaba deslumbrador con sus centenares de luces en candelabros y arañas de cristal que se habían alquilado en Trieste. La gran mesa estaba cubierta de flores colocadas en jarrones de Sévres, y la vajilla hacía visos no solo por ser fina sino por ser nueva. Todo estaba bien provisto y todo también previsto por los empleados del palacio y principalmente por el inteligente mayordomo, que había tenido carta blanca para gastar y para adquirir á cualquier precio lo que se necesitara.

La mesa contenía cuarenta cubiertos que fueron los que correctamente se ocuparon, haciéndose el servicio con tanta precisión y con tal prontitud, como si todas las noches se hubiera dado en el castillo una suntuosa fiesta semejante.

Ni el Archiduque ni la Archiduquesa se vieron precisados á dar la menor orden, ni con los ojos, á sus servidores para que ejecutaran alguna cosa, pues que todo se hacía como con máquina. No hubo bríndis, pero en cambio hubo una muy animada conversación después que se bebió el tercer vaso de vino del Rhin, y cuando se pasó del quinto y del sexto, el entusiasmo por el futuro imperio mexicano no tuvo lí-

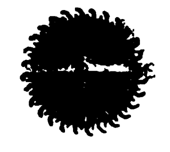
mites, pues ya se comprende que ese debió ser el tema de todos los discursos.

Maximiliano hizo que se le diesen algunos detalles, respecto de la función de armas del cerro del Borrego, desfavorable á Gonzalez Ortega, de los episodios del sitio de Puebla que le parecieron interesantes, de la participación que habían tenido en la campaña sus partidarios mexicanos, relato en que por varias veces frunció el ceño con marcado disgusto; de la conducta observada por el clero, de los trabajos de los regentes, del carácter y manejo de los jefes que mandaban el ejército de ocupación y finalmente de la importancia que pudieran tener tanto la junta de notables organizada en México para ofrecerle la corona como las personas que firmaban las actas que se le habían presentado en qué se le proclamaba emperador.

La archiduquesa, con gracia suma, interrumpía con frecuencia al principal narrador que era Aguilar y Marocho, haciéndole preguntas especiales sobre cada uno de los personajes cuyos nombres aparecían de nuevo en la escena, pareciendo interesarle mucho el conocimiento de las mayores intimidades que se relacionaban con los hombres que ella creía iban á ser los que rodearían el trono. De la misma manera se interesaba en conocer los nombres y las cualidades de las damas principales de México, por su belleza, por su posición, por su dinero ó por su elegancia.

Después de la mesa volvieron todos al salón en donde hubo tertulia amenizada con las habilidades de algunos artistas de ambos sexos. Sus Altezas se retiraron de la reunión cuando lo creyeron conve-

niente, dejando á todos encampanados, por ser esa la costumbre de los grandes, y los comisionados, que ya no tenían que hacer allí, también tocaron retirada, yéndose algo ébrios á soñar en sus camas con el esplendor del nuevo imperio del que ellos se creían las principales columnas.



CAPÍTULO VIII

COLOQUIO ÍNTIMO

El príncipe Maximiliano condujo á Carlota á sus habitaciones é iba ella á introducirse en el tocador para despojarse de las joyas, cuando él la dijo:

—Todavía no. Estás muy hermosa y quiero contemplarte unos momentos á solas. Despide á tu servidumbre.

Carlota dijo con mucha amabilidad á sus criados que se retiraran, que ella sola se desnudaría y cerró luego que salieron la puerta del coqueto gabinete en que se encontraban los futuros soberanos. Maximiliano se quedó viéndola de hito en hito, exclamando con entusiasmo sajón:

—De veras que te veo esta noche más hermosa que nunca. Ese traje te sienta muy bien...... y luego todas esas ricas joyas que tan bien te van. Esa agitación que mueve tus labios, ese rubor que tiñe tus mejillas...... eres la más linda de las reinas.

La Archiduquesa se echó sonriente en brazos de su esposo...... no recordaba haberlo visto más galante, ni más expresivo, ni más espiritual en los seis años que llevaban de casados. Verdad es también que Carlota se había mostrado discreta con los concurrentes, había hecho los honores del banquete con la magestad de una emperatriz y se había puesto en todos los pormenores á la altura de la situación. Por otra parte, estaba verdaderamente voluptuosa con su expléndido traje y aquellas magníficas joyas y hasta un hombre de roca hubiera caido en aquellos instantes rendido á sus plantas.

Maximiliano cayó en efecto de rodillas, la adoró como á una diosa y ella se abrazó á su cuello y lo besó en la boca y los ojos, murmurando con voz de tórtola enamorada:

—Eres encantador, príncipe.

Pasados aquellos deliquios amorosos á que hacía tiempo no se entregaban, absortos como estaban en la política, ella que estaba más preocupada aun que su marido con el imperio mexicano, fué la primera en volver á la realidad diciéndole:

—En este momento se van los comisionados del castillo.

—¿Cómo lo sabes?

—He oido rodar los carruages y cerrarse la verja.

—¿Qué te han parecido? Cuéntame tus impresiones de este día.

—Hasta hace poco todavía estuve creyendo que íbamos á reinar en un pais de bárbaros; pero cada informe nuevo que recibo ha ido modificando mis opiniones.

—En efecto, la civilización no está en México bien implantada todavía; pero abundan allí las personas ilustradas. La mayoría es de idiotas.

—No tanto, puesto que se arman para defender sus libertades.

—Los labriegos son arrancados de sus faenas del campo por la fuerza para formar las filas juaristas.

—Pero esos labriegos no irían si no tuvieran voluntad.

—Los obligan.

—Y los que los obligan siendo pocos, ¿habían de ser más fuertes que los muchos, si no quisieran combatir?

—En todas partes sucede lo mismo. Las autoridades que son los pocos dominan á los pueblos que son la multitud. ¿Qué ejército sería posible si los jefes no supieran inspirar temor? ¿Qué reino subsistiría si los pueblos pudieran ponerse alguna vez de acuerdo para resistir?

—Nos vamos desviando del punto de partida, Maximiliano mio, querías que te refiriera mis impresiones.

—En eso estamos.

—Hablaremos primeramente de los miembros de la comisión.

—¿Qué te han parecido?

—Son bastante pasaderos y han sabido presentarse oficialmente esta mañana; pero después han estado ó muy llanos ó muy encogidos

—No tienen las costumbres de las cortes en México, y es natural que todo les coja de nuevo.

—El acto de por la mañana estuvo imponente, solo

que el discurso de Gutierrez de Estrada me pareció muy largo y muy vacío.

—En efecto, no necesitaba de tantas palabras para venir á ofrecer una corona que ni siquiera está en las manos de los mexicanos sino en las de Napoleón.

—Este se ha mostrado bien galante contigo. La misma Comisión está encargada de llevarle un voto de gracias por haber mandado sus mejores tropas á conquistarte un trono, y no ha querido recibirla antes de que viniera á Miramar.

—Sí, ya supe que había tenido para conmigo tan alta deferencia. Es á la vez un acto de cortesía y un acto de política para halagar á las potencias y á los mexicanos.

—Tanto, pues, como el discurso de Cutierrez Estrada estuvo difuso, el tuyo fué sóbrio y bien dicho.

—¿Lo oiste?

—Estuve presenciando la ceremonia entera detrás de una cortina.

—¡Oh! ¡las mujeres! ¡las mujeres!

—¡Todo eso para mí tiene tanto interés.....!

—¿Y qué te pareció?

—Estuviste muy duro reprochándoles que vinieran á ofrecerte una corona que cuenta con tan pocas verdaderas adhesiones.

—Es lo que habíamos convenido. Es la condición impuesta también por mi familia, aunque no por Napoleón, que sostiene que en México solo los gobiernos de hecho son los que prosperan.

—Quizás esa contestación no nos cierre las puertas.

—¿Cómo?

—Si los mexicanos no ceden, si la lucha se prolonga.....

—A estas horas el ejército francés habrá avanzado sobre el interior y ya tendremos la adhesión de las ciudades principales.

—¿Te lo han dicho los comisionados?

—Algo, aunque las noticias de mis agentes se adelantan como sabes, á las que ellos traen, que están muy trasnochadas. Además, á los Estados Unidos del Norte se les ha puesto el cielo muy entoldado y esto nos favorece. Los proyectos de Napoleón no se limitan á México, quiere, unido con las potencias, plantear la monarquía en toda la América.

—Yo tengo como fiebre. Quisiera que estuviéramos allá cuanto antes: cíñame yo la corona de emperatriz y después que se hunda el mundo.

—No es todo que tengamos un imperio, sino que lo sepamos conservar.

—Lo conservaremos. Tú con tus buenas cualidades y yo atrayéndote á las gentes de valer, alcanzaremos popularidad. Principalmente contaremos con la veneración de los indios que son dados á todo género de idolatrías.

—Lo esencial es que los franceses, ayudados de nuestros partidarios, acaben con Juarez y su gente.

—Lo que no hagan ellos lo acabarás de hacer tú con tu valor, con tus buenas disposiciones y tu sabia política.

—Así sea.

—¿Y cuándo nos pondremos en marcha?

—Quizás en los primeros meses del año próximo: tan pronto como logre romper el nudo gordiano.

—El nudo gordiano son los obstáculos que pone tu familia.

—Mi hermano no: mi madre y mis demás parientes.

—¿Para qué quieres á nadie más si cuentas con Napoleón?

—Necesito la bendición del Papa y cuando menos alguna palabra de aliento de las cortes de Viena, Bruselas y Londres.

—A todos interesa el establecimiento de una nueva monarquía.

—Es verdad, pero el celo muerde el corazón de los soberanos. Ya sabes que á Napoleón no se le estima y se le tiene por un *sanscoulotte* ambicioso. Ese no es un monarca de sangre pura.

—¿Cuándo partiremos por fin?

—Cuando las circunstancias apremien.

—No pueden ya ser más apremiantes. Tu castillo tiene hipotecas que se están venciendo, tu hermano no te da dinero, hasta las alhajas que llevo son agenas. Los acreedores no quieren esperarse......

—Creo que después de Enero, para Abril por ejemplo, suceda lo que suceda, nos iremos.

—¿Y las condiciones que hoy impusiste á los comisionados?

—Se habrán cumplido: me traerán de aquí á entonces nuevas actas de adhesión, que por pocas que sean, me parecerán completas, y las potencias algo me habrán ofrecido.

Carlota, casi llorando, se echó en brazos de Maximiliano.

—¿Estás, pues, deseosa de ir á México, vida mía?

—Muy deseosa.... es mi sueño dorado..... todas las noches sueño con la corona de emperatriz......

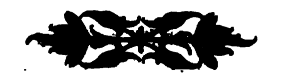
—Te daré ese gusto aunque me cueste.....

—¿Qué?

—La herencia de Austria.

Carlota premió con repetidos besos aquella muestra de abnegación de Maximiliano.

El archiduque salió hasta por la mañana á las ocho de las habitaciones de la archiduquesa.



CAPITULO IX

ALMONTE

Este siniestro personaje de quien cuesta trabajo hablar, por sus bajezas, por sus perfidias y por sus traiciones, después de haberse constituido él mismo Jefe Supremo de la Nación con el apoyo de las bayonetas francesas en Orizaba, formó parte de la Regencia en México luego que la Asamblea de Notables, obedeciendo al mandato de Forey, proclamó la monarquía, decidiendo ofrecer la corona del imperio de México á Maximiliano que ya le estaba ofrecida por Napoleón III.

A Don Juan Nepemuceno Almonte que era hijo del gran Morelos, le bastaba para su gloria tener aquella procedencia, y sin molestarse mucho hubiera sido llamado por su solo orígen ó ocupar los puestos mas encumbrados; pero sus ambiciones nunca se veían satisfechas y anduvo rodando mientras vivió por todos los partidos, á todos traicionándolos, á todos vendiéndolos y á todos haciéndoles inconsecuencias como

el más vil de los lacayos, colocándose siempre en la línea de los intrigantes de más baja estofa.

En los momentos en que vamos á presentarle otra vez en escena, era el esclavo más humilde de los jefes de la expedición francesa y el más soberbio de los mandarines mexicanos para con los suyos. Así han sido siempre los traidores en todas partes del mundo: sumisos con los extraños, feroces con los de su tierra.

Se había presentado ya el otro traidor, odioso como Almonte, y más odioso aún porque era prelado, el arzobispo Labastida, á quién se designó por Napoleón como tercer regente y él que esperaba venir á hacer su voluntad creyendo que estaba cargado de méritos con su viaje á Europa y su intervención en la aventura intervencionista, luego que vió que no tenía ni ocasión de opinar siquiera pues que todo lo que se hacía se presentaba condimentado por Bazaine que era el jefe de las armas ó por sus agentes para que lo firmara la Regencia, empezó á tener disgustos y mucho más se disgustó cuando supo que el emperador francés había ordenado que se llevase adelante la desamortización de los bienes del clero y en general lo que disponían las leyes de Reforma, ante cuya determinación se habían inclinado Maximiliano y Carlota primero, y después Almonte y Salas, los dos regentes en ejercicio, y en seguida los demás imperialistas y afrancesados, lo cual segun el arzobispo era tanto como haber salido de Guatemala para entrar en *Guatepeor*.

—¿Pero es posible que Sus Excelencias hayan consentido en eso? decía en cierta vez á Salas y Almonte

apretándase las manos de congoja, hablando con ellos confidencialmente.

—Nos hemos opuesto cuanto era dable oponernos sin provocar un rompimiento, Illmo. Señor, le contestó Almonte.

Aquí es necesario advertir que Salas no decía nada porque era un estúpido, un estafermo que firmaba cuanto le daban, sin meterse en más dibujos, porque las únicas cosas que le interesaban eran el sueldo y la posición.

El prelado siguió con la palabra.

—Pero se entiende que nosotros todos no hemos venido luchando desde el año de 55, exponiendo nuestras vidas y gastando nuestro dinero, para venir á tener lo mismo que hemos repugnado. Si hemos de tener desamortización y leyes de Reforma, no valía la pena de haber ido á suplicar á las naciones amigas que nos auxiliaran con sus armas y con su poder para arrojar á Ios liberales, puesto que son los mismos liberales los que están mandando ahora.

—Yo fuí, en efecto, liberal alguna vez, murmuró Almonte, pero S. Illma. sabe muy bien que hoy odio á ese partido y que no soy mas que un aliado de Napoleón y un súbdito leal del príncipe Maximiliano.

—Pero si nos han de robar los extranjeros, dijo el arzobispo muy exaltado, mejor es que no tengamos imperio y que los liberales mexicanos sean los que nos quiten los bienes eclesiásticos en República, al fin son los nuestros.

—Lo que los dos soberanos quieren y lo que quiere Bazaine, que es el encargado aquí de cumplir aquellas altas voluntades, es que se eviten los tras-

tornos que habría si volvieran las cosas al estado que tenían antes.

—Pero si no fué otro el fin que nos movió á traer la intervención armada.

—Nosotros fuimos á pedir un príncipe extranjero y se nos da un príncipe extranjero. Ni pudimos ni debimos dictar condiciones.

—Sí las dictamos: dijimos que el príncipe que se designara había de ser católico.

—Maximiliano es católico.

—Desde el momento en que aprueban la desamortización y las heregías de las llamadas leyes de Reforma, ni Maximiliano ni Napoleón son católicos. Ustedes mismos dejarán de serlo desde el momento en que firmen la gran iniquidad.

—Pues tendremos que firmarla.

—No tendrá validez si yo no la firmo y no la firmaré.

—Nos pasaremos sin la firma de S. Illma. según nos ha prevenido el general Bazaine.

—¡Ah! ¿Bazaine dijo eso?.....

—Esto es, supuso...... opinó...... creyó quizás.....

—Concurriré mañana al Consejo y en el seno de la Regencia manifestaré cuáles son mis opiniones sobre el particular.

—Advertiré á Su Señoría Illma. que es el asunto que tenemos en carpeta y que está recomendado por el Sr. Bazaine, como urgente para su inmediato despacho.

—Entonces no concurriré ni mañana ni los demás días hasta que se desista de tan atroz propósito.

—Su Señoría Illma. obrará en tal caso como lo crea

oportuno, aunque entiendo que se han recibido órdenes especiales para llevar adelante la desamortización y las leyes de Reforma.

El arzobispo no supo reprimirse y lanzó una fea palabra contra Napoleón que fué á caer de rechazo en la frente de Almonte y se retiró del palacio muy disgustado.

Almonte se sonrió con ironía y dijo á Salas hipócritamente:

—Cuanto siento que el señor arzobispo no comprenda, como hemos comprendido nosotros, la situación. De ciudadanos libres quisimos pasar á súbditos y ahora no tenemos más camino que el de la obediencia para ser buenos súbditos.

No obstante aquellas disidencias en el seno de los supremos representantes de la monarquía, el arzobispo concurrió aquella noche á la tertulia que dió Almonte en palacio y se manifestó tan comunicativo y alegre como si nada hubiera pasado entre ellos.

En una de las veces en que se vieron solos los dos regentes, Almonte dijo á Labastida:

—Cuanto agradezco á Su Illma. que haya venido, dando así realce á estas reuniones en que procuro ir introduciendo los usos de la Corte.

—¿Su Excelencia creía tal vez que no vendría, por lo que pasó esta mañana?

—Si he decir la verdad, me temía que Su Illma. estuviera disgustado.

—Una es la política y otras son las consideraciones personales. Yo vine para complacer al amigo.

¡Mentira! el arzobispo había concurrido para ver lo que husmeaba, y sobre todo, para hacer propagan-

da de su descontento entre los afrailados. Veremos como consiguió en parte su objeto.

Como el *rum rum* del descontento clerical cundió del arzobispo á varios de los concurrentes á la tertulia, y no pasó sin ser notado por Almonte, la Regencia se abstuvo de resolver al día siguiente lo relativo á la desamortización; pero Bazaine vigilaba, y como no quería salir á la campaña dejando pendiente un asunto que tanto le recomendaba Napoleón en sus instrucciones, dirigió á la Regencia una nota tronantísima el sábado 7 de Diciembre para que hiciera una declaración categórica y la Regencia tuvo que hacerla mandándola al *Diario Oficial*, pero sin decir nada al arzobispo, el cual sin embargo fué citado para el dia siguiente por la tarde á fin de celebrar con él un acuerdo.

El arzobispo concurrió por supuesto, allí estaba Bazaine, y este le dijo con su altanería acostumbrada:

—Nos pasaremos sin Su Illma. si no quiere firmar el decreto.

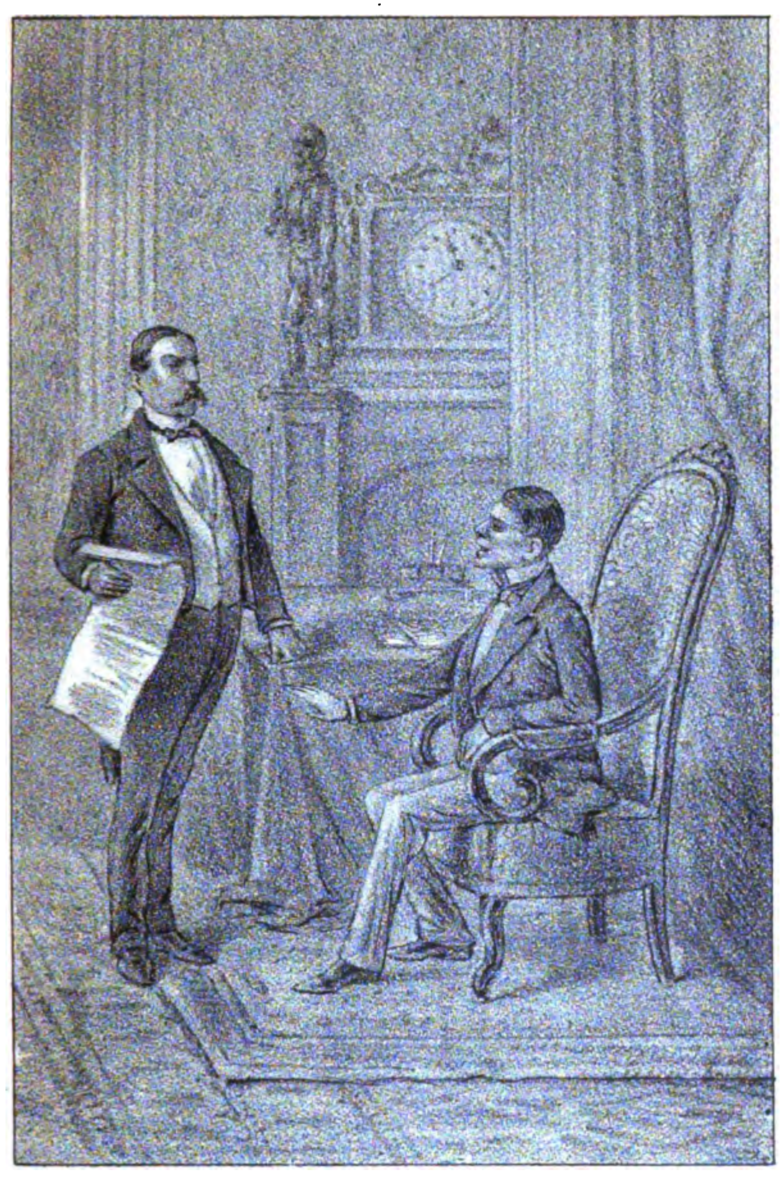
—Pero este negocio es muy grave, contestó el arzobispo, y solo el Emperador puede darle solución como legítimo soberano.

—Lo que yo quiero que se haga no afecta el fondo de la cuestión.

—No solo la afecta sino que la resuelve, porque equivale á asegurar á los adjudicatarios los bienes robados á la Iglesia.

Bazaine le volvió las espaldas diciendo á Almonte que se apresuró á levantarse para acompañarlo:

—Su Excelencia es el que me responderá de todo esto.



Cuando llegó la nota del Arzobispo á Palacio y dió cuenta con ella el Lic. Raygosa á Almonte, S. E. hizo un gesto desdeñoso y dijo con tono nada aristocrático - Al tompiate.

Almonte le dijo sumisamente:

—Excelentísimo señor general, descuide Su Excelencia. Ahora mismo vamos á despachar á este fraile á paseo.

Como al llegar Labastida á su palacio encontró allí el *periódico oficial* en que vió publicada desde por la mañana la orden que él tanto se había negado á expedir, firmada solo por el secretario Raygosa en nombre de la Regencia, en el acto escribió una brava protesta diciendo exactamente lo mismo que había pasado, esto es, que le habían jugado el dedo en la boca, pues que lo llamaban á discutir cuando el negocio estaba resuelto y publicado, lo cual era agregar la burla á la ofensa.

Después de acumular razonamientos sobre razonamientos, con un atropello que decía bien el estado de ánimo en que se hallaba Su Illma., conociéndose que apenas podía dominar la cólera de que estaba poseido, terminaba diciendo que aquella orden la consideraba nula aunque estuviera autorizada por el subsecretario de justicia y como no dimanada de la Regencia una vez que él no le había dado su aprobación y que protestaba en fin contra ella en toda forma para los efectos á que hubiere lugar.

Cuando llegó la nota del arzobispo á palacio y se dió cuenta con ella á Almonte por el Lic. Raygosa, Su Excelencia hizo un gesto de desdén y dijo con tono nada aristocrático:

—Al *tompeate.*

Ya se sabe que el *tompeate* entre nosotros es el cesto en donde se echan los papeles inservibles.

Los jueces y magistrados, todos clericales, se pu-

sieron del lado de Labastida y dieron poco acatamiento á las órdenes de la trunca Regencia; pero entonces Bazaine ordenó que se destituyera á unos, que se multara á otros y que se amenazara á los demás, consiguiéndose luego que el poder judicial se inclinara ante el más fuerte.

Viendo el arzobispo que no se hacía caso de sus protestas y exhortaciones y que los asuntos de manos muertas pendientes en los tribunales estaban marchando viento en popa, según las órdenes de Bazaine, recurrió al último arbitrio: convocó á otros obispos, formó una especie de sínodo y lanzó las protestas que se hicieron de estampilla en aquellos tiempos.

Estaba Almonte en palacio rodeado de sus cortesanos habituales, cuando entre risas y burletas se dió lectura á un papel impreso en que aparecían las firmas de unos nueve obispos y, entre otros, verdaderamente incendiarios, había el siguiente párrafo:

"En atención á que nadie ni gobierno alguno tiene autoridad para apoderarse de los bienes de la Iglesia y que por esta razón, los decretos, avisos y circulares expedidas por orden de Vuestra Excelencia [Vuestra Excelencia era Almonte, era Bazaine, era cualquiera que estuviera ejerciendo el poder, menos Salas que era un bendito] llevando un fin atentatorio y tiránico contra la *propiedad sagrada*, están sujetas á la censura de la Iglesia y especialmente á la *Excomunión Mayor* por el Concilio de Trento en el cap. II de la 22ª Sección de la reforma. En consecuencia, están comprendidos en esta pena canónica, no solamente los autores y ejecutores de los decretos y cir-

culares precitadas, sino tembién todos aquellos que de cualquier modo han cooperado á su cumplimiento."

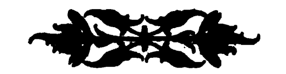
—Excomunión mayor! exclamó el regente Salas, abriendo unos ojos tan redondos como de lechuza.

Almonte se rió á carcajadas, pero con cierta afectación.

Los demás individuos que estaban presentes, todos llenos acaso de las preocupaciones de la época, y que creían realmente que esas censuras de los eclesiásticos eran cosa terrible, no dejaron de ponerse cabizbajos.

Entonces Almonte para animarlos les dijo:

—Vamos, señores, ¿no conocemos demasiado á los nuestros? ¿no son esos mismos obispos los que nos han puesto en el secreto de lo que valen semejantes armas? Pues entonces encojámonos de hombres y digámosles que *maldición de perra vieja ni á la cola ni á la oreja*



CAPÍTULO X

SE DESCORRE EL TELON

LA *excomunión mayor* fué el 20 de Diciembre, de manera que con ese *tour de force* clerical terminó el año de 1863. El de 1864 era el marcado por el destino para que pasaran en México cosas grandes y maravillosas. Pero antes de relatarlas vamos á ver lo que hacían el archiduque y, la archiduquesa y sus amigos en el teatro que habían escogido para sus operaciones.

El 8 de Enero iban de Trieste para Viena en un carro de gala del ferrocarril, Maximiliano, Carlota, Arrangoiz y demás personas que formaban el séquito de los candidatos al trono de México.

El archiduque, que estaba impaciente, nervioso, preguntó por la quinta vez á su favorito Arrangoiz que acababa de regresar de Viena:

—De manera que el Emperador mi hermano.....?

—Está ya perfectamente instruido por mí en todos los asuntos de México, conociéndolos ahora tanto como nosotros.

—¿Insiste en el malhadado pacto de familia?

—Más que nunca, señor. Dice que si Su Alteza acepta el trono de México, no es por tiempo fijo sino para siempre, para fundar allí una dinastía y que siendo así no es concebible que Su Alteza quiera también conservar derechos en Austria.

—Pero no había necesidad del convenio ni del escándalo. Si me voy á quedar en América, ¿qué temores puede abrigar para después?

—Esas y otras razones le alegué en nuestra conferencia; pero en ese punto no cede, ni creo que cederá.

—Eso allá lo veremos.

Maximiliano se hundió en el mullido sillón que ocupaba, cerró los ojos como soñoliento ó meditabundo y no volvió á mover los labios en el resto del camino. La emperatriz era la única que daba animación á la concurrencia hablando de sus proyectos para cuando se diera forma á la corte imperial en México, su sueño dorado, su ilusión más cara y de la que no era posible imaginarse que llegara á renunciar, puesto que la acariciaba hacía más de un año y la seguía acariciando cada día con más entusiasta fervor.

Desalentado Maximiliano con las noticias que le había dado Arrangoiz, apenas habló con su hermano Francisco José en Viena, continuando su viaje para Bruselas á fin de conquistarse los buenos oficios de la familia real de la archiduquesa.

Después de recorrer todas las cortes como aventureros de regia extirpe, determinaron dirigirse á París, que era donde más les interesaba, para saber al

menos lo que pensaba de todo aquello su protector imperial. Napoleón III los recibió con aparatosos regocijos, menudeándoles las fiestas, pero sin comprometerse á inclinar el ánimo de Francisco José en favor de Maximiliano. En lo que sí insistió todos los dias fué en que los archiduques se pusieran en camino cuanto antes, puesto que la comisión mexicana residente en Paris tenía ya muchos cajones con expedientes y actas de adhesión leventadas hasta en los últimos rincones de México, aclamando emperador á Maximiliano.

—Mi deseo, le contestó una vez Maximiliano, es complacer á Vuestra Magestad lo más pronto posible.

—Es tanto más necesario ese viaje, siguió diciendo Napoleón, cuanto que los mexicanos están impacientes, nosotros acá tenemos que evitar así las murmuraciones y los Estados Unidos cuando quieran meter la mano se encontrarán con una dinastía fundada y sostenida por toda la Europa.

Entonces el Emperador de los franceses puso de manifiesto al Archiduque las cartas de Bazaine en que le decía que había hecho un viaje de recreo por el interior recogiendo actas de adhesión para Maximiliano con la mayor facilidad, toda la indiada con los curas á la cabeza, se habían declarado imperialistas, en las pequeñas y grandes ciudades había muchas familias sedientas de pertenecer á la nueva aristocracia que iba á formarse, la opinión en lo general, era favorable al establecimiento de la monarquía y especialmente adicta á Maximiliano por ser un príncipe católico, rubio, joven y con mujer bonita. Tam-

bién Almonte le había escrito á Napoleón diciéndole que el entusiasmo por Maximiliano era desbordante y que cada vacilación suya era un golpe moral á sus numerosos partidarios, así como un rayo de esperanza para los juaristas que solo esperaban el arribo del príncipe para deponer las armas por completo. El mismo gobierno de los Estados Unidos, seguía diciendo Almonte, según me comunican los agentes secretos que tengo en esa Nación, abrigan la creencia de que hay que conceder á México el gobierno y las instituciones que desea. Después de los votos recogidos no puede caber duda de que los mexicanos quieren un imperio: tal es el parecer del presidente y sus ministros.

—Sí, sí contestaba el pobre príncipe, ofrezco á V. M. que me pondré en marcha para América tan pronto como mi ilustre hermano me despache y firmaré todos esos tratados con los que estoy enteramente conforme:

Napoleón había mandado á sus gentes que le formularan varios convenios, los que le habían de dar por resultado ser dueño de México y de su gobierno sin nuevas efusiones de sangre. Aquel imperio hecho por él sería una nueva joya para su corona.

El Emperador francés, en los tres días que tuvo alojados á los Archiduques en las Tullerías, echó de ver que así como Maximiliano era irresoluto y soñador, Carlota era firme y ambiciosa, y desde luego preparó un golpe teatral que había de ser de efecto y de trascendencias. Mandó organizar fiestas en que se tributaran á ambos honores regios, ordenándose á todos los cortesanos que les dieran el dictado de Ma-

gestades. Carlota quedó desvanecida y conquistada por completo. A la una de la mañana cuando se retiró con su esposo á su departamento, le dijo derramando lágrimas de regocijo:

—Maximiliano, ya no dudes más: ya no esperes más. Lo de Austria y lo de Bélgica no es para nosotros mas que un ensueño sin esperanzas: la realidad está en México. Haremos allí un gran imperio y cuando vengamos á Europa, seremos recibidos y honrados como verdaderos emperadores. Vamos, vamos á recoger esas coronas imperiales que solo allí se encuentran para nosotros.

—Iremos, Carlota mia, iremos indudablemente, contestó el Archiduque pensativo; pero que nos vean ir dignos y grandes, para que seamos respetados. Déjame disputar sin tregua á mi hermano mis incontrovertibles derechos.

Y el Archiduque llevó á su mujer á Bruselas para que su compañía no le causara embarazos en Viena y él solo se fué á disputar á su hermano su herencia que no quería cambiar por un imperio que en el fondo de su alma todavía lo consideraba problemático.

En su cuarto viaje á Viena, Maximiliano no encontró delante de sí mas que aquel eterno pacto de familia que lo condenaba al ostracismo y que siempre se resistía á firmar.

Fué á recoger á su esposa en Bruselas y con ella pasó á Lóndres en donde quedó muy impresionado de la glacial política inglesa; pero estaba ya tan comprometido con Carlota, con la comisión mexicana y con Napoleón III, que por fin señaló él mismo el 29 de Marzo para que se verificara la gran cere-

monia de aceptar la corona del imperio en Miramar, pasando por Viena para hacer sus últimas insistencias con su hermano.

En Viena, en esta vez, se recibió á nuestros personajes con todas las ceremonias debidas á legítimos soberanos, lo cual sirvió para que Carlota se sintiera más engreida con su nueva posición. De allí los comisionados fueron en compañía de Sus Magestades á Trieste, donde debían quedarse esperando el deseado dia 27 de Marzo que ya estaba próximo.

El 26 de Marzo fueron á Miramar, según cita qué tenían anticipada, los señores Gutierrez Estrada, Hidalgo y Velázquez de León, miembros de la comisión que andaba ofreciendo el imperio mexicano. Allí presenciaron otra vez un cuadro desolador. Maximiliano estaba conmovido y calenturiento, Carlota nerviosa y la servidumbre íntima con las caras muy largas. Había llegado una comisión de Viena y el capitán de fragata Herzfeld dió lectura en presencia de todos á la famosa convención que contenía el pacto de familia.

—Es la sexta vez que se me presenta ese documento, dijo Maximiliano con voz doliente, y es la sexta vez ahora también que declaro que jamás lo firmaré.

—Por Dios! exclamó Carlota por lo bajo.

—Señor, exclamaron los comisionados mexicanos doblando las rodillas.

—No firmaré, no firmaré.

Insistieron los consejeros íntimos de Maximiliano, los enviados de Francisco José alegaron algunas razones y por fin dijo el archiduque:

—Iré á Roma y nombraré árbitro al Santísimo Padre.

Se discutió el punto y á moción de Gutierrez Estrada y sus colegas se convino en que el árbitro sería Napoleón puesto que era el patrono de los asuntos mexicanos. El capitán de fragata regresó á Viena con su pacto de familia sin firmar y dió cuenta de la decisión adoptada en Miramar.

—¡Moratorias inútiles! exclamó Francisco José encogiéndose de hombros. Ese es punto ya resuelto en que no se puede admitir ningún arbitrage.

En esta vez fué la archiduquesa la que se puso en campaña con un pequeño séquito en el que iban Hidalgo y Gutierrez Estrada. Se arrodilló delante de Napoleón, se arrodilló también ante Francisco José y los dos soberanos la consolaron con tiernas palabras.

—No puede hacerse más de lo que se ha hecho, dijo Carlota á su esposo, llegada que fué por la noche á Miramar de su reciente viage.

—Estás fatigada, reposa y mañana hablaremos.

—No, no, mañana estará aquí el emperador con toda su corte, mañana vendrán también los comisionados mexicanos, mañana no tendremos tiempo de nada.

—Conseguiste algo?

—Mas de lo que podía esperarse.

—Habla.

—Napoleón ha mandado al general Frossard, su hombre más íntimo con una carta autógrafa para Francisco José y ambos soberanos se han hablado por el telégrafo.

—Si, se han de haber cerrado el ojo: ellos se entienden.

—Napoleón nos ha ayudado con sinceridad: me ha dicho desde luego que era difícil que se revocara lo que ya era un acuerdo de la corte de Viena, pero que iba á intentarlo con todas sus fuerzas.

—Y mi hermano?

—¡Ay! tu hermano sólo ha ofrecido que vendría mañana para dar más solemnidad á tu aceptación de la corona y para convencerte de que lo del acta es una simple fórmula.

—Siempre me están diciendo que es una fórmula; pero mi firma puesta en ese pacto significa con todas sus letras mi abdicación.

En esos momentos llegó un mensage de Viena anunciando que el emperador Francisco José estaría en Miramar el día 9 y que podía ser el 10 la ceremonia de aceptación.

—¡Vaya! dijo Maximiliano suspirando, siquiera esta noche dormiré tranquilo.

La que no pudo conciliar el sueño fácilmente, á pesar de la fatiga, fué la princesa Carlota la cual se acostó murmurando:

—¡Cuán frío se muestra Maximiliano por su nueva patria! ¡cuán apegado á la Austria que ya no lo será más una vez que tiene que despedirse de ella para siempre! ¿Qué dirán de todo esto los comisionados mexicanos? ¿Qué fé profunda podrán depositar en un hombre que tanto vacila?

En consecuencia de los nuevos acuerdos se notificó á los comisionados mexicanos que estaban esperando en Trieste, juntos con algunos curiosos que habían venido á presenciar la ceremonia, que esta se verificaria el 10 de Abril y que entre tanto podían

emplear su tiempo en lo que mejor les conviniera. ¡Coincidencia curiosa! Estos tenían las trazas de pordioseros á las puertas de Miramar, como Carlota y Maximiliano las tenian también de mendigos á las puertas de los palacios de los sobranos de Europa.

El 9 de Abril era sábado. Francisco José llegó con su acompañamiento al castillo de Miramar á las 10 de la mañana. ¡Qué inusitado vaiven de gentes entonces en la morada archiducal! ¡cuántas libreas distintas! ¡cuántos uniformes de guardias y de marinos! ¡cuántos personajes franceses, austriacos, italianos, belgas, alemanes y hasta españoles! Lo que no había alli en esos momentos era un solo mexicano ni para remedio. Todos estaban en Trieste, según la expresión más vulgar que se conoce, *teniéndole la geta al burro.* Esperaban que los amos se arreglaran como pudieran para ser llamados á representar el papel insignificante en sí, pero de mucha formalidad que se les había asignado en la comedia. Eran la parte decorativa de más relumbrón en el escenario.

Los dos austriacos se encerraron en la Biblioteca.

—Cuánto te agradezco, hermano, que hayas venido! suspiró Maximiliano luego que estuvieron solos. Ante todas cosas: ¿debo hablarte en el seno de la fraternidad ó como á mi soberano?

—Quiero que hablemos como dos buenos amigos.

—¡Qué feliz seré yo si me traes la nueva de haber retirado ya ese pacto de familia!

—Bien sabes, Maximiliano, que es imposible.

—Y si no lo firmo?

—Eres libre de no firmarlo. Para ese evento, apenas hayas dejado nuestras costas, el Reichstag pu-

blicará un decreto diciendo que has dejado de pertenecer á la familia imperial. El *Novara* y demás buques austriacos que he puesto á tu servicio, tienen órden de retirarse esta tarde si no firmas el documento.

—Eso no importaría: tengo la fragata francesa *Themis* y los buques italianos que yo quisiera á mi disposición.

—¡Quiere decir que hoy se efectúa nuestro rompimiento!

—¡Oh! no, no; exclamó Maximiliano cayendo de rodillas, por favor te pido que me libres de tanta humillación. Toda la Europa está riéndose de mí en estos momentos. Hermano, hermano querido, no seas inexorable

—Levanta, levanta. Tú tendrías que hacer lo mismo en mi lugar. No es exigencia mía: es acuerdo de todos los políticos y resolución de la familia. Hay una razón en todo esto que ni tú ni yo tenemos poder para cambiar.

—¿Qué razon es esa?

—¿La razón de Estado.

—Como si yo, yéndome tan léjos, pudiera alguna vez ser un obstáculo para la política austriaca!

—¡Quien sabe!

—¿Entonces no hay otro remedio?

—¡O firmar ó renunciar á la corona de México.

—Bien sabes que estoy conprometido con Napoleón y principalmente con Carlota.....

—Eres libre de escoger el extremo que gustes en esa alternativa.

Maximiliano siguió insistiendo: empleó los ruegos, empleó las lágrimas, empleó las amenazas, empleó

cuanto pudo surgerirle su inteligencia en aquella situación; sin que adelantara nada en el ánimo sereno y frio del Emperador.

—¡Basta! le este dijo al fin, firmas ó me marcho.

Maximiliano se mesó los cabellos y no pudiendo soportar más su angustia, salió de la biblioteca y echó á correr como loco por los jardines. Fué necesario que el conde de Bombelles, su consejero, fuera á alcanzarlo y lo calmara diciéndole que estaba dando un espectáculo á la corte.

Cuando volvía vió que la princesa Carlota se asomaba á una ventana y le decía con desesperación:

—Firma de una vez ó estámos perdidos.

—Voy á firmar, contestó Maximiliano con voz débil y siguió andando como si lo llevaran al patíbulo.

El pacto de familia se firmó entonces en el principal salón del castillo y se le dió lectura en presencia de un numeroso concurso. Carlota invitó á sus huéspedes al suntuoso almuerzo que había preparado y llena de una inmensa satisfacción formó pareja con el emperador de Austria, mientras que Maximiliano la seguía de cerca dando el brazo á otra dama, llevando en el rostro marcadas las huellas de la más profunda aflicción.

Los dos hermanos estuvieron tristes ó por lo menos graves y sérios en la mesa y á la una dió la señal de marcha Francisco José. La corte lo siguió á la estación situada en el límite del bosque de Miramar, y una vez allí, de pronto se volvió el Emperador á su hermano y con un nudo en la garganta apenas pudo decir:

—Max....

El archiduque se echó en sus brazos llorando y siguió la imponente escena de ternura fraternal.

¿Sería, pues, aquella la última despedida de los dos hermanos?

El tren partió á poco y Maximiliano se volvió al castillo encerrándose en sus habitaciones sin hablar con nadie. Solamente al oscurecer mandó un emisario á la comisión mexicana con el recado de que la esperaba al dia siguiente.

Entonces fué cuando se presentó Carlota que lo acechaba y le dijo:

—Animo, príncipe: la suerte está echada; el porvenir es nuestro.

—¡El porvenir! murmuró Maximiliano con amargura. Ahora te preguntaré parodiando á uno de los antiguos héroes mexicanos, ¿crees que vamos á estar allá en un lecho de rosas?

—Lo que creo es que vamos á fundar nuestra dinastía bajo las condiciones más favorables que pueden apetecerse. Nos espera un gran pueblo ansioso de que lo gobernemos; la Europa nos sostiene y principalmente la Francia nos da su apoyo decidido; los primeros banqueros nos abren sus cajas para darnos crédito y tenemos los suficientes adictos personales para estar á salvo de toda clase de contrariedades. Poco tendremos que poner de nuestra parte para establecer en el fondo de América una monarquía que será envidiada de todas las viejas naciones.

Maximiliano se sonrió con amargura y contestó:

—Te formas un mar de ilusiones, Carlota, que acaso desde el primer instante en que estemos coronados empezarán á desvanecerse. Nosotros no vamos

llamados por ningún pueblo, que no nos conoce, sino por una fracción, importante, sí, pero profundamente dividida y sobre todo engreida con sus prácticas supersticiosas. Desde el momento en que no devolvamos sus bienes al clero ni demos á este la supremacía que siempre ha tenido, toda esa gente rezagada de la civilización se volverá contra nosotros. Esos montones de actas de adhesión, nó son mas que otras tantas supercherías de Bazaine y los comisionados que han recorrido las poblaciones, imponiéndose con el miedo que producen las bayonetas. Será mucho que entre esos millones de firmas haya quinientas que sean auténticas y de personas de alguna consideración. ¡Que nos apoyan las potencias! ¿Y crees tú que no nos vuelvan las espaldas cuando se establezca la paz en los Estados Unidos y el gobierno republicano empiece á ver con ojos airados que se le ha plantado de vecina una monarquía? ¡Dices que tenemos adictos valiosos! Pues no han de valer mucho en su propio pais, vida mía de mi alma, cuando en dos años ni ayudados por un ejército extranjero de cincuenta mil hombres, han logrado someter á los enemigos para entregarnos pacificado el imperio que han venido á ofrecernos.

Poco tuvo que contestar Carlota á estas objeciones; pero si le faltaron razonamientos, le sobraron sonrisas, que era con lo que vencía á Maximiliano en los momentos críticos.

—Sobre todo, le dijo, si vamos á luchar, lucharemos. Aquí nunca llegariamos á ser en nuestra situación y ante la sórdida avaricia de tu hermano, más que unos pobres archiduques agobiados de deudas.

—Es la única razón que me persuade: la de la necesidad. Mañana, pues, apuraré el caliz.

Y en efecto, al día siguiente se verificaron las ceremonias de la aceptación de la corona con toda la pompa con que las han referido los historiadores.

Nosotros les consagraremos aquí unas cuantas líneas para que no quede trunca en punto tan importante nuestra relación.

Primero había convidado Gutierrez Estrada á todos los mexicanos que se encontraban en Europa para que asistieran á las ceremonias; pero después los desconvidó diéndoles con mucha pena que su Alteza Imperial no quería que asistieran sino las personas que él expresamente designara, así es que como unos doce ó quince de los más furiosos imperialistas se quedaron en Trieste ó en Viena diciendo:—¡Miren que caso!

Escrita esta nota esencial las cosas pasaron así:

A las diez de la mañana del 10 de Abril de 1864 el conde Hadik se presentó en las Casas Consistoriales de Trieste donde esperaba la comisión mexicana. Esta se acomodó en cuatro lujosos carruajes y precedida de batidores y aclamada por la multitud, se presentó en el castillo de Miramar y fué introducida al gran salón azul del piso bajo donde se encontraba ya reunida una numerosa asamblea compuesta de personajes de ambos sexos de Francia, de Austria, de España, de Italia y de Bélgica. Entre otras personalidedes se mencionan: el general Frossard y Mr. Herbert representantes de Napoleón III; el conde de Gratz ministro de Bélgica en Viena, el conde Zichy, gran maestre de la casa de la Emperatriz, Monseñor Rachich,

Fray Tomás Gómez, preceptor, y otros varios condes y condesas, parientes, amigos y criados de Maximiliano y Carlota, quienes ya á esas fechas tenían á su servicio á más de una docena de nobles europeos que andaban tronados y que también veian como una tabla de salvación al improvisado imperio mexicano.

Maximiliano estaba bajo palio en la cabecera del salón teniendo á su izquierda á la Archiduquesa y á su derecha una mesa con tapiz rojo conteniendo las actas de adhesión al Imperio levantadas por las armas francesas en las poblaciones indefensas que habían caido en su poder.

Ya se recordará, y esto entre paréntesis, que muchas ocasiones luego que se salían los franceses de los pueblos estos daban por nulas las actas y se pronunciaban por Juárez y por la República.

Vestía Maximiliano uniforme de almirante austriaco y Carlota un traje de seda color de rosa con la cinta de la orden de Malta y llevaba en la cabeza una diadema de brillantes adquiridos recientemente. El primero estaba muy pálido.

Gutierrez Estrada, adelantándose del centro del semicírculo que habia formado la comisión en la mitad de la sala, repitió, corregido y aumentado, su discurso del 3 de Octubre precedente.

Maximiliano, que también tenía su *spich* aprendido de memoria, dijo en términos generales cuál iba á ser su programa de política en México, fiado en aquellas actas de adhesión que estaban amontonadas simétricamente en la mesita de la carpeta colorada.

Gutierrez Estrada, en nombre de la comisión y de la Nación Mexicana, recogió la aceptación de Maxi-

miliano y se acercaron los clérigos que allí había entre los que figuraba el Dr. Montes de Oca,el que es hoy obispo probablemente, y sostuvieron en las manos el libro de los Evangelios sobre los cuales juró el nuevo Emperador fidelidad á su nueva patria.

Gutierrez Estrada, conforme al ceremonial prescrito, dijo con grave entonación:

—¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!

Y los criados propios y agenos que formaban fila desde las puertas del salón hasta la cocina, gritaron con algo más de animación:

—¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!

En esos momentos se izó el pabellón mexicano en la torre del castillo y fué saludado con una salva de veintiún cañonazos por la fragata *Bellona* que había atracado junto á Miramar con ese objeto.

La concurrencia se dirigió en procesión á la capilla, se cantó el *Te Deum* y se recibió el juramento á los nuevos funcionarios imperiales. Todos los que estaban presentes, aun los clérigos, fueron agraciados con cargos y comisiones de importancia.

A la una se sirvió un ligero almuerzo. El gran banquete debia ofrecerse por los augustos castellanes á las ocho de la noche.

En el resto del día firmó Maximiliano la convención que le ataba al carro de Napoleón III, principalmente por sus cláusulas secretas y firmó también un sin número de cartas, decretos y nombramientos que tenía preparados anticipadamente, siendo uno de ellos el que daba á D. Juan Nepomuceno Almonte la investidura de Lugarteniente del Imperio.

Al llegar la noche, Maximiliano, que en medio de

su gran debilidad apenas había podido soportar las emociones y los trabajos del día, cayó en la cama. Su médico, el Dr. Illeck, le tomó el pulso y le dijo moviendo la cabeza con aire condolido:

—Vuestra Magestad no puede presidir el banquete.

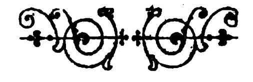
—Lo presidiré yo, asistida del Patriarca de Venecia, dijo Carlota que estaba al revés de Maximiliano, animosa y fuerte.

Ese Patriarca de Venecia se nos había pasado, lo mismo que dejamos en el tintero á las condesas de Zichy, de Kollanitz y otros varios personajes.

Para no alargar más este capítulo, solo mencionaremos entre los decretos notables firmados ese día 10, el que ratificaba el empréstito de doscientos diez millones de francos contraido en Lóndres el mes anterior, y entre las cartas la dirigida á su querido general D. Leonardo Máiquez participándole que pronto se verían y que ya le habia nombrado Gran Cruz de la imperial y distinguida orden de Guadalupe.

—Pero ese tiene fama de ser un grande asesino, le había dicho Carlota.

—No creas, le contestó Maximiliano, quizá es de lo menos malo entre la canalla de que se forma el partido monarquista en México.



CAPITULO XI

CONTINUA LA BREGA IMPERIAL.

SE había fijado la partida de los ya emperadores para el día 11 de Abril, aniversario fúnebre en México, y estaban los vapores al pié del castillo echando nubes de humo por sus chimeneas; pero pronto mandaron que apagaran porque Maximiliano había amanecido presa de un gran abatimiento.

Estaba el enfermito haciendo un pequeño almuerzo de dieta en su habitación á eso de las nueve cuando entró Carlota con un papel en la mano.

—Un telegrama de Napoleón, le dijo.

Maximiliano con muy mal humor exclamó:

—Te repito que ahora no quiero oír una sola palabra de México.

La princesa sin desconcertarse contestó:

—Está bien.

Y se salió muy tranquila con su telegrama:

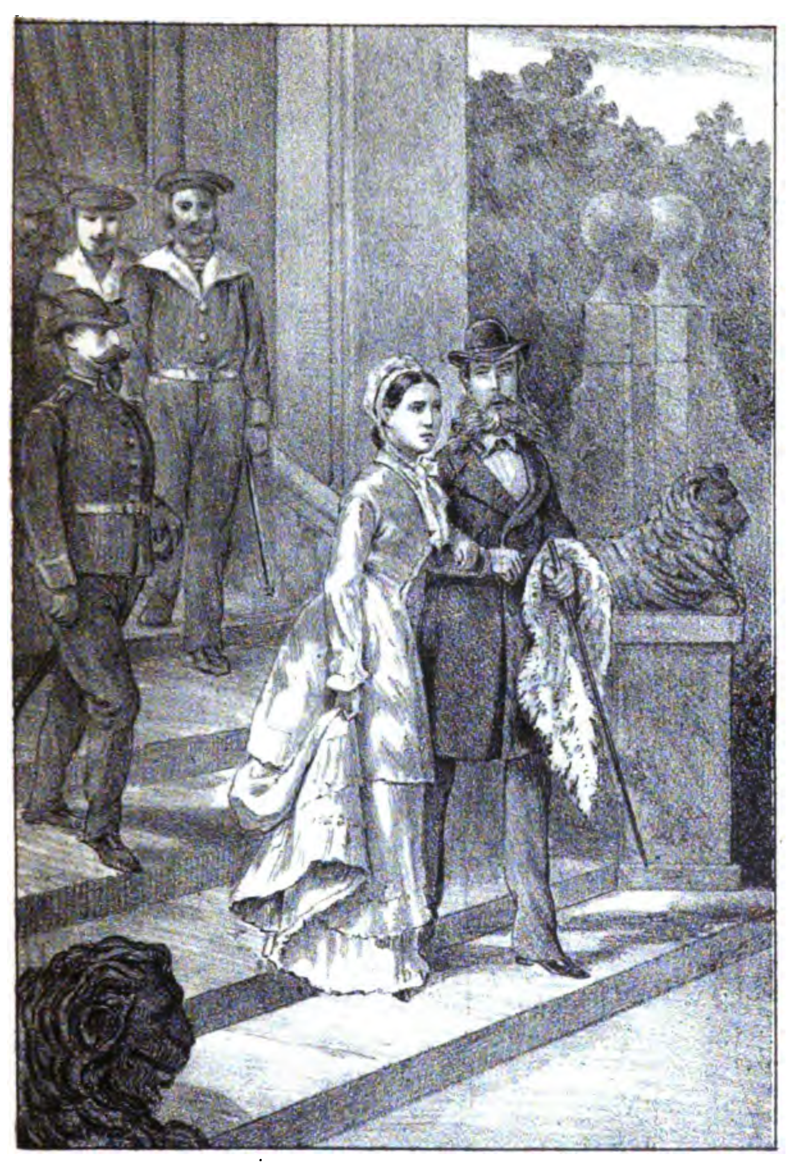
El nuevo Emperador no se dejó ver de nadie en tres días, algo indispuesto, algo fatigado; pero más

que todo absorto en las meditaciones de su destino que se concretaban en esta pregunta que se hacía constantemente: ¿que especie de soberano voy á ser en México uncido al carro del Emperador de los franceses?

Así fué que su esposa que se encontraba entera y despejada entonces, estuvo recibiendo sola á las diputaciones y personajes que acudían á darles la despedida y la que estuvo despachando los asuntos de la casa y del gobierno y haciendo los preparativos del viaje.

Todo Trieste sabía que los nuevos Emperadores abandonarían su antigua morada el día 14 y desde temprano afluyó la gente invadiendo los alrededores del castillo para presenciar la partida. A la una de la tarde llegaron seis elegantes vapores conduciendo á las notabilidades de la ciudad: iban allí además, el Ayuntamiento, la Cámara del Comercio y una Diputación encargada de poner en manos de Maximiliano un Album con sus tapas de marfil y oro que contenía las principales vistas de la comarca y unas tiernas líneas de despedida calzadas por doce mil firmas. Estas si eran verdaderas firmas y no como las que figuraban en las ctas de adhesión enviadas de México.

Generales esfuerzos se hicieron para que Maximiliano abandonara su retirado pabellón en el bosque y para que fuera al castillo á recibir á todas aquellas personas. Allí estaba la servidumbre en formación derramando lágrimas y estas se convirtieron en sollozos cuando se presentó el amo taciturno, quien al fin acudió á presentarse. Muchos hubo que le besaran con arranques de sentimiento los faldones de la



El convoy imperial bajó la escalinata de marmol.

levita. El Príncipe no tuvo voz para dirigirles una palabra.

El Presidente á nombre de todas las diputaciones le dijo una sentida alocución y el Príncipe leyó con voz entrecortada una breve respuesta.

A las dos de la tarde se abrieron las puertas del palacio y apareció Maximiliano dando el brazo á Carlota, siguiéndoles el gran archiduque Luis Víctor, toda la Corte y un numeroso acompañamiento.

Un ¡hurra! general saludó á los Emperadores.

Maximiliano repondió á la multitud con una inciinación de cabeza.

Las músicas entonces tocaron el himno de advenimiento, destinado á ser el imperial de México, compuesto en París por encargo expreso de la comisión mexicana.

El convoy inperial bajó la escalinata de mármol entre aquel estrépito de músicas, aclamaciones y cañonazos. Entraron SS. MM. al bote cubierto de púrpura y oro que estaba abajo esperándolos con doce remeros vestidos de gala y al ponerse á bordo del «Novara» se izó allí el pabellón mexicano y se dispararon 21 cañonazos. Todos los buques empiezan á maniobrar inmediatamente en la rada: abre la marcha el yath «Fantasía» le sigue el «Novara,» va en pos el «Themis» y luego los demás vapores que han de escoltarlo hasta algunas leguas de distancia. Todos esos buques están empavesados y al pasar frente á Trieste los saludan las baterías y todos los habitantes que están en los muelles agitan sus pañuelos y dan gritos de despedida. Entonces Maximiliano no puede hacerse fuerte ya contra tantas emociones,

entra á su cámara y se arroja en el lecho sollozando. Adios mar! adios playas queridas! ¡adios mi encantadora morada! Adios mis amigos! Adios Austria, mi patria verdadera, mi patria única, adios todos mis cariños quizás para siempre.....! dice por la última vez cuando vuelve á divisar todo lo que va quedando atrás asomado á la ventanilla de su camarote.

Los buques se pierden al fin entre la bruma, dejando de verlos cuantos han salido á la playa á despedir á los viajeros: también estos dejan de ver las alturas de Trieste y el castillo de Miramar en cuyo torreón ha quedado flotando la bandera tricolor con el destino de ser arriada para siempre un poco más tarde...... A poco se encienden las luces del vapor y SS. MM. son invitadas á sentarse á la mesa para saborear el rico banquete que les ofrecen los marinos: allí presentan los dos un mortal contraste: Carlota va locuaz y festejosa; Maximiliano meditabundo y casi abatido. Carlota come bien; Maximiliano apenas prueba los platillos.

Continuó el viaje monótonamente á la ciudad de las mitras, de los capelos y de las tiaras, á la capital de los terribles y suntuosos sacerdotes coronados, señores absolutos del gran rebaño llamado la cristiandad.

A la una de la tarde del 18 de Abril echaron las anclas en la rada de Civita Vecchia las dos fragatas «Novara» y «Themis» y Maximiliano abrazó ya sonriente y lleno de alboroso al general Montebello y á los embajadores que estaban esperándolo. Era ya otro Maximiliano: Carlota á fuerza de palabras llenas de esperanza y de consuelo lo había transformado. La

melancolía del semblante había desaparecido para dar sítio en él á la animación, la vida y la alegría.

En Roma se hizo á los Soberanos de México una acogida extraordinariamente bulliciosa y, acompañados de cardenales, nobles, generales y gente distinguida, fueron conducidos al palacio Marescotti propiedad de Gutierrez Estrada, residencia que estaba puesta con todo lujo merced á los productos del empréstito.

Al día siguiente el cardenal Antonelli llevó á SS. MM. al Vaticano en donde estuvieron platicando una hora con Pío IX respecto de las graves cuestiones eclesiásticas de México de que Su Santidad estaba muy enterado, y más que todo, indignadísimo, por la ingerencia que en ellas tomaba Napoleón III, una vez que llevándose adelante la desamortización se privaba á la silla apostólica de muy cuantiosos beneficios.

Como SS. MM. estuvieran dando al Papa muchas evasivas respecto de su conducta futura en México, sobre ese particular Pío IX les dijo:

—Mi primer ministro, el cardenal Antonelli conoce á fondo el asunto y podrá entenderse con VV. M. M.

Mientras que Maximiliano fué á conferenciar con el cardenal, Carlota con su comitiva se entretuvo en contemplar las obras de arte del Vaticano. El Emperador de México se quedó muy desconsolado después de aquella conferencia, viendo claro que se encontraba entre la espada y la pared. Por una parte estaba ligado á Napoleón con sus tratados y con las repetidas instrucciones que le había dado de que llevase á puro y debido efecto las leyes de reforma expedidas por Juárez: por la otra la Corte de Roma le exigía que

las echara á pique so pena no sólo de negarle su protección sino de declarársele en contra agobiándole con todas las censuras de la Iglesia....... ¿qué hacer?.... Quien sabe lo que haría. Por de pronto estaba ya metido en el más grande de los atolladeros.

SS. MM. en el resto del día estuvieron visitando los monumentos de Roma y por la noche á costa del empréstito se dió un esplédido banquete con gran recepción que duró hasta la media noche en el palacio Marescotti que fué iluminado á gierno y presentó aspecto feérico. Allí se dieron cita las damas romanas principales, multitud de príncipes de la Iglesia y de la Corte, diplomáticos, almirantes y jefes de la Armada. Carlota ostentó su manto de Emperatríz y las concubinas de los cardenales llevaron sus más ricas joyas.

Hacía una hora que se habían retirado los invitados, estaban apagadas las luces, el palacio se encontraba silencioso, y las calles obscuras y desiertas, cuando SS. MM. por fin se habían metido en su lecho muy fatigados de veinticuatro horas de movimiento, y entonces fué cuando se escuchó aquella canción italiana, que dió la vuelta por todo el mundo, con acompañamiento de mandolina y cuyo estribillo decía:

Maximiliano
Non te fidare,
Torna al castello
De Miramare.

El príncipe austriaco que vió retratados en ese verso su propio pensamiento, sus mismos temores, sus mismos recelos, se incorporó en la cama con los cabellos erizados y estuvo atento oyendo al desvelado

tenor, cuya voz fué desvaneciéndose en las calles lejanas, dejando sin embargo un eco que no se apartó de los oídos de Maximiliano en toda la noche.

—Oíste? le preguntó á su esposa á la mañana siguiente.

—No oí nada, contestó Carlota.

Si había oído; pero no quería por su parte avivar las preocupaciones del Archiduque. Ella también estuvo escuchando las notas melancólicas de aquel oficioso *tenore*, y las intencionadas estrofas de la canción acompañada con mandolina las tenía como con duro buril esculpidas en su imaginación.

—Ociosidades! había exclamado la bella Emperatriz, travesuras tal vez de nuestros malquerientes, de que es preciso no hacer el menor caso.

Pero ni el aire de la canción ni la letra se le borraron jamás de su imaginación fogosa.

El 20 de Abril á las siete de la mañana se dirigieron los Emperadores con toda su comitiva al Vaticano: se trataba de una misa rezada por el mismo Papa en su capilla Sixtina y de dar á los Soberanos la comunión.

No sabemos si se confesaron y reconciliaron, si estaban en ayunas cuando fueron á la Iglesia, pues generalmente á los príncipes se les dispensa de ciertas molestias según es la cuantía de sus limosnas; pero sí consta en la historia que el Padre Santo dirigió á las augustas personas el siguiente *fervorino:*

«Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Por él reinan y gobiernan los reyes; por él los reyes administran justicia y sí permite que aun los mismos reyes sean frecuentemente sometidos á

prueba, por él sin embargo se ejerce todo poder. Os recomiendo en su nombre la felicidad de los pueblos que os están confiados. Grandes son los derechos de los pueblos y es necesario satisfacerlos; pero más grandes y más sagrados son los derechos de la Iglesia, esposa inmaculada de Jesucristo que nos ha rescatado al precio de su sangre, de esa sangre que, dentro de un instante van á tocar vuestros labios. Respetareis, pues los derechos de vuestros pueblos y los derechos de la Iglesia; lo que significa que trabajareis por la dicha temporal y la espiritual de esos pueblos. Que nuestro Señor Jesucristo, á quien vais á recibir de las manos de su Vicario os conceda sus gracias en la abundancia de su misericordia.»

Así, con esas indirectas, dichas á boca de jarro, quedaron ungidos los nuevos emperadores. Todavía Pio XIX no transigía con las Repúblicas como León XIII y por eso sólo habló del gobierno de los monarcas.

Después del desayuno, que se verificó frente á la mesita aislada del Pontífice, SS. MM. al retirarse entregaron una limosna de cuarenta mil francos (para todo eso daba el empréstito negociado en Londres).

El Papa, luego que se enteró de que los Emperadores de México habían dejado un regio donativo, fué, rodeado de grandísima pompa, á hacerles una visita en su palacio y allí les echó por segunda y última vez su apostólica bendición, deseándoles que siempre fueran generosos amigos de la Iglesia.

A las cuatro de la tarde salieron de Roma los viajeros, volvieron á embarcarse, estuvieron en Gibraltar donde se les colmó de atenciones y desde allí se

dirigieron para América dando un eterno adios á la Europa.

Hé aquí quienes se embarcaron en el *Novara* fuera de otras muchas personas que iban alojadas á bordo de la *Thémis:*

Sus Magestades.—El ministro de Estado D. Joaquín Velázquez de León—El primer ayudante de campo, general Adrian Woll, francés.—El gran maestre de la casa imperial, austriaco, conde Zichy.—El gentil hombre del Emperador, conde de Bombelles. —El idem, idem de la Emperatriz, marqués de Corio. —El consejero de Estado Schertzenlechner.—El secretario particular, que había de ser más tarde el favorito, Mr. Eloin.—El subsecretario de Estado Sr. Iglesias.—Tres ayudas de campo austriacos y tres mexicanos.—Ocho damas de servicio.—Seis ayudas de cámara.—Un médico.—Un capellán.—El confesor de la Emperatriz y á la vez su maestro de español.—Finalmente Mr. de Kechachevich, tesorero de la corona, que llevaba consigo ya, para acudir á los primeros gastos, unos ocho millones de francos, algo nominales, resto del á esas horas agotado empréstito negociado en Lóndres.

Hidalgo, Gutierrez Estrada, Arrangoiz, etc., se habían quedado en Europa representando unos la diplomacia mexicana, otros la política y otros el crédito imperial.

Después que todo eso ha pasado, produce risa, ¿cómo fué que ante tantas ridiculeces juntas pudieron permanecer sérias entonces aquel gran número de personas formales?

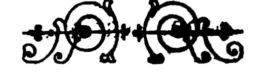
Pues lo más curioso fué que durante la travesía de Gibraltar á la Martinica y luego á Veracruz, vinieron todos los de la exótica reunión, arreglando no solo los ceremoniales y otras extravagancias de la Corte, sino los futuros destinos de México en una infinidad de detalles, y así fué como se prepararon decretos, proclamas, órdenes, divisiones territoriales, empleos y hasta los bordados de los trajes. Para los empleos se designaron todas las personas que debían desempeñarlos.

En la Martinica había muchos prisioneros mexicanos, que habían mandado allí los franceses, á los cuales quiso saludar el Emperador, y como algunos manifestaron deseos de hacerse imperialistas, fueron admitidos en la *Thémis* Manuel Romo, Márcos Velasco, Regino Ortega y Vicente Vivanco, y como no cabían más, otros ocho adictos deberían ser conducidos á México más tarde por cuenta de Maximiliano luego que hubiera transportes.

El 27 de Mayo, después de cinco meses de humillaciones, de disgustos, de luchas, de peregrinaciones ineficaces, de ruegos, de debates, de meditaciones, de dudas, de zozobras, de intimidaciones, de trabajos, de sobresaltos, de insomnios, de movimiento casi incesante, de formular y ver formulados proyectos infinitos sobre la nueva monarquía que estaba encargado de constituir, llegó á las aguas de Veracruz Maximiliano de Hapsburgo, entrando á la rada guiado por el capitán de puerto D. Juan Lainé que sirvió de práctico al *Novara*. El castillo de San Juan de Ulúa saludó al bien venido con una salva de 101 cañonazos y el pobre archiduque comenzó á dejarse ver

desde esa tarde, de su lugar teniente, el nauseabundo Almonte y sus demás súbditos.

Las fiestas populares de Veracruz costaron las cantidades de 23,334 pesos por el presupuesto de Mateo Zaperi para los adornos, y de 54,954 para cubrir el presupuesto que formaron L. Ferrer, S. Corrau, V. Cruzado, F. P. César, Miguel L. Valenzuela, J. Marcial Villamil, Manuel José Porras y J. N. César.



CAPITULO XII

UN MATRIMONIO FELIZ

ERA noche de tomar el té en la casa del coronel retirado Don Tirso Cisneros, con tanta mayor razón cuanto que él y su señora habían dado á entender á unas pocas de sus amistades que cumplían años de casados y se habian propuesto tener en la noche una reunión íntima. Nada de música: á lo más alguna de las niñas tocaría el piano, se cantaría una que otra romanza; pero lo principal de todo era la conversación y á eso de las nueve se dirigirían todos al comedor para tomar el thé, en esta ocasión acompañado de algo de jamón, algo de queso de los de la hacienda de la señora, algo de pan caliente, de aceitunas, de frutas secas, etc., y quizás quizás, una copa de champagne con que se obsequiaría á la concurrencia después de las frutas secas, en caso que lo apetecieran.

Allí reinaba siempre el orden y la monotonía y era mucho que Don Tirso y su esposa salieran de sus casillas, si no era como en esos momentos en que sentían

gran comezón de saber lo que se platicaba respecto del cariz que iban tomando los acontecimientos políticos. Muy en lo reservado podemos decir al lector que Doña Asunción había dicho á su marido, también muy secretamente:

—Tirso, no vayas á hacerte del rogar: si de veras vienen esos príncipes extranjeros á establecer en México una corte y te llaman para algo, ¡cuidadito con rehusar! Yo creo que nos llamarán á Palacio: todas las noches me está dando esa corazonada.

—Veremos, veremos, había contestado el coronel, aunque no me gusta esta guerra en que están los eclesiásticos en contra de los franceses y algunos de nuestros políticos divididos, nadie diga *de esta agua no beberé.* Si Maximiliano sale un Maximiliano de mi gusto y veo que la cosa prende.... pues ¡quien sabe! hija, ¡quién sabe!....

Llegaron á las oraciones de la noche como llamados por campana nuestros antiguos conocidos. Sebastián Perez, periodista que todavía no había sido metido á la cárcel, el Lic. Camacho y su mujer, el Dr. Gutierrez, el boticario Torres y su esposa Dª Zenona la boticaria, y otras dos ó tres personas más sin importancia. En la casa estaba ya toda la familia reunida compuesta de los esposos ya nombrados, de la sobrina Aurora, de los primos de esta, Beatriz, Julia y Rafael y de unos dos parientes de ambos consortes, retirados, muy anciano el uno y la otra ya muy matrona aunque verde y doncella por añadidura. El que hacía falta en la reunión, y mucha, era Ernesto Domínguez á quien todos estimaban no solo por su carácter vivaz, sino por sus felices ocurrencias.

¡Ay! todos sabían ya que había sido herido en el memorable sitio de Puebla, que había sido hecho prisionero y deportado á Francia ó la Martinica, no lo sabían de cierto, esto es, la que podía saberlo era Elvira, pero esta no le nombraba nunca sino en sus conversaciones íntimas con sus primas y con el periodista Sebastián Perez, que por fin viendo que la plaza que quería asediar, Aurora, estaba tomada, se dedicó á hacer la corte á Beatriz y estaba á la sazón un tanto cuanto correspondido. Beatriz le hacía buen semblante y le alentaba algo, quizás por adhesión ó por simpatía, pero principalmente porque á Aurora interesaba que Perez les diera de cuando en cuando algunas noticias de las que cosechaba en las redacciones de los periódicos ó en los círculos sociales que frecuentaba.

En la sala principal, de regulares dimensiones y que habia sido alumbrada con cosa de veinte velas de estearina bien distribuidas y dos grandes quinqués de petróleo, era donde estaba reunida toda la gente que hemos nombrado. Aurora no estaba enteramente melancólica, ni tampoco tenía el aire preocupado de las muchachas que se ven separadas de sus amantes en condiciones bien lamentables; pero tampoco estaba tan alegre, tan espansiva y tan espiritual como de costumbre.

Terminados los saludos y las preguntas de cajón sobre la salud de los que estaban allí presentes y de los que se quedaron en casa, se formó el estrado permaneciendo la parte femenina en la cabecera y la masculina formada en dos alas dándose el frente á poca distancia para que se pudiera oir bien la conversación cualquiera que fuera el circunstante que

tomara la palabra. Ese circunstante fué el coronel, quien preguntó á Camacho:

—¿Y qué tenemos de nuevo, licenciado?

—Desde la última noche que nos vimos, hace creo dos semanas, han ocurrido cosas grandes y maravillosas.

—Es un hecho pues que Maximiliano aceptó la corona?

—Tan es un hecho que llegó hace poco un oficial de órdenes mandado de Miramar que trae pliegos importantísimos. Esto todo el mundo lo sabe y aun entiendo que hoy en la tarde ha de haber publicado el *Diario Imperial* los principales decretos.

—Usted se refiere á los que......

—Dan de baja á la Regencia é inutilizan á Almonte lugar teniente del Imperio, los cuales ya están firmados por Maximiliano como Emperador.

—Ah! ¡Están firmados por Su Majestad! exclamo el coronel como queriendo dar una lección de cortesía al licenciado.

—Sí, señor coronel; y han venido también nombramientos para Márquez, Mejía y otros militares, lo mismo que instrucciones muy terminantes de Napoleón á los jefes franceses para que no cedan ni un punto en lo que vé á los bienes del clero y demás puntos de la Reforma.

—Creo que ese señor Napoleón y sus franceses se andan metiendo en un zarzal.

—Pero cuando el mismo Maximiliano viene sujeto á lo que disponga Napoleón.... usted dirá.

Como la plática llevaba mal sesgo, el periodista interrumpió diciendo:

—Entonces ustedes no saben que Maximiliano y Carlota con una nube de extranjeros vienen ya en camino y llegan dentro de muy pocos días?......

—Cómo!

—Sí señores: Almonte sale mañana temprano con su familia acompañado de muchos personajes para Veracruz en donde se está ya gastando un dineral para el recibimiento.

—Y el clero, qué cara pone? preguntó el Dr. Gutierrez.

—Ustedes se figurarán la cara que pone, contestó el periodista: mientras estén aquí los franceses, y han de estar por muchos años, el clero no ha de levantar golilla.

—Ah! exclamó el coronel, pero ya se sabe que S. M. fué á recibir la bendición del Santísimo Padre, quien le ha de haber marcado su linea de conducta sabiendo que México es un país esencialmente católico.

—Aunque diré, agregó el periodista con su aire desprendido, que al Papa lo que le importa es que se le mande dinero y lo mismo le ha de dar que se lo mande la Iglesia ó se lo mande Maximiliano, así es que los bienes del clero no llevan trazas de que sean devueltos jamás.

—Pero ese ha sido un robo, gritó Dª Asunción, que no podrá ser aprobado por el Emperador.

—Cuál Emperador?

—Maximiliano!

—Aquí no va á mandar ningún Maximiliano, sino Napoleón.

—Eso ya lo veremos. Mucho han de hacer por su patria y por su religión los conservadores de tanto

peso que están en Europa, que vienen con el Emperador y que le rodearán aquí luego que llegue. Estando ya el país pacificado lo primero que se hará será despedir á los franceses.

—Pero lo que menos tiene el país es estar pacificado, observó el Lic. Camacho.

—De las guerrillas que quedan diseminadas, darán buena cuenta las fuerzas imperiales.

—No sólo quedan guerrillas sino ejércitos. Uraga y Arteaga tienen veinte mil hombres en el Sur de Jalisco. Juárez está en el Saltillo con cinco mil hombres y entre Régules, Porfirio Diaz, Riva Palacio, Vidaurri y otros, bien cuentan con veinte mil hombres.

—Se dice también, manifestó el periodista, que entre Cuellar, Carbajal y Aureliano Rivera han reunido como cinco mil hombres montados para hostilizar á las escoltas de Maximiliano en su viaje do Veracruz á México.

—Pero el camino está custodiado con más de diez mil hombres de buenas tropas de linea.

—Lo cierto es, exclamó el coronel, que no hay nada cierto una vez que todas son conjeturas. Todos los dias hay combates en que no levantan una los republicanos, según los partes que publica el *Diario*, á los cuales no se puede dar entero crédito, como no se puede dar á tantas mentiras que insertan los otros periódicos; pero sí se nota que va cundiendo gran desaliento entre los juaristas y casi es seguro que la mayor parte se acojerán al indulto que decrete el Emperador.

—Ya los franceses y Almonte se cansan de dar amnistías sin que produzcan ningún resultado.

—Pero no será lo mismo cuando vean un gobierno formal y bien establecido. ¿Qué va á hacer un puñado de hombres mal armados, mal pagados y mal comidos contra un ejército de cien mil hombres apoyado por la mayoria de la Nación y sostenido por las potencias europeas? El dinero, las armas, y sobre todo, la influencia moral, le vendrá de Europa al imperio y aquí no habrá otro recurso que doblar las manos y reconocer como un hecho incontrovertible la monarquía.

—¡Quien sabe! Don Tirso, ¡quien sabe! Juarez es tenaz, tiene muchos jefes resueltos y cuenta con la amistad del gobierno de los Estados Unidos.

—Ese gobierno de los Estados Unidos no le ha de servir de mucho, cuando bien quisiera él tener quien le diera la mano.

—Es posible que triunfe de los separatistas del Sur, ya ha obtenido muy importantes triunfos y cuando aquello termine....

—La de los Estados Unidos es una guerra civil y las guerras civiles suelen eternizarse. De aquí á que la cuestión se resuelva, si triunfa el gobierno del Norte, tiene que quedar impotente y buen cuidado tendrá en no ponerse de uñas con ninguna potencia extranjera.

Durante esta conversación que fué general, los que no tomaban parte en ella por ignorancia ó por cortedad, bostezaban ó se fastidiaban mortalmente; así es que vieron el cielo abierto cuando Doña Asunción á una señal de la criada, dió la voz de que pasara la concurrencia al comedor.

Estaba la mesa puesta no con mucho gusto, pero

sí con algo de plata antigua y un mantel muy limpio sobre el que abundaban las fuentes, los platones, los fruteros y algunas flores de la estación.

Se sentaron á voluntad, formando grupo en un extremo Aurora con sus primas y el periodista Perez que, como hemos dicho, estaba ya en inteligencias con Beatriz.

Todos se lanzaron con buen ánimo á las viandas; pero especialmente Doña Zenona la esposa del boticario, que hizo grandes elogios de cada uno de los potages.

Cuando ya estuvieron los corazones alegres y las conversaciones animadas, Beatriz, á una indicación de Aurora, preguntó á Perez:

—¿Y qué noticias hay de Ernesto Dominguez?

—Estuve á tomar informes con su familia hace poco y no pudo darme ningunos. La mamá está muy afligida. Me refirió que después de haber sido herido en Puebla, cayó prisionero y cuando se repuso de las heridas fué deportado á Francia. De allí volvió á escribir manifestando que estaba en acecho de una oportunidad para venirse, teniendo ya los fondos necesarios para el pasaje. Ustedes saben que en la batalla del 5 de Mayo se condujo bizarramente y fué ascendido á capitán por el general Zaragoza. Después de la muerte del ilustre gefe pasó al Estado Mayor del general Gonzalez Ortega y en el sitio de Puebla fué uno de los oficiales que se distinguieron por su valentía, acudiendo siempre á los puntos en que era mayor el peligro, batiéndose con denuedo en los combates que hubo cuerpo á cuerpo con los franceses dentro de los mismos reductos. En uno de los

partes se hizo mención especial de su heroico comportamiento y cuando cayó herido de tres balazos, en el mismo sitio Gonzalez Ortega le dió el ascenso de comandante.

—Todo eso y algo más sabíamos, porque nos escribió hasta el momento de ir á embarcarse en Veracruz, dijo Elvira sin poder ya contenerse de tomar parte en la conversación; pero desde entonces no hemos vuelto á saber nada.

—Es que al principio se vigiló tanto á los deportados á Francia, que no se les dejaba ni comunicar con sus familias. Después es cuando ha habido ya con ellos mayor tolerancia.

—Sí, con los juramentados; pero Ernesto no consentirá nunca en juramentarse.

—A los no juramentados los han tratados peor que á negros.

—Yo presumo, dijo Perez, que Ernesto debe haberse venido al pais escapado como se han venido otros muchos.

—En cualquiera parte de México que se encontrara ya nos hubiera escrito.

—Ejerciéndose tanta vigilancia en los puertos y en las fronteras, Dios sabe los trabajos que haya pasado ó esté pasando en estos momentos, ya para vivir en los Estados Unidos, ya para pasar á México.

—Usted algo sabe, Perez.

—No son mas que presunciones. Su mamá me dijo que le había situado algo de dinero en Nueva York en poder del cónsul; pero que ignora aún si se ha presentado á recogerlo. Parece probable que no habiendo escrito de Francia hace tres meses, se haya

embarcado y que su familia de un dia á otro reciba carta de Nueva York. Solo en el caso de haber sido sorprendido en su fuga en el suelo francés, puede haber sido reducido á prisión y encerrado en una fortaleza.

Aurora perdió el color y estuvo á punto de desmayarse.

—Pero esa es una conjetura de las más improbables, se apresuró á decir el periodista. Ernesto es muy perspicaz, demasiado inteligente para incidir en una torpeza. Habla bien el francés, ha tenido tiempo de familiarizarse con las costumbres francesas y es casi imposible que dé un solo paso que pueda perjudicarlo.

También Beatriz se apresuró á tranquilizar á su prima, asegurándole que no pasarían ocho días sin que se supiera algo positivo de Ernesto, y entonces Perez se aprovechó para decir muy bajo á su amiga:

—Y yo, Beatriz, cuando seré tan afortunado que.....

—Hoy las circunstancias son solemnes: en otra vez hablaremos nosotros.

—Pero ¿cuándo? ¿cuándo?

—Pronto, pronto.

El coronel y la coronela se levantaron entonces con sus copas de espumoso champagne en las manos, todos hicieron lo mismo, y el Licenciado Camacho pronunció un breve pero elocuente brindis por la ventura de aquella feliz pareja que cumplía 28 años de estar ligados por los lazos del matrimonio.

Todos volvieron á la sala, tomaron sus abrigos y sombreros y se despidieron deseando muchos años de vida y de felicidad á Cisneros y su señora.

Cuando Perez se despidió de Aurora, esta le dijo aprovechando el ruido que se hacía en la sala:

—Por Dios, Perez, le encargo mucho que si sabe algo....

—Vendré corriendo á decírselo, Aurora, esté usted segura.... y espero que no transcurrirán muchos dias.



CAPITULO XIII

ERNESTO DOMINGUEZ

DEJAMOS al capitán Ernesto Dominguez, que sin ser el héroe principal de esta leyenda, desempeña no obstante un papel importante, victoreando á Zaragoza y á la República después de la victoria alcanzada el 5 de Mayo sobre el ejército invasor, por unos cuantos batallones de línea mexicanos ayudados por los indios de Zacapoaxtla, y tenemos que seguirlo acompañando, aunque sea muy de prisa, hasta la fecha que alcanza nuestra relación.

Después del triunfo obtenido en los cerros de Loreto y Guadalupe debido tanto al valor de nuestros soldados como á la confianza conque dieron el ataque los franceses creyendo vencer con el primer impulso á hordas indisciplinadas y mal dirigidas por oficiales ignorantes, se tocaron las dianas en el campamento, se dieron las órdenes correspondientes para que los cuerpos fueran alojados parte en los fuertes y parte en los cuarteles de la ciudad, yéndose el

general en jefe muy entrada la noche para Puebla seguido de su Estado Mayor.

Una vez que llegó al cuartel general dijo á sus oficiales:

—Señores: quedan ustedes libres hasta las cuatro de la mañana en que hemos de vernos aquí, excepción hecha de los oficiales de servicio.

Se quedaron tres ayudantes con el general y Ernesto con los demás, que ya eran muy sus amigos, se fueron primeramente en busca de una fonda, en donde cenaron con apetito, y luego pasearon por las calles en busca de aventuras.

Haremos gracia al lector de aquella noche toledana en que cuando menos se saborearon, acompañados de buenos sorbos de cognac, los recuerdos del combate, y como tenemos que ir muy apresuradamente, llegaremos á las tres de la mañana, hora en que todavía Ernesto estaba escribiendo á su madre y á su novia sus impresiones de aquel dia, por supuesto con todas las galas de su imaginación sana é impregnada de patriotismo.

Después se enfermó y murió el general Zaragoza, llevándose al sepulcro sus sienes cubiertas de laureles, los negocios de la guerra entraron en calma, el ejército francés, bastante averiado, tuvo que retirarse á Orizaba para esperar refuerzos y entonces Ernesto pudo estar unos dias en México luciendo sus galones y azotando las calles con la espada.

Elvira le dijo un dia:

—Ya cumpliste con tu deber de patriota, ya probaste que eres valiente, ya puedes continuar tus estudios y recibirte de abogado.

—No, Aurora mia, le había contestado Ernesto, sería indigno que me separara del ejército ahora que la guerra va á continuar con más violencia. El gobierno, á pesar de sus penurias, está engrosando sus elementos y los franceses están recibiendo tropas por Veracruz casi diariamente: pronto habrá una gran batalla, tal vez decisiva, y yo debo encontrarme en ella. Si hay un desenlace feliz ya podré venirme á estudiar; si por el contrario, sufrimos un descalabro, la guerra se prolongará indefinidamente y todo seguirá entonces interrumpido y trastornado. Yo te juro, Aurora adorada, que volveré á tu lado, que pediré tu mano luego que sea digno de tí por haber llenado todas mis obligaciones y ya sobre esa base seremos después muy felices.

Ernesto le había cobrado ya afección á la milicia, se había sentido valiente y apto, era también algo ambicioso y contra un hombre de esas resoluciones tenían que estrellarse, como se estrellaron, todas las flechas de Cupido, así es que regresó inmediatamente á Puebla para continuar en el Estado Mayor de Gonzalez Ortega, que había tomado el mando del ejército de operaciones.

Sabido es, por lo que han escrito los historiadores y por lo que nos dicen nuestros recuerdos, á los que estuvimos en presencia de aquella época desastrosa, que el gobiero estuvo marchando con una lentitud desesperante. Hubo tiempo de cargar sobre el ejército derrotado de Laurencez y de reducirlo á la nada en una persecución de ochenta leguas con cosa de unos diez mil hombres bien organizados de que se disponía, pero solo se destacaron algunas guerrillas

17

que le causaron tanta molestia como una mosca que le volase cerca de la nariz. Esa se la quitaba de encima á gasnuchos.

También es verdad que el gobierno carecía de recursos, todos los ricos le cerraban sus cajas y el clero, inmensamente poderoso é inmensamente dominador, en su mayor parte era intervencionista y trabajaba con buen fruto por su causa logrando que rodeara una atmósfera de hielo á los hombres de la Administración. Los mismos gobernadores de los Estados se mostraron tibios para mandar sus contingentes de guerra, aunque es preciso también decir en su abono que pocos dejaban de tener grandes dificultades inmediatas, porque los traidores que eran muchos habían cobrado bríos con el apoyo de las armas extranjeras y por donde quiera se levantaban y hacían más agudo el conflicto. No eran sólo los ocho mil soldados de Laurencez bien provistos de todo y dispuestos á defenderse como leones en sus posiciones fortificadas á los que tenían que combatirse, sino además á cuerpos armados más ó menos numerosos que acaudillaban Márquez, Mejía, Lozada, Tovar, Züloaga, Cajiga y otros cien cabecillas. Entre los liberales mismos Vidaurri apareció hostil al gobierno, Doblado vacilante y otros muchos se mostraron en extremo desalentados haciendo más terribles las circunstancias.

No obtante tantas dificultades y miserias, se hacían verdaderos prodigios para formar un ejército, eso sí, escaso de armas porque las que había eran pocas, antiguas y de diversos calibres.

Nuestro ánimo en esta relación, por más que lo de-

seáramos, no es seguir paso á paso tantos acontecimientos como en aquellos años de prueba se acumularon, precisamente por ser muchos y necitar largos comentarios, sino consignar solamente los más culminantes y los muy precisos á fin de no hacer fatigosa la lectura, sino antes bien procurando que resulte instructiva y amena. Así es que pasaremos por alto el desastre del cerro del Borrego en que fué sorprendida una parte del ejército con que se propuso aniquilar Zaragoza á los franceses en Orizaba, por un descuido de Gonzalez Ortega que nunca llegó á justificarse, haremos á un lado así mismo los pequeños ataques á los convoyes y destacamentos de los invasores, lo mismo que las continuas luchas en el interior y las intrigas que se desarrollaban en las esferas de la política y de la diplomacia, para venir á encontrarnos al mariscal Forey al frente de veinticinco mil franceses, teniendo á unos diez mil mexicanos como auxiliares en marcha ya muy lenta pero muy segura, para el centro de la República.

Entonces fué cuando el gobierno mexicano tuvo que redoblar sus esfuerzos en fortificar y artillar las ciudades de México y Puebla para hacer una defensa en que, fuerza es confesarlo, casi nadie podía tener confianza y mucho menos cuando los mismos generales que conocían la situación trataban de quitarse la responsabilidad.

Hemos dicho que Gonzalez Ortega tuvo la mala fortuna de ser sorprendido en el Borrego, lo cual echó por tierra todas las combinaciones de Zaragoza para destruir el pequeño ejército de Laurencez en Orizaba y esto resfrió bastante la buena opinión que

se tenía respecto de aquel general, así es que á la muerte del segundo que acaeció el 8 de Septiembre de 1862, unos cuantos meses después de su magnífica victoria, se nombró á Uraga jefe del ejército y solo porque este manifestó paladinamente que no se comprometía á librar combates á los franceses con los exiguos elementos que se le daban, fué substituido con Gonzalez Ortega que aceptó sin dificultad la situación.

Habia otro hombre más militar y más bien aceptado por los militares que era Don Ignacio Comonfort, pero este no tenía ni las simpatías ni la confianza de Juarez y su gabinete desde el golpe de Estado, así es que el gobierno se vió constreñido á depositar la defensa del honor nacional en otro hombre que se consideraba muy poco á propósito, porque era más político que militar, más galante que soldado, más literato que general. No tenía gran táctica, ni grandes estudios, ni mucha experiencia en la milicia; pero era entusiasta y valiente. Gonzalez Ortega se puso pues al frente de unos quince mil hombres, que con los destacamentos esparcidos y refuerzos que tenían que llegar se aumentarían á unos veinticinco mil, y con esos elementos á los cuales faltaban muchas cosas para que se pudiera llamar un buen ejército, se propuso hacer la defensa que fuera posible contra la perfecta armada de Forey.

Gonzalez Ortega, más que con sus Jefes de División y de Brigada, le gustaba hablar de los asuntos militares con los oficiales de su Estado Mayor. Había cobrado grande afecto á Ernesto Dominguez, que como él, había cursado las aulas, y le dijo un dia



González Ortega frunció el entrecejo, haciendo un gesto que le era peculiar.

después de haber pasado revista á sus tropas en el campamento:

—¿Qué dice usted, capitán, podremos presentar batalla á los franceses?

—Mi general, le contestó Ernesto con modestia, yo los he visto batirse el 5 de Mayo y son tan esclavos de la disciplina que dificilmente contramarcha una columna sino es cuando está destrozada. Yo tengo la opinión de que nuestros soldados en campo abierto no resistirán la carga de una columna de zuavos.

Gonzalez Ortega frunció el entrecejo haciendo un gesto que le era peculiar y dijo:

—Yo tengo la misma opinión un poco modificada. En los cerros de Guadalupe y Loreto nuestros soldados se batieron bien porque estaban sostenidos por los fuertes, por la artilleria y por el terreno y porque no tenían para donde irse cuando estuvieron acosados, de manera que sería necesario ponerlos en las mismas circunstancias. Desgraciadamente en el terreno de que disponemos no hay fuertes....

—¿Y la artillería? mi general.

—Nuestra artillería es muy inferior á la de los franceses. Lo que podriamos aprovechar bien en una batalla campal es la caballería; pero no hay cuerpos en que se pueda tener confianza para dar cargas cerradas, principalmente faltándonos los buenos caballos, en lo que también nos ganan con mucho los franceses. Una sola casualidad podría favorecernos y esta seria poderles lanzar nuestras columnas antes de que estuviera organizada la batalla.

—No, general: los franceses son muy diestros para

formar cuadros impenetrables en cualquier momento.

—Esos cuadros se destruyen con la artillería y con los escuadrones de lanceros.

—La artilleria rayada de Forey es de más alcance que la nuestra.

—Sí, sí, nuestros cuerpos formados de reclutas no pueden batirse con los batallones franceses á campo raso sin graves inconvenientes: estoy convencido de ello.... solo por un milagro....

—Quizás tomando unas buenas posiciones....

—Ya hemos ido abandonando las más ventajosas. Ahora, continuó diciendo Gonzalez Ortega con un suspiro, no nos queda más recurso que aquel que yo más he temido....

—Si no es indiscreción, mi general....

—Encerrarnos en Puebla. Yo odio los encierros; pero no nos queda más salida que meternos en la ciudad. Allí siquiera daremos tiempo á que lleguen los contingentes de los Estados, á que Comonfort forme el ejército de reserva y á que el gobierno pueda allegar otros recursos.

Tampoco Ernesto era partidario del encierro y exclamó:

—Yo creía que se fortificaba solo Puebla como un sostén para el combate.

—¡Ah! repetir un 5 de Mayo! Nunca hay en la guerra dos acontecimientos iguales. La táctica de Forey debe ser diametralmente opuesta á la de Laurencez.

No era esto mas que una simple conversación, pues Gonzalez Ortega ya habia mandado su plan de cam-

paña al gobierno, diciéndole que no era posible con sus elementos presentar batalla al ejército francés, y que en su concepto lo mejor que podría hacerse era defenderse dentro de los muros de Puebla, siempre que fuese apoyado por un ejército que molestara por fuera á los sitiadores, favoreciendo la comunicación, la entrada de municiones, etc., y siempre también que se le mandaran los elementos suficientes para mantenerse allí por un tiempo largo.

Parece que Gonzalez Ortega tenía razón, aunque los hechos demostraran después lo contrario. Precisamente ese era el plan de Forey y por eso sus marchas eran cortas: quería que los mexicanos reconcentraran todo lo que tuvieran en un solo punto para dar allí el golpe decisivo, como sucedió.

Ya sabemos que el sitio de Puebla estuvo lleno de brillantes episodios, durando mayor tiempo del que se esperaban los que conocian el gran material de guerra de los franceses y el mezquino del ejército mexicano. Forey estableció un sitio en toda regla; se aproximó á los fuertes por medio de trabajos de zapa, estableció sus poderosas baterías á tiro de pistola, abrió con ellas brechas y lanzó repetidas veces sus columnas, admirándose él mismo cuando ya creía tener en las manos la victoria, de que siempre fuera rechazado. Muchas veces combatieron sus soldados con los soldados mexicanos entre los escombros de las manzanas de casas derribadas con las bombas y con las minas, y de allí se volvían las columnas de zuavos y de cazadores diezmadas, sin poder ocupar definitivamente ningún punto de los que formaban la línea fortificada, hasta que llegó un día

en que los defensores se vieron escasos de víveres y faltos de municiones.

Entonces fué cuando Gonzalez Ortega dirigió á Forey aquella nota famosa que llenó de estupor á los franceses y de asombro á todas las naciones que estaban pendientes de la contienda: «Señor Mariscal: Están agotados los pertrechos de guerra y por eso no puedo defender ya esta plaza. He mandado destruir el armamento y disolver el ejército que tenía á mis órdenes. Los jefes y oficiales nos encontramos á la disposición de vd., dentro del palacio de gobierno.»

Aquella salida inesperada puso despechado á Forey, que después de ver cien veces á sus columnas en derrota, se encontraba al fin sin enemigo al frente que combatir y sobre quien pudiera recaer su sangrienta venganza. Si se le hubiera consultado antes, él hubiera proporcionado el parque para la defensa, porque lo que quería era entrar á Puebla después de un combate y como verdadero vencedor.

Ernesto estaba en el hospital, herido, desde el terrible ataque dado al fuerte de San Javier, en que había corrido por los fosos la sangre de los combatientes. Allí había concurrido como ayudante, llevando refuerzos, y allí había sido herido de un balazo y dos bayonetazos, despues que se le rompió su espada y de haber disparado los seis tiros de su pistola.

Allí, á ese hospital, al tiempo de la rendición, llegó la infausta noticia de que se estaba echando al agua de los fosos el poco parque útil que quedaba, de que los soldados estaban rompiendo sus fusiles contra las piedras, de que los artilleros estaban

inutilizando sus cañones y de que los oficiales estaban reuniéndose en el atrio de la Catedral para ir á entregar sus espadas en donde se les ordenase.

Algunos heridos que pudieron se levantaron y salieron corriendo á la calle, otros buscaban sus pistolas para suicidarse, no encontrándolas á mano porque se había tenido cuidado de escondérselas, y otros que estaban calenturientos y casi privados, como Ernesto, tuvieron después el recuerdo de lo que oyeron y vieron en esa noche, como si hubiese sido una pesadilla.

Ya se sabe lo que ocurrió después. Juárez y los que componían su gobierno, espantados ante la enorme catástrofe, que ya era esperada, sin embargo, por momentos, no tuvieron ánimo de defender la capital que había sido bien fortificada y huyeron á San Luis, viendo desbandarse las tropas que escoltaban al gobierno, compuestas de reclutas, generalmente. Entonces salieron los imperialistas que estaban escondidos ó prófugos y empezaron á organizarse para recibir con coronas desde luego á Forey y después á Maximiliano, cuyo nombre ya andaba de boca en boca desde entonces.

Todo fué fiestas después. El clero se apresuró á cantar el *Te-Deum* en las catedrales. De Puebla estaban saliendo los oficiales prisioneros mexicanos, en número de 600, para la Martinica ó para Francia; estaban los hospitales llenos de heridos. Todavía no se sacaban de los fosos todos los cadáveres, cuando ya los sacerdotes, ¡qué ignominia! de nacionalidad mexicana, hacían sus seculares funciones místicas en

acción de gracias al Ser Supremo porque habían obtenido el triunfo los franceses. Tanto así ciega la pasión política.

Pero ¡qué más! Almonte, el traidor entre los traidores, la figura más innoble y más repugnante de aquel orden de cosas, íbamos á decir de aquel desorden, Almonte, repetimos, publicó entonces proclamas elevando el valor francés hasta las nubes y llamando á los mexicanos que defendían su patria, cobardes y bandidos, y celebrando que los triunfos en Orizaba y en Puebla hubieran sido de los invasores.

Luego que los heridos pudieron ser dados de alta en el hospital, se ordenó un convoy para que también fueran deportados á Francia. Eran prisioneros de guerra, por más que ya no hubieran estado con las armas en la mano cuando ocupó la plaza Forey y tenían que ir á cumplir su condena.

Como en las primeras remesas de prisioneros habían logrado fugarse más de la mitad, entre ellos el mismo González Ortega, y de Puebla se habían fugado generales y coroneles, como Porfirio Díaz, Angulo y otros, para lo cual estuvieron en su más perfecto derecho, pues nunca quisieron firmar las actas de sumisión que se les presentaron ni dar su palabra de que permanecerían quietos, ni se prestaron á dejar que se supusiera que contraían el menor compromiso sobre nada; como se tenía ya esa experiencia respecto de los prisioneros, los últimos fueron estrictamente vigilados y no se les permitía comunicarse con nadie.

—¿Qué haré yo para escribir á Aurora y á mi madre? decía Ernesto al teniente Ramón Díaz, que tam-

bién había sido herido y formaba parte del convoy que iba á salir de Puebla.

—Pues solamente sobornando á nuestros guardianes.

—¿Y con qué? Cuando entraron aquí los franceses, según ya sabes, nos dejaron hasta sin camisa.

—Es verdad; pero yo salvé dos onzas de oro que pude esconder á tiempo, porque no estaba como tú, privado. De esas puedes disponer, siempre dejando algo para una necesidad mayor.

—No, yo no voy á abusar así de tu bondad y tu cariño. Vamos á pisar suelo extranjero y tal vez seamos allí tirados en el muladar, como perros. Para entonces te serán útiles tus dos onzas.

—Si nos llevan á Francia tendrán que mantenernos.

—Te equivocas. El viaje nos lo costean nuestros nuevos amos; pero una vez allá nosotros, ¿para qué han de gastar dinero en mantenernos?

—Acaso tengas razón, Ernesto.

—De eso no te quepa duda alguna. Lo único que se proponen llevándonos de aquí es inutilizarnos, y desde luego que estemos en suelo francés no podremos servir á nuestro país, porque nunca nos proporcionaremos allí las grandes cantidades que se necesitan para regresar.

—Eso ya lo veremos. Yo aunque me vuelva en burro.

—Eso sería curioso, que atravesaras en burro el oceano.

Ramón comprendió que había dicho un gran disparate y se puso rojo de vergüenza.

—Toma las dos onzas, dijo poniéndolas en la mano á Ernesto.

—¡Chist! dijo éste. Escóndelas pronto y que nadie sepa aquí que tienes oro, porque de seguro serás despojado una noche de estas, ó por los amigos ó por los enemigos.

Sin necesidad de cambiar ninguna de las dos monedas de oro, nuestros oficiales, á fuerza de perseverancia y astucia, pudieron proporcionarse unos pequeños fondos, obsequiar al sargento encargado de la vigilancia inmediata de los prisioneros y escribir cartas para las personas de su cariño que vivían en México. Serían ó no depositadas en el correo; pero ellos estuvieron más tranquilos desde que habían cumplido con ese deber.

Si el trayecto á Veracruz fué rudo, hecho á pie entre dos hileras de dragones, la navegación fué peor todavía, por los malos alimentos y por el mal trato recibido á bordo. La enorme travesía fué, pues, cruelísima para los pobres prisioneros mexicanos, de tal modo que, por ejemplo, el teniente Ramón decía:

—Si yo sé esto, mejor me echo sobre la escolta en el camino de Veracruz, y ya estuviera muerto allí con alguna gloria.

Después, al principio en Francia les dieron alguna cosa para que medio pudieran mantenerse, pero cuando no quisieron juramentarse los trataron con rigor y los privaron de recursos, molestándolos mucho con la vigilancia. Entonces se vieron precisados á ganarse el sustento con las manos ó á morirse de hambre. Ernesto no era del todo pobre, su madre tenía algo; pero la pobre no sabía cómo ni á dónde man-

darle dinero. De esto se encargó Gonzalez Ortega, que quería mucho á su comandante Ernesto Domínguez, á aquel á quien él mismo había dado esa investidura cuando fué sacado de los escombros de Santa Inés.

Ernesto logró escaparse de Francia, pasó á España y procedente de la Coruña venía ya navegando la noche en que Aurora y Beatriz pedían al periodista noticias del prisionero deportado.



CAPITULO XIV

---

29 DE MAYO.—12 DE JUNIO 1864.

¿VEN ustedes esto? preguntó la Emperatriz á Maximiliano, á la condesa de Zichy y á otras damas extranjeras que se encontraban reunidas en su gabinete á eso de las siete de la noche.

—Ya lo he visto varias veces, contestó Maximiliano, es tu libro de memorias.

—Aquí consigno los sucesos más notables y las fechas más gloriosas.

—Yo también tengo esa costumbre, dijo la marquesa de Corio.

—Pues ahora lean ustedes estas líneas que he puesto aquí de mayor tamaño.

El Emperador se acercó y dijo en voz alta:

—29 de Mayo. 12 de Junio. 1864. Ni que tan distraido estuviera en mis asuntos dejaría de comprender de qué se trata. El 29 de Mayo fué cuando pusimos el pié en tierra mexicana. El 12 de Junio es hoy, dia en que hemos entrado á este palacio.

—Exactamente. Los detalles de nuestra marcha

desde Veracruz, apenas los tengo en embrión, porque todavía me siento aturdida con tantas gentes, con tantas músicas, con tantos discursos, con tantas comidas y con tantas descargas. Con franqueza, amigas mias, agregó dirigiéndose á las condesas y marquesas extranjeras que los rodeaban, ¿qué impresiones han recibido ustedes en este viaje?

—Por mi parte, dijo la de Zichy, el aspecto de Veracruz me pareció pobre á pesar de haberse vestido con tantas cortinas y ramajos; pero en cambio los panoramas y poblaciones que seguimos viendo son expléndidos.

—A mí Veracruz me agradó mucho con sus sencillos edificios y sus salvajes playas, dijo la de Corio.

—Sus gentes son amables, agregó la de Schertzenlechner.

—Se ve que son francas, desprendidas y leales, exclamó con fuego la Emperatriz: allí se ha gastado tan en grande que creo hasta obsequiaron al pueblo con botellas de Champagne.

—La manifestación hecha á VV. MM., contestó la misma dama, debe haber costado mucho dinero. Solo en músicas y pólvora deben haberse empleado algunos miles de pesos.

—Lo que siento, dijo el Emperador suspirando, es que esas gentes deben haberse quedado profundamente disgustadas, porque después de que hicieron tantos preparativos, solo les atravesamos su población para llegar á escape á la estación del ferrocarril.

—En el pecado llevaron la penitencia, agregó riendo la Emperatriz, ¿por qué no constituyeron una

comisión de señoras para que recibieran á su soberana?

—Es preciso que los disculpemos: no tienen aún el hábito de las formalidades cortesanas.

—En resúmen: lo mejor de Veracruz fueron las llaves de la ciudad que son de oro y primorosamente cinceladas.

—¿Y qué tal pareció á SS. MM. el desayuno servido en la Soledad? preguntó la de Corio con tonillo burlesco.

—Que para ser del país no fué tan malejo, contestó el Emperador siguiendo la broma; pero allí lo que probablemente admiraron más las damas de la corte fué la multitud de curiosos.

—Sí, allí había muchas gentes á medio vestir.

—El clima, que es caliente, exige los trajes ligeros.

—¡Ni tan ligeros!

—A mi, dijo la Emperatriz, lo que me gustó más fué el puente del ferrocarril.

—Es una obra maestra, asintió el Emperador.

—¿Y qué tal obra maestra es el general Galvez que nos fué presentado por Almonte? preguntó riendo á carcajadas la condesa de Zichy.

—Ese es un tipo de los guerrilleros mexicanos.

—Yo lo hubiera tomado por un feroz bandido á no haber allí tanta gente.

—No, no tiene el tipo de nuestro coronel Miguel López.

—También ¡qué diferencia! este manda la guardia imperial.

—Buen ojo tuvo el Lugar Teniente de la corona para designarle tal empleo.

—El tal López, dijo la Emperatriz, es cortés; pero frecuentemente sus cortesías degeneran en bajezas.

—Ya, ya irán aprendiendo todos nuestros nuevos amigos las verdaderas costumbres cortesanas, contestó Maximiliano con tono bondadoso, como queriendo dar ejemplo de tolerancia.

—De lo que conservo más vivas impresiones, tornó á decir la Emperatriz variando bruscamente de conversación, fué de nuestra primera noche. Entonces, cuando veníamos por aquellos senderos sombríos en medio de la lluvia y el viento que azotaba los vidrios del coche, sentía gran pavor. Me parecía que muy pronto íbamos á ser asaltados ó rodados á un abismo. Hoy, el recuerdo de todos aquellos fantasmas, unos reales, otros de verdadera imaginación, me parece lo más novelesco. No he visto positivamente en las novelas una descripción como la de la primera noche que pasamos en el país mexicano.

—Fué una especie de enseñanza que nòs quisieron proporcionar nuestros partidarios, dijo sonriendo Maximiliano.

—Por qué?

—Porque para gobernar una nación se necesita que haya días buenos como noches malas: placeres y disgustos. El día lleno de fiestas, la noche cuajada de peripecias desagradables.

—En cambio fué una sorpresa deliciosa la repentina presentación de tantos indios con sus antorchas encendidas, cuando más llenas de susto nos encontrábamos, añadió la de Corio.

—Ya cuando llegamos á Córdoba vimos el cielo abierto, dijo el emperador.

—Pero se nos cerró, agregó la Emperatriz, cuando empezaron á decirnos discursos de bienvenida, á las dos de la mañana, en la hora en que nuestras camas nos pedían á gritos que fuéramos á ocuparlas.

—Pequeños inconvenientes de los que vienen como una novedad á ocupar un trono antes que una cama, prorrumpió el Emperador haciendo un juego de palabras en francés que pareció muy ingenioso.

—A mí, dijo la de Corio, con tantas músicas y cañonazos y repiques y ruidos que hubo allí, se me quitaron las ganas de dormir.

—Efectivamente, estuvo muy ruidosa la recepción, contestó Maximiliano con cierto abandono imperial.

—Fué de llamar la atención tanta música.

—Y más, que comenzara al día siguiente ¡tan temprano!

—Ya en Córdoba hubo más pulcritud, dijo la Emperatriz: allí una comisión de señoras principales estuvo á darme posesión de mi alojamiento.

—La lástima fué que se echaran á perder todos los adornos de papel que había en la ciudad, con la lluvia, murmuró la de Zichy.

Las damas dejaron ver una sonrisa muy poco perceptible y la emperatriz dijo luego:

—Allí fué donde comenzaron los *Te-Deum*.

—Pues es necesario que se acostumbre á ellos S. M. la Emperatriz, dijo Maximiliano, porque mañana tenemos uno en la Catedral y aquí son como de cajón por todos motivos.

Maximiliano, mitad guasa mitad formalidad, comenzaba á dar el título de Majestad á la Archiduquesa para complacerla, porque el tratamiento era una

de las cosas que más la seducían en su nueva posición.

—En fin, quitando el enorme calor de Córdoba, los tres días que pasamos allí me fueron agradables, dijo la Emperatriz.

—¿Qué les pareció á VV. MM. Orizaba y la recepción hecha en esa ciudad? preguntó la de Corio.

—Se puede decir que todas las recepciones fueron vaciadas en el mismo molde, contestó Maximiliano: descargas, repiques, cohetes, músicas, llaves, refrescos y presentaciones. Las escenas desagradables para mí fueron aquellas en que las gentes humildes del pueblo quisieron desenganchar los caballos para arrastrar el coche.

—Ya me explicó mi profesor, contestó Carlota, que es una costumbre de antaño establecida en México por los españoles. Los grandes señores, es decir, los que venían á ser grandes y especialmente los dignatarios aquí de la iglesia, trataban á los indios como bestias de carga. Los obligaban, á fuerza de azotes, á llevarlos sobre las espaldas, primero, y después, arrastrándolos en literas y sillas de manos, viéndose eso, pasado el tiempo, como un signo de sumisión y de respeto.

—A mi me repugnó mucho que quisieran substituir á los animales, y hubiera preferido en todas las ocasiones marchar á pie, y no arrastrado por ellos tan indignamente. Me propongo, entre otras cosas que medito realizar en mi gobierno, la de abolir completamente ese uso que tanto rebaja la dignidad personal.

—Santa Anna y otros tiranuelos de aquí, gustaron

á porfía de ser arrastrados por semejantes suyos en ciertas solemnidades.

Las condesas se rieron mucho de la simplicidad de los mexicanos, que no veían gran diferencia entre ellos y las mulas.

—Habiéndonos adelantado nosotros á la comitiva, ya no vimos las recepciones que se hicieron después, pero hemos leído las descripciones y parece que siempre fueron muy animadas, dijo la de Zichy.

—Habiendo salido del clima tórrido, ya pudimos hacer el resto de nuestro viaje muy agradablemente. En todas partes había arcos, músicas y flores; pero la recepción imponente, majestuosa y extraordinariamente animada fué la de Puebla, en que el ceremonial se salió de las rutinas y tuvo su marcado aire de corte. Nos detuvimos en la noche en las cercanías de una preciosa casa de campo; por la mañana las comisiones, vestidas correctamente, empezaron á dar desarrollo al programa. En el trayecto esparcían flores por las calles de la ciudad, bajo suntuosos arcos de triunfo, hasta la Catedral, en donde se cantó el *Te-Deum* por el cabildo, con escogida concurrencia. Se nos alojó en el palacio episcopal, erigiéndose un trono en el principal salón y siguió una cadena de saraos, recepciones, banquetes, fuegos artificiales, paseos y cuanto más podía ser agradable á los soberanos. Quitando la parte religiosa, que fué muy pesada, no hubo ni una sola nota discordante y todo pareció ser arreglado por monarquistas conocedores de la etiqueta.

Cuando relataba esto la Emperatriz en muy exten-

sos y muy detallados periodos, parecía estar radiante de satisfacción.

—En el baile, continuó diciendo la princesa, estrené el magnífico traje blanco que me hicieron en París; me ceñí mi gran corona de diamantes y llevé en el cuello aquel collar que tanto disputaron las soberanas á los judíos de Viena. Las damas poblanas me significaron que nunca habían visto una mujer más hermosa que yo, que no tenían idea de que pudiera haber una reina más distinguida y que estaba como el sol, deslumbradora.

—¿Y los hombres?

—Los hombres no se me acercaron, por respeto; pero los ví arrebatados de admiración contemplándome como á una diosa.

Maximiliano se sonrió y dijo:

—Demasiado ví que conversaron contigo el obispo de Colima y otros cinco ó seis eclesiásticos.

—Por cierto que cuando estaba con los doctores cometí una ligereza que pudo ser de consecuencias.

—¿Cuál?

—Me estaban felicitando por el aniversario de mi nacimiento pasado en Puebla; y yo suspiré, lamentándome de estar á tantas leguas de mi patria, lo cual consideraba que era más bten motivo de tristeza que de regocijo.

—¿Y qué dijeron de eso los doctores?

—Pues nada: se quedaron viéndome; pero como luego comprendí mi falta, la enmendé diciéndoles que, por fortuna, me consolaban mucho de mi ausencia las atencionos que se me prodigaban en mi nueva patria.

—Con los sacerdotes católicos no hay peligro en hablar de otras patrias. Ellos también son aquí ciudadanos romanos antes que ciudadanos mexicanos.

—En fin, continuó relatando la Emperatriz; después de nuestra estancia en Puebla, en donde fuimos tan festejadas, las mejores recepciones fueron las de Cholula, San Martín y Río Frío.

—Realmente la de Cholula fué conmovedora, exclamó Maximiliano. Se nos hizo presente que era la población primera que había proclamado el imperio; nos acompañaron algunos simpáticos indígenas en el banquete y el *Te Deum*; hubo poesías, discursos, salvas y arcos de flores incontables. Se puede decir que nuestro camino desde Veracruz se ha visto cubierto de flores.

—Así fué y así tenemos que consignarlo. Ahora, como imponentes, como verdaderamente majestuosas, han sido las sorpresas que hemos tenido en la villa de Guadalupe y en esta capital. Yo, según lo que había visto antes, no pude ni haber soñado que se nos presentarían doscientos carruajes ocupados por bellas damas vestidas elegantemente á la francesa y una cabalgata de más de doscientos caballeros todos vestidos de negro y con guantes blancos, corte que apenas puede verse en las principales ciudades de Europa.

En ese momento se presentó un chambelán de Maximiliano para avisar que habían llegado el arzobispo, el mariscal Bazaine y otros de los invitados especiales para el banquete que se daba en Palacio esa noche.

—¡Ah! no me acordaba, dijo S. M., que hay todavía que consumar el sacrificio.





de Junio de 1864. Entrada de Maximiliano á México.

Y como viera que la Emperatriz le fijaba una mirada de reconvención, agregó:

—Ya sabes que las fiestas me fatigan.

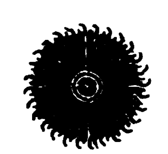
—Bueno, exclamó Carlota volviendo á dar á su fisonomía el aire radiante de hacía poco, daremos por terminada nuestra conversación respecto de las fechas.

—¿De las fechas?

—Sí, de las consignadas aquí en mi diario de recuerdos.

—¡Ah! tus fechas memorables.

—29 de Mayo: dia en que pusimos los piés en el muelle de Veracruz. 12 de Junio de 1864: dia en que estamos ya alojados en el suntuoso palacio de los virreyes.



CAPITULO XV

LAS GRANDES FIESTAS

DEJARIAMOS incompleta nuestra relación si no agregaremos al diálogo de los Soberanos y las damas de la corte de que hemos hecho mérito en el capítulo anterior, algunos otros detalles de su llegada á México, que fué uno de los sucesos que tuvieron más resonancia en aquella época.

El siguiente es un ligero resúmen de las descripciones que hicieron entonces los periódicos imperialistas:

En un lujoso wagon se colocaron los soberanos para salir de la villa de Guadalupe á las ocho de la mañana, acompañados de los principales personajes que figuraban en la nueva corte, en su mayor parte extranjeros, y en la estación recibió Maximiliano unas llaves que se supuso eran las de la ciudad, de manos del Presidente del Ayuntamiento con una arenga que fué contestada en mal español. Luego la comitiva que había de recorrer á caballo ó en carruages las calles designadas

para ir á tomar por la Mariscala, Vergara y Plateros, se compuso así:

Descubierta de caballería mexicana.

El Ayuntamiento y los Prefectos.

El Consejero barón de Schertzenlechner, Dr. Semelader y el Secretario Iglesias.

Las damas de palacio.

El Ministro de Estado Don Joaquín Velazquez de León, el Lugar Teniente del imperio general Almonte y su señora.

Tres oficiales de órdenes.

Gran carroza con tres troncos negros llevando á SS. MM.

Los generales Bazaine, Woll y Salas.

El conde Bombelles y el general Neigre.

Varios carruajes con generales mexicanos imperialistas y el Estado Mayor.

Cerraba la marcha una gran escolta de coraceros, siguiendo todas las tropas francesas en columna.

La ciudad estaba toda vestida de fiesta y principalmente las calles por donde tenía que pasar la comitiva se veian cuajadas de colgaduras. Todo estaba tapizado de flores, gallardetes, cortinas, cuadros, inscripciones y de trecho en trecho grandes arcos, los unos de follaje, los otros de madera, ó de lienzos pintados, con retratos y alegorías. Las puertas, los balcones, las azoteas, las aceras, todo estaba henchido de gente y en las calle de Plateros se habían pagado precios fabulosos por las localidades, entrándose á las casas con boleto.

Los departamentos de Zacatecas, Guanajuato y otros, es decir, sus autoridades, mandaron levantar

arcos por su cuenta y uno que se encontraba en la esquina de la Mariscala tenía en lo alto los bustos de Napoleón III y la Emperatriz Eugenia con estos dísticos:

Á Napoleón III.

Tú eres el génio que en la patria mia
Como el sol brillas este hermoso día.

A Eugenia, Emparatriz.

Tú eres la grande amiga y la primera
Que fué del uuevo imperio mensajera.

En los demás arcos se veían diferentes inscripciones y dísticos. De estos últimos como una pequeña muestra reproducimos los siguientes:

Á Pio IX.

Al inmortal Pontífice Pio nono
Que al príncipe bendice y salva el trono.

Á Maximiliano I.

El Soberano la Nación dirige.
La Ley gobierna, la Justicia rige.

———

Por base el trono la justicia tiene
Y en la equidad y el orden se sostiene.

Á Carlota, Emperatriz.

De México, ¡oh Carlota! los vergeles
Os brindan palmas, rosas y laureles.

———

Como el íris que brilla en la tormenta
En México Carlota se presenta.

Seguían otra infinidad, mucho más ramplones, como, por ejemplo estos según el dicho vulgar, propios para arder en un candil:

Vuestra gloriosa y merecida fama
Primer hombre de América os proclama.

La aurora de la paz brilló en el cielo:
Aguila entumecida emprende el vuelo.

El grande, el inmortal Maximiliano
Dejó de ser austriaco: es mexicano.

Simboliza, señor, vuestra presencia
La Religión, la Paz, la Independencia.

Hubo un verdadero torneo de disparates entre los inspirados poetas imperialistas.

Ahora bien, en medio de las salvas de artillería, los camarazos de los barrios, los repiques de todas las iglesias, los gritos de la multitud y una lluvia de flores y de varios impresos en papelitos de colores, atravesó la comitiva las calles, siendo detenida á cada instante para que los soberanos recibieran presentes, oyeran arengas y poesías ó recibieran saludos de las agrupaciones que les salían al paso. En la puerta de la Catedral estaba todo el clero seglar y regular esperándolos y bajo palio penetraron al ataviado

templo en procesión solemne acompañada de incensarios y campanillas. Encabezaban la trouppe eclesiástica el arzobispo Labastida y diez ó doce mitras más que habían sido convocadas para dar más suntuosidad á la ceremonia.

Había un trono en el presbiterio y á él fueron llevados los magníficos emperadores, desde donde asistieron al *Te Deum*, que era el décimo nono que se les cantaba en el poco tiempo que tenían de haber pisado el suelo mexicano. Se tenía gran empeño en catolizarlos porque se sabía que eran aquellos hapsburgos un poco tibios en asuntos de religión.

Por supuesto que á la Catedral ese día no tuvo acceso más que la aristocracia, á la cual se había llevado allí con invitaciones especiales, de manera que no se veía mas que gente vestida con gran lujo, lo cual no dejó de impresionar favorablemente á SS. M M.

Después de la suntuosa función eclesiástica se dirigió la comitiva al Palacio Nacional que debería llevar en lo sucesivo el nombre de residencia imperial en donde estaban ya amueblados con magnificencia los departamentos del imperio, con todas sus dependencias, mueblaje que según es sabido se envió de Europa con el dinero del empréstito.

En el solón de Embajadores se verificaron las felicitaciones con todo el ceremonial monárquico, al cual concurrieron el general Bazaine con gran acompañamiento militar, el Lugar Teniente con sus ministros, el arzobispo Labastida con un enjambre de obispos y canónigos, los generales mexicanos, el claustro de doctores con borlas y las demás corporaciones y empleados. La orden de Guadalupe estuvo repre-

sentada por el indígena general Mejía con capa blanca, que parecia mosca en leche. El Emperador vestía uniforme de general mexicano con sombrero montado llevando las insignias de gran Maestre de la mencionada orden.

Se concluyó el besamanos, los soberanos tomaron posesión de sus magníficas habitaciones y por la tarde SS. MM. salieron en gran carrosa descubierta seguidos de la corte, extendiendo su paseo hasta los suburbios de San Cosme. Como todas las calles estaban adornadas y llenas de gente, no les pareció mal á Maximiliano y consorte, el aspecto de la capital de su imperio. Especialmente la Emperatriz estaba siempre radiante no cansándose de dar muestras de satisfacción.

SS. MM. volvieron en medio de una tormenta muy parecida á la que les cayó en el camino de Veracruz, lo cual les hizo comprender que no les eran favorables los elementos. Esto descompuso algo los grandes preparativos que se habían hecho para la fiesta nocturna que consistían en gran iluminación, suntuosos fuegos artificiales, vistosas cabalgatas, procesiones de antorchas y magnífica serenata.

Se recordará que fué turbada la conversación que sobre sus emociones tenía la corte cuando fué anunciada la presencia de algunos personajes que acudían al banquete de cuarenta cubiertos dispuesto para Sus Majestades, completándose aquel número con con unos ocho ó nueve mexicanos de los principales, pues los demás asistentes fueron extranjeros de los que formaban el rumboso séquito del Emperador, así como los jefes de la guarnición francesa.

Á las nueve y media la Emperatriz dió la señal de que empezaran los fuegos, despidiendo desde el balcón principal de Palacio un cohete corredizo hasta el centro de uno de los aparatos pirotécnicos, lo cual tuvo mucha gracia, en opinión de los que describieron en los periódicos las fiestas imperiales. Como la pólvora se mojó con la tormenta, el castillo de Miramar, el «Novara» y todo lo demás que iba á representarse en los fuegos quedó muy deslucido, por lo que el público dió una buena silvada al cohetero, pero lanzó ¡vivas! á los monarcas.

Y es fama que después de haberse despedido las elegantes damas y los aristocráticos caballeros que en adelante iban á ser los principales sostenes del Imperio y cuando la Emperatriz fué conducida por el Emperador de la mano á sus habitaciones, aquella parodiando la frase que se atribuye á Luis XIV de Francia, murmuró al oído del Emperador:

—Ya se realizaron mis ensueños, ya somos soberanos en esta lejana tierra habitada por gentes sencillas, ya tenemos las coronas de un imperio sobre nuestras cabezas, ahora *después de nosotros el diluvio.*

CAPITULO XVI

LOS CONTERTULIANOS.

Los contertulianos que se reunían en la casa del coronel D. Tirso Cisneros habían dejado de verse mientras duraron las ruidosas fiestas imperiales, no limitadas al primer día, puesto que en los siguientes continuaron gastándose los pocos fondos públicos que quedaban, en saraos, banquetes, excursiones y todo cuanto más podía ser agradable á SS. MM. promovido por los que constituyeron el nuevo partido monárquico, mezclándose á los festejos profanos también los religiosos, pues nunca hubo como entonces tan continuadas funciones de Iglesia á las cuales se hacía ir *velis nolis* á los soberanos. Ya se había establecido un poco la calma, ya Maximiliano empezaba á ver algo más claro á traves de las nubes de incienso quemado por la no menos grande nube de aduladores, en que consistía el pobre legado que le había abandonado la Regencia é inmediatamente la Lugartenencia, cuando en una noche de Julio cayeron, por mera casualidad, en un miércoles, á la casa

de Tacuba, todos los que allí tomaban el thé, para platicar de las cosas públicas desde que fué anunciada la intervención de las potencias. En esta noche bastó que poco antes de las siete el periodista Perez pasara por la botica y preguntara á Torres si no iba á la casa del coronel, para que todos los contertulianos fueran allí como llamados por campanilla.

Cisneros estaba muy contento porque el general Salas lo había reconocido el día de la llegada del Emperador, y le había dicho viéndole vestido con su antiguo uniforme:

—Sígame Ud. para presentarlo á SS. MM.

Y en efecto, agregado á la comitiva, había ido á Palacio, había conocido á los soberanos, les habia dirigido un saludo coqueto y ellos le habían recibido con benevolencia. Así es que lo primero que hizo luego que vió reunidos á sus antiguos amigos fué contarles aquella tierna escena.

—Y Tirso tiene que ser llamado en uno de estos días á Palacio, agregó Dª Asunción, porque agradó mucho á SS. MM. su aire serio y resuelto, según me ha contado Genaro.

—Quién es Genaro? preguntó Perez.

—No conocen Uds. á Genaro Lacroix? Es chambelán de la Emperatriz.

—Frances?

—Es hijo de frances y de mexicana. Creo que la Señora su madre es dama de la corte.

—¡Cuantas gentes nuevas han subido en el último remolino!

—¿Y Uds. estuvieron en las ceremonias? preguntó Doña Asunción.

—Yo nada más ví lo que pasó por la Botica, dijo Torres.

—En cambio yo me metí á todas partes, dijo el periodista, naturalmente sin invitación, porque solo se dieron billetes á los pollos gordos, de manera que ví todo lo que hubo en Palacio, en Catedral, en la Profesa y hasta en el baile del Ayuntamiento, codeándome con los Saenz, con los Escandón y con los marqueses de Vivanco.

—Que precioso estuvo todo, ¿verdad?

—Si, hasta el general Mejía se veía bonito con su manto blanco.

—A mi lo que me gustó, díjo Doña Zenona, fué el vítor de las señoras la noche del día 15.

—Como estuvo? pseguntó Doña Lucía la mujer de Camacho, que no vió nada esa noche porque estaba indispuesta.

—Pues las damas principales iban formadas en dos hileras llevando sus respectivas músicas, y los caballeros empuñaban con la mano derecha una vela de cera encendida y con la izquierda una bandera tricolor.

—Por lo de las velas de cera pareceria entierro.

—Nada de eso, porque llevaban por delante en bonitos cuadros los retratos de las augustas personas.

El tono con que dijo esto Doña Asunción hizo sonreirse y cambiar una mirada al Dr. Gutierrez con el Lic. Camacho.

—Y que tenemos de política? preguntó á este último el primero, para dar otro sesgo menos ridículo á la conversación.

—Hasta ahora no ha habido otra publicación oficial notable que el manifiesto de la Regencia.

—Ah! dijo el Dr. y que buenos levantones de cola les da Almonte á Napoleon y á sus generales, sobre que á todos ellos según el documento, les debemos, y les vamos á seguir debiendo los mexicanos, nuestra ventura y nuestra grandeza. ¿Que sería de nosotros ahora, dice Almonte, si no nos ha tendido el gobierno frances su mano generosa?

—Y es la verdad, se apresuró á afirmar Doña Asunción sin comprender la ironía, triunfantes los franceses de todo el bandidaje, ya pudieron venir nuestros soberanos y ya hemos podido disfrutar en la capital de tanto regocijo.

—Eso de que se hallen triunfantes, todavía está en problema, interrumpió Perez el periodista, pues según las hojas republicanas Juárez anda también con su gobierno por los Estados y no se ha rendido ni piensa rendirse.

—Pero Ud. hombre, que opinión tiene por fin? le preguntó la coronela, ¿de quienes es Ud. periodista? Unos días lo veo como del imperio otros comó de los liberales. ¿Por quién se ha decidido?

—Por ninguno, Señora. Yo soy un pobre diablo sin significación, á quien alquilan las editores para llenar cuartillas á tanto más cuanto. Generalmente escribo crónicas de teatros, artículos literarios y gacetillas; y según que estoy en la *Sociedad*, en el *Pájaro Verde* ó en el *Siglo XIX*, así me medio inclino por unos ó por otros. Lo que si puedo asegurar es que nunca estaré porque nos pongan el pié en el pescuezo los extranjeros.

—Los soldados y demás extranjeros que han venido á México no nos ponen el pié en el pescuezo á nosotros, sino á los juaristas.

—A todos, señora, á todos los mexicanos nos lo ponen sin distinción. Por la parte de arriba ya Gutierrez Estrada, Almonte y el mismo Miramón están de capa caida. Por la parte de abajo, los coroneles, capitanes y aun los prefectos políticos son tratados con la punta de la bota por Dupin por Douay, por Neigre y hasta por los sargentos de los zuavos. Yo que oigo hablar á mis compañeros de redacción en el *Pájaro Verde*, sé que no están contentos los conservadores *pour sang* de la situación, pues aseguran que ni el mismo clero es bastante respetado en la corte, por los extranjeros.

—Lo que si puede decirse es, que lo que es el general Almonte no sale del Palacio.

—¿Entonces no saben Uds. que de Lugar Teniente, esto es, de la segunda persona, bajó hasta Mariscal de Palacio, una especie de caballerango ó albeitar de campanillas?....

—Yo lo que sé, dijo el Lic. es que Almonte y el Emperador tuvieron un serio disgusto por lo de Sonora.

—Que negocio es ese de Sonora? preguntó el Dr

—Pues uno muy puerco, contestó el abogado. Los de la Regencia encabezados por Almonte tuvieron la debilidad, mejor dicho, cometieron la indelicadeza, mediante algunas recompensas, de firmar un tratado cediendo toda la Sonora al gobierno frances y Maximiliano les dió la dura lección de poner como una de las principales condiciones para aceptar la

corona, que dicho tratado fuera abolido. Por eso hizo poner las orejas coloradas á los de la comisión mexicana cuando en su discurso de aceptación les dijo que mientras él gobernara no perdería México ni una línea del territorio, teniendo presente la bribonada de la Regencia y teniendo presente que los conservadores han sido afectos á desmembrarlo como lo hicieron al ceder á los yankees la mitad de la República.

Todo esto, porque se ignoraba ó porque no hubiera merecido antes atención de los circunstantes, los impresionó tan profundamente como si hubieran recibido un baño de agua fría. Por fortuna los ayudó á salir de esta situación embarazosa la llegada del chambelan Genaro Lacroix, amigo de la casa desde hacía unas dos semanas: lo había presentado un coronel del ejército que tenía algunos negocios con Cisneros, y había solicitado tal favor atraído por la belleza de Aurora.

Todos los hombres se levantaron y á todos les fué tendiendo la mano á medida que los fué nombrando Doña Asunción, desplegando gran desembarazo en sus maneras, algo por el trato de la corte y más todavía por su posición y sus entorchados que le ayudaban á darse humos de superioridad. Después que hubo saludado también á las damas, tomó asiento cerca de Aurora y en el acto se ocupó en flecharla, dirigiéndole miradas tiernas.

—Hay moros en la costa, dijo el periodista por lo bajo á Beatríz.

—Sí, contestó ella, pero Aurora lo encuentra chocante.

—Quién sabe como le irá á nuestro amigo Ernesto si no se apresura á dar señales de vida.

—Ya escribió diciendo que había llegado sano y salvo.

—¿Qué novedades hay por Palacio? preguntó Doña Asunción al chambelan.

—Mucha alegría reina en la corte ahora, contestó él negligentemente, nadie piensa más que en divertirse.

—¿Pero cómo puede haber en Palacio esa revoltura de hombres y mujeres, todos extraños? preguntó sin poder contenerse la boticaria.

—Estamos separados en nuestros respectivos departamentos y nos encontramos raras veces en pasillos y corredores.

—Y como todos hablan disiintas lenguas, agregó el Licenciado.

—Casi toda la corte comprende el español; pero se habla también aleman, frances italiano y hasta portugués.

—Torre de Babel completa, exclamó el Dr.

—Yo preguntaba respecto de novedades políticas.

—Muy poco se habla de política en Palacio. La guerra la siguen los franceses como una diversión, logrando hacer pedazos á los juaristas donde quiera que se presentan. Todos los días llegan noticias oficiales dando cuenta con las victorias. Como hay orden de que no se hagan prisioneros, mueren los guerrilleros mexicanos como godornices. Entre todos, el coronel Dupin es el que se señala por las carnicerías que hace. Ningún día se conforma con menos de una docena.

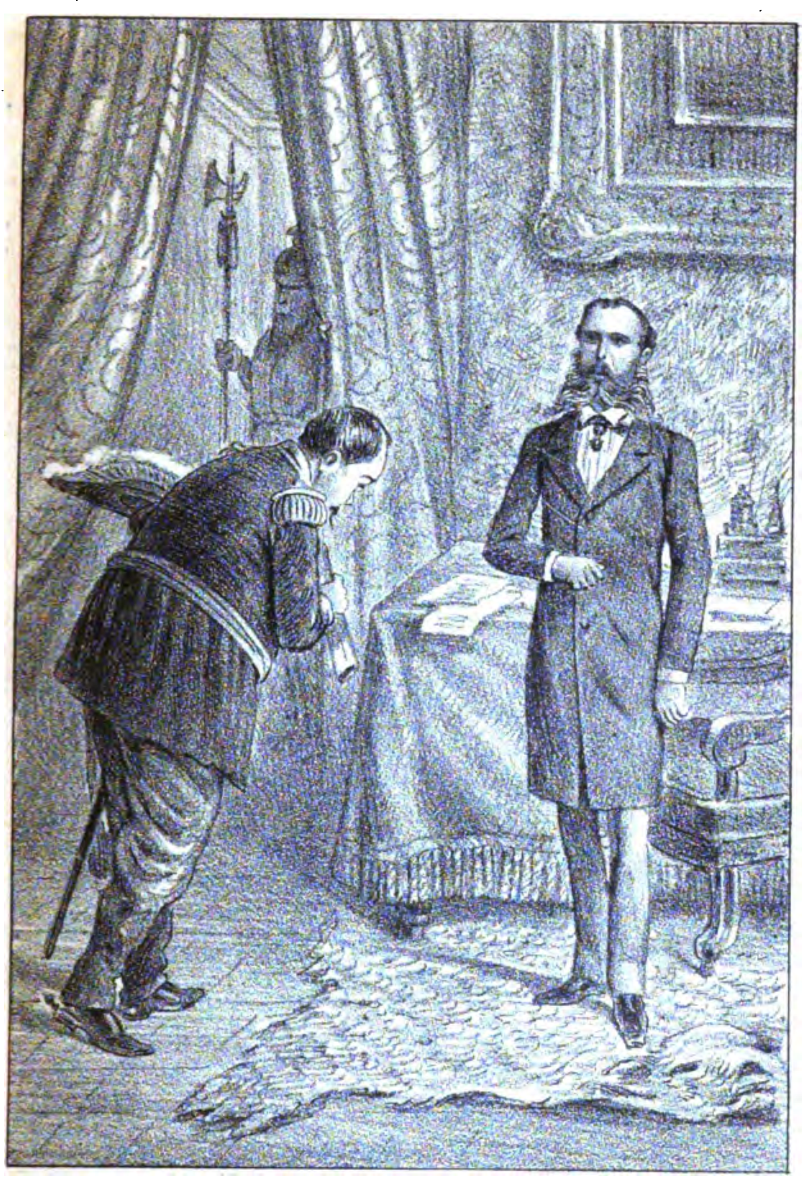
CAPITULO XVII

LAS PRIMERAS NUBECILLAS NEGRAS.

ENTRÓ Bazaine á Palacio seguido, como siempre, de su cortejo militar, se le hicieron los honores y, sin ceremonia, según lo tenía de costumbre en las varias veces en que hacía tales apariciones, se fué derecho á los aposentos de Maximiliano, encontrando todas las puertas abiertas. Ya el Emperador había sido advertido por las marchas tocadas abajo y por sus chambelanes de aquella, para él, inoportuna visita, y estaba de pié esperándole.

Bazaine se inclinó ante la magestad del pobre soberano con todas las reglas de la etiqueta cortesana y no tomó asiento sino cuando se le invitó dos veces seguidas para que lo tomara.

—Aprobado por V. M. el plan de campaña que le propuse hace unas cuantas semanas para pacificar el país, vengo á decir á V. M. que ya está dando los mejores resultados. Las contra guerrillas están limpiando de facciosos las inmensas zonas del Oriente y del Norte y las tropas regulares han encontrado pocos obs-



Bazaine se inclinó ante la majestad del pobre soberano, con todas las reglas de la etiqueta.

táculos en sus expediciones, de manera que la cuestión militar creo que estará terminada antes de tres meses.

—Sí, general, contesto Maximiliano, he visto los partes oficiales que se han publicado así como los confidenciales, mis agentes me han dado también informes muy interesantes, y estoy altamente complacido del gran servicio que están prestando al país las tropas francesas. . . . solo que. . . .

—¿Decía V. M?

—Solo que deseaba hacer observar muy amistosamente á V. E. que algunos jefes como Marechal, Dupin, Combe y otros, se muestran demasiado severos no solo con los beligerantes, sino con las poblaciones.

—Ellos obran con arreglo á las facultades recibidas del Cuartel General.

—Sus proclamas son terribles: contienen siempre amenazas de muerte, de incendio y de exterminio.

—Y á veces no se limitan á amenazas, sino que ejecutan. . . . no lo puedo negar á V. M. Han ordenado el saqueo y han hecho desaparecer poblaciones rebeldes; pero la guerra es la guerra.

—De modo que no puede evitarse que se aniquile á las personas indefensas. . . . que mueran también las mujeres, los niños y los ancianos?

—Hay poblaciones tan hostiles que se necesita destruirlas por completo, si queremos cimentar el imperio sobre bases sólidas.

—Yo no quisiera cimentarlo en las bases del terror sino de la justicia. Yo mismo lo he ofrecido así en mis manifiestos y ahora dicen que con los hechos contradigo mis palabras más solemnes.

—Al presente ya no se puede retroceder en ese camino: serían capaces de atribuirlo á temor ó debilidad. Los jefes del ejército me han expresado diversas veces que tienen el convencimiento de que se conquistará la paz solo llevando la guerra á fuego y sangre en ciertos departamentos, y yo abundo en el parecer de mis subordinados.

—Está bien; pero al menos que no se publiquen esos terribles documentos que son otras tantas armas para nuestros enemigos, que las explotan aquí y en el extranjero, principalmente en los Estados Unidos del Norte.

Bazaine se sonrió con una especie de lástima y dió luego otro giro á la conversación, diciendo:

—He recibido pliegos de la corte de Paris referentes á diversos asuntos relativos á México: el Emperador insiste mucho en dos de sus antiguas exigencias: una es referente á Sonora: quiere que del modo que se pueda, pertenezca á la Francia.

—Eso es imposible: estoy solemnemente comprometido á no dejar perder ni una pulgada de territorio: esa fué la base de todos nuestros convenios.

—No se pierde nada con la nueva combinación.

—¿Y qué combinación es esa?

—Se entrega á compañías francesas para que lo exploten.

—Que esas compañías hagan sus proposiciones. Hay tiempo para todo, una vez que dilata la pacificación de aquellas regiones.

—Arreglado ese punto, nada más fácil que mandar allí un poderoso cuerpo de ejército que en quince días limpie de bandidos. . . .

—Veremos, veremos más adelante. ¿Cuál es la otra exigencia?

—Que se elimine cuanto antes del poder á todo lo que sea clerical, que se llame á rodear el trono á los liberales menos corrompidos y que sin ambajes se proclame la vigencia de las leyes de Reforma, siendo el complemento de esa política la convocación de un congreso.

—Todo eso tiene que hacerse poco á poco: apenas empiezo ahora á conocer las gentes y todos los dias recibo decepciones. Hasta ahora, según estoy viendo, el imperio es poco simpático á la Nación y necesito apoyarlo en los jefes de los grupos que lo proclamaron y lo trajeron.

—Esos son unos cangrejos, como los llama Mr. Barrés.

—Además, para seguir sosteniendo esas medidas luego que se retire el ejército francés, necesito una armada propia que hasta hoy no está organizada, ni hay síntomas de que se organice. ¿No es V. E. el encargado de formarla?

—Estamos ya manteniendo como unos quince mil haraganes que no nos sirven para nada, y dar armas á otros es tanto como criarnos otro enemigo que nos embarace.

—Creo que los mexicanos que son nuestros aliados han prestado buenos servicios en la guerra.

—Crea V. M. que sin ellos estariamos mucho mejor. Sobre todo: un ejército de cincuenta mil hombres, que es lo menos que se necesita, cuesta dinero, y las cajas de V. M. no están muy abundantes. Si no fuera por el dinero francés no sé de qué viviéramos todos.

Maximiliano se mordió los labios y dijo reprimiendo un impulso de cólera y de despecho:

—Yo he venido aquí porque V. E. ha mandado millares de actas de adhesión á la monarquía y fiado en la seguridad que también daba en sus cartas de que todo el país me deseaba vivamente. Veo una contradicción entre esas noticias y la que se me da ahora, de que necesita la corona para sostenerse de cincuenta mil bayonetas.

—V. M. debe saber que yo soy soldado, que recibí ciertas instrucciones y que tuve que cumplirlas. La mayor parte de las actas que se remitieron á Miramar fueron casi firmadas á la fuerza y la guerra que estamos haciendo lleva todo el sello de una conquista. ¿No observa V. M. que la resistencia que se nos opone es bastante significativa?

—En efecto, contestó el Emperador dejando caer la cabeza sobre el pecho, se me ha hecho una comedia: he sido víctima de una superchería.

—¡Psé! Así es la política, el poder significa opresión: no se emplearon otros medios en Francia para que el actual Emperador pudiera llamarse Napoleón III.

Después de esto Bazaine habló á Maximiliano de otros asuntos menudos y al retirarse dejó un pliego en las manos de este, diciéndole:

—Aquí tiene V. M. las últimas disposiciones del Emperador á que tenemos que ceñirnos: es una copia fiel de las notas que he recibido y cuyos originales conservo.

Maximiliano tomó el papel maquinalmente, lo tenía aun en la mano y apenas Bazaine había desaparecido

cuando se alzo una cortina y apareció Mr. Eloin pálido como un muerto.

—Ese hombre es un insolente, dijo.

—¿Has oido? le preguntó Maximiliano tranquilamente.

—Todo: y he tenido que estarme conteniendo para no salir y lanzar un escupitazo á la cara de ese general francés.

—¿Qué significa eso? Reponte.

—Señor: la indignación y la ira dominan mi espíritu.

—Si has oido todo, ya sabes cuál es nuestra situación.

—La sabía desde antes como V. M. mismo; pero nunca pude imaginarme que ese hombre fuera tan irrespetuoso.

—Son dueños de la fuerza y el dinero y nos tienen á su discreción.

—Pues es necesario emanciparnos; urge, Señor, que les demos muestras de energía y urge, sobre todo, que el país vea que no somos cómplices de sus atentados.

—¿Qué es lo que tendremos que hacer para conseguirlo?

—Van á llegar las fuerzas austriacas y belgas que son enteramente nuestras, y que unidas á las mexicanas que son adictas á V. M., harán un buen núcleo de poder. Entre tanto, es preciso sostener con vigor nuestros nombramientos y disposiciones.

—Está bien, para eso eres mi secretario y consejero: discurre lo que creas que es conveniente hacer sin que signifique una ruptura con el general Ba-

zaine y ya sabes que cuentas con todo mi apoyo. La Emperatriz me espera, desde hace dos horas que solicitó verme y voy á sus habitaciones.

Maximiliano, con las solemnidades de la liturgia cortesana, se dirigió al departamento de Carlota que lo esperaba impaciente, y á una indicación de esta todas las personas que había presentes se retiraron y los dejaron solos.

—¿Me necesitas para algo? le preguntó el Emperador con llaneza.

La Emperatriz se inclinó y dijo con voz respetuosa en que se notaba, además, concentrado despecho:

—He solicitado una audiencia de V. M. y deseaba que me trasmitiera sus órdenes para poderme presentar en su despacho.

—¿Por qué me hablas así? ¿no eres mi esposa?

—V. M. ha ordenado que vivamos separados, que no salga de mis habitaciones sin su permiso y tengo que acatar, como humilde vasalla, los decretos de mi Señor.

—Pero yo no he ordenado nada de eso: yo no he hecho mas que someterme también á los ceremoniales decretados por otros y que se estilan en todas las cortes.

—Sí, ya sé que el Sr. Eloin es el que nos divorcia.

—Eres tan soberana en tus departamentos como yo lo soy en los mios: cada cual puede tener así á su gusto sus cortesanos.

—Sí, eso es lo que has querido: recibir libremente á las damas mexicanas.

—¿Acaso estás celosa de ellas?

—¡Qué sé yo! Se empiezan á decir tantas cosas...

pero en todo caso yo no quiero ser una emperatriz pintada. No se puede reducir toda mi ambición de Miramar á venir á encerrarme aquí entre cuatro paredes.

—¿Quién pretende semejante cosa? Estando dentro del ceremonial, eres libre en todas tus acciones.

—Figúrese V. M. si podré estar contenta cuando una mujer á quien llaman la «Esmeralda» tiene más influencia que yo en la política. Ella sentencia á unos y saca á otros de las garras de los tribunales; ella consigue ascensos y nombramientos; ella tiene una corte de aduladores más copiosa que la nuestra.

—Sí, dicen que esa mujer ejerce grande influencia en el ánimo de Bazaine; pero ¿qué nos importa á nosotros?

—Que se empieza á ver bien que ella manda más que los soberanos.

—¿Y qué remedio?

—Quejarse á Napoleón III de esas iniquidades ó mejor aún, recobrar el mando supremo y hacerse obedecer de Bazaine y de todos.

Maximiliano se sonrió con amargura y Carlota continuó:

—Remover cielo y tierra si es preciso; pero en todo caso tomar á lo serio el papel que nos corresponde. ¿Somos aquí monarcas ó estamos representando una comedia?

—Nucho me sospecho que sea lo segundo.

—¿De manera que hemos recibido una corona para estar aquí tutoreados por un simple general?

—Nuestro tutor es Bonaparte que nos ha dado un imperio, que nos paga un ejército para que nos sos-

tenga y que también nos ayuda con sus recursos y con su influencia.

—Pues creo que si queremos ser dignos de la consideración de nuestros vasallos y del respeto de las naciones, debemos renunciar á la vergüenza de estar tutoreados.

—¿Y de qué manera?

—Diciéndole que se lleve á su ejército y á sus generales y nos dejen solos. Nos apoyaremos en los belgas y austriacos que no pretenderán mandarnos y en nuestros mismos súbditos á quienes podemos obligar á que nos quieran á fuerza de buenas acciones.

—Nuestros súbditos apenas nos conocen y, poco dispuestos han de estar á querernos, cuando ven que por causa nuestra se talan sus campos, se incendian sus habitaciones, se les juzga conforme á la ley marcial ó no se les juzga sino que se les siega por igual como si fueran mieses ó se les persigue y se les mata como á perros.

—Se hace todo eso con los malos, no con los buenos. En todas partes del mundo se castiga á los fascinerosos.

—¿Y crees tú que todos esos miles de hombres, desde Juarez para abajo son unos bandidos? No puedes creerlo cuando sabes que son los restos de un gobierno que había aquí establecido y que Napoleón III ha medio derribado con su ejército.

—¿De manera que nosotros somos usurpadores?

—Nosotros somos unos pobres instrumentos de Bonaparte.

—¿Entonces no merecen fé los tratados?

—Ningunos, mientras estén aquí Bazaine y sus soldados.

—Volvemos á lo mismo, lo que yo quiero, lo que yo deseo, lo que yo pido es que seamos verdaderos soberanos.

—¿Y en qué forma, si se opone á ello nuestra actual situación?

—Debíamos ir los dos juntos al corazón del pais para que nos conocieran y trataran. Desde Veracruz acá los que ya nos conocen nos aman. Estas gentes rudas deben vernos de cerca para que hagan comparaciones entre nosotros y Juarez.

—Es imposible que tú vayas habiendo peligros, iré yo solo á visitar las principales ciudades.

—No me intimidan los peligros.

—Necesita quedarse uno de los dos para no abandonarle todo el gobierno á Bazaine sin ningún contrapeso.

—Si es necesario me quedaré yo; pero juzgo indispensable conquistar voluntades personalmente.

—Te ofrezco que desde hoy mismo voy á dictar disposiciones para poder hacer un viaje seguro hasta las playas del Pacífico.

—Era todo lo que deseaba conseguir de V. M.

Los dos soberanos se despidieron menos amorosamente que cuando estaban en Miramar.

Por la noche el nervioso Maximiliano no podía dormirse: su imaginación estaba llena de sombras. En una de tantas veces en que se removió en su lecho exclamó medio dormido:

—¡Oh! ¡oh! Está preñado de nubes el cielo de mis esperanzas.

CAPITULO XVIII

LOS DEPORTADOS Á FRANCIA

EN una noche oscura y lluviosa del mes de Agosto dos jóvenes montados en malos caballejos, llegaron empapados á un pueblecillo llamado el Tule distante tres leguas de Oaxaca, se detuvieron en la placita, echaron pié á tierra y dijo uno de ellos:

—Es imposible seguir adelante: ni estos animales ni nosotros podemos caminar más.

—Lo que me extraña, Ramón, es que nadie nos haya marcado el ¿quién vive? como en todos los demás puntos que hemos venido atravesando en nuestra larga caminata.

—Solo falta que estemos en país enemigo.

—No lo creo. Los informes que hemos venido recogiendo son unánimes en cuanto á que el general Porfirio Diaz domina en todo el Estado de Oaxaca, así como lo obedecen también Chiapas y Tabasco.

—Es verdad, y tanto más cuanto que debemos estar muy cerca de la misma capital de Oaxaca.

—Por eso precisamente no hay fuerzas aquí, pero debe haber algunas autoridades. Preguntaremos.

—Vamos preguntando, Ernesto.

Ambos jóvenes estiraron sus caballos, que ya no querían andar, de las bridas, y se encaminaron á la tienda de la esquina que estaba mal alumbrada y poco concurrida.

Ernesto, después de comprar una cajetilla de cigarros, preguntó al dependiente:

—¿Tendría usted la bondad de indicarnos en dónde podríamos ver al señor alcalde?

—El alcalde soy yo, contestó un hombrecillo que estaba sentado en una banca fuera del mostrador, levantándose.

—Nosotros, le dijo luego el joven, somos dos oficiales que regresamos de Francia, vamos á incorporarnos con el general Diaz y no pudiendo continuar á Oaxaca por el estado en que se encuentran nuestras monturas, deseamos encontrar aquí un alojamiento por esta noche.

—Aquí no hay alojomientos, pero puedo llevármelos á mi casa, si gustan.

—Mucho sentimos dar á usted esta molestia; pero ya ve como estamos.... y la necesidad....

De buena ó de mala gana el alcalde salió de la tienda y les dijo que lo siguieran.

—¿No hay aquí ninguna fuerza? le preguntó Ernesto en el camino.

—Hay un capitán Morales que anda reclutando gente, pero le ha cogido quien sabe donde la noche y no ha regresado. Yo le tengo pasturas preparadas para veinte caballos.

—Nos agradaría verle, dijo Ramón.

—Si no viene esta noche, lo tendremos aquí mañana temprano.

Llegaron á la casa del alcalde: su familia, acostumbrada seguramente á esta clase de visitas imprevistas, acogió gustosa á los huéspedes y bien pronto tuvieron estos no solo algunas ropas secas para cambiarse, sino algo de cena, que si no era muy abundante, se ofrecía de buena voluntad y les venía de perlas á los viajeros, que desde las once de la mañana no probaban bocado. Por supuesto que sus rocinantes fueron puestos en la caballeriza y atendidos con buen forrage.

Estaban en la mesa comenzando ya á dar ensanche á su natural locuacidad, cuando se oyó un tropel de caballos.

—Ya tenemos aquí al capitán Morales, dijo el alcalde.

Y abriendo la ventana en el momento en que el capitán y su gente echaban pie á tierra á pocos pasos, se dirigió á aquel preguntándole:

—Viene usted, capitán, á cenar con nosotros?

—Sí, don Atilano: solo acomodo á mi gente en cinco minutos.

—Deje al sargento que lo haga y véngase: aquí lo esperan unos señores oficiales.

El capitán, movido por la curiosidad ó por el hambre, hizo lo que le aconsejó el Alcalde: dejó la tropa al cuidado del sargento y entró seguido de su asistente á la sala, llevando este último en una mano una botella y en la otra una gallina ya cocida.

—Aquí le traigo, amigo don Atilano, algo que au

mentar á la cena. Buenas noches, señores, dijo el capitán Morales tendiendo la diestra á nuestros jóvenes que se habían levantado.

En pocas palabras lo pusieron estos al corriente de su situación, y él, ocupando un asiento frente á ellos, con toda llaneza les dijo:

—Pues antes que todo vamos echando un trago para celebrar nuestro conocimiento.

La botella era de cognac. Se acercaron vasos porque no había copas, se repartió en ellos una buena parte del contenido de aquella é hicieron el brindis propuesto por el capitán.

Una hija del alcalde se apoderó de la gallina y la llevó á calentar, mientras que los cuatro hombres rodeados de la mesa coja, se pusieron á cenar lo que había, con el mejor apetito.

—Y ahora que ya está satisfecha la necesidad, que bien se conoce que todos la teníamos, dijo el capitán, cuéntennos ustedes sus aventuras, pues son los primeros oficiales que llegan de los deportados á Francia, al menos que yo sepa.

Ernesto fué el que tomó la palabra y comenzó así su relación:

—Ustedes saben que el sitio de Puebla duró sesenta y dos días: que á la una de la mañana del 17 de Mayo de 1863 el general Conzalez Ortega mandó destruir el armamento, echar al agua el poco parque que quedaba, avisando á Forey que estaba á su disposición la plaza y que los jefes y oficiales quedaban esperando su suerte en el Palacio de Gobierno. El ejército mexicano había constado de más de veinte mil hombres; pero cuando fué disuelto no llegaba ni á

catorce mil por las bajas sufridas y porque había salido antes la caballería, en número de tres mil dragones. Debían ser mil doscientos los jefes y oficiales mandados reunir en el palacio; pero muchos se ocultaron y solo se presentaron llevando sus espadas, unos ochocientos. Ramón y yo habíamos sido heridos y nos encontrábamos en el hospital, pero aunque no sanábamos todavía y yo particularmente sufría bastante, del modo más brutal se nos dió de alta y se nos obligó á incorporarnos á los demás oficiales que, poco después de ocupada la plaza salieron pié á tierra para ser embarcados en Veracruz. En el camino, y más aún en Orizaba, se evadieron en gran cantidad muchos jefes y oficiales, y hasta el mismo general en jefe, favorecidos por sus relaciones ó por su audacia....

—¿Y ustedes por qué no se fugaron también? preguntó Morales.

—Yo tenía que cuidar á Ernesto, que seguía enfermo, contestó Ramón, y además con nosotros no sé por qué motivo, era más estricta la vigilancia. Varias veces lo intentamos después, pero con mala suerte, dificultándose más nuestra evasión porque se nos llevaba amarrados con las correas de los fusiles...

—El 9 de Junio, continuó Ernesto, llegamos á Veracruz, y yo aunque débil, estaba restablecido de mis heridas. En ese puerto el cónsul francés, que vió indignado las atenciones de que fuimos objeto por parte de la sociedad, se opuso á que se nos socorriera con ropas, estando, las que llevábamos puestas, bastante destrozadas. Nosotros, Ramón y yo, teníamos todo lo necesario cuando salimos del hospital,

pero nuestros equipajes fueron pillados. Cuando en la tarde fuimos llevados á la fragata "Céres" no llevábamos entre los dos más que una docena de pesos en los bolsillos y ni una pieza de ropa para cambiarnos, ni siquiera un pañuelo se nos dejó comprar, de manera que al ser todos acomodados en el sucio buque de vela parecíamos simples animales, pues cada cual no teníamos más que nuestra persona.

—¡Qué bárbaros franceses! exclamó la hija mayor del alcalde.

—Creíamos que no podía haber trabajos ni molestias superiores á los que habíamos pasado desde Puebla hasta la estación del ferrocarril del tramo que había construido cerca del puerto; pues nos devoraban el calor, los mosquitos, el cansancio y muchas veces el hambre; pero en el buque fué todavía peor por la apretura en que estábamos, por el gran número de oficiales mareados, por la hediondez insoportable que había y por lo pésimo de los alimentos que se nos suministraban, compuestos de galletas duras, cecina oliscada y patatas cocidas apestosas á humedad de caño. Los jefes superiores iban embarcados en el vapor "Darien" y desde luego los consideramos muy bien tratados; pero el 23 de Junio en que se nos trasbordó á su buque vimos que no llevaban tampoco vida de príncipes. Nuestra navegación por lo demás fué feliz, conformándonos mutuamente de la inmensa pena que nos causaba, no ya el destierro á que habíamos sido condenados, sino el no poder combatir por nuestra patria, cuya independencia quedaba amenazada. Saltamos á tierra en el puerto D'Orient, y más que un cuerpo de oficiales parecíamos una le-

gión de diablos ó de limosneros. ¡Vergüenza me dió ante los curiosos que se amontonaron en el muelle para vernos desembarcar!

—¿Y estaban alegres los franceses del puerto? preguntó el alcalde.

—Ni allí ni en las otras poblaciones que tocamos hizo el pueblo francés la menor demostración de alegría, pues que con su buen sentido reprobaba la gran injusticia que estaba haciendo con los mexicanos Napoleón III. Al principio se nos vió con curiosidad, en algunos lugares con interés ó con indiferencia, pero nunca con odio ni como á verdaderos enemigos, oyéndose de cuando en cuando entre las mujeres exclamaciones de lástima.

—¿Y cuántos llegaron de ustedes á Francia? preguntó á su vez el capitán Morales.

—Si no me es infiel la memoria, se compuso nuestro convoy de trece generales, veintiseis coroneles, treinta tenientes coroneles, cincuenta comandantes, ciento veintiocho capitanes, ciento treinta y ocho tenientes y ciento veintisiete subtenientes, por todos unos 512 individuos.

—¿De manera que como 700 jefes y oficiales fueron los que lograron quedarse en México?

—Ya lo he dicho: unos cuatrocientos se ocultaron en Puebla y más de trescientos se evadieron desde esa ciudad hasta Veracruz.

Ernesto dió un sorbo de vino y continuó así:

—Bajamos á tierra ya con una custodia menos estricta, se nos formó, se nos pasó lista y se nos exigió á cada uno nuestra palabra de honor de que no habíamos de separarnos para nada de los lugares á que

íbamos á ser confinados. Esa fué la hora triste para nosotros, la de nuestra separación. Formábamos una familia y esta familia fué dividida en varios grupos. Pedí con las lágrimas en los ojos que dejaran ir conmigo á Ramón, que es como mi hermano; pero todo fué inútil: la orden de la separacion por clases era superior y tenía que cumplirse. Yo fuí llevado con los coroneles y tenientes coroneles á Tours, y Ramón con otros capitanes y tenientes fué conducido á Blois. No hay palabras para explicar la inmensa amargura que entonces sufrimos: parecía como que éramos condenados á nuevo destierro. Todos hubiéramos preferido quedarnos en una tumba en México á vivir en tierra extranjera, en la tierra de los que estaban matando á nuestros hermanos y extendiendo su dominación en nuestra patria. Después de los trabajos de nuestra travesía nos iba á llegar bien pronto el dolor de las más terribles humillaciones. Se nos había permitido conservar nuestras espadas como una muestra de consideración que no habíamos solicitado y por la cual estábamos reconocidos: las llevábamos al cinto con orgullo, aunque estuviéramos vestidos con andrajos, porque nos imprimían carácter aunque de nada nos sirvieran. El día 1º de Agosto se nos comunicó la órden de que no debíamos usarlas y muchos las hicimos pedazos. Se nos ministraron por el tesoro francés cien francos mensuales á los oficiales de comandante abajo y tuvimos que recibirlos solo para no morirnos de hambre; pero siendo insuficiente esa cantidad para vivir aun con miserias. Los que estábamos en Tours arreglamos nuestro alojamiento y los gastos de nuestra subsistencia con la mayor

economía; pero ni así nos alcanzaban aquellos miserables veinte pesos. Poco á poco fueron acabándose las pocas prendas de vestuario que llevábamos y entonces para podernos cubrir aun con el paño más burdo, teníamos que dejar de comer cuando menos dos veces por semana, porque todo se nos vendía á nosotros más caro que á los vecinos de la ciudad. Algunos logramos relacionarnos con familias que también eran pobres y entre las que muy pocas había que pudieran servirnos con sus recursos; pero sí contribuyeron á hacer nuestra expatriación menos amarga..... No teníamos noticias de México y las pocas que se nos daban eran desgarradoras: los asesinatos de Comonfort, La Llave y otros jefes: las derrotas constantes de los nuestros por todas partes: la sumisión de los Estados de la República, la lamentable huida del Presidente al extranjero.......

—Pero don Benito Juarez no ha llegado á salir del país, exclamó Morales como buen oaxaqueño.

—A nosotros se nos aseguró que se había refugiado en los Estados Unidos; y nunca, nunca, se nos dió allá una buena noticia.

—También es verdad que hasta ahora todas han sido desgracias y calimidades. Ya veremos más adelante.

—¿Para qué es referir á ustedes nuestros diarios padecimientos en el destierro? Ya deben imaginárselos, una vez que el mayor de todos, el que más nos afligía, el que hizo morir á algunos de tristeza, era el de estar ausentes de nuestra patria comiendo el pan debido á la caridad del gobierno francés. Este tenía que cansarse de ser, en cierto modo generoso

con nosotros y llegó el dia 1º de Mayo en que se nos dió aviso de que ya solo por un mes se nos daría la limosna si nó firmábamos una completa sumisión al imperio. Nadie quiso firmar de pronto; muchos firmaron después obligados por la necesidad. Sabíamos que había aceptado Maximiliano la corona de emperador de México, que había pactado con Napoleón nuestra libertad y esto nos llenaba de indignación á la vez que vino á empeorar las circunstancias de todos los prisioneros, pues que solo tendrían recursos para volver á la patria los que quisieran servir al imperio. En vísperas de que llegara la amenaza de que se reduciría á prisión á los que se quedaran en territorio francés, nos reunimos Ramón y yo, y nos pusimos en camino para España con el poco dinero que de común acuerdo habíamos guardado para un caso extremo como el que se nos ofrecía. Ya estábamos en salvo y en país amigo cuando recibí los recursos que me envió mi santa madre, nos embarcamos en Santander para Nueva York, nos orientamos allí sobre la situación que guardaba México, tomamos pasaje en un pailebot que se hacía á la vela para las costas veracruzanas, el capitán nos ofreció ponernos en salvo en Goatzacoalcos ó en cualquier otro punto del litoral en que no hubiera enemigo; saltamos á tierra hace ocho dias, compramos esos malos caballos y esas malas sillas que traemos y no sin sufrir algunos sustos en el camino que hemos recorrido pues más de una vez hemos estado á punto de caer en manos de los traidores, que nos hubieran colgado, estamos ya entre los nuestros, dispuestos á seguir combatiendo por la independencia de México.

—¡Viva México! exclamó Morales con entusiasmo.

—¿En dónde está el general Diaz? preguntó Ramón.

—El general Diaz está en campaña y nosotros estamos por aquí encargados de mandarle gente. En la actualidad debe estar ocupando con dos ó tres mil hombres las gargantas de las montañas que conducen á Etla por donde avanzan poco á poco las columnas de los franceses.

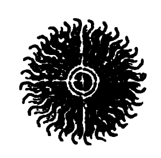
—Entonces llegamos á tiempo para combatir á su lado.

—La guerra ahora comienza, dijo Morales.

Luego dirigiéndose al alcalde:

—Señor alcalde. dé usted unas buenas camas á estos muchachos para que duerman bien y descansen, pues muy temprano tendremos que salir para Oaxaca.

Diciendo esto echaron un sorbo y se separaron.



CAPITULO XIX

EL PASEO TRIUNFAL

YA tiene V. M. despejados todos los caminos desde aquí hasta Guadalajara, dijo Bazaine á Maximiliano en la muy fresca mañana del 9 de Agosto, estando ambos sobre la terraza del castillo de Chapultepec.

—He estado observando la gran batida que ha hecho el ejército de V. E. bajo su acertada dirección y sólo tengo que lamentar la sangre que se ha derramado.

—Pero debe consolarnos saber que la sangre francesa que ha corrido ha sido muy poca comparada con la de los bandidos mexicanos.

—Algunas cortes marciales las ejecutan con encarnizamiento.

—Esas cortes las componen las gentes del país: ¿qué nos importa que se acaben unos con otros? precisamente esa fué nuestra grande idea al encargar á los mexicanos de esa justicia, porque es muy cierto

un refrán que dice que no hay astilla peor que la del propio palo.

—No olvidemos, Señor general, que los mexicanos son mis súbditos y que México es mi nueva patria.

—A la cual sin embargo es necesario purgar de sus elementos mal sanos reformándolos desde sus cimientos.

—Puede V. E. dictar las medidas de su resorte para dentro cuatro días. El día diez me pondré en camino.

Bazaine se inclinó y salió yéndose en seguida Maximiliano á las habitaciones de la Emperatriz, la cual oyó con júbilo la noticia, pues que iba á quedarse de Regente, esto es, con todo el peso de los asuntos del gobierno durante la ausencia de su imperial consorte.

El día designado se llenó desde muy temprano con toda la gente cortesana el alcázar de Chapultepec y á las nueve y media se presentó Maximiliano vestido al estilo del país, despidiéndose de sus ministros y generales, de sus consejeros y magistrados, de Bazaine y Woll, gran mariscal en ciernes y gran caballerizo, respectivamente, así como de los demás magnates del señorío. Carlota lo acompañó hasta el lindero del bosque recibiendo sus recomendaciones.

—Sí, sí, dijo la Emperatríz después de haberle estado escuchando muy nerviosa, procuraré que al regreso de V. M. se hayan multiplicado las simpatías de los habitantes de México en favor del Imperio.

Montó Maximiliano en su carroza de camino, seguido de numerosa comitiva y escoltado además por dos escuadrones de caballería mandados por el coronel Miguel López, su hombre de confianza, y por cien

húsares franceses á las órdenes del comandante Loysel, que llevaba instrucciones especiales de Bazaine para los jefes franceses que se encontraban al frente de los destacamentos.

Se habían expedido circulares por disposición de Maximiliano para que no se hicieran gastos de recepción en las poblaciones que iba á tocar, con lo cual todas las autoridades tuvieron tiempo de prepararse, pues entendieron como debían entender que precisamente lo que se quería era hacer muy pública aquella gira imperial á fin de que se multiplicaran las manifestaciones. Maximiliano no se disgustó por lo mismo de ver cubierto de flores su camino, de oir los cohetes, cañonazos y discursos, ni de ver que salieran grandes grupos de indígenas con banderolas y músicas á victorearlo.

Así, debajo de arcos verdes y sobre una alfombra de flores, muy agasajado por los imperialistas del nuevo cuño que se habían improvisado en el interior, gastó el Emperador siete días para llegar á Querétaro con su gran acompañamiento.

En esta ciudad fué extraordinario el agasajo que le hicieron la capa más alta y la capa más baja de la población, bien que las dos estuvieron bastante bajas en sus adulaciones. Muchos dísticos, muchos cantos, muchas flores, muchos arcos, muchos cohetes, muchos repiques y muchos gritos de la plebe ahogando el fru fru de los vestidos de seda de las damas que acudían á rendir también el pleito homenaje, fueron las notas más salientes de la jornada, en Querétaro, ciudad muy adicta á los bandos monárquicos y muy afecta á las verbenas clericales.

—¿Y el obispo de aquí? preguntó Maximiliano luego que vió que el *Te Deum* era cantado por un cura cualquiera.

—Se fué, le contestó el canónigo que se puso á su lado al descender S. M. del trono.

Maximiano se puso de un humor negro y dijo por lo bajo á su secreterio Iglesias:

—Es necesario poner en cintura á estos clerizontes insolentes.

Y como esta fué una de las cosas más chuscas que hubo en aquel viaje, es necesario copiar los documentos á que el incidente prestó materia.

«Querétaro, Agosto 17 de 1864.—A S. E. el Ministro de Estado.

En estos tiempos de miseria, muy sorprendido ha quedado el Emperador al no encontrar al obispo de Querétaro en su diócesis, á donde le llaman sus deberes.—Le invita S. M. á que venga inmediatamente á ésta en la primera diligencia.—S. M. quiere hablar con él.—Respuesta inmediata.

El Secretario del gabinete del Emperador.

ANGEL IGLESIAS.»

«México, 17 de Agosto de 1864.—A las nueve de la noche.

Sr. Secretario de S. M. D. Angel Iglesias.

En el momento que recibí esta noche el despacho de Vd. fuí yo mismo á ver al Señor Obispo de esa diócesis y no hallándolo en su casa, lo busqué en la de sus parientes en donde me dió la contestación fir-

firmada que transcribo á vd. para que se sirva dar cuenta con ella á S. M. el Emperador, felicitándolo por su feliz arribo á esa ciudad.

«El obispo se ha detenido en esta ciudad: 1º Porque «está reponiendo el expediente de la erección del obis«pado que salió muy defectuoso, y esto por encargo »del Ilmo. Sr. Munguía, delegado apostólico, para di«rigirlo. 2º Porque el edificio que se señaló para Pa«lacio Episcopal, está inhabitable, y *no es decoroso á «su alta dignidad el que fuera como huesped á una ca«sa.* 3º Porque tiene que llevar sus libros, muebles y «*crecida familia*, y no es apropósito la presente esta«ción para emprender un viaje de esta naturaleza.

El Obispo de Querétaro.

«S. M. la Emperatriz está buena.—El Ministro de Estado, VELAZQUEZ DE LEON.»

Maximiliano se mordió los labios hasta hacerse sangre, cuando se le dió cuenta con semejante telegrama que hería en lo más vivo su alto caracter, y dijo: Mañana, para no dejarme dominar hoy de la cólera, dictaré el acuerdo sobre ese....

Al día siguiente, en efecto, dictó él mismo lo que sigue:

«Querétaro, Agosto 18 de 1864.

El Emperador, al Sr. Velazquez de León, Ministro de Estado.

Ya que el obispo impedido por negocios de familia, no puede venir á cumplir con sus deberes, yo salgo pasado mañana, para las poblaciones de la sierra á hacer bautizar en mi presencia á personas de 25 años que aún no han recibido este sacramento, y á hacer

confirmar y administrar los demás sacramentos á aquellos habitantes abandonados hace tiempo.

El telegrama de ayer y la contestación del obispo los mandaré por el próximo paquete á Roma para que se vea en que *dignas* manos está la diócesis de Querétaro.

MAXIMILIANO.

¡No podía darse mayor prueba del despecho que estaba devorando al Emperador por el desaire que le hacía un obispillo cualquiera que creía ajar su decoro alojándose en otro sitio que no fuera su propio palacio, cuando el monarca en persona iba durmiendo en diversas camas y alojándose en las casas que se le designaban!

Quitando este pequeño contratiempo y el de haberse enfermado de anginas S. M., en Silao, mal que le hizo permanecer en el lecho más de una semana, continuó exhibiéndose y ganando prosélitos en las poblaciones pequeñas con toda felicidad. Las gentes se amontonaban para verle pasar como la cosa más rara del mundo, pues nunca habían sabido lo que era un monarca ni podían figurárselo y todos querrían contemplarlo de cerca, oirlo hablar y algunos hasta tocarlo, admirándose de no encontrarle nada notable más que sus patillas rubias, pues que en todo lo demás era lo mismo que los otros mortales, y aún sujeto como cualquiera hijo de vecino á enfermarse de la garganta.

Como esta enfermedad fué un poco cruda, puso en alarma á todo el gremio imperialista y se emitieron con ese motivo varias opiniones: unos, los que se llamaban liberales moderados, que se designaban tam-

bién con el mote de pancistas, proponían que se hiciera una manifestación imponente; otros decían que se debía esperar á que los acontecimientos mismos desenlazaran la situación; pero los monarquistas aferrados manifestaron que no prescindirían del apoyo de Napoleón, y que á lo más, se permitirían indicarle que nombrara al conde de Flandes hermano de Carlota para sucesor de Maximiliano. Estaban en su más alto punto las discusiones y proyectos, cuando llegó la nueva de que S. M. estaba fuera de todo peligro. La convalecencia fué rápida y á poco se dirigió para Irapuato, citando para ese punto al Gral. Uraga, que ya había sido conquistado por Bazaine, sirviéndole de intermediarios D. Benito Gómez Farias y el canónigo Caserta, del Cabildo de Guadalajara.

A las doce del día llegó Uraga á la población, fué recibido luego por S. M., quien lo convidó á su mesa y cuando se separaron quedaron los dos encantados de la conquista que habían hecho. Maximiliano creyó tener en la bolsa al mejor de los generales mexicanos, y Uraga tuvo por seguro, no sólo ocupar un puesto distinguido en la Corte, sino en el corazón de Maximiliano.

Cuando se despidió el general, dijo Maximiliano á su ministro de la guerra, el Gral. Peza:

—Ahora sí creo consolidado el imperio. Zaragoza muerto, González Ortega desprestigiado, y Uraga y Vidaurri con nosotros, ¿qué generales quedan á la República?

El ministro se sonrió y le dijo:

—Todavía no está cerrada la lista de los defensores en las filas liberales.

Y en efecto, surgieron otros muchos defensores de la patria, que por de pronto ya no fueron de tanta importancia, si alguna importancia especial podían tener ante la opinión del país que era adversa en el fondo á la causa intervencionista, pues por cada diez adictos que tenían los archiduques, hacían mil enemigos Dupin, Berthelín, Castagni y demás jefes franceses con sus asperezas y crueldades.

El 15 en la noche leyó Maximiliano un discurso asomado á una ventana de la casa del cura Hidalgo, en Dolores, y victoreó á la independencia, escribiendo unas líneas en el Album dedicado á aquel padre de la Patria.

Un ricacho de Guadalajara, dueño de la hacienda de Buena Vista, cerca de la Barca, á quien llamaban Burro de Oro, se quedó con sus gastos hechos, porque S. M. ya no siguió adelante, sino que se limitó á visitar Guanajuato y otros lugares, regresando otra vez á su capital donde lo llamaban serios asuntos de Estado.

CAPITULO XX

DE VUELTA DE LA GIRA IMPERIAL

SÍ, positivamente, las noticias del viaje de Maximiliano llegaban hasta las fronteras, algunas muy llenas de exageraciones: se decía en las cartas que el emperador era muy bueno y muy simpático, que á nadia negaba el saludo y que á muchos pobres les había estrechado la mano, que se informaba de las miserias y las aliviaba, que daba muchas caridades; que no tenía en sus labios mas que las palabras garantías, libertad, paz y trabajo; que era más republicano que el mismo Don Benito Juarez; que á pesar de ser nieto de Carlos V no se daba ni la mitad de la importancia de Santa Anna, siendo su trato más llano y más franco que el de todos los Presidentes juntos que había tenido la República; que andaba estudiando el pais para acudir á sus necesidades y que, en suma, era patriótico ayudarle en su magnífica obra de regeneración. Y entonces decían los mexicanos de las fronteras:

—Sí, será muy bueno el Emperador Maximiliano,

pero está con los franceses y estos por donde quiera que pasan llevan la desolación y la ruina.

Y todas las buenas gracias que desplegaban Maximiliano en su excursión de propaganda y Carlota en las tertulias que daba en Palacio con la mejor sociedad, sufrían un eclipse completo luego que se leían las siguientes proclamas de Dupin que producían estremecimientos de nervios y verdadero espanto:

«Tamiahua, Abril 25 de 1864.

Pasó ya el tiempo de la clemencia. El coronel en jefe volverá muy pronto á Ozuluama y luego que aparezca en la plaza se le deberán entregar los cincuenta fusiles y las municiones que han sido destinadas, en caso de un éxito desgraciado, al asesinato de sus soldados. La villa pagará por cada fusil que faltare, doscientos pesos de multa y diez mil en caso de que no se le entregue ninguno.

En caso de desobediencia á la orden mencionada, la villa entera y las haciendas que la rodean, serán reducidas á cenizas.

Sois libres de aceptar ó no la intervención: hasta mi llegada á Pueblo Viejo nada se intentará en contra de los que nos son desafectos; pero pasado ese término, serán considerados como enemigos y tratados como tales.

Así será tratado todo pueblo que continúe fomentando la revolución en un pais que no pide mas que vivir tranquilo.

Necesitando caballos el coronel para remontar su tropa, se llevarán igualmente treinta ensillados y embridados á la plaza de Ozuluama, los cuales serán ca-

lificados por una comisión compuesta de tres franceses y de tres vecinos de la villa.

Si se llevan las armas, si se entregan los caballos, si confiando en nuestra palabra las personas vuelven pacíficamente á sus casas, el coronel usará una vez más de clemencia, pero si no se cumple con lo que ha mandado, *la villa de Ozuluama quedará borrada de la carta del imperio.*

El coronel comandante superior de Tamaulipas.

CH. DUPIN.»

Otra proclama:

«Tampico, Mayo 7 de 1864.

¡Habitantes de Pánuco!

Hace mucho tiempo estais fomentando la guerra civil y siempre habeis apoyado á los enemigos del orden y de la verdadera libertad.

Hace pocos dias mandé una pequeña fuerza á vuestro pueblo y habeis huido al monte como unos malhechores, sin tener el valor suficiente para empuñar las armas y sostener con ellas vuestras opiniones.

Con tal motivo os concedo diez dias para que cumplais extrictamente con las prevenciones siguientes:

El dia 20 del presente mes, antes de medio dia, el alcalde y cuatro vecinos de los más notables de vuestro pueblo, se me presentarán en esta ciudad.

Estos individuos traerán á esta comandancia doscientos fusiles ó la suma de doscientos pesos por cada fusil que falte del número señalado: advirtiendo que en todo caso prefiero las armas al valor de ellas.

Traerá igualmente la comisión designada cuarenta caballos de alzada que estén en buen estado y propios para montar á mis soldados de caballería. El precio de los referidos caballos será fijado por una

junta señalada en la que entrarán los habitantes de Pánuco que acompañen al alcalde.

Traerán además doscientas fanegas de maiz que serán tomadas al precio corriente de Pánuco y pagadas al contado.

Si no cumplieren exactamente con todo lo prevenido *arrasaré vuestro pueblo que ha sido hasta hoy verdaderamente una guarida de bandidos.*

Os incluyo un diario para que sepais lo que pasó con Ozuluama en igualdad de circunstancias.

Espero que sereis bastante prudentes para obedecer mis órdenes y que no me obligareis á obrar contra vosotros como me ha sido necesario hacerlo contra vuestros correligionarios de Ozuluama.

El coronel de Estado Mayor, comandante superior de Tampico y gobernador del Estado de Tamaulipas.

CH. DUPIN.»

¡Y semejante mónstruo era coronel de Estado Mayor en el ejército de una nación civilizada como la francesa!

En realidad no era mas que un capitán de ladrones que mandaba una cuadrilla de bandoleros también, que más que de la política se preocupaban del pillaje, pues que habían sido reclutados entre los foragidos de todas las nacionalidades.

Y no solo era Dupin el único bandido francés que llevaba la guerra á las poblaciones indefensas en vez de ir á combatir á los mexicanos que andaban con las armas en la mano, sino que había otras cuadrillas así mandadas por capitanes feroces que llevaban por donde pasaban el incendio, el exterminio y la devastación.

Así, pues, cada proclama de Dupin, y fueron muchas las que expidió desde Tampico hasta C. Victoria, significaron un pueblo saqueado y destruido.

¿Cómo habían de resolverse los sobrevivientes de aquellas escenas terribles á hacerse partidarios del imperio?

—No, no, decían, si Maximiliano y Carlota fueran buenos realmente, ¿habían de permitir que en su nombre y defensa suya se cometieran con los pueblos inermes tantas atrocidades? si tuvieran buen corazón ¿habían de consentir en que las cortes marciales establecidas por todo el pais, estuvieran produciendo tales hecatombes?

Y así todo lo que conquistaban por un lado las amabilidades de Carlota y la democrática conducta de Maximiliano, se las hacían perder por el otro las crueldades que cometían algunos gefes franceses que no hacían la guerra como hombres cultos sino como verdaderos vándalos.

La semilla imperialista no podía, no debía fructificar sembrada por un ejército invasor que iba dejando charcos de sangre bajo sus plantas y á su paso ceniza y escombros!!!!....

Pero no se trata aquí de escribir un editorial de un periódico, sino un trozo de aquella triste historia y tenemos que seguir adelante narrando los terribles acontecimientos que se sucedieron en ese cruel periodo de cruentos sacrificios.

Maximiliano regresó á México ya con menos ruido de cohetes y músicas, una vez que los pueblos habían satisfecho antes su curiosidad al ver de cerca lo que era un emperador, y después de las ceremonias

de costumbre con que fué recibido desde Toluca hasta la capital, vino á dormir de nuevo en su cama el 30 de Octubre, habiendo durado su ausencia dos meses veinte dias.

Hé aquí la forma en que dió cuenta Bazaine á *su soberano* de lo que había acontecido durante su ausencia. Reproducimos este documento porque nos parece sumamente importante, y al efecto llamamos la atención sobre las frases más significativas:

«Cuerpo expedicionario de México.— Gabinete del general en gefe.—Número 57.—México, noviembre 3 de 1864.—Señor.—En el momento en que V. M. vuelve á entrar en la capiial del imperio creo de mi deber colocar á su vista el conjunto de las impresiones que produjeron en mi ánimo las últimas noticias que me enviaron los señores comandantes superiores.

«Las modificaciones hechas por V. M. en el personal administrativo de las diversas localidades recorridas, especialmente en Guanajuato, no parecen haber producido todo el efecto que se podía esperar de ellas.

«El *tesoro público queda en la misma situacion que ántes, y este departamento, uno de los más ricos del imperio, no puede cubrir sus gastos, miéntras hace algunos meses cubria su presupuesto y podia enviar cantidades bastante fuertes á la capital.*

«En Zacatecas, todo el sur del departamento está pacificado y organizado; las bandas han desaparecido; y el mismo prefecto político conviene en que no hay inconveniente en poner en libertad á los hermanos Delgado encarcelados como autores de los desór-

denes que desolaban el pais y bajo la *prevension* de connivencia con los disidentes.

«En consecuencia, el Sr. general L'Herillier ha dado la órden de libertar ambos prisioneros que gozarán del beneficio de la amnistía decretada por V. M. bajo la única garantía, consentida por ellos, de no ocuparse más de política. (1)

«Sé por otra parte, de origen cierto, que los hermanos Delgado, que tienen una gran fortuna, habían prometido una fuerte cantidad á quien los hiciera salir de la cárcel.

«Se me señala un acto nuevo de intolerancia religiosa en Zacatecas donde se ha negado el sacramento de la bendición nupcial á un señor llamado Barbollo, por ser la futura, madama viuda Esparza, propietaria de bienes nacionalizados. *La denegación del Sr. Guerra, cura de la parroquia y hermano de Monseñor el obispo, se ha hecho presente á la autoridad civil que no se creyó autorizada á unir civilmente á los dos futuros, y los envió de nuevo á la autoridad eclesiástica.*

Este asunto ha producido nn verdadero escándalo en Zacatecas, donde las tendencias de invasion del clero son de notoriedad pública, y no hallan freno ninguno en el prefecto político á quien falta la energía necesaria.

«Tengo el honor de dirigir á V. M. el adjunto documento relativo á este negocio.

«Los funcionarios que están á la cabeza de la administración civil de Puebla, pasan por no gozar de

---

(1) Sienpre la misma mordaza

toda la popularidad deseable; su influencia sobre sus administrados no es la que necesita su posición. Se les reprocha la falta de actividad necesaria como jefes de una gran ciudad.

La policía no está organizada en esta ciudad donde los agentes encargados de vigilar sobre la seguridad de los ciudadanos, *pasan por ser cómplices de la mayor parte de los robos y otros crímenes que se perpetran en ella.* (1) El contrabando se ejerce en Puebla en grande escala, y la voz pública pretende que la impunidad con que obran los contrabandistas *proviene de la complicidad que tienen con ellos algunos funcionarios colocados muy alto en la administración.*

«Se me señala igualmente la influencia del clero como ejerciéndose de una manera peligrosa y poco propia á inspirar á las poblaciones ideas de órden y y de moralidad. ALGUNOS SACERDOTES VIVEN PÚBLICAMENTE CON MUJERES Y NIÑOS; *otros niegan la sepultura á los desgraciados cuyas familias no pueden satisfacer los gastos del entierro que son muy fuertes.*

«SE HABLA MUY ALTO DE DONACIONES ARRANCADAS Á ELPÍRITUS DÉBILES PARA TAL IGLESIA Ó TAL CONVENTO.

«No creo inútil señalar á V. M. una táctica del clero que consiste en hacer pasar por bienes de la categoría de *bienes morales*, lo más que pueden de bienes eclesiásticos, apoyándose, para esto, en un acuerdo del Sr. general Forey que coloca los *bienes morales* entre los que no deben someterse á la revisión, sino devolverse inmediatamente á la autoridad eclesiástica.

---

(1) Sin embargo, la ciudad se hallaba bajo la administracion paternal de las gentes de bien.

«En resúmsn, el Estado de Puebla no me parece organizado. Todo está por hacerse en él, y á la misma ciudad le falta la animación que sería fácil devolver á este gran centro tan rico y activo en otros tiempos.

«Dos hechos sensibles y que vienen en apoyo de la falta de organización que se reprocha á Puebla, se han producido recientemente.

«El 26 de Octubre próximo pasado, la guardia civil de Tepeji y los prisioneros civiles, han salido de acuerdo después de haber hecho fuego contra el prefecto que por fortuna no fué herido. Por otra parte el espíritu de la población de Tepeji es conocido por ser muy hostil.

«El escuadrón Rodriguez no ha sido pagado; un gran número de los hombres que lo componen han desertado, y la causa se atribuye al poco cuidado que se tiene en darles su sueldo.

«En Orizaba, las autoridades civiles han comprendido bien su misión, y todo parece marchar en una buena vía.

«Despues de mucho tiempo se me representa al prefecto político de Córdova, como animado de un espíritu muy malo. El de Tehuacán me es señalado como absolutamente incapaz.

«Hay mejoramiento en la situación general del departamento de San Luis Potosí; las cárceles se vacían, la justicia funciona más regularmente. El tesoro tiene una tendencia á rehacerse y el comercio parece volver á tomar su vuelo. El fin de la estación de las lluvias y la apertura de las comunicaciones con

Tampico favorecerán, muy ciertamente, este movimiento ascendente.

«Bajo el punto de vista militar todo marcha regularmente. El general Castagny que se dirige sobre Chihuahua se halla en este momento en Parras.

«Se han dado órdenes para la espedición de Mazatlan que debe hallarse en vía de ejecución.

«El general Douay debe hallarse en Colima de donde volverá por el Michoacán para establecerse momentáneamente en Morelia, despues de haber *organizado* las localidades por las cuales habrá pasado.

«En fin, la espedicion contra Oajaca está preparándose; se hacen provisiones de toda naturaleza en Yautitlan, se trabaja en los caminos para hacerlos practicables á la artilleria. . . y pienso que las operaciones comenzarán á fines del mes de Noviembre, ó en los primeros dias de Diciembre.

«Tengo el honor, etc. . . .

«El mariscal comandante en gefe.—BAZAINE.»

Maximiliano en su visita á las poblaciones no hizo nada de provecho, ni podía hacer nada, porque no mandaba ni tenía dinero, ni era soberano mas que de nombre, limitándose á repartir algunas condecoraciones, á mostrarse expansivo en los bailes y banquetes y á dictar algunas medidas secundarias de ninguna trascendencia; sin embargo, al llegar á México se publicó una carta dirigida á su ministro Velázquez de León en la que le dijo entre otras cosas:

«De regreso de un *penoso* viaje al interior; en el que he recibido en cada ciudad, en cada aldea y cabaña pruebas las más sinceras de la simpatía y del

más cordial entusiasmo, he podido comprender dos verdades irrefutables: la primera es, que el Imperio es un hecho basado firmemente en la voluntad de la inmensa mayoría de la nación, y que sobre este hecho reposa la forma de un gobierno de verdadero progreso, que es el que mejor responde á las necesidades de las poblaciones. La segunda consiste en que esa inmensa mayoría desea la paz, la tranquilidad y la justicia, bienes que espera y pide con ansiedad á mi gobierno y que yo impulsado por mis sagrados deberes hácia Dios y hácia el pueblo que me ha elegido, estoy dispuesto á darle.»

Al compartir las impresiones de su viaje con Carlota, le dijo:

—No se puede pedir mayor adhesión: traigo veinte cajas apretadas de obsequios, tanto las personas distinguidas como el pueblo y hasta los indígenas me han colmado de entusiastas demostraciones; no es cariño sino adoración la que nos tienen todos, ahora sí puedo decirte que tenemos un imperio en nuestras manos y que somos nosotros verdaderos Emperadores.

Carlota lo abrazó con ternura y le contestó con lágrimas de regocijo:

—Seremos, pues, venturosos cuando se vayan los franceses y salgamos del poder de Napoleón.

—Sí, sí.

Aquella noche ambos soberanos se despertaron sobresaltados oyendo ó creyendo oir que se cantaba bajo los balcones de Palacio, aquello de

Maximiliano, non te fidere,
Torna al castello de Miramare.

CAPITULO XXI

ENRTE SCILA Y CARIBDIS

LA fortuna nos sonríe, mi querido consejero, decía una mañana del mes de Diciembre á Eloin el archiduque Maximiliano frotándose con placer las manos, al concluir apenas el año de 64 se puede decir ya que nuestro imperio está consolidado.

—Sí, Magestad, quitando, sin embargo, ciertas nubecillas.

—Sé á cuales nubes te refieres, pero esas desaparecerán. Por el momento tenemos á nuestro principal enemigo, á Juarez, huyendo fugitivo por Chihuahua con peligro de caer un dia ú otro en poder de los nuestros si no se apresura á pasar la frontera; tenemos á los principales generales republicanos como Uraga, Vidaurri, Quiroga, O'Horán, Echeagaray y Caamaño bajo nuestras banderas, y á los demás como Gonzalez Ortega, Huerta, Sanchez Ochoa, Ogazón y muchos más, nulificados en el extranjero; está reconocido nuestro gobierno por las principales potencias de

Europa; contamos con el apoyo directo de la Francia, Austria y Bélgica; un día de estos llegará Monseñor Meglia para que nos arreglemos con Roma; tenemos en el interior pacificados ya los departamentos principales desde Tamaulipas hasta Colima y desde Yucatán hasta Durango; nos aman nuestros súbditos con amor entrañable; principalmente el sexo hermoso nos distingue con sus bondades, de manera que hemos llegado, así lo quiero creer, á la meta de la misión que se nos confió en el continente americano.

—Sí, Magestad, pero vuelvo á insistir en que hay dos nubecillas que no cesan de oscurecer nuestros horizontes.

—Sí, ya sé: una es Bazaine con sus desalmados sultancillos que asolan el país y no cesan de manifestarnos su mala voluntad y su inobediencia.... ¿cuál es la otra?

—La otra es el gobierno del Norte de los Estados Unidos qne no ha querido reconocernos ni deja un dia de no insistir con Napoleón para que se lleve sus tropas. No hago por ahora mérito de la tercer nubecilla que es la del clero, porque esa la podemos desbaratar á la hora que queramos.

—En cuanto á Bazaine, mi querido Eloin, lo podremos reducir á la nada luego que concluya de servirnos. Una vez organizado nuestro ejército con austriacos, belgas y mexicanos que nos sean adictos, podremos dar las gracias á los franceses y despedirlos para siempre de nuestro territorio. En cuanto al fantasma de los Estados Unidos que tanto te asusta, no pasará de las notas diplomáticas más ó menos

groseras, una vez que su terrible guerra, si consigue establecer la paz, lo dejará impotente.

—Abundo en la opinión de V. M. y por eso á tales dificultades, que podrían ser enormes en otras circunstancias, las llamo solamente nubecilles.

—¿Qué otra cosa se opone á nuestro tranquilo reinado?

—La falta de fondos, Magestad.

—Eso me tiene sin cuidado mientras dispongamos del tesoro francés y mientras Napoleón, como interesado, esté dispuesto á mandarnos á sus mejores economistas para que nos saquen del atolladero. Hasta ahora hemos estado haciendo nuestros gastos casi con desahogo y los seguiremos haciendo mejor tan luego como los negocios se establezcan y dispongamos del producto de nuestras aduanas.

—El Ministro de Hacienda, señor, me ha significado que debo empeñarme con V. M. en que se establezcan todas las economías posibles.

—¿Y qué le has dicho en contestacion?

—Que nunca me atrevería á aconsejar á V. M. que disminuyera ni en un átomo el lustre de la corte.

—Hiciste bien. Si no alcanza el dinero, pediremos prestado; pero en un pais tan rico no vendremos nosotros á hacer el papel de pobres. Todos los soberanos de Europa se reirán á carcajadas de nosotros. ¿No eres tú de mi opinión, mi querido Eloin?

—Ese es mi proyecto, Magestad. En caso de apuro yo me comprometo á ir á Lóndres y á Paris á negociar un empréstito de cien millones si es necesario. Mientras yo viva no faltarán fondos en el tesoro de esta monarquía.

—Y haremos poco caso á Bazaine que habla sin cansarse de nuestras prodigalidades.

—Bazaine, señor, fué un simple soldado raso, no supo antes lo que eran ni las exigencias ni el gusto y todo se le hace muchísimo dinero.

—Lo único que á mí me aflige entre tantas pequeñas contrariedades que me cercan, es la Emperatriz.

—¿La Emperatriz?

—Sí, figúrate que ha dado en estar celosa de todas las damas mexicanas. Le ha disgustado sobremanera que me haya mandado proporcionar las fotografías de las más hermosas y entonces me ha hecho mandar traer también las de los caballeros.

—S. M. la Emperatriz, señor, es demasiado sensible, y me ha dicho algunas veces que observa en las jóvenes ciertas coqueterías que la molestan.

—Eso, eso: que cree que cuantas vienen á nuestras fiestas de Palacio me enamoran obligándome á estar con ellas demasiado galante.

—Pero es que hay algunas.... muy tentadoras.

—Que están impresionadas con las novedades que les ofrece la corte.

—No: que están impresionadas con V. M.

—¡Ah! ¿también tú, mi querido Eloin?

—Eso se ve, señor: S. M. la Emperatriz tiene mucha razón, muchísima razón de sentirse celosa.

—Hasta ahora no le he dado un motivo sério....

—Quizás V. M. no; pero ellas....

—Ellas me tratan con mucho respeto.

—Y también con ardiente veneración: tienen por lo general unas miradas....

—Vivas y penetrantes, es cierto; pero es necesario

fijarse en que todas miran lo mismo. Es su costumbre.

—Y tienen un fuego.... Hablan poco, pero ven mucho.

—Sí, son insinuantes, no lo niego, lo cual suele hacerme ser huraño cuando está presente la Emperatriz.

—Es que se habla ya de ciertas preferencias de V. M.

—En todas las cortes pasa lo mismo: hay hablillas, hay chismes, hay murmuraciones ... ¿y quienes son, según esos díceres, las preferidas?

—No me atreveré á pronunciar los nombres delante de V. M., y más cuando no estoy seguro de conocerlas: se designa entre ellas á una jóven casada cuyo marido se encuentra ausente en servicio de V. M. y se dice de otra que ha despedido á todos sus pretendientes, alguno de los cuales estaba ya arreglado con la familia de la jóven para pedirla en matrimonio.

Maximiliano se sonrió lleno de amor propio y contestó con lijereza:

—Conozco tambien algo esas historias que me ha trasmitido con todos sus puntos y comas uno de mis amigos, y la verdad es que con ninguna de las dos que me atribuyen se ha llegado á formalizar la aventura. Quien sabe más adelante, mi querido Eloin, también los príncipes somos de carne y hueso....

—Lo importante es desviar en todo caso á la Emperatriz.

—De eso precisamente te encargarás tú acompañado de la amiga de quien hice referencia, que es la duquessa....

—Ya lo sé, Magestad, no hay necesidad de pro-

nunciar su nombre, que pudiera haber oidos indiscretos.....

—Ahora vamos á hablar de cosas más sérias. La Emperatriz habló ya con Monseñor Meglia...

—Sí, Magestad, es otro de los puntos negros que tenemos en el horizonte.

—Pero eso no me preocupa mucho, porque tengo la más firme resolución de meter en cintura á todos los clérigos revoltosos. Si accedo á buscar un acomodo es con el deseo de no encontrarlo.

—Ese es mi parecer. A mí me detestan y me desprestigian diciendo que soy un hereje y que soy el que influye contra ellos en el ánimo de V. M. Sin embargo, saben muy bien que tenemos estrechas ligas con Napoleón, que aquel emperador, tanto en las instrucciones que ha dado á sus jefes militares como en las notas que á nosotros nos dirige, insiste mucho en que permanezcan en pié las leyes de Reforma y ellos mismos no pudieron esperar otra cosa desde que han estado metidos en todas las intrigas y conocen la política del gobierno que han ido á buscar y se han impuesto.

—Monseñor Meglia, como te iba diciendo, se negó á todo en su conferencia con la Emperatriz, insiste en sostener que no tiene instrucciones de Roma, como si un plenipotenciario pudiera presentarse sin tenerlas muy amplias para plegarse á las exigencias invencibles y ha terminado lanzando una amenaza embozada.

—¿Una amenaza?

—Sí, dice que llegará al escándalo: que si no cede-

mos en el quinto de los bienes de la Iglesia nos lanzará una excomunión.

Eloin prorrumpió en una sonora carcajada.

—Perdóneme V. M. que me haya reido con tantas ganas, pero no he podido contener la risa. ¿Acaso no sabe el Santo Padre que los Hapsburgos tienen el hábito de ver con desdén sus censuras y anatemas?

—Pero el escándalo, el escándalo es el terrible.

—¿Y qué? Lanza el Nuncio su excomunión, se le pone preso ó sencillamente se le embarca en Veracruz, y este país que ha sido republicano y liberal, se quedará tan tranquilo como antes.... ¿Acaso no echaron de aquí á todos los obispos y no fueron apedreados por el pueblo en Veracruz? Pues sería también chistoso que le devolviéramos al Padre Santo á su Nuncio lapidado.

—Bueno: yo tengo que recibir á varias personas y entre otras á Bazaine, que quieren estar al corriente de todo ese embrollo eclesiástico. Tú vas á ocuparte como jefe de mi gabinete particular, en redactar las notas para los ministros y para el representante de Roma.

—Muy bien. Después comunicaré á V. M. una idea.

—Dime tu idea si es buena.

—Pienso que cuanto antes hagamos á un lado al Nuncio y mandemos á Roma una comisión nuestra en la cual escojeremos algún eclesiástico, puede que logremos cojer hasta un obispo, cuya comisión contrariará allá los trabajos de Labastida y llevará una especie de *ultimatum* al Papa con aprobación de Napoleón III.

—Dàme la mano. Eres el Fénix de los consejeros.

—¿La aprueba V. M?

—Con toda mi alma. Inmediatamente se me ha venido á la imaginación toda la trascendencia de tu proyecto.

Se separaron nuestros dos altos personajes. Maximiliano se dirigió á su despacho para hablar con algunas de las personas que ya lo esperaban y Eloin se fué al suyo para ordenar á las gentes de su dependencia que redactaran las notas que iban á necesitarse.

Ahora tenemos que hacer un suscinto relato del ruidoso asunto eclesiástico de aquellos dias que tanto conmovió á los adjudicatarios y á la sociedad imperialista.

Una de las condiciones que había impuesto Napoleón III para dar su apoyo á Maximiliano, era que se habían de dejar subsistentes las leyes de Reforma. En esto no pararon mientes los archiduques porque lo consideraron como la cosa mas sencilla del mundo, una vez que la religión no necesitaba de casas ni de haciendas para radicar en los corazones y en las conciencias; pero como los clericales y los conservadores mexicanos enemigos de Juarez y sus leyes eran los imperialistas, desde luego empezaron á notar las dificultades que estos oponían á su gobierno, mientras no los complacieran volviendo á la iglesia los bienes que habían sido desamortizados. Los archiduques veían que esto era imposible, tanto porque ya la desamortización había creado nuevos intereses, principalmente entre los extranjeros que en gran número eran adjudicatarios, como porque sobre esa ba-

se se había fundado el imperio y además tenían la convicción los archiduques de que era un mal gravísimo que el clero, de por sí revoltoso é inquieto, tuviera intereses: de aquí el embrollo que vamos á tratar de referir en pocas líneas.

Maximiliano opinaba que en los pocos días de su permanencia en Roma, Pio IX le había ofrecido ayudarle en cuanto pudiera para su mejor gobierno y enviarle un representante con poderes omnímodos para allanar las dificultades que se le presentaran con el clero. Después de varias instancias y comunicaciones el Papa envió el obispo *in partibus* de Damasco, Señor Meglia con el título de Nuncio á México á donde llegó el 7 de Diciembre de 1864, quien fué muy agasajado tanto por el clero como por las autoridades imperialistas. Pasadas las fiestas, Maximiliano regaló á Meglia cinco mil pesos para ablandarle y lo convidó á comer: entonces el Nuncio presentó una carta del Papa muy larga en la que Su Santidad decia despues de mil retruécanos que no podía haber transacción: que se devolvían los bienes á la iglesia ó terminaban las relaciones. Maximiliano no se dió por vencido y mandó un escrito que le hizo Eloin conteniendo nueve puntos de transación al Nuncio, de los cuales el 1º establecía la tolerancia de cultos.

Meglia contestó que no tenía facultades para discutir todas esas cuestiones que eran peliagudas. En seguida Lares, Ramirez, todos los ministros vieron al Nuncio para tratar de ganárselo, hasta que por último se echó mano de las seducciones de la archiduquesa; pero también Carlota fracasó en sus propósitos.

Se lo echó en cara al nuncio que estuviera tan renuente á entrar en arreglos, cuando el Papa había ofrecido de viva voz á Maximiliano que le allanaría de la mejor voluntad aquellas dificultades. El Nuncio contestó que Maximiliano era un embustero, que el Pontífice nada le había ofrecido en Roma ni había hablado de bienes eclesiásticos.

¡Reventó la bomba! Salieron luego las notas que había estado meditando Eloin para los ministros, firmadas por Maximiliano: en una decía á Velázquez de León que propusiera medidas eficaces y prontas para desenlazar la situación, bajo la base de la tolerancia; en otra dirigida á Escudero establecía la revisión y pase de los documentos pontificios y en las demás se daban instrucciones para no dejar sin respuesta las groserías y amenazas de que ya había echado mano el Nuncio usando en lenguaje descomedido y violento.

Las protestas del arzobispo y obispos vinieron pronto á dar mayor fuerza á las del Nuncio, y como los ministros conservadores también se alarmaron y todo el partido clerical estaba sobre ascuas, Maximiliano se asustó y fué á ver á Carlota.

—¿Que díces, retrocedemos? le preguntó.

—No, contestó la emperatriz con entereza.

—Me dicen los ministros que por de pronto reconozca á la religión católica como la dominante, sin esclusión de otras.

—Pues hazlo; pero tales vacilaciones nos perderán.

—Ya verás como se conforman con eso poco que nada nos cuesta.

Salió Maximiliano y fué á dorar la píldora, ofre-

ciendo que solo subsistirían las operaciones de desamortización en que no hubiera fraude y que la religión del Estado sería la católica.

Bazaine se le presentó luego con unas notas de Napoleón que tenía reservadas.

—Que hace V. M! le dijo, el Emperador Napoleón exige que continúen en toda su fuerza las leyes de Juárez. Aquí traigo estas notas que son bien terminantes.

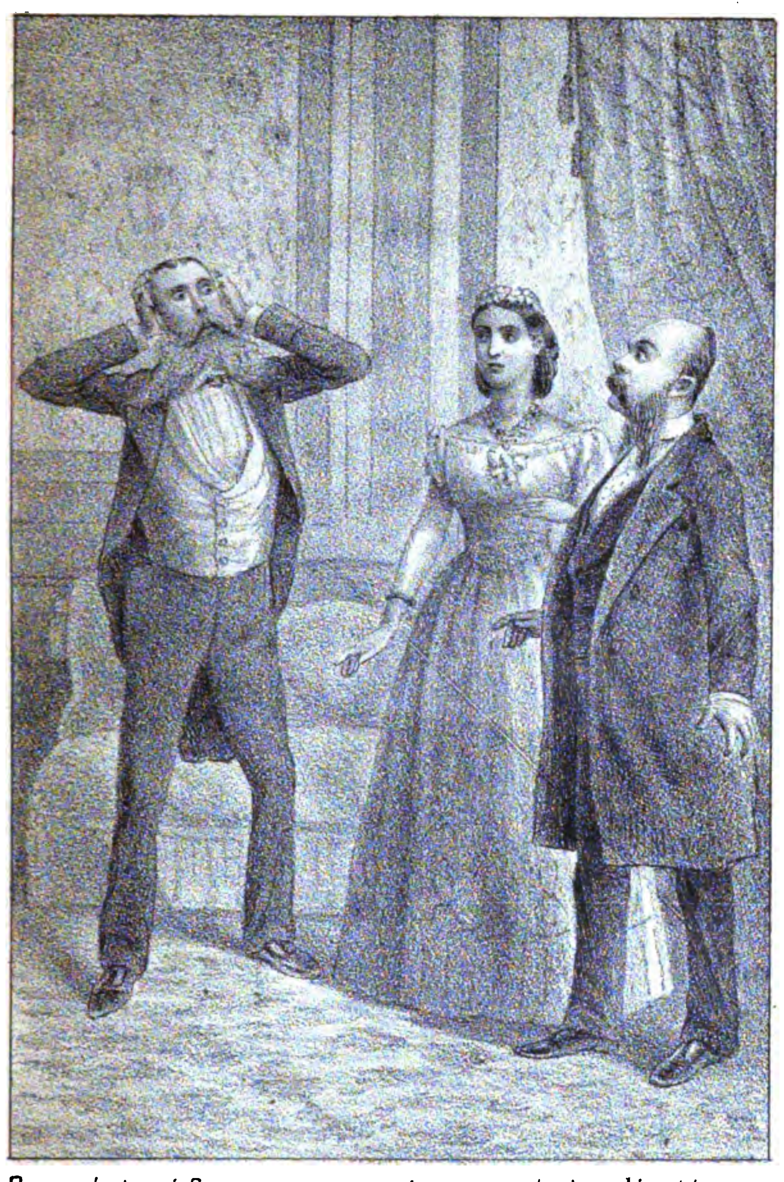
Maximiliano les pasó la vista y vió que en efecto Napoleón III no quería nada de términos medios ni de transacciones. Leyes de Juárez de cabo á rabo.

Ya casi loco reunió á Eloin y á la Emperatriz en su alcoba y mesándose los cabellos, les dijo lo que le pasaba.

Eloin y Carlota se dirigieron una mirada espresiva y se sonrieron. Maximiliano continuó diciendo fuera de sí:

—Por un lado el Papa que me apremia, por el otro Napoleón que me aplasta: ¡estoy, pues, entre Scila y Caribdis!





Por un lado el Papa que me oprime, por el otro Napòleon que me aplasta, ¡Estoy pues entre Scila y Caribdis!

CAPITULO XXI

LA BATALLA DE SAN PEDRO.

LLovían los episodios brillantes en México en medio de tantas desventuras.

A las once de la noche del día 12 de Noviembre de 1864 un grupo como de 300 infantes seguidos de unos cien hombres montados atravesaban las calles de Mazatlán, que no obstante la hora que era, se veían bastante concurridas.

Al frente de esa pequeña tropa iba el general Rosales, todavía coronel entónces, improvisado militar por las revoluciones. Había sido abarrotero, literato, periodista y por fin, las vicisitudes en que se vió envuelto, lo arrojaron á la carrera de las armas.

En esos momentos era nada menos gobernador interino como consecuencia del pronunciamiento con que fué derribado el anterior gobernante general García Morales.

Rosales montaba un caballo de buena alzada y á su lado iban además de los cuatro oficiales que formaban su Estado Mayor, los jefes de los diversos pi-

quetes qe formaban su fuerza y que eran Antonio Molina, Jorge Granados y Francisco Tolentino. El primero coronel, y los dos segundos capitanes. También pertenecía á la Brigada un barretero de minas llamado Domingo Rubí; pero este se encontraba á la sazón reclutando gente en Pánuco: el que mandaba el piquete de diez hombres del batallón de su nombre que iba á la vanguardia de la reducida tropa era el sargento Juan A. Hernández.

Luego que pasaron del punto llamado el Infiernillo y se encontraron en campo raso, Rosales creyó conveniente esplicar su conducta.

—Amigos míos, les dijo, era imposible que pudiéramos sostenernos en la plaza y por eso hemos hecho esta salida á la media noche, con espanto de los buenos vecinos del puerto que no podían consentir en que los dejáramos abandonados.

—Mi coronel, contestó Granados, lo que vd. dispuso tiene que estar bien dispuesto.

Rosales y Molina voltearon á verse y se sonrieron, conociendo la zonga con que hablaba Granados, que asi como se manifestaba respetuoso con sus superiores en formación y en el servicio, era llano y chancista cuando lo trataban como amigo, llevando con los dos Antonios una grandísima intimidad. Entónces Rosales repuso:

—Por lo menos en esta vez no había lugar á disponer otra cosa: hoy salió al Venadito por el Camaron una escuadrilla francesa, según creo, compuesta de tres ó cuatro buques de guerra y á la vez recibí la notificación del comandante Kergrist de que quedaba bloqueado el puerto é iba ser bombardeada la

plaza: al mismo tiempo me llegó la noticia de que los losadeños en número de tres ó cuatro mil hombres de las tres armas ocupan ya los puntos de Urias y la Loma Atravesada, ¿cómo resistir en el desabrigado Mazatlán á tanta gente con unos cuatrocientos hombres, ni con ochocientos en el caso de que hubiéramos podido armar otros cuatrocientos de la plebe?.....

—Y luego sin fuertes y sin artillería, se atrevió á murmurar Tolentino que era muy humilde y muy corto.

—Yo creo que nuestra retirada se ajusta á las leyes militares, dijo Molina.

—No se me oculta, continuó diciendo Rosales, que la tropa se nos maltrata con esta marcha nocturna, cuando tal vez mañana va á tener que sostener un combate; pero tuve en cuenta estas dos circunstancias: primera, que no quería que los franceses vieran el estado de nuestra fuerza á la luz del día; segunda, que podiamos ser sorprendidos en la plaza ó cuando menos encerrados en ella de un momento á otro por las numerosas tropas de Lozada.

—Y ahora, ¿vamos á presentar acción á ese bandido? preguntó Granados.

—Ahora vamos á ver si podemos evitar un mal encuentro con esta marcha oculta, á fin de ver si llegamos en salvo á la Puerta del Habal; pero en caso de que no podamos........

—Ya le daremos una lección de paso al tígre de Alica, concluyó diciendo Granados.

Todos se rieron de la fanfarronada. Buena marcha, superior táctica sería la de escapar de ser envueltos y aniquilados por los cuatro mil hombres de Lozada

en cuyo ejército podía haber unos tres mil hombres de chusmas y unos mil cuando menos bien vestidos, bien organizados, bien armados y sujetos á una disciplina regular, mandados por oficiales que habían pertenecido á las tropas reaccionarias de Miramón y Márquez.

A las once de la mañana del dia 13 llegó la reducida fuerza de Rosales al punto llamado la Puerta del Habal que era el objetivo; y como la gente estaba rendida de cansancio se le concedieron dos horas para tomar reposo y algún refrigerio.

Casi todos estaban dormidos cuando Granados que vigilaba con el único ojo útil que tenía, gritó con todas sus fuerzas.

—A las armas! ¡El enemigo encima!

Apenas tuvo tiempo Rosales de incorporarse, tomar sus pistolas y salir á ponerse al frente de sus soldados. Los lozadeños, en su mayor parte montados en caballos ágiles y fuertes, se habian echado sobre la posición como verdaderos demonios evocados del averno, pues daban gritos desaforados y disparaban sus carabinas unos detrás de otros formando un fuego graneado.

Ni Rosales ni los suyos se desconcertaron no obstante la gran superioridad de fuerzas del enemigo, ni la furia conque fueron sorprendidos y atacados; se dictaron pocas pero acertadas disposiciones para sostenerse favorecidos por las casucas, sin dar un paso atrás, y en menos de diez minutos los lozadeños comenzaron á ver que no era tarea fácil la de vencer á hombres tan resueltos y en otros cinco minutos más se acabaron de convencer de que el mejor partido

que harían era abandonar la refriega, una vez que estaban cayendo atravesados por las balas republicanas sus mejores oficiales.

No faltó quien gritase entre las huestes lozadeñas: —«Ya perdimos, vámonos» grito que se repetía con bastante frecuencia en los combates de aquellos tiempos y ante el que los mejores generales eran impotentes, porque se seguia en el acto la desmoralización y la huida en desorden. Infinidad de veces un solo grito, el de «estamos flanqueados» ó el de «ya perdimos» fué suficiente para perder una acción que estaba ganada.

Como Granados y Tolentino se distinguieron en aquel momentáneo, pero terrible cambate, Rosales con las plenas facultades que tenía les ascendió á comandante de escuadrón y de batallon respectivamente. Granados era infante; Tolentino dragón.

El sargento Juan A. Hernández, á quien solo quedaron tres hombres del batallón Pánuco, pasó en la misma clase al escuadrón «Guías de Jalisco,» mandado por el comandante Tolentino. Ya se irá viendo en seguida por qué mencionamos este nombre con empeño.

Estaban en el Quelite descansando las fuerzas que habian dado la pequeña guarnición de Mazatlán y que tan brillante éxito tuvieron en el Habal rechazando á más de dos mil lozadeños, cuando marcharon por disposición de Corona á Culiacán. Allí era el asiento del gobierno del Estado y de allí habían de salir aquellas tropas aumentadas y disciplinadas para la campaña.

Pocos días llevaba Rosales de haber establecido

sus oficinas administrativas cuando recibió un oficio del alcalde de Altata en que le decía: «Está á la vista un buque de guerra francés, creo es el *Lucifer*, con bastante gente á bordo. Se calcula en cosa de mil hombres los que trae de desembarco.»

Rosales reunió á sus jefes principales, mejor dicho, á sus íntimos amigos, en asamblea y les leyó aquella noticia.

—Aquí tienen ustedes el estado de nuestra fuerza, siguió diciéndoles Rosales, tenemos, apurándonos mucho, 420 hombres de buena tropa pero no creo que puedan resistir un combate con mil franceses: ¿qué es lo que ustedes opinan?

—Que debemos salirles al encuentro, se apresuró á contestar Granados, si los vencemos ¡qué gloria para nuestras armas! Si somos vencidos, nada habrá de particular en ello, siendo esa la costumbre y habremos cumplido con nuestro deber.

—¡El combate! el combate! exclamaron todos electrizados por la ruda elocuencia de Granados.

Y el combate quedó decidido, á pesar de que Rosales, no obstante ser uno de los hombres más valientes que ha habido en la tierra, en su interior se sentía profundamente contrariado. ¿Qué le importaba combatir? Lo que no quería era perder estando ya en puesto tan encumbrado.

Entre los que vieron salir á las tropas de Culiacán el 19 de Diciembre, los unos, los amigos, los contemplaban con ternura, con lástima y decían en su interior: «No volverán,» los otros, los imperialistas, los que deseaban que llegara allí el régimen imperial para sacar á relucir los pergaminos ó para darse im-

importancia ó para codearse con los franceses, ora se restregaban las manos y decían también para su capote: «Estos no se animarán á ponerse delante de los franceses. ¡Pobres de ellos si se atreven!»

Y es fama que algunas señoras, no muchas por fortuna, se pusieron, desde luego, á tejer las coronas que habían de ceñir á las frentes de los vencedores.

La tropa pernoctó en el rancho de las Flores, y al día siguiente se estacionó en San Pedro. Rosales pasó revista, observando con satisfacción que en la tropa reinaba el buen ánimo, en los oficiales el entusiasmo y en los jefes la más entera resolución.

—Venceré! murmuró Rosales.

Ya en aquellas horas sabía que sólo habían desembarcado unos doscientos franceses y unos trescientos mexicanos mandados por un general español llamado José Domingo Cortés, traidor, según se les llamó entonces á los que se aliaron con los invasores, como este español que estaba naturalizado mexicano.

El día 20 Rosales mandó avanzar sus fuerzas á Novalato, los franceses estaban en Bachimeto, á tres leguas de distancia, y allí levantaron algunas fortificaciones luego que supieron que la pequeña guarnición de Culiacán había salido á su encuentro.

El jefe francés reunió á sus principales subalternos y les dijo:

—Mañana destruiremos esas chusmas y entraremos á la capital de Sinaloa. Aunque no abrigo el menor temor de que nos ataquen, recomiendo á ustedes esta noche la mayor vigilancia.

Por su parte, Rosales, dijo á los suyos:

—Mañana contramarcharemos á San Pedro: me gus-

ta más ese punto para dar la batalla. Ahora que he estudiado el terreno y el espíritu de nuestros soldados, puedo pronosticar la victoria. Todo depende de que cada cual cumpla mis órdenes exactamente.

Todos ofrecieron cumplir con su deber, sometiéndose, sin vacilar, á las leyes de la disciplina.

El 21, entrado bien el día, ordenó Rosales que el escuadrón «Guías de Jalisco», se quedara hostilizando al enemigo, mientras que él con el grueso de las fuerzas, formadas de infantería y artillería, regresaba á tomar posiciones en San Pedro. Designó las columnas, les nombró jefes y les comunicó instrucciones, señalándoles los puntos que deberían ocupar, desde luego, así como los primeros movimientos que habían de verificar cuando se iniciara el combate.

El pequeño escuadrón mandado por Tolentino, fué el que tuvo la más pesada faena, que consistió en estar tiroteando todo el día, pero principalmente al cerrar la noche, á los franceses, á fin de tenerlos en constante alarma y fatigarlos. El sargento Juan Hernández, le dijo:

—Mi comandante, puede vd. retirarse á descansar, yo me encargo de no dejar dormir á los franceses.

—Cuántos hombres necesitas?

—Diez de los que estén mejor montados.

—Escógelos.

Y con sus diez hombres estuvo sin cesar dando vueltas al rededor del poblado en que se había hecho fuerte el enemigo, haciéndolo á cada momento formar columnas para defenderse de un ataque que por el ruido que hacían los diez hombres parecía que iba á ser general.

Con gusto vieron los franceses despuntar el nuevo día para de una vez saber á qué atenerse: con sorpresa observaron que los que tanto les habian molestado eran unos cuantos: los acometieron con brío y los hicieron retirarse; pero no sin que volvieran á la carga luego que se puso en marcha toda la columna.

En todo el trayecto de Novalato á San Pedro, no dejaron los lanceros de seguir disparando sus carabinas sobre los franceses, ya por el frente, ya por los flancos y algunas veces hasta por la retaguardia. Conocedores del terreno, lo aprovechaban á las mil maravillas.

Cuando estuvo la columna á la vista de San Pedro, pudo observar el jefe francés que Rosales lo esperaba en su campamento formado en las afueras de la reducida población, y no pudo menos de sonreírse exclamando:

—¡Qué fortuna! me temía que anoche se me hubieran escapado.

Mandó hacer alto y tomó las disposiciones para el ataque, según la colocación que tenían las tropas mexicanas. No había que hacer más, sino cargar á derecha é izquierda, dejando una pequeña reserva para que protejiera el centro. Todo era cuestión de unos diez minutos.

Rosales vió los movimientos y esperó á pié firme.

—Hijo, dijo á Granados, ve á ponerte ya al frente de tu columna: tan pronto como veas que rechazo al enemigo por el frente cargas á la bayoneta procurando destruir el flanco derecho. Alerta, muy alerta.

Corrió Granados á ocupar su puesto en el momento preciso en que se disparó el primer cañonazo.

Los caballos relincharon y los novecientos hombres que formaban los dos grupos de combatientes respiraron con ansiedad, muy inciertos respecto de la suerte que tendrían que correr, como sucede siempre en ese primer momento en el que hasta los más valientes sienten algo como una zozobra, como un soplo de miedo.

También Rosales tenía sus cuatro cañones, y estos, dirigidos por el teniente Evaristo Gonzalez, contestaron en el acto el fuego de los franceses. Cesó entonces la seriedad y todos los del campo republicano á un tiempo gritaron como impulsados por una misma fuerza:

—¡Viva México!

Los franceses cargaron según su costumbre con toda bizaría, pero se encontraron con hombres que no estaban dispuestos á desbandarse y que los recibieron con un fuego cerrado y bien dirigido.

—¡Sacre nomme....! gritó el gefe francés desesperado con aquella firme resistencia que no se aguardaba, y luego animando á sus soldados que parecían dispuestos á detenerse, ¡en avant! en avant! les repetía.

—¡Adelante! ¡adelante! les gritó también Rosales á los mexicanos que había puesto á la vanguardia.

Pero en esos momentos dos disparos de metralla derribaron á quince de sus hombres, viéndose en el acto el pavor retratado en los demás que ya no quisieron avanzar.

El mismo jefe vaciló, se le vió vacilar, y ese momento de vacilación en las batallas suele costar muy caro. Granados observó bien que la columna hacia

alto, que era tanto como el principio de la contramarcha, y cargó como se le había recomendado, á la bayoneta, por el flanco derecho de los franceses: él ocupaba en la batalla el flanco izquierdo. Allí fué herido Granados en medio del pecho por un oficial francés en el momento de rendirse.

Entre tanto que Granados caía herido y tomaba el mando de su columna el capitán Mora, Rosales como último recurso, ordenó que el escuadrón «Guías de Jalisco» diera una carga á lanza por el flanco derecho. El pequeño cuerpo que había estado oculto tras unos matorrales salió al descubierto y dió una carga terrible, de esas que no se pueden resistir. Los franceses seguían batiéndose por el camino en el mejor orden, aunque siempre en retirada. Los mexicanos que los acompañaban fueron los únicos que se desbandaron y los primeros que se refugiaron en el buque de guerra que estaba esperando en Altata.

Rosales que también se había estado batiendo personalmente, luego que vió al «Mixto» mandado por Granados y á Hernandez con su piquete de 19 hombres cargando con tanta intrepidez, por izquierda y derecha respectivamente, murmuró en su interior:

—Con estos muchachos contaba yo principalmente para triunfar: ¡ qué bien se baten estos hijos mios de mi corazón!

Todavía no había que cantar victoria. Granados acababa de ser herido tal vez mortalmente. Los franceses se retiraban pero lentamente, aprovechando las cercas, las casuchas, las hondonadas del camino, todo, para hacerse fuertes y rechazar á los que los acosaban. Una fuerte sección en el centro, en donde

mandaba el jefe, había formado nn cuadro impenetrable, sobre el cual fué preciso dirigir la artillería y las reservas para lograr desbaratarlo.

Entonces fué cuando comenzó el desorden en la retirada, aunque nadie decía una palabra de rendirse. Todavía los oficiales franceses tenían esperanzas de volver á reunir á su gente un poco más adelante para poder llegar á Altata formando un cuerpo compacto. Pero Rosales avanzó sus cañones, la poca caballería republicana con que contaba siguió lanceando y no fué posible á los franceses hallar un punto de reunión.

El sargento Juan Hernandez que iba siempre por delante de los perseguidores y que montaba un buen caballo, se vió repentinamente solo en medio del enemigo. El primero que le salió al frente fué un sargento francés que le tendió el fusil, pudiendo desviarlo con la lanza al hacer el disparo: entonces lo acometió con buen éxito logrando darle un golpe en pleno pecho: el sargento francés cogió entonces la lanza con la mano izquierda y con la derecha armada del fusil, procuraba hundir el marrazo en el pecho de su contrario. A duras penas conseguía Hernandez librarse de los terribles amagos del hábil soldado francés; y ya considerándose perdido, exclamó volviendo la cabeza hacia atrás.

—¡A mí los lanceros de Jalisco!

—Presente, mi sargento, dijo el cabo Zacarías Carrillo presentándose en escena.

Y apenas acababa de llegar, rápido como la electricidad derribó al francés de un machetazo en la cabeza.

—Mil gracias, Zacarías, de buena me has librado.

—Ahora vamos adelante, mi sargento.

Y los dos continuaron al galope en pos del enemigo disperso. A unos mil metros adelante, Hernandez percibió á un oficial francés que hacía esfuerzos para ocultarse entre unos matorrales. Puso en dirección de él su caballo siguiéndole á corta distancia el cabo y otros tres soldados de «Guías.»

—Ríndase usted, le gritó al francés.

El oficial se detuvo é hizo ademán de prepararse á la defensa, pero al observar que otros hombres más venían muy cerca, cruzó los brazos y les dijo en mal español:

—Soy Gazielle, capitán de fragata y jefe de esta expedición: me constituyo prisionero de guerra.

—Como tal lo trataré á usted.

—Voy á entregarle mi espada.

—No, esa consérvela para que la reciba mi coronel.

En esos momentos llegaron los otros con las lanzas enristradas y amagando atravesar con ellas al oficial.

—No se le toca, es mi prisionero, gritó Hernandez.

—¡Cómo que no! dijo el cabo, es un oficial del enemigo.

—Debemos matarlo, exclamaron los soldados.

—Está rendido, volvió á decir Hernandez, y yo lo defiendo contra cualquiera que quiera hacerle daño.

Se habían reunido más soldados y no había uno que no manifestara deseos de matar al oficial, excitados como estaban todos por el olor de la pólvora y de la sangre, y contra todos estuvo defendiéndolo

Hernández. Por fortuna para el oficial francés y para nuestro apurado sargento, llegó el comandante Tolentino y le dijo Hernandez:

—Mi comandante, hago á usted entrega del jefe francés señor Gazielle y de su caballo árabe que está herido y acababa yo de quitarle.

Tolentino recibió al prisionero y Hernández, fogoso como jóven y valiente, se lanzó en persecución del enemigo, logrando hacer otros muchos prisioneros, á todos los que perdonó la vida: lo que quería era disfrutar á su satisfacción de aquella victoria y aprehender al general Cortés y á Jorge Carmona que sabía iban huyendo para Altata. Al frente de los 18 hombres de su compañía, de los que no llegó á perder ni uno en la refriega, continuó el alcance, logró avistarlos en Novalato; pero llevaban buenos caballos y se le escaparon. Continuó tras ellos y en Bachimeto les hizo algnnos disparos; pero redoblaron la carrera, vino la noche y entonces la persecución se hizo más difícil. Al amanecer del dia 23 llegaron Cortés y Carmona á Altata: Hernandez seguía trás ellos, aunque embarazado con un número considerable de prisioneros que había ido haciendo.... Ya en el momento de atraparlos, el «Lucifer» les lanzó dos ó tres bombas y los republicanos tuvieron no solo que detenerse sino que contramarchar, porque los hombres que llevaban presos hacían impulsos por escapárseles. El momento fué terrible, porque podían fácilmente ser destrozados si se ponían de acuerdo los del buque de guerra, los perseguidos Cortés y Carmona con los que los acompañaban y los treinta prisioneros que ya llevaban entre los que había cuatro oficiales franceses.

Con viveza, con prontitud, con arrojo. salió Hernandez de aquel conflicto, primero, poniéndose fuera de los tiros del «Lucifer» y después pidiendo auxilio á la autoridad del punto llamado Trancas inmediato al puerto.

El sargento Juan A. Hernandez, después de otras varias vicisitudes, logró presentarse al Cuartel General el 24 con su tropa sana y salva, entregando 24 prisioneros franceses y 28 de sus auxiliares, lo cual produjo un gran regocijo entre los suyos, pues consideraban ya toda aquella fuerza perdida.

—Es usted alférez, le dijo Rosales abrazándolo, y no se pasará mucho tiempo sin que yo mismo tenga el gusto de hacerlo teniente.

Habiéndonos engolfado en la narración de las aventuras de nuestro sargento, hemos olvidado el campo de batalla al que tenemos que regresar el dia 22 para que contemplemos lo que allí pasaba.

Hemos dicho ya que allí todos los republicanos se esforzaron en cumplir con su deber, aunque luchaban con una fuerza superior en disciplina, en armamento, en número y en prestigio bien conquistado, pero menos en espíritu militar. Ni Rosales, ni Sanchez Roman, ni Correa, ni ninguno de los oficiales que se encontraron en aquella peqneña pero gloriosa batalla, eran militares técnicos, sino soldados que la necesidad y el patriotismo habían improvisado; pero todos tenían dignidad y honor, todos tenían amor patrio, todos eran animosos y resueltos, de modo que poco trabajo costó al ardoroso jefe alcanzar con tan buenos elementos la victoria.

Los franceses acostumbrados á conservar la disci-

plina, seguían peleando compactos, por más que los jefes traidores y tras ellos sus soldados, hubieran sido los primeros en desbandarse; pero llegó un momento en que todos los cuatrocientos hombres de Rosales se les echaran encima peleando con desusado empuje y se declararon en derrota. Los que estaban á la vanguardia en las márgenes del rio Humaya, testigo de su heroica resistencia, echaron sus armas á la arena, se cruzaron de brazos y esperaron á que se les hiciera prisioneros.

Rosales mandó que cesara el fuego, hizo que se rodeara á aquel grupo de valientes y dió orden á la caballería de que diera alcance á los dispersos, desarrollándose entonces entre otras, las hazañas del sargento Hernandez que ya hemos referido.

En el grupo de rendidos estaba el teniente de tiradores francés Mr. Saint Julien. Este lloraba de rabia por la derrota y lanzaba imprecaciones salvajes contra los vencedores: el sargento Blas Ramirez del «Mixto» se le aproximó y le pidió la espada:

—¿Yo?.... ¿entregar mi espadad yo?.... ¿y á usted.... bandido?

—¿Qué es eso? preguntó Rosales llegando al galope hácia donde estaba el grupo.

—Que este oficial se rehusa á entregarme la espada, mi coronel, dijo el sargento.

—¿No entrega usted la espada? le preguntó Rosales comenzando á irritarse.

—No.

—Sepa usted que es nuestro prisionero desde los piés hasta la cabeza, sin condición alguna. Entregue usted esa espada.

El oficial bajo los ojos y la entregó.

Gazielle que llegaba en esos momentos conducido por Tolentino, y que presenció algo de la escena, se apresuró á presentar su espada á Rosales.

—Usted no, comandante, es muy digno de llevarla.

Bel Kassan ben Mahomed subteniente de argelinos, tomó la mano de Rosales para besársela. Este la retiró con dignidad y le dijo:

—En mi país no se acostumbra besar la mano á los hombres.

Recordó este Jefe que Granados había recibido un balazo de pistola á quema ropa por un oficial francés al rendirse y mandó que se formaran los prisioneros y que pasaran delante de la camilla de Granados.

—¿Quién de ellos es el que te hirió?

Granados los vió á todos y dijo con entereza:

—No está aquí.

El oficial allí iba: era Mr. Marquisset.

De esta manera Granados salvó la vida al único prisionero que Rosales hubiera fusilado.

Entretanto en Culiacán estaba reinando gran ansiedad. Se habían estado oyendo los tiros de cañón toda la mañana, pero nadie llegaba á dar una noticia. Las jóvenes imperialistas que tenían preparadas las coronas, decian:

—Si los franceses han triunfado ¿por qué no vienen? y sobre todo ¿por qué no llega ningún disperso de los de Rosales?

Los amigos de este se oprimían las manos y murmuraban:

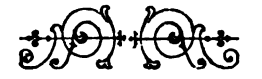
—¿Será posible que todos hayan muerto que no vuelve ninguno? ¿qué pasa?.....

En la noche del 22 supieron ya, aunque vagamente, lo que había pasado; pero á la mañana siguiente vieron ya entrar á la pequeña fuerza republicana cargada con los despojos del enemigo. Rosales, para evitar toda mortificación á los prisioneros, les hizo entrar á la ciudad á hora distinta, bien custodiados por una fuerte escolta. Estos prisioneros fueron ochenta y cinco franceses, entre ellos siete oficiales y su comandante y ciento veinte traidores: un poco más de la mitad de lo que sumaba la fuerza vencedora.

Los despojos fueron dos piezas rayadas y todo el material de guerra, ocho caballos árabes y algunos equipajes y provisiones.

El gobierno de Juarez mandó el despacho de generales á los coroneles Rosales y Sanchez Román, el empleo de teniente coronel á Jorje Granados y el de comandante de batallón al capitán Lúcas Mora, que se condujo admirablemente.

Este fué uno de los episodios más notables de la guerra intervencionista.



CAPITULO XXIII.

LA VELADA DEL CORONEL.

La casa del coronel Cisneros en la calle de Tacuba había sido casi transformada desde que entraba en ella un chambelán del Emperador, y desde que la familia había concurrido á una de las famosas recepciones de la Emperatriz. Genaro Lacroix había conseguido que Almonte se empeñara con el marqués de Corio para que se mandara una invitación á aquel coronel retirado, á quien se tuvo cuidado de pintar como hombre rico y de influencia, y al regresar de la imperial tertulia, Doña Asunción, había dicho á su marido:

—Oye, Tirso, es necesario que mejoremos algo la casa, no sea que.....

—No sea que ¿qué?

—Que se les antoje un día ú otro venir á la Emperatriz..... ó al Emperador.

—¡Bah!

—No me hagas bah! con ese gesto: la augusta señora estrechó la mano á Aurora muy afectuosamen-

te, y S. M. el Emperador, se estuvo informando con varias personas del nombre y condiciones de la muchacha. Yo lo observé en cierta vez que no le apartaba la vista.

—El Emperador tiene fama de ser muy mujerero y á todas las ve lo mismo. Figúrate que el pintor Mendoza le está haciendo un Album con las fotografías que.....

—¡Un Album!

—Cada hoja iluminada le cuesta una onza de oro, y ha de constar el libro de cincuenta láminas, según me lo ha platicado el mismo pintor.

—¡Pues qué bueno era que pusieran en el Album á Aurora!

El coronel á pesar de sus años se puso encarnado y varió de conversación.

El resultado fué que se compraron muebles nuevos, algunas cortinas y que se renovó la vajilla del comedor.

—Si llegan á venir, había dicho Doña Asunción, será indispensable ofrecerles aunque sea un chocolate.

—Y refrescos, mujer, y refrescos y todo cuanto gusten ¡pues no faltaba más! ese día echaremos la casa por la ventana.

—¡Y qué envidia nos tendrían la boticaria y la licenciada y la generala aquella!

—Todos, todos......

—Y todavía más si tú aceptas la colocación.

—Tanto como eso no, hija mía, porque no deseo comprometerme en nada mientras el imperio no defina su color religioso. Yo he sido soldado de la cruz

más que de la política, y tengo que ir por el camino que adopte el clero católico.

—Lo mismo que tú son Márquez, Taboada, Zuloaga, Cobos, Oronoz, Miramón y Almonte, es decir, sostenedores de nuestra santa religión, y están con el imperio.

—No discutamos esas cosas que son de conciencia: si vuelven á hacerme alguna insinuación algo más consistente que los pocos ofrecimientos que me han hecho, correré á consultarlo con Su Ilma., para que los míos no me tachen de inconsecuente.

—Bien pensado, y que ahora se me ocurre que haciéndote un poco del rogar, puede ser que te hagan una cosa más gorda.

—¿Qué pueden hacerme? Munícipe ó miembro de las cortes marciales.

—¡Quien sabe! Puede que se le ocurra á S. M. darte un título.

Aquí llegaban de la conversación el coronel retirado Sr. Cisneros y su señora, aquella noche, cuando sonó la campanilla del corredor.

—Ya vienen nuestros contertulianos, dijo él á su consorte, y poniéndose un dedo sobre los labios, agregó: nada de darles explicaciones sobre todos nuestros estrenos, que crean se va á casar Aurora ó lo que se les antoje; pero nada de contarles que esperamos una visita de alto rango.

—No soy tan inocente: ya oirás lo que les digo si tienen la imprudencia de preguntarme algo.

Aquella noche, una vez que ya no eran frecuentes como antes las reuniones en la casa del coronel, el pretexto para convocar á los amigos había sido

la celebración, *en familia,* del vigésimo nono aniversario del matrimonio de Cisneros y Doña Asunción. Un recado verbal había sido llevado á cada casa por el portero, en que se decía á las relaciones íntimas que se les esperaba á tomar un té familiar en celebración de que Cisneros y su esposa cumplían años de casados: no decían cuántos.

Las Sras. de Torres y de Camacho, mujeres del boticario y el licenciado, respectivamente, entraron juntas acompañadas de sus maridos y fueron las primeras. Se dieron de codo al notar las reformas que se habían hecho en la casa, pero nada preguntaron, contentándose con dirigirse después de cuando en cuando, algunas miradas maliciosas. Detrás de ellas llegaron el Dr. Gutiérrez y el periodista Pérez, y á poco se presentó en la sala Aurora, acompañada de sus primas Beatriz y Julia, que andaban antes ocupadas en el comedor poniendo la mesa.

Sebastián Pérez fué el que dijo, esparciendo una mirada de admiración sobre los muebles:

—Se ve bien que el Sr. Coronel Cisneros es galante con su esposa: le ha reformado la casa en su aniversario de bodas.

—Ah! sí, qué bonito está todo, exclamó la Sra. de Camacho, como si por la primera vez se fijara en las novedades.

—Tirso se empeñó, en efecto, en comprar este ajuar, porque al otro le había entrado la polilla, dijo Doña Asunción con desenfado.

—Ahora está puesta la casa con mucho gusto, dijo la boticaria, antes también lo estaba; pero siempre lo nuevo luce más y se ve como mejor.

—No crea vd., mi vida, un ojo de la cara le han costado á Tirso todas estas cosas.

—Ya lo creo: caoba y brocatel en los muebles; raso y borlas de oro en las cortinas, mármoles blancos en las consolas...... todo eso cuesta.

Como el doctor lanzara un bostezo ante aquella conversación, el Coronel quiso variarla, preguntando:

—¿Y qué tienen ustedes de nuevo en la política?

—El periodista es el que mejor puede informarnos, contestó el doctor.

—Puesto que visita la casa un chambelan de S. M., contestó Pérez, él ha de traer las noticias mejores, por lo menos las de buen origen.

—Genaro casi no se fija en las cosas que pasan en Palacio, y nosotros poco le preguntamos para no ponerlo en apuros.

—¿Y en qué periódicos escribe vd. ahora? preguntó el Dr. Gutiérrez á Pérez, con fizga.

—Escribo artículos literarios en el *Pájaro Verde.*

—Ah! ¿no plumea usted en la sección de *guerrillas y expediciones*?

—Ya saben ustedes que mis opiniones son republicanas, y esto lo sabe Villanueva, el dueño del periódico, de modo que no me ocupo mas que en aquello que no puede lastimarme.

—¿Y bien?

—Y bien: allí en la redacción se habla mucho y se sabe poco.

—Pero en fin, alguna idea deben tener formada los redactores respecto de la situación.

—En efecto: creen allí que Maximiliano y Carlota son herejes, y que no prosperarán con ellos ni el clero

ni el partido conservador. Ya sabrán ustedes que fueron desterrados Miramón y Márquez.

—Es un error, Sr. Pérez, decir que los generales salieron de México desterrados: han ido al extranjero á desempeñar comisiones importantísimas.

—Sí: Miramón va á estudiar el arte de la guerra en Berlín, y Márquez á fundar un convento de frailes en Jerusalem; esas son las importantísimas comisiones que llevan.

Todos se rieron; pero el coronel insistió algo mosqueado:

—En la apariencia van á eso; pero los hombres profundos no creen que se gaste tanto dinero solo para que el general Miramón vaya á estudiar y el general Marquez á elevar sus oraciones en los lugares santos. ¿No se adivina que detrás de todas esas inocentadas hay algo muy trascendental? ¿Acaso no saben ustedes que se embarcaron también en Veracruz el obispo Ramirez, Velazquez de León y Don Joaquín Degollado?

—Sí, dijo el Licenciado Camacho, esos señores van en comisión á Roma para arreglar con el Papa lo que no se puede arreglar aquí con el nuncio, aunque todo el mundo cree que saldrán desairados.

—También dicen que se va el Sr. Eloin para Europa.

—Bueno, ese sí lleva alguna misión secreta, porque es íntimo de Maximiliano, dijo Perez; pero ¿qué me dicen ustedes del general Don Antonio Taboada que salió ya para Veracruz?

—Respecto de ese general estoy conforme, contes-

tó el coronel. Lo destierra Bazaine á Francia como conspirador.

—Lo cual indica que las cosas andan algo tirantes en Palacio.

—No, á mí no se me oculta que la situación es difícil para el imperio, continuó diciendo el coronel, y prueba de ello es que yo no he querido complicarme, principalmente por lo que ve á la cuestión religiosa; sin embargo, debemos convenir en que los republicanos están cayendo.

—La guerra sigue muy caliente, se apresuró á observar el periodista: no hay mas que ver la sección de noticias del *Pájaro Verde:* casi todos los dias hay combates.

—En que pierden los juaristas.

—También suelen dar algunos golpes como el de Rosales en San Pedro.

—Casi ha sido el único en dos años.

—No, no; dijo el doctor, no nos apasionemos. Los liberales se están moviendo mucho y cuando resisten á la superioridad de las armas francesas, sin rendirse, es porque alguna esperanza les alienta.

—Esperanza que concluirá cuando Juarez ya no pueda permanecer en el territorio.

—El hecho es que permanece en él todavía.

—Pero lo harán pasar la frontera muy pronto, si el general Brincourt cumple con las órdenes que tiene.

—Siempre que pueda.

—Podrá, porque lleva consigo lo más florido de las tropas francesas y reunirá sobre Chihuahua diez mil hombres.

—¡Psé!

—Yo no me apasiono, dijo por fin el coronel conociendo que había ido demasiado lejos en la defensa del imperio, digo lo que me parece según los pocos conocimientos militares que poseo. Estamos viendo que varios de los principales generales y políticos de los republicanos abandonan sus banderas y se pasan á la intervención, estamos viendo que los franceses se han adueñado de unas tres cuartas partes del territorio; estamos viendo que las pocas tropas que quedan á Juarez andan de aquí para allá desalentadas y perseguidas; de manera que se necesita tener muy pocos alcances para no convenir en que la duración de lo que queda de República es cuestión de meses.

—Yo diré á usted, mi coronel, exclamó el periodista, que los mismos del *Pájaro Verde* no las tienen todas consigo.

—¿Temen, pues, que el imperio no se consolide?

—Lo ven como irrealizable casi, por estas cuantas razones que les he oido expresar: 1ª Porque tienen que rechazarlo los Estados Unidos una vez terminada su guerra separatista; 2ª porque le faltará su principal base una vez que Napoleón retire sus tropas y su dinero; 3ª porque se está quitando él mismo el apoyo de la iglesia y el partido conservador con la tolerancia de cultos que ha decretado y demás leyes de Reforma; 4ª y última, porque se afirma que Maximiliano no tiene ni cabeza, ni energía, ni carácter, ni buenas dotes de gobernante.

Todos se quedaron frios ante semejantes declaraciones, cuya fuerza no pudieron menos de reconocer

cada uno en su interior, y solo el coronel dijo después de un momento de reflexión:

—No es mi ánimo discutir; pero diré que á todo eso contestan los partidarios del imperio: que el gobierno americano nada podrá hacer contra todas las potencias europeas interesadas en sostener á Maximiliano I: que Napoleón no retirará sus tropas ni sus recursos mientras no esté el imperio consolidado: que el clero y los conservadores están demasiado comprometidos para querer quedarse en el aire y que las debilidades de S. M. están contrapesadas con la firmeza de la Emperatriz y con la habilidad de todos sus consejeros y magistrados.

Aquí llegaban de su escabrosa conversación cuando entró precipitadamente Genaro Lacroix limpiándose el sudor de la frente con su pañuelo.

—Perdónenme ustedes si acaso me he hecho esperar, exclamó saludando á este y estrechando la mano al de más allá, pero hoy hubo mucho movimiento en Palacio y tuvo que prolongarse el servicio. Hasta hace cinco minutos me dió S. M. el permiso de retirarme.

—¿Hay novedades? preguntó Cisneros con timidez.

—Creo que sí y las que hay no son de reservarse porque mañana las sabrá todo el mundo. Parece que Richmond, último baluarte de los separatistas del Sur, cayó en poder del general Grant.....

—¡Adios mi dinero! murmuró Camacho.

—Con este motivo y con el de haberse nombrado nuevo ministerio, ha habido muchos entrantes y salientes en Palacio.

—¡Ah! ¿tenemos nuevos ministros? ¿y quiénes son?

—Si mi memoria no me es infiel, el ministerio ha quedado constituido así:

Ministro de la casa imperial, *Almonte.*

Relaciones Exteriores, *D. José Fernando Ramirez.*

Gobernación, *José M. Cortés Esparza.*

Instrucción pública y cultos, *Manuel Siliceo.*

Justicia, *Escudero y Echanove.*

Guerra, *Juan de D. Peza.*

Hacienda, *Félix Campillo.*

—La misma gata, solo que se revolcó, dijo Doña Asunción.

—Y entiendo que han de ser interinos, agregó candorosamente el chambelán, porque según dicen se espera un ministro de Hacienda que ha de enviar Napoleón, lo mismo que la confirmación de esos nombramientos.

—Lo muy grave es la toma de Richmond.

—También se decía en Palacio que Régules había pegado una zurra á los belgas de Tydgadt en Tacámbaro y que Negrete había entrado al Saltillo; pero tales noticias no se han confirmado oficialmente.

—Vamos al comedor que se hace tarde, dijo el coronel Cisneros queriendo desvanecer así la profunda impresión que habían producido en sus convidados las nuevas referidas por el chambelán. Este dió el brazo á Aurora y no volvió á ocuparse más de asuntos políticos.

El doctor Gutierrez y el licenciado Camacho que solían tener mayor conformidad en sus opiniones, iban haciendo en voz baja comentarios desfavorables á la situación y el periodista Perez llevando del brazo á Beatriz le deslizaba en el oido algunas frases de-

licadas que ella pagaba con sonrisas y muecas de complacencia.

Se acomodaron los invitados en la mesa que estaba puesta en el comedor, no sin que les llamara justamente la atención que había sufrido también sus transformaciones en el servicio.

—Esto marcha, dijo la boticaria al oido de su marido, ¡ciertos son los toros!

—No hay duda, contestó él, ó esperan ó ya tienen el favor de la corte.

Cuando estaban tomando el té acompañado de algunas golosinas, Perez dijo á Beatriz:

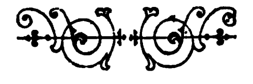
—Me carga la tenacidad con que asedia á Aurora el chambelán: yo se lo escribiré á Ernesto.

—No hay cuidado, le dijo riéndose Beatriz, Aurora trae en el seno una carta suya en que le dice: "Sé que las mexicanas están vueltas locas con los extranjeros que las rodean; pero yo tengo tal confianza en tí, tengo tan grande fé en tu fidelidad, que espero que ni aún muerto me olvidarás."

—¿Y ella qué dijo?

—Besó llena de lágrimas su carta y exclamó: "bien me conoce mi Ernesto: yo también juro serle leal y constante hasta la muerte.„

La velada de los coroneles terminó á las once de la noche sin más novedad.



CAPITULO XXIV

EL LIBRO SECRETO

MAXIMILIANO no solo se había mandado hacer un rico Album en que se encontraban las principales bellezas y los más guapos mozos en actitudes artísticas con primororos coloridos, á onza de oro la página, sino también un libro manuscrito dirigido por Eloin con la cooperación de Bazaine y los extrangeros de confianza, en cuyo libro estaban los nombres de los políticos, militares y diplomáticos mexicanos que más descollaban, con sus notas respectivas, de cuya curiosa obra solamente daremos como muestra los siguientes apuntes:

«ALMONTE, Juan Nepomuceno, antiguo triunviro, presidente de la Regencia.»

«Apareció por primera vez en la escena política durante la revolución de 1828, en consecuencia de la cual fué nombrado agregado á la legación de Londres, donde permaneció hasta 1833.»

«Bustamante le nombró ministro de la guerra en

1839. En el consejo de ministros combatió al partido liberal; pero cuando vió que éste iba á triunfar, se pasó inmediatamente á su lado.»

«Al volver Santa-Anna al poder, estuvo Almonte algun tiempo en desgracia, y despues lo mandó D. Antonio de ministro á los Estados-Unidos.»

«En 1841, Paredes, *despues de haber proclamado la monarquia*, le nombró ministro en Francia. En vez de irse directamente á su destino, permaneció mucho tiempo en Veracruz, pretextando falta de buques; pero la verdadera causa fué entenderse con el gobernador de este Estado para derrocar á Paredes. El gobernador no se prestó á esto, y entonces Almonte, lejos de irse para París, se fué á la Habana donde se puso en relaciones con Santa-Anna. La revolución de Guadalajara les permitió á los dos entrar en México. Santa-Anna tomó el poder y Almonte fué nombrado ministro de la guerra.»

«Cuando Santa-Anna se puso en frente del ejército, en tiempo de la guerra contra los americanos, Almonte intrigó mucho para hacerse nombrar por el Congreso vice-presidente. No consiguió mas que caer en desgracia. Se ligó entonces intimamente con Juárez y con muchos diputados progresistas de los más avanzados.»

«Cuando México fué tomado por el ejército norteamericano, Almonte se unió á aquellos que acusaron más fuertemente á Santa-Anna.»

«En la paz con los Estados-Unidos se propuso como candidato á la presidencia, pero el general Arista la ganó. Se retiró entónces á la vida privada hasta el advenimiento de Comonfort época en que se de-

claró gran partidario de la desamortización de los bienes del clero.»

«El carácter de Almonte es *frio, avaro y vengativo*, no ha hecho nunca la guerra y debe su grado militar á que, en tiempo de Morelos, fué nombrado coronel siendo aun niño.»

«Cuando fué enviado por Paredes ministro á Francia, recibió una cantidad de veinte mil pesos para los gastos de la legación. *Se le acusa de no haber justificado con claridad el empleo de estos fondos.*»

«ARRANGOIZ, Francisco, ministro de Maximiliano en Londres y en Bruxelles.»

«Ha sido cónsul en Nueva-Orleans y ministro de hacienda.—Ha sido enviado á los Estados-Unidos para recibir el dinero del tratado de la Mesilla.—*Parece que en estas circunstancias tomó honorarios tan exhorbitantes, que se tuvo que retirar á Europa para escapar de las persecuciones de Santa-Anna.*»

«Inteligencia ordinaria, pero cierta distinción en sus maneras.»

«MARQUEZ, *Leonardo*, general de división.

«La carrera del general Márquez ha pasado desapercibida hasta el momento en que, ya comandante de batallón, fué el objeto de la protección de Santa-Anna, que lo hizo ir con él á una espedición al sur contra Alvarez y lo elevó rápidamente al grado de general de brigada.—Márquez no ha reconocido á los gobiernos liberales, y ha preferido andar en campaña, haciendo vivir á sus tropas sobre los pueblos donde se refugiaba.—Se le hace la justicia de no haber impuesto nunca contribuciones en su provecho: *pero se le reprocha de haberse mostrado siempre san-*

guinario hasta el último grado, y cuando la toma de Tacubaya, haber hecho á sangre fria fusilar á los prisioneros, así como tambien á otras personas que no habían tomado parte en la guerra.—Enviado en misión á Jerusalem.»

En el sitio de las personas más oscuras y como en la página 279, se leía también en el libro secreto:

«CISNEROS TIRSO. Coronel retirado. Comenzó su carrera militar al lado de Iturbide el año de 1821 y fué siempre leal al partido conservador. Es valiente y ha peleado bien al lado de los suyos: sus opiniones son completamente monarquistas; pero es muy fanático por la religión y por el clero. Se casó con una dama rica y al caer Santa Anna se retiró por completo del servicio militar. Aunque es ignorante, se le puede explotar por el lado de su mujer que es ambiciosa y amante de figurar: ambos quedarían no solo conformes sino dispuestos á los últimos sacrificios, con que se les hicieran sentir algunos favores de la corte.»

¿Por quién se habían adquirido estos datos? Probablemente por el chambelán Lacroix ó por el mismo Almonte que ya lo había tratado mucho como subalterno.

Habían pasado tres días de la velada cuando Cisneros recibió una esquela concebida en estos términos:

"El general Don Juan Nepomuceno Almonte, Ministro de la Casa Imperial, suplica al Señor Coronel Don Tirso Cisneros tenga la bondad de encontrarse en su despacho en Palacio hoy á las once de la ma-

ñana: los ayudantes tienen de antemano órdenes para introducirlo."

Corrió á ver á Doña Asunción y le dijo con tono solemne:

—¡Mira!

Ella se caló los anteojos, leyó y estuvo próxima á desvanecerse.

—¡El Ministro de S. M! pudo apenas decir conmovida.

—¡Sí!

—¿Qué te querrá?

—No sé, voy á vestirme, iré y lo sabremos.

—Esto es hecho ahora: ya no son ofrecimientos de segundas manos.

—El general Márquez estuvo empeñado en sacarme á campaña antes de su destierro.

—Pero tú le contestaste que estabas ya retirado del ejército é hiciste bien. Una colocación en la corte es cosa distinta.

—Veremos, veremos. Por ahora dame mi ropa.

Doña Asunción corrió al ropero y sacó camisa planchada, corbata blanca y todo cuanto consideró necesario para que el coronel pudiera presentarse en Palacio correctamente.

En media hora se rasuró y se peinó, en otra media se vistió quedando reluciente: vió el relox, eran las diez, así es que todavía estuvo charlando con su mujer media hora larga.

—Vete ya, vete ya, le dijo ella con ahinco, no sea que vayas á llegar retrasado.

Se fué el coronel paso á paso y todavía tuvo tiempo de darse unas vueltas en los corredores de Palacio

hasta que oyó la primera campanada de las once: se dirigió al departamento del ministro con el corazón palpitante y entregó su tarjeta. Solamente tuvo que esperarse cinco minutos para que apareciera un guapo oficial y le dijera:

—¿El Sr. Coronel D. Tirso Cisneros?

—Yo soy.

—Puede usted pasar.

Y pasó y se encontró de manos á boca con el grande hombre.

—Amigo mio, le dijo este tendiéndole la mano sin levantarse, tome usted asiento.

—Señor Ministro.....

—Siéntese: ahora no tengo con usted categoría militar. Vamos á hablar un momento de negocios.

—Estoy á las órdenes de V. E.

—Tengo encargo de S. M. el Emperador para preguntar á usted si desea volver al servicio de las armas.

—Perdóneme V. E., pero estoy ya viejo, me encuentro retirado....

—Está usted bastante fuerte todavía.

—No para soportar las fatigas de la campaña y además....

—¿Además qué?

—Cuando me casé hice juramento á mi esposa de no desenvainar más la espada sino en defensa de la independencia de la patria contra los extrangeros.

Si Almonte no hubiera sido tan trigueño se le hubiera notado que se ruborizaba.

—Está bien, dijo fingiendo dar toda su atención á unos papeles que cambió de sitio: dejaremos á un la-

do el servicio militar. ¿Tiene usted simpatías por nuestro augusto soberano?

—Sí, señor ministro, muchas simpatías.

—¿Es usted partidario del imperio?

—Si, Señor Ministro, principalmente si respeta á nuestro venerable clero y sostiene nuestra santa religión católica, apostólica romana. Yo soy tolerante en todo ménos en asuntos que ven á la conciencia.

—Su conciencia de vd. no tendrá por qué alarmarse ante los pequeños disturbios que han surgido entre las autoridades civiles y eclesiásticas con motivo de la desamortización. Todo eso se arreglará con el Santo Padre: para eso ha ido á Roma una comisión respetable en la cual figura un señor Obispo.

—Yo me alegraré muchísimo de que así sea.

—Así será. Estando allanado ese punto, yo creo que vd. no temerá comprometerse sirviendo al imperio.

—V. E. no me conoce bien: yo nunca he temido á nadie, ni creería comprometerme en nada sirviendo á mis convicciones.

—Perfectamente. S. M. el Emperador desea utilizar los talentos de vd. en su imperial casa. ¿Quiere vd. ser caballerizo? ¿quiere ser conserje de Palacio? ¿quiere vd. ser mayordomo? Todos esos empleos están ocupados; pero estoy autorizado para hacer cualquiera combinación.

—S. M. me honra muchísimo y V. E. lo mismo mucho me favorece: ambos pueden disponer de mí como gusten.

—Vd. tiene á su esposa y una hija?

—Tengo á mi esposa y á una niña de diez y ocho

años huérfana, que es nuestra sobrina y cuyos bienes administramos.

—¿La señora de vd. quiere ser dama de la Corte?

—Crea vd. que es su más grande ilusión.

—Magnífico! Entónces mientras encontramos una colocación adecuada, mañana mismo puede recibir la señora su nombramiento. ¿Cómo se llama?

—Asunción E. de Cisneros.

Almonte tomó nota.

—¿Como se llama la niña?

—Aurora y lleva nuestro mismo apellido.

—Precioso nombre el de Aurora. Veremos más tarde si le damos colocación tambien en Palacio aunque S. M. la Emperatriz no quiere que entren aquí mujeres jóvenes. Hemos concluido.

D. Tirso Cisneros salió de allí tambaleándose como si se hubiera bebido media botella de cognac.



CAPITULO XXV

LA CAIDA DE OAXACA

MIENTRAS que pasaban estas y otras muchas cosas en México, veámos cual aspecto había tomado la situación por el rumbo de Oaxaca desde que dejamos á nuestro amigo Ernesto Dominguez al lado del capitán Morales, como su primer protector accidental al ponerse nuevamente en campaña.

Después de haber dormido bien toda la noche los dos viajeros, á las cuatro de la mañana los despertó el ruido de la tropa de caballería alojada allí cerca que estaba alistándose para la marcha, ambos dieron un salto en sus camas casi á la vez, se vistieron rápidamente y fueron también á recoger sus caballos en la caballeriza, los que por su parte se habían repuesto con la buena cena de las fatigas anteriores, encontrándose listos para la nueva caminata. Casi se les conoció el gusto cuando relincharon al ver que los dos militares acercaban las sillas y los frenos correspondientes.

Cuando Morales vino á tocar á la puerta de la ca-

sa del alcalde, ya este salió acompañado de los dos jóvenes con sus caballos estirando.

Dieron las gracias á la autoridad en los términos propios de las personas bien educadas y se pusieron á las órdenes del capitán Morales.

—Mi gente está lista, les dijo este, de modo que nos iremos á desayunar á Oaxaca.

Y poniéndose los tres amigos á la cabeza del piquete, que llevaba unos veinte hombres en cuerda para el ejército, salieron del pueblo conversando con toda la jovialidad que ya les conocemos.

Morales les dijo:

—Yo salí hace ocho días de Oaxaca á desempeñar algunas comisiones del servicio y entre ellas la de reunir gente y recoger lo recaudado en las oficinas de rentas. Hombres ya hay pocos y dinero no encontré ninguno en los pueblos y lugares que recorrí: quizás los que han salido para otros rumbos hayan sido más afortunados.

—¿De modo que hay escasez de soldados y de recursos? preguntó Ernesto.

—De las dos cosas, pero no de ánimo y de resolución para combatir. Ignoro lo que haya pasado en estos ocho dias últimos. Antes de que yo saliera se sabía que iba avanzando una columna respetable de franceses, que hace como mes y medio salió de Tehuacán, de modo que á estas horas ya debe estar en Etla ó quizás más cerca si no se le ha opuesto un obstáculo sério en el camino.

Ernesto y Ramón se miraron llenos de júbilo, exclamando el segundo:

—¡Qué dicha si se nos presenta pronto la oportu-

nidad de vengarnos un poco en estos de las iniquidades que los otros cometieron con nosotros!

—¿Y se encontrará el general Diaz en Oaxaca? preguntó Ernesto.

—Debe haber salido á observar de cerca los movimientos del enemigo; pero de todos modos encontrarán ustedes á su hermano Don Felix que casi es la misma persona.

—Nosotros deseariamos presentarnos al mismo general, y si no está en Oaxaca seguiremos adelante hasta encontrarlo.

—Pronto vamos á saberlo, contestó Morales: estamos tan cerca que comienzan á verse las casas.

En efecto, diez minutos después, á eso de las seis de la mañana, resonaban ya las herraduras de sus caballos en las calles de la ciudad, que permanecía tan silenciosa como si hubiera sido abandonada de sus habitantes. Solamente al encontrarse ya cerca de la plaza empezaron á ver soldados y oficiales, estos últimos en lo general vestidos de paisanos, conociéndose su caracter militar solo por las pistolas y espadas que les pendían de la cintura.

—Parece un camposanto mas bien que un cuartel general, dijo Ramón al oído de Ernesto.

—Las tropas regulares han de estar fuera de la la ciudad, le contestó Dominguez en el mismo tono.

Morales les indicó posada donde podían aguardarlo, mientras él iba á hacer entrega de la gente que llevaba y á dar cuenta de sus comisiones, y les dijo al despedirse:

—Creo que antes de una hora estaré con ustedes para darles noticias.

Efectivamente, apenas habían tenido tiempo los jóvenes de desensillar sus caballos en el meson, de arreglarse un poco en sus personas con la poca ropa que llevaban en sus maletas y de dar un vistazo por las calles inmediatas, cuando se les incorporó Morales diciéndoles con su jovialidad acostumbrada:

—Ya está listo nuestro desayuno en aquella fonda inmediata: allí de sobremesa les referiré todas las novedades.

Salieron, y como la fonda estaba á dos pasos, llegaron pronto y se instalaron en torno de una mesa que fué cubierta luego de tazas de espumoso chocolate oaxaqueño, birotes, vasos de leche, huevos fritos, etc., etc.

—Es un desayuno de príncipes, murmuró Ramon

—Hay que observar la regla, contestó Morales: el soldado debe tener una comida y un sueño adelantados.

—Ahora vamos á las novedades, dijo Ernesto.

—El chato Diaz anda en campaña: acaba de solemnizarse el triunfo que alcanzó sobre una importante sección del enemigo al cual ha venido pastoreando hasta Etla. Allí se encuentran los franceses en número de seis mil hombres al mando de un tal Courtois d'Hurbal, quien con una tercera expedición ha sustituido al general Brincourt que nada pudo hacer desde Agosto del año pasado con un cuerpo de ejército de siete mil hombres.

—Pues qué, ¿han sido derrotados por aquí los franceses?

—Ya lo creo: en Tecomavaca les dieron una buena zurra: allí fué donde Carbó les atacó la retaguardia

quemándoles cuarenta carros de parque y víveres y quitándoles cuatrocientas mulas.

—¡Magnífico!

—Pero ahora nos echan para acá toda la gente, porque fuera de esos siete mil hombres de Courtois d'Hurbal con los cuales permanece atrincherado, vienen otros ocho ó nueve mil con el mismo Mariscal á la cabeza......

—¿Con Bazaine en persona?

—Sí, y por otro lado viene también el general Jeaningros.....

—¿Por qué lado?

—Por Huajuapam, y este no trae menos de tres mil hombres.

—¿De modo que todo el ejército francés se nos echa encima?.

—Sí, señores: vienen el marisal Bazaine, siete generales y quien sabe cuantos coroneles; por lo menos son unos diez y ocho mil hombres de tropas francesas, sin contar con algunos cientos de traidores que les sirven de guías y..... también de carnaza.

—¿Y no se dice qué es lo que piensa hacer el general Diaz para conjurar semejante tormenta?

—El general en jefe llega esta tarde para arreglar la defensa de la plaza. Las fortificaciones van á reformarse ó modificarse, van á acopiarse víveres y á reunirse cosa de unos cuatro mil hombres de buena tropa y unos tres ó cuatro mil de reclutas, que pueden defenderse bien detrás de las trincheras. ¿Qué tal?

—Plaza sitiada, plaza tomada, dijo Romón.

—En efecto, agregó Dominguez, á mí me agrada-

ría más que se abandonara la ciudad y que se diseminaran todas las fuerzas que hay sobre las armas en partidas de á dos ó trescientos hombres, convirtiéndoles á los franceses una campaña que pueden concluir en dos meses en una guerra interminable.

—Yo no tengo capacidad para dar un parecer acertado, dijo Morales que se sentía de antemano sometido al prestigio de sus jefes; pero altas razones de conveniencia pueden haber influido en la determinación de defender la plaza.

—Debemos suponernos cuáles son, contestó Ernesto.

—¿Cuáles?

—Mantener la moralidad de un ejército que está ya formado y que ha adquirido algunos triunfos; dar tiempo á que los republicanos se organicen por otros puntos mientras se tienen entretenidas en el asedio á la mayor parte de las tropas francesas, y también la esperanza, si no de conseguir alguna ventaja sobre ellas, al menos la de obligarlas á retirarse si no pueden en poco tiempo vencer las dificultades que se les opongan.

—Tal vez.

—Es seguro. El general Diaz no va á encerrarse aquí sin tener un plan que considera bueno y que quizás le dará los resultados que apetece. O espera que le vengan auxilios de alguna parte ó cree poder hacer que aquí se debiliten completamente los elementos del enemigo.

—Nada de eso nos importa á nosotros, exclamó Ramón con entusiasmo. Aquí se va á pelear con los franceses y aquí pelearemos.

—Es cierto, concluyó manifestando Ernesto, y en una plaza que se defiende hay sitio para los hombres de buena voluntad, de modo que siempre se nos ocupará aunque sea en hacer fuego por las trincheras.

Apenas acababa de decir esto el comandante, cuando se oyeron los clarines de una tropa de caballería que se asomaba por la esquina y que no era mas que la descubierta de una columna como de mil hombres que atravesó por la boca-calle para ir á tomar cuarteles.

—Parece que es la brigada de Sinaloa que viene mandando Angulo, dijo Morales. Ahora vamos á la plaza para presentarlos á ustedes con mis jefes.

—Desde esa hora, las nueve de la mañana, comenzó á notarse el mayor movimiento en la ciudad. Unas tropas entraban y otras salían y diversas personas á caballo recorrían las calles en todos sentidos dictando disposiciones para fortificar la ciudad, según pudieron observar nuestros jóvenes desde el punto que ocuparon que fué la esquina de la catedral. A eso de las doce del dia entró el general en jefe con sus ayudantes y una escolta respetable.

—Aquel es el general Diaz, dijo Morales conociendo desde léjos el caballo que montaba.

No se apeó luego, sino que acompañado de algunos jefes y de otros vestidos de paisanos que tal vez eran ingenieros, anduvo también recorriendo la población y dictando al parecer diversas órdenes con la matemática precisión á que todos estaban acostumbrados.

Hasta la noche pudieron ser introducidos nuestros oficiales á la casa del general en jefe, quien los reci-

bió no solo con su acostumbrada bondad, sino con grandes muestras de agrado.

—Casualmente, les dijo después de haber oido la breve relación que hicieron de sus aventuras, ó mejor expresado, de sus desventuras, casualmente llegan ustedes en momentos en que más útiles pueden ser sus servicios á la República: van ustedes á salir de la plaza para llevar instrucciones mias á mi hermano Félix que opera á unas cuantas leguas. Ustedes lo buscarán y le entregarán en mano propia un pliego que voy á darles. Los escoltará el mismo capitán Morales que les ha traido y que conoce bien el terreno.

Ambos jóvenes se miraron con sorpresa.

—Nosotros deseábamos encontrarnos en los combates á las inmediatas órdenes de usted, mi general.

—Después tendremos tiempo: ahora esta comisión que les doy es la que tiene más urgencia.

¿Cuál había sido el pensamiento del general? Uno muy noble y muy generoso: estos jóvenes, se dijo, acaban de volver de su destierro: es necesario salvarlos de que caigan otra vez prisioneros, como probablememte tendrá que suceder si se quedan en la plaza.

—Señor general, disponga usted como gusfe de nosotros, contestó Ernesto con entereza procurando que no conociese aquel que se sentía vivamente contrariado.

—Como no quiero tener aquí más caballería que mi escolta y alguna fuerza de exploradores que sea indispensable, llevarán ustedes como unos cien hombres que sobran aquí completamente y que mucho más van á servir incorporados á las fuerzas que operan fueran de la plaza. A las cuatro de la mañana

—Es cierto, concluyó manifestando Err ...as ins-
una plaza que se defiende hay sitio par
de buena voluntad, de modo que sí... tado porque es-
pará aunque sea en hacer fuego ...o debe uno dormir
Apenas acababa de deci
cuando se oyeron los clari ...á la vez que les tendía la
llería que se asomaba po ...dida.
que la descubierta de ...uvieron los tres oficiales en el
bres que atraves ...eral que ya estaba de pié traba-
cuarteles. ...se redujeron á una carta pequeña
—Parece ...ones á ciertas generalidades sin impor-
mandan ...vez que lo que se proponía era salvarlos
plaza ...segunda vez cayeran en poder de los fran-
— ...que por ... y les tocara sufrir muy serias consecuencias
z ...cuando apenas acababan de llegar de un confina-
miento que había sido burlado.

—¿No les parece muy original lo que nos pasa? les preguntó Ernesto á sus amigos cuando ya habían salido de la población y los conducía Morales por senderos en que según sus conocimientos, no habían de tener un mal encuentro con el enemigo.

—Muy original, muy original, le contestó Ramón, pues seguramente habríamos servido mucho mejor detrás de las trincheras. Yo soñaba con la gloria de despachar un par de metrallazos á los señores franceses.

—El general sabe lo que hace, les dijo Morales que no le gustaba discutir las disposiciones de su superior.

Ahora ya sabemos, según las historias, lo que pasó en Oaxaca. Se acercó Bazaine con un numeroso ejér-



ıarenta piezas de artillería de sitio, que cor-
ı, que ocupó con toda calma las posiciones
ecieron convenientes, que avanzó por me-
ıjos de zapa hasta poder dar el asalto,
itiados carecían de moral, de parque, de
dinero, y que en los momentos en que
s columnas de ataque, después de ha-
as brechas necesarias, se le presentó el
Diaz en persona en su tienda tendiéndole su
pada por la empuñadura....... lo cual fué tanto una sorpresa como una decepción.

—¿Rinde usted la plaza sin condiciones, general Diaz?

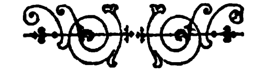
—No pongo ningunas, general Bazaine.

Y cuando llegó la notícia no muy inesperada de la rendición de la plaza de Oaxaca exhausta de toda clase de elementos de combate al campo en donde se encontraban las fuerzas de Félix Diaz, Ernesto les dijo á sus compañeros Ramón y Morales:

—¿Se han fijado ustedes? Trescientos oficiales prisioneros.

—Entre los cuales debíamos encontrarnos nosotros, murmuró Ramón.

—Pues esa ha de haber sido la idea del general, exclamó Morales dándose una palmada en la frente, que no cayeran ustedes apenas llegados.



CAPITULO XXVI

FIESTAS Y APUROS

DEJEMOS el *Te Deum* cantado á los franceses por el clero de Oaxaca, las fiestas por el triunfo que alcanzó el invasor, la conducción á Puebla del general vencido y demás prisioneros, la alharaca que se armó por un suceso que entre los imperialistas era inesperado, las cuentas del gran capitan que rindió Bazaine con motivo de aquella costosa campaña y otras muchas curiosidades.

Tenemos que dejar también á un lado la multitud de episodios militares que se verificaron en los seis primeros meses de 1865 en toda la República, así como los derroches, fiestas, creaciones de condecoraciones y otras verdaderas paparruchas del imperio.

Bajo la direción oficial, como siempre que se quieren excitar la curiosidad y el movimiento del público, hicieron su entrada en México los imperiales consortes el 24 de Junio. Maximiliano, como siempre que se fastidiaba de los negocios, habia hecho un viaje de placer por varias poblaciones de Oriente y Car-

lota habia ido á encontrarle en Puebla en donde ambos estuvieron recibiendo agazajos de sus partidarios durante diez y siete dias.

La entrada á México no había sido tan ruidosa como las anteriores, ni mucho menos como la de hacia un año, en que habían llegado por la primera vez á desempeñar la encomienda que les habia proporcionado Napoleón III. Entre una y otra recepción hace notar grandes diferencias el historiador monarquista D. Niceto de Zamacois. Sin embargo, hubo cohetes, repiques, músicas, formaciones de tropas, muchos carruajes y ginetes, así como la correspondiente masa popular compuesta de curiosos y de individuos llevados á remolque para gritar vivas á SS. MM. Estos notaron naturalmente que el entusiasmo monarquista habia decaido mucho en su capital y procuraron disimular su despecho, mandando Maximiliano á la municipalidad un donativo de tres mil pesos para que fueran repartidos entre las gentes necesitadas. ¡Ya sobraría modo de sacarlos centuplicados de entre los descontentos!

Traían de Puebla, en donde habían estado muy contentos los monarcas, el aguijon de apadrinar al Mariscal Bazaine que iba á casarse el dia 26 con la entonces señorita Josefa Peña y Azcárate, probablemente joven hermosa de la buena sociedad. Hoy es una señora anciana de buen trato y muy estimable.

Concluido en Palacio el besamanos que siguió con el fausto acostumbrado, toda la corte se dedicó á hacer los preparativos para la boda del que se consideraba si no como el primer hombre del imperio, para muchos lo era, al menos como la segunda per-

sona, asi es que con mucha razon se creía que los fiestas debían ser fiestas reales, tanto mas cuanto que Maximiliano tenía empeño de impresionar al jefe frances respecto de los grandes motivos que tenía para estar resentido con los palaciegos.

Amaneció explendoroso el 26 de Junio.

Temprano entraron á Palacio multitud de parihuelas cargadas de rosas para el adorno de la capilla y salón del banquete que se habían decorado convenientemente.

A las nueve de la mañana todos los preparativos estaban concluidos y á eso de las diez de la mañana el Mariscal con su cortejo y la novia con el suyo, se presentaron en el alcázar imperial donde fueron recibidos graciosamente por SS. MM. con todo el ceremonial expresamente dictado por Maximiliano en persona que era muy dado á pompas palaciegas y ejecutado por el Gran Maestre, los chambelanes, mayordomos, damas y demás gentes menuda.

Las duquesas y condesas, que no eran muchas y en su mayor parte extranjeras, se prendieron, como suele decirse, con veinticinco alfileres y las damas de la Emperatriz que ya ascendían á unas veinticinco, sobre que no disfrutaban sueldo, á lo menos las mexicanas, estaban también vestidas casi en lo general con terciopelo de todos colores y llevaban buen cargamento de joyas. Nuestra amiga Doña Asunción Cisneros, que solo era llamada raras veces al servicio porque no era de la devoción de la Emperatriz, estaba vestida de verde pálido, ostentando varias alhajas antiguas de poco gusto, pero de mucho valor. Era una de las que más ruido metían con su charla

desde que se había hecha de confianza y era una de las particularidades que más desagradaban á su señora.

Toda la concurrencia estaba de pié en el salón, que llevaba el nombre de salón de Iturbide, cuando se presentaron el archiduque Maximiliano llevando á su derecha á la Srita. María Josefa Peña y Azcárate, que estaba deslumbrante con su belleza, con su traje blanco y sus joyas y á su izquierda al embajador de Francia; seguía la Emperatriz llevando á su lado al novio y al otro á la suegra de este ó sea la madre de la novia, y un poco más atrás iban algunos de los íntimos de ambos sexos de SS. MM. Allí el gran maestro de ceremonias organizó la procesión que se formó ya de todos los asistentes para dirigirse á la capilla, y en la gran comitiva iban los generales franceses, los miembros de ambos gabinetes, los intendentes y secretarios, los tesoreros y chambelanes, las mujeres de los altos funcionarios, las damas de la corte, los oficiales de órdenes de servicio, los ayudantes de campo, el gran maestro de ceremonias y sus secretarios y ayudantes, los caballerizos y mayordomos, el Prefecto Político D. Miguel María Azcárate, padre de la novia, la guardia palatina, las músicas principales de los regimientos y las niñas que llevaban la cola de la desposada. amen de unos pages que iban con cestos de flores regándolas por los corredores.

En la sala del consejo el intendente Friant hizo las veces de cura civil, celebrando el casamiento también civil en acatamiento á las leyes de Reforma promulgadas por Juarez, acto que produjo sus murmu-

raciones entre las estantiguas de ambos sexos pertenecientes á lo que se llamaba el bando retrógrado, y después de llenado este requisito que era esencial ya en los paises cultos, como que es la mayor simpleza rechazarlo, se dirigió el concurso con igual orden y gravedad más pronunciada á la capilla imperial en donde el arzobispo Labastida dijo la misa y presidió las demás ceremonias religiosas que se prolongaron hasta las doce y media, porque hubo actos de música, de canto, de plática y de recitados.

Siguieron las presentaciones, felicitaciones y obsequios, y á eso de la una, los escogidos, solamente los escogidos, se encaminaron al salón de honor donde había una snntuosa mesa cargada de vajilla de plata y de cristal de Bohemia, sirviéndose un suculento almuerzo de ochenta cubiertos rociados con vinos franceses de los más añejos y de los más ricos, traidos expresamente para tan gran festividad.

Se despidieron, hablándose mucho entonces de que la Emperatriz se había dignado tender los brazos naturalmente á la jóven desposada, y el maestro de ceremonias con algunos otros personajes, sirvieron de escolta á los desposados y su comitiva hasta el patio en donde los esperaban sus carruajes.

Apenas se habían quitado Bazaine y su esposa sus trajes de ceremonia, recibió el primero una misiva de Maximiliano del tenor siguiente: «Mi querido mariscal Bazaine: Queriendo dar á usted una prueba tanto de amistad personal como de reconocimiento por los servicios prestados á la patria, y aprovechando la ocasión del matrimonio de usted, le damos á la mariscala Bazaine el palacio de Buena Vista, com-

prendiendo el jardín y los muebles, bajo la reserva de que el dia que usted se vuelva á Europa, ó si por cualquiera otro motivo no quisiera usted conservar la posesión de dicho palacio para la mariscala, *la nación volverá á hacerse de él*, en cuyo caso se obliga el gobierno á dar á la mariscala, como dote, cien mil pesos.—MAXIMILIANO.»

¡Qué generoso se mostraba el Emperador con lo que no era suyo!

Y para que nuestros lectores se formen idea más neta de las ventoleras que padecen los monarcas, les diremos que nn dia después que el llamado Emperador tuvo ese desprendimiento amistoso, ese rapto de explendidez para regalar cien mil pesos de la nación, escribió para fecharla el dia 29 al secretario de su gabinete particular, que en ausencia de Eloin lo era el abate Domenech, una carta en que ponía de oro y azul á su querido mariscal, diciendo de él, entre otras claridades, las siguientes que deben haberle sabido á rejalgar:

«Se ha perdido un tiempo precioso; se ha arruinado el Tesoro, la confianza pública disminuye, y todo esto porque se ha hecho creer en Paris que la guerra está terminada gloriosamente; que territorios inmensos mayores que la Francia, están ya tranquilos y pacíficos. Creyendo en estos informes, falsos completamente, se ha retirado un número grande de tropas, queriendo ganarse por este medio á la oposición. Se ha dejado un número insuficiente de tropas.

Por otra parte, se me ha hecho gastar sumas enormes para las malas tropas auxiliares y de este modo el pobre pais debe pagar las tropas francesa que no

existen y hordas de indígenas que no hacen mas que daño; y en recompensa de estos inmensos sacrificios, vemos las ciudades principales del pais, los centros de la riqueza, amenazados por tropas audaces, á las cuales se les quiere llamar ladrones, pero que manifiestan talentos militares muy notables, aprovechándose inmediatamente de las grandes debilidades de nuestra situación.

En todos estos puntos hay dos cuestiones serias que arreglar: la suficiencia de las tropas y las sumas inauditas que desaparecen en esta lenta y desgraciada guerra.»

El archiduque dió este y otros ramalazos tan furibundos á Bazaine y á las hordas que por él combatían...,.. ¡merecido pago á los traidores! ¡y se quedó tan fresco! Por lo qué el mariscal, léjos de agradecerle su regalo, lo empezó á ver desde que supo como lo trataba, con más desprecio y con más ojeriza.

El pobre Maximiliano se quejaba como una hembra, con todo y llamarse emperador y tener en la mano el remedio para sus desdichas, que consistía en ponerse los pantalones y mandar como soberano.

Tan entretenido estuvo por aquellos meses S. M. en viajes, saraos, fiestas, creación de órdenes y condecoraciones, ceremoniales, casamientos y bautismos (pues él y su augusta esposa apadrinaron también á una nieta de Almonte), que no había tenido tiempo de ocuparse en asuntos serios ni de recibir á su ministro de hacienda interino Don Félix Campillo, hasta que este logró atraparlo á fuerza de perseverancia una hermosa mañana en que lo encontró dispuesto á concederle su atención. Aquí es fuerza decir también

entre paréntesis, que ya la Emperatriz había pedido algún sábio economista frances entre los que tuviera Napoleón de sobra, para que arreglara la hacienda mexicana que andaba por los suelos y por eso se consideraban muy contados los días de los ministros del ramo que estaban sucediéndose sin poder atajar la pelota. En esa fresca mañana repetimos, el señor Campillo llegó con su abultada cartera y después de solicitar y obtener el beneplácito de su amo, estendió los papeles sobre la mesa y dijo:

—Si parece á V. M. comenzaremos por el presupuesto.

Maximiliano se sonrió con desdén porque de lo que menos le gustaba tratar era de dinero, dió unos golpecillos sobre la carpeta con una plegadera de oro y contestó:

—Veremos lo que hay que hablar sobre el presupuesto.

—Importa la lista civil según mi proyecto, continuó diciendo el ministro, un millón setecientos mil pesos, la lista militar doce millones novecientos setenta mil, ciento diez y siete pesos, el ministerio de Hacienda, diez y seis millones novecientos mil, seiscientos seis pesos sesenta y nueve centavos....

Maximiliano dió un brinco en el sillón y preguntó con impaciencia:

—¿Cuanto importa todo en números redondos?

—Cuarenta millones y medio de pesos.

—O sean doscientos veinticinco millones de francos, ¿y de donde hemos de tomar esos doscientos veinticinco millones de francos?

—Eso es la gran cuestión, Majestad. De seguir

cerrados los cordones de la bolsa de Francia, solo de los empréstitos.

—¡Los empréstitos! ¡los empréstitos! Ya hemos agotado el tercero en un año y por lo que hace á Napoleón no nos prestará ya ni un céntimo y menos cuando su ministro Danó nos está haciendo cuentas de reclamaciones francesas por valor de noventa y dos millones de pesos, según me ha dicho la Emperatriz que es la que más se preocupa con esas cosas.

—No considero de mucho cuidado las reclamaciones francesas, porque la comisión mixta rechaza cuatro quintas partes.

—Aunque rechace noventa y nueve de cien partes, siempre queda una parte que servirá de pretesto á Napoleón para cojerse la Sonora.

—Creo que no se empeñará en ello desembozadamente.

—Quiso meter la Sonora en el convenio de Miramar y lo rechazé, como lo he seguido rechazando cuando han insistido todos sus ministros y representantes; pero ahora ha inventado otra forma que dice le garantizará el pago de su deuda por medio de los proyectos de colonización del Dr. Gwin.

—La Regencia estuvo conforme en abandonar Sonora á Napoleón completamente: ahora se ha ganado terreno puesto que solo se pretende colonizarla.

—La Regencia era compuesta por Almonte que es mas traidor que Júdas, y yo no podía hacerme solidario con él de tal desprestigio. Ahora este proyecto del Dr. Gwin envuelve tambien la pérdida de Sonora porque la base es establecer allí un gobierno

que dependa solo de Francia. Pero estamos divagándonos: sigamos con el presupuesto.

—Decía que....

—Sí, decía su excelencia que tenemos que gastar cuarenta millones y pico y yo contestaba que no contamos ni con el pico.

—El empréstito de París firmado el 14 de Abril...

—No me hable S. E. de ese desdichado negocio, tan mal perjeñado por D. Eustaquio Barron, porque además de ser una bicoca de que apénas nos llegarán unas cuantas surrapas, hace ya subir la deuda del imperio á 765 millones de francos en menos de dos años.

—Permítame V. M. hacerle observar que del empréstito de ocho millones nos quedarán dos millones líquidos y con las contribuciones aquí podemos obtener uno sseis millones mas.

—Menos de la quinta parte de lo que importa el proyecto de gastos.

—Perdone V. M. no es un proyecto de gastos: son gastos que se hacen indispensablemente, sin lugar á quitar un solo peso para economías.

—Estoy conforme con S. E., no se pueden suprimir los gastos de la corona, los haberes del ejército, ni el sueldo de los ministros y sus dependencias; pero ¿qué se hace si el dinero falta en las cajas?

—Se paga lo de más urgencia y lo demás se queda á deber.

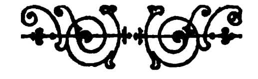
—Entónces tendremos que seguir el viejo sistema.

—Sí, Majestad, y lo único que deseo saber es el órden de preferencia.

—El mismo de siempre: primero los gastos de palacio, luego los más precisos de guerra y al último

la lista civil. ¡Ah! se me pasaba hacer á V. E. una recomendación: todos esos extranjeros que están al servicio de mi gobierno deben ser considerados al mismo tiempo qne las pensiones de la Emperatriz. ¡Qué dirian de nosotros y del país si no les pagásemos!

El ministro recogió sus papeles, hizo una profunda inclinación y salió reculando del gabinete del Emperador.



CAPITULO XXVII

EL BRUTAL DECRETO DE 3 DE OCTUBRE

GABINETE militar del Emperador.—Palacio imperial de México, Junio 24 de 1865.—*Nota que deberá comunicarse al señor comandante en jefe del ejército francés.*

S. M. el Emperador ha decidido que, en lo futuro, las sentencias pronunciadas por las cortes marciales NO LE SEAN COMUNICADAS.

La justicia seguirá su curso regular, y *S. M. no quiere de ningun modo intervenir en sus decisiones.* —El jefe del gabinete militar, C. LOYSEL.»

Esta nota había sido dispuesta por Maximiliano en los momentos de haber vuelto de Puebla, Orizaba y demás ciudades de Oriente en donde había sido tan agasajado por los mexicanos y en la tarde misma que se regocijaba de la expléndida recepción que le había hecho la capital y de haber viajado con una libertad y una confianza que no podían tener en sus pueblos respectivos los viejos soberanos de Europa;

en los instantes también en que iban á prepararse nuevas fiestas en Palacio con motivo de los matrimonios y ceremonias bautismales de los hijos de los magnates.

Esa pequeña nota era como la preparación del decreto de 3 de Octubre que ya maduraban él y Bazaine, según otros muchos documentos históricos que están publicados.

Desde fines de Febrero del mismo año, al punto mismo de recibir una correspondencia del interior, había corrido al departamento de Carlota con un papel impreso en la mano, el cual le leyó después de cerrar todas las puertas. Decía así:

«Cuerpo Espedicionario de México: 1ª División de Infantería, Estado Mayor:

«El general de Castagny, mandando la 1ª división del ejército Franco-Mexicano.

«En virtud del decreto constituyente del general en jefe, espedido en 20 de Junio de 1863; en virtud de las órdenes de S. M. el Emperador Maximiliano, y usando de las facultades que le estan concedidas, decreta:

«Art. 1º Queda establecida una corte marcial en Mazatlán.

«Art. 2º Dicha corte queda investida de facultades discrecionales para sentenciar sin apelación, á toda persona que pertenezca á las gavillas de malhechores armados.

«Art. 3º Dicha corte pronunciará sus sentencias á mayoría de votos y en la misma sesión.

«Art. 4º Las sentencias se ejecutarán dentro de las veinticuatro horas, contando desde el momento en

que se pronuncien.—DE CASTAGNY, general en jefe de la 1ª división.»

(Se sabe que con el nombre de *malhechores*, el general queria designar á los mexicanos que no habían aceptado el gobierno de Maximiliano).

Carlota se puso densamente pálida con la lectura de esta bárbara ley y no pudo menos que exclamar:

—Pero es lo mas atroz que pudo haberse discurrido.

—Bazaine, que acaba de venir á enseñarme una copia igual, opina de distinta manera.

—¿Dice que no es una atrocidad eso?

—Es decir, afirma que es el único medio que hay para conseguir la destrucción de las guerrillas.

—Pero esa ley tiene que aplicarse á todos.

—Fíjate en que habla solo de malhechores armados.

—Pero ¿quién hace la distinción? Si el mismo Juarez cae en poder de las cortes marciales, será declarado malhechor.

—Juarez no anda armado, y en todo caso si él cayera....

—Ya comprendo. Entonces Corona, Régules, Negrete, Porfirio Diaz, todos los demás que traen tropas....

—Ese era el argumento que yo hacía á Bazaine y él me lo deshizo inmediatamente manifestándome que cuando se fusile á esos comandantes la paz quedará establecida.

—Surgirán otros.

—Es imposible: el temor por una parte y la falta de cabecillas por otra, hará que los que andan arma-

dos vuelvan á sus casas y el imperio podrá afirmarse sobre bases sólidas.

—De modo que no se desaprobará esa ley, de modo que tendrá que regir en Mazatlán.

—Y en todas partes. Solo espero que vuelva Eloin y me traiga noticias de Europa para lanzar el desafío que esperan los rebeldes. Lo único, que desapruebo, hasta cierto punto, es la pena de azotes impuesta por De Portier en Morelia.

Carlota se quedó pensativa y Maximiliano se volvió á su despacho alzando cuidadosamente en una gaveta aquel papel impreso que le trajo preocupado por algunos dias y del cual no cesó de hablar con sus consejeros, pidiéndoles con frecuencia su opinión de manera que aprobaran el pensamiento de que solo se necesitaba la menor oportunidad para decretar medidas generales que tuvieran alguna semejanza.

Las fiestas de Palacio se alternaban con las buenas y las malas noticias de la guerra que seguía incesante por toda la República, cuando el dia 14 de Agosto recibió Maximiliano un mensaje de su querido Eloin que había llegado á Veracruz.

Eloin era un personaje repugnante para todos, menos para el archiduque, al cual tenía sujestionado, sobre todo cuando estaba cerca: esto es, Maximiliano, tampoco lo amaba, pero lo oia con gusto porque era un adulador insinuante que conocía las flaquezas del príncipe y las alhagaba con habilidad.

Carlota también detestaba á Eloin, pero se había aliado á ella contra Bazaine y tenía que reconocer que era un intrigante útil por su astucia y por la influencia decisiva que ejercía sobre Maximiliano.

Cuando supo que iba á llegar, murmuró:

—Ya está ahí ese hombre que acaso va á arrebatarme á mi marido precipitándolo en los devaneos; pero es el único que puede salvar el trono.

Como se ve la princesa tenía una confianza inmensa en el favorito del Emperador.

Maximiliano fué à recibirlo con su comitiva y después que entraron en Palacio se encerró con él en su gabinete privado.

—Y bien, Eloin, le dijo después de haber estrechado otra vez sus manos entre las suyas, cuéntame brevemente cómo te ha ido.

—Mi misión con el Papa fracasó completamente: es un viejo zorro á quien no se le puede arrancar una promesa formal sobre nada. Todo se ha vuelto mandar bendiciones á V. M.

—Ya sabía yo que nada podría conseguirse. Se nos adelantó el obispo Munguía y Meglia ha estado en constante correspondencia con los cardenales.

—Yo traigo algunas copias de sus cartas.

—No necesita escribirlas más, porque se ha ido para informar verbalmente contra nosotros. Ni siquiera se despidió de la Córte. ¿Y Napoleón? ¿Qué dice Napoleón que es el que más nos importa?

—S. M. el Emperador de los franceses está á punto de retirarnos su protección.

—¿Qué es lo que estás ahí diciendo? preguntó Maximiliano perdiendo el color al oir tales palabras.

—Lo he sondeado y veo que está rodeado de influencias que nos son adversas; pero sobre todo tiene un miedo cerval á los yankees.

—Cuéntame, cuéntame todo lo que te haya dicho.

—Me dijo que la diplomacia americana estaba muy empeñada en que retirara de aquí sus tropas y que aunque se la entretenía con promesas vagas, tenía que llegar un momento en que las exigencias se volvieran más terminantes.

—¡Y qué! ¿No es poderosa la Francia? ¿No cuenta con la alianza de España, Austria y Bélgica?

—Me dejó entender que apuntaban ciertas complicaciones europeas.

—¿Con Alemania?

—Con Alemania. Bismark es un diplomático temible.

—También Napoleón los tiene y después de sus triunfos en Italia no puede temer á potencia alguna.

—No las teme; pero desea no tener ocupada su atención también en América. Sobre todo, se le hace ya gran oposición en el parlamento francés á causa de México y es lo que más le tiene disgustado.

—De manera que, ¿cuál ha sido su última palabra?

—Su última palabra todavía no la ha dicho. A mí me dijo que debíamos estar tranquilos, que aunque fuera de un modo indirecto, en caso de que las circunstancias se hicieran apremiantes, siempre nos tendría tendida una mano....

—No comprendo.

—Esto es: que no retirará sus tropas sino cuando ya crea imposible tenerlas aquí más y que en tal caso lo hará paulatinamente.

—¿Eso ha ofrecido?

—Eso ha ofrecido; pero no hay que creer mucho en sus promesas.

—¿Por qué?

—Porque tan luego como termine del todo la guerra en los Estados Unidos, que á estas horas sabemos bien ha terminado, el gobierno americano traducirá en hechos sus exigencias.

—¿Sería posible?

—A lo menos se lo supone el Emperador.

—¿Lo ha dicho?

—No lo ha dicho, me lo ha dejado entender. Por otra parte, dice que la guerra en México está saliendo muy costosa para la Francia.

—¿No le hemos dejado más de la mitad de los empréstitos?

—Sí, pero dice que ya no podremos conseguir más dinero de aquí en adelante y que de todas maneras la deuda francesa se quedará insoluta si no la garantizamos con la Sonora.

—¿Habla aún de la Sonora?

—Con más empeño que nunca. Dice que sería el medio único que lo resolviera á arrostrar con la oposición de su parlamento y con el enojo de los Estados Unidos.

—¿Pero no le dijiste que juré no enajenar ni una pulgada de territorio mexicano?

—Se lo dije y me contestó que V. M. no cambiaría un imperio por un pedazo de tierra que para nada le sirve.

—¡Un pedazo de tierra más grande que la Francia!

—En fin, no veo que S. M. Napoleon III esté pisando en terreno muy sólido.

—¿Y en las demás cortes?

—Todas las visité y todas están en el mejor sentido, haciendo votos por el bienestar de SS. MM.

—Pero yo no quiero votos sino auxilios en dinero y hombres.

—Dinero no será ya fácil sacarles. Hombres vendrán todos los que se paguen.

—Está bien. Anda á descansar que mucho lo necesitas y después me referirás los incidentes y las impresiones de tu largo viaje. Mucho te he extrañado y mucha falta me has hecho.

Estas palabras las dijo ya levantado y tendiendo la mano á Eloin que este llevó á sus labios respetuosamente.

Se despidió ofreciéndole dedicar todo cuanto valía á su servicio y se dirigió luego á su alojamiento rodeado do las muchas personas que lo adulaban como favorito que era del soberano.

—A los pocos dias dió cuenta más pormenorizada Eloin de su misión llevada á Europa y terminó aconsejando un viaje á Maximiliano.

—Es conveniente que vean á V. M. en todas partes: las gentes de esta raza y de estas tradiciones se impresionan fácilmente hablándoles y haciéndoles ofrecimientos aunque no se cumplan. Acostumbrados todos á la servidumbre son por naturaleza supersticiosos y monarquistas; pero es fuerza enseñarles el ídolo que tienen que adorar. A Pedro de Alvarado llegaron á considerarle como un semi-dios porque era rubio: V. M. será visto como un verdadero Dios sin más trabajo que exhibirse por todas partes.

Y Maximiliano salió con su séquito el 24 recorriendo todos los pueblos desde Texcoco hasta Tulancingo.

Maximiliano estuvo de regreso en México para las fiestas de Septiembre en que hubo discursos, erección

de monumentos y gastos y honores para la familia de Iturbide que yacía en la oscuridad.

Entre todos aquellos regocijos Maximiliano se encontraba con una preocupación fija que era la de establecer el terror como medio seguro de acabar con las guerrillas republicanas, y con verdadera satisfacción, con inmenso júbilo se impuso en aquellos días de la nota siguiente:

"Cuerpo expedicionario de México.—Estado Mayor general, Septiembre 21 de 1865.

Mi querido Loysel:

El Mariscal ha recibido ayer un despacho telegráfico en el cual se dice que en Sonora y Sinaloa la situación mejora más y más. Juarez *habria* dejado el territorio mexicano, atravesando la frontera en Paso del Norte, dirigiéndose á Santa Fé.—Su afectísimo, H. Loizillon."

En el acto mandó llamar al jefe de su gabinete y poniéndole el papel ante los ojos le dijo complaciente:

—Lee eso.

—¿Será posible? exclamo Eloin después de imponerse de la pequeña nota.

—No cabe la menor duda: Juarez nos abandona el campo.

—Pues entonces ahora es tiempo de plantear en todo el país el decreto de Castagny: los rebeldes ya no tienen gobierno, ya no tienen tampoco bandera, no son más que bandidos y como á tales debe tratárseles.

—Ese mismo es mi pensamiento; pero se opone la Emperatriz.

—Las mujeres son naturalmente bondadosas; pero los hombres debemos ser enérgicos. En este caso creo que V. M. debe pasar sobre los escrúpulos de mi soberana.

—Así será preciso hacerlo, mi querido Eloin. Desde mañana dedicaremos dos horas diarias á dar forma al proyecto, porque quiero que la ley que demos sea razonada y solemne. Tú medita sobre ella y yo también meditaré. Entre tanto veremos si tan lisonjera noticia se confirma.

La noticia siguió confirmándose aunque muy vagamente, sin que hubiera un solo dato seguro que la diera como un hecho. Proclamas en Durango, artículos de periódicos intervencionistas, rumores sueltos, era lo único que llegaba á conocimiento del emperador, sobre la huida de Juarez: pero se conformaba con sus deseos, la creyó á pié juntillas y continuó elaborando su decreto en unión de Eloin hasta que el dia 1° de Octubre dijo á Lacunza:

—Reuna S. E. mañana mismo á los miembros del Consejo de Estado para que tomen conocimiento de este decreto que deseo se expida inmediatamente. Se le podrán hacer enmiendas de redacción; pero el fondo ha de permanecer el mismo y si es posible más eficaz para los resultados que se esperan.

Lacunza lleno de terror al imponerse de lo que se trataba, fué personalmente á hablar á sus colegas, quienes igualmente sintieron que caía sobre ellos algo como una centella.

Lares exclamó:

—Ahora sí vamos á jugar nuestras cabezas.

—Ya hace tiempo que tengo jugada la mia, dijo el general Uraga.

—En la guerra como en la guerra, murmuró Peza.

—¡Ah! vd. és el ministro del ramo, ¡qué gracia! le dijo por lo bajo Saborio.

—Quedamos entendidos, señores, concluyó manifestando gravemente Lacunza, despues que todos habían lanzado sus exclamaciones, de que mañana bajo la presidencia de S. M. el Emperador discutiremos este grave negocio.

—¡Ah! ¿no ha de haber discusión libre? preguntó Elguero.

—Se discutirá la forma, pero no el fondo, que según nos informará el ministro de la guerra, parece que está aprobado por el gabinete.

—No tengo embarazo en confesar á vdes. respondió Peza, que ya fué examinado el decreto con su preámbulo en junta de ministros después de haber pasado por el gabinete particular del Emperador y por el Estado Mayor del Ejército.

—¿Sería inspirado por el Mariscal Bazaine?

—Está escrito de puño y letra de S. M.

—¿De veras?

—El primitivo lo he visto en manos del jefe de su gabinete.

—De Eloin?

—Sí, y de ese original se han sacado veinte copias que son las que están circulando.

—Lo único que me falta decir á ustedes, dijo el Presidente del consejo Lacunza, es que S. M. desea que mañana mismo quede aprobada esta ley para que se publique sin pérdida de tiempo.

Sabido es que el consejo de Estado celebró su sesión presidida por Maximiliano al día siguiente y que en esa sesión que nada tuvo de borrascosa, las únicas adiciones y reformas que se hicieron al proyecto fueron en el sentido de hacerlo mas cruel y que quien propuso las enmiendas más formidables fué el ministro de relaciones D. José F. Ramirez, que tenía reputación de ser un liberal moderado.

Eloin esperaba á S. M. de vuelta de la sesión del Consejo en su gabinete.

—¿No hubo dificultad? le preguntó.

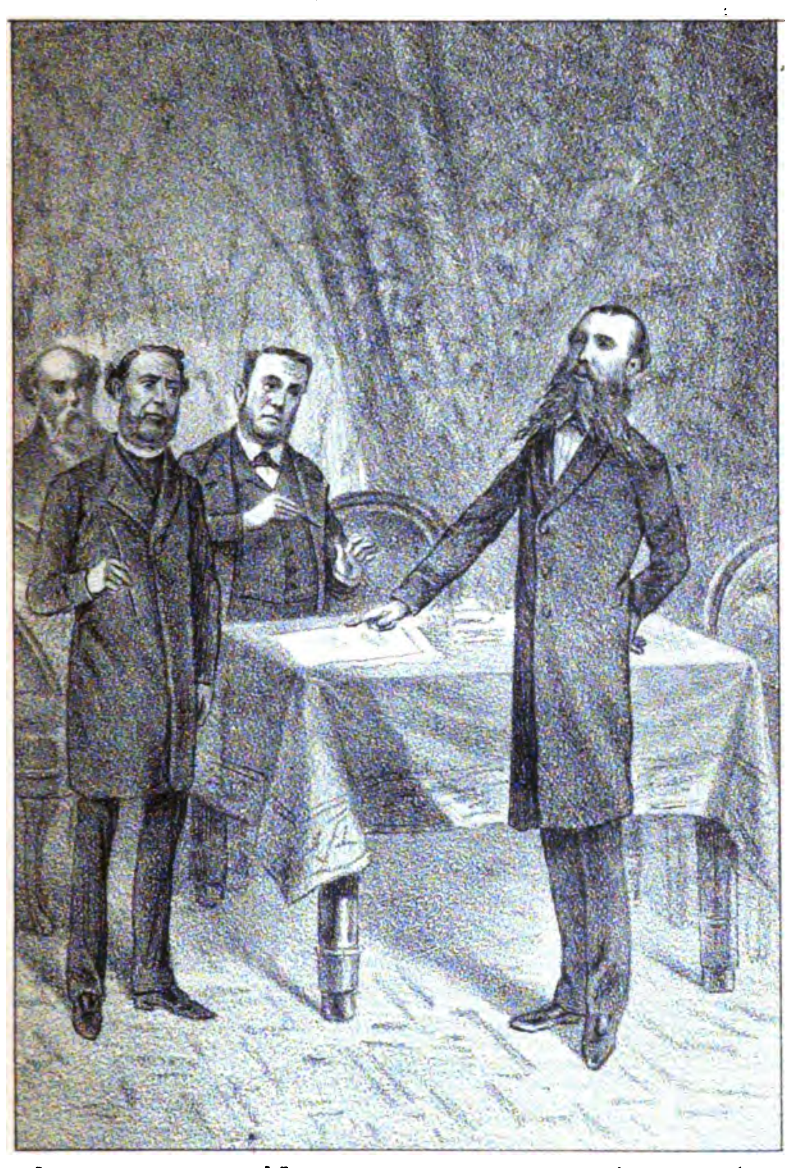
—Ninguna: han ido más allá de donde yo deseaba.

—¿Cuando lo tendremos?

—Mañana mismo. Yo te llamaré cuando esté firmado para que lo mandes á la imprenta.

Desde este momento hasta el día siguiente se pasaron unas 24 horas en Palacio de incertidumbres y zozobras. La Corte aunque estaba informada por algunos consejeros de lo que pasaba, no se manifestaba muy segura y corrian diversos rumores. Chambelanes, damas de honor, oficiales de servicio y caballerizos se secreteaban y andaban de aquí para allá preguntando lo que se sabía. La misma Emperatriz mandaba á sus gentes de confianza á pedir informes y estas le llevaban los mas contradictorios, porque precisamente lo que mas se había recomendado que no llegara á oidos de Carlota era la solemne barbaridad que estaba elaborando el gabinete, pues ella como única persona sensata entre todos, les habría hecho ver que estaban abriendo un abismo á las mismas plantas del imperio.

Lo único de positivo que se había dicho á la Em-



Los consejeros de Maximiliano firmando el decreto de 3. de Octubre.

peratriz era que el dia 3 en la noche se daba un gran baile en Palacio para celebrar la definitiva consolidación del imperio á consecuencia de la huida de Juárez, que seguía dándose como cierta, aunque ya Bazaine sabía perfectamente que era una noticia falsa que se había echado á volar para hacer una burla de las más gordas á Maximiliano, pues que se iba á poner en ridículo ante el país, ante la América y ante la Europa.

Al siguiente dia en efecto, Maximiliano mandó llamar á su favorito: ambos estaban temblorosos.

—Aquí está ya el decreto firmado: mándalo á la imprenta.

—En el acto, Majestad.

—Espera. Que se impriman muchos, muchos ejemplares.

—Sí, Majestad.

—Y que el baile de esta noche esté suntuoso.

—Descuide V. M.

El decreto de 3 de Octubre con su introducción es el siguiente:

«Mexicanos: La causa que con tanto valor y constancia sostuvo D. Benito Juarez, había ya sucumbido, no solo á la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy, hasta la bandera en que degeneró dicha causa ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio.

«El gobierno nacional fué largo tiempo indulgente y ha prodigado su clemencia para dejar á los extraviados, á los que no conocían los hechos, la posibilidad de unirse á la mayoría de la nación y colo-

carse nuevamente en el camino del deber. Logró su intento: los hombres honrados se han agrupado bajo su bandera y aceptado los principios justos y liberales que norman su política. Sólo mantienen el desorden algunos jefes descarriados por pasiones que no son patrióticas, y con ellos la gente desmoralizada, que no está á la altura de los principios políticos, y la soldadesca sin freno, que queda siempre como único y triste vestigio de las guerras civiles.

«De hoy en adelante la lucha será entre los hombres honrados de la nación y las gavillas de criminales y bandoleros. Cesa ya la indulgencia, que solo aprovecharía al despotismo de las bandas, á los que incendian los pueblos, á los que roban y asesinan ciudadanos pacíficos, míseros ancianos y mujeres indefensas.

«El gobierno, fuerte en su poder, será desde hoy inflexible para el castigo, puesto que así lo demandan los fueros de la civilización, los derechos de la humanidad y las exigencias de la moral.

México. Octubre 2 de 1865.—MAXIMILIANO.»

Maximiliano, Emperador de México: Oido nuestro Consejo de Ministros y nuestro Consejo de Estado, decretamos:

Artículo 1º.—Todos los que pertenecieren á bandas ó reuniones armadas, que no estén legalmente autorizadas, proclamen ó no algún pretexto político, cualquiera que sea el número de los que formen la banda, su organización y el caracter y denominación que ellas se dieren, serán juzgados militarmente por

las Córtes Marciales, y si se declarase que son culpables, aunque solo sea del hecho de pertenecer á la banda, serán condenados á la pena capital, que se ejecutará dentro de las primeras veinticuatro horas de pronunciada la sentencia.

Artículo 2º.—Los que perteneciendo á las bandas de que habla el artículo anterior, fueren aprehendidos en función de armas, serán juzgados por el jefe de la fuerza que hiciere la aprehensión, el que en un término, que nunca podrá pasar de las veinticuatro horas inmediatas siguientes á la referida aprehensión, hará una averiguación verbal sobre el delito, oyendo al reo sus defensas. De esta averiguación levantará una acta, que terminará con su sentencia, que deberá ser á pena capital si el reo resultare culpable, aunque sea solo del hecho de pertenecer á la banda. El jefe hará ejceutar su sentencia dentro de las ventícuatro horas referidas, procurando que el reo reciba los auxilios espirituales. Ejecutada la sentencia, el jefe remitirá el acta de la averiguación al ministerio de la Guerra.

Artículo 3º.—De la pena decretada en los artículos anteriores solo se eximirán los que sin tener más delito que andar en la banda, acrediten que estaban unidos á ella por la fuerza, ó que sin pertenecer á la banda, se encontraban accidentalmente en ella.

Artículo 4º.—Si de la averiguación de que habla el artículo 2º resultaren datos que hagan presumir al jefe que la instruye que el reo andaba por la fuerza unido á la banda, sin haber cometido otro delito, ó que sin pertenecer á dicha banda se encontraba accidentalmente en ella, se abstendrá el jefe de sen-

tenciar, y consignará al presunto reo, con el acta respectiva, á la Corte Marcial que corresponda, para que esta proceda al juicio conforme al artículo 1°.

Artículo 5°.—Serán juzgados y sentenciados con arreglo al artículo 1° de esta ley:

I. Todos los que voluntariamente auxiliaren á los guerrilleros con dinero ó cualquier otro género de recursos.

II. Los que les dieren avisos, noticias ó consejos.

III. Los que voluntariamente y con conocimiento de que son guerrilleros, les facilitaren ó vendieren armas, caballos, pertrechos, víveres ó cualesquiera útiles de guerra.

Artículo 6°.—Serán también juzgados con arreglo á dicho artículo 1°:

I. Los que mantuvieren con los guerrilleros relación que pueda importar connivencia con ellos.

III. Los que voluntariamente y á sabiendas los ocultaren en sus casas ó fincas.

III. Los que vertieren de palabra ó por escrito especies falsas ó alarmantes, con las que se pueda alterar el orden público, ó hicieren contra éste cualquier género de demostración.

IV. Todos los propietarios ó administradores de fincas rústicas que no dieren oportuno aviso á la autoridad más inmediata del tránsito de alguna banda por la misma finca.

Los comprendidos en las fracciones I y II de este artículo, serán castigados con la pena de seis meses á dos años de prisión, según la gravedad del caso.

Los que hallándose comprendidos en la fracción II fueren ascendientes, descendientes, cónyuges ó

hermanos del ocultado, no sufrirán la pena anteriormente señalada, pero quedarán sujetos á la vigilancia de la autoridad por el tiempo que señale la Córte Marcial.

Los comprendidos en la fracción III de este artículo serán castigados con multa de 200 pesos á 2000.

Artículo 7º.—Las autoridades locales de los pueblos que no dieren aviso á su inmediato superior, de que ha pasado por dichos pueblos alguna gente armada, serán castigados gubernativamente por dicho superior con multa de 200 pesos á 2000, ó con reclusión de tres meses á dos años.

Artículo 8º.—Cualquier vecino de un pueblo que teniendo noticia de la aproximación ó tránsito de gente armada por el pueblo no dieren aviso á la autoridad, sufrirá una multa de 5 á 500 pesos.

Artículo 9º.—Todos los vecinos de un pueblo amenazado por alguna gavilla; que fueren de edad de diez y ocho á cincuenta años y no tuvieren impedimento físico, están obligados á presentarse á la defensa luego que fueren llamados, y por el hecho de no hacerlo, serán castigados con una multa de 5 á 200 pesos, ó con prisión de quince dias á cuatro meses. Si la autoridad creyese más conveniente castigar al pueblo por no haberse defendido, podrá imponerle una multa de 200 á 2000 pesos, y la multa será pagada entre todos los que estando en el caso de este artículo, no se presentaren á la defensa.

Artículo 10.—Todos los propietarios ó administradores de fincas rústicas, que pudiendo defenderse no impidieren la entrada á ellas á guerrilleros ú otros malhechores, ó que en caso de haber entrado no lo

avisaren inmediatamente á la autoridad militar más próxima, ó que reciban en la finca los caballos cansados ó heridos de las gavillas, sin dar parte en el acto á dicha autoridad serán castigados por esta con una multa de 100 á 2000 pesos, según la importancia del caso; y si fuere de mayor gravedad, serán reducidos á prisión y consignados á la Córte Marcial, para que los juzgue con arreglo á esta ley. La multa será entregada por el causante al administrador de rentas á que pertenezca la finca. Lo dispuesto en la primera parte de este artículo es aplicable á las poblaciones.

Artículo 11.—Cualquiera autoridad, sea del orden político, del militar ó municipal, que se desatendiere de proceder conforme á las disposiciones de esta ley contra los que fueren indiciados de los delitos de que ella trata, ó contra los que se supiere que han incurrido en ellos, será castigada gubernativamente con una multa de 50 á 1000; y si apareciere que la falta es de tal naturaleza, que importe complicidad con los delincuentes, será sometida dicha autoridad por orden del gobierno á la Córte Marcial, para que la juzgue y le imponga la pena que corresponda á la gravedad del delito.

Artículo 12—Los plagiarios serán juzgados y sentenciados con arreglo al artículo 1º de esta ley, sean cuales fueren la manera y circunstancias del plagio.

Artículo 13.—La sentencia de muerte que se pronuncie por delitos comprendidos en esta ley, será ejecutada dentro de los términos que ella dispone, quedando prohibido dar curso á las solicitudes de indulto.

Si la sentencia no fuere de muerte y el sentenciado fuese extranjero, cumplida que sea su condena podrá el gobierno usar respecto de él, de la facultad que tiene para expulsar del territorio de la nación á los perniciosos.

Artículo 14.—Se concede amnistía á todos los que hayan pertenecido y pertenezcan á bandas armadas, si se presentaren á la autoridad antes del 15 de Noviembre próximo, siempre que no hayan cometido ningún otro delito, á contar desde la fecha de la presente ley. La autoridad recogerá las armas á los que se presentaren á acogerse á la amnistía.

Artículo 15.—El gobierno se reserva la facultad de declarar cuando deban cesar las disposiciones de esta ley.

Cada uno de nuestros ministros queda encargado de la ejecución de esta ley en la parte que le concierne, dictando las órdenes necesarias para su exacta observancia.

Dado en el Palacio de México, á 3 de Octubre de 1865.—MAXIMILIANO.—El ministro de Negocios Extranjeros y encargado del de Estado, *José F. Ramírez.*—El ministro de Fomento, *Luis Robles Pezuela.*—El ministro de la Gobernación, *José María Esteva.*—El ministro de la Guerra. *Juan de Dios Peza.*—El ministro de Justicia, *Pedro Escudero y Echanove.*—El ministro de Instrucción Pública y Cultos, *Manuel Siliceo.*—El subsecretario de Hacienda, *Francisco de P. César.*»

CAITULO XXVIII.

EL GRAN BAILE.

COMO las recepciones y bailes menudearon mucho en ese tiempo en Palacio, no fué necesario que se hicieran las invitaciones con mucha anticipación porque todas las familias estaban preparadas. No había una de las que llamaban *copetonas* que no hubiera mandado traer cuatro ó cinco trajes de París, y las modistas de México estaban, además, constantemente confeccionando una multitud de vestidos de baile que se los encargaban para cuando se necesitaran. Así es que á muchas se les avisó por la mañana del mismo día 3, que en la noche se daba una maravillosa soirée en Palacio.

Todos se alistaron con frenesí, y á las diez de la noche una larga hilera de carruajes se veía desfilar por las calles de Plateros y Plaza Principal, entrando á descargar á la crema de entonces en el gran patio del imperial alcázar que se encontraba iluminado con grandes mecheros. Aún no había gas ni luz eléctrica, como tampoco los hay ahora fin de siglo, ni probable-

mente los habrá nunca allí ni en los corredores, porque el alumbrado antiguo es la gallina de los huevos de oro para los contratistas. Este es un logogrifo que cualquiera explica con gran facilidad.

Las anchas escalinatas estaban alfombradas y adornadas con festones de flores y gasas, lo mismo que los corredores altos en donde había gran número de candelabros y arañas de metal con profusión de luces.

El gran salón de ceremonias con el trono en una de las cabeceras, estaba cuajado de espejos y lámparas de cristal, encortinados todos los balcones y cubiertas las paredes de rica tapicería. Los cuatro empréstitos, no obstante haberse quedado en su mayor parte en Europa, habían dejado lo suficiente para este lujo inusitado en México.

Habían llegado ya muchas familias ricamente ataviadas, cuando se presentaron sucesivamente el Mariscal Bazaine con su señora cargada de joyas, el gran Mariscal de Palacio que era un personaje decorativo con su señora también muy alhajada, los generales franceses y mexicanos con sus respectivos acompañamientos, los ministros y consejeros con sus familias, y finalmente se presentó Maximiliano con Carlota, deslumbrantes ambos, pero más ella que llevaba un vestido de punto de seda blanco, pendiendo del corpiño dos amplios faldones que recordaban las modas de la época de Luis XV: se encontraban adornados con un fleco de azahares. En el hombro derecho llevaba prendida la banda de San Cárlos con una hilera de brillantes, y en el lado izquierdo un lazo de seda todo lleno de diamantes con la cruz de la Estrella. El aderezo se componía de un rico collar, unos

aretes y un alfiler en el pecho cuajados de esmeraldas y brillantes; llevaba, además, varias pulseras en los brazos, todas formadas con piedras preciosas que ofuscaban con su brillo. Ostentaba sobre su cabeza la corona imperial que era una rica joya, y el peinado que le caía graciosamente por la espalda, estaba formado con azahares salpicados de brillantes.

Toda la concurrencia se puso de pié cuando aparecieron los soberanos, quienes atravesaron el salón por en medio de una doble ala de concurrentes, á los cuales fueron haciendo afectuosas inclinaciones de cabeza á uno y á otro lado, hasta llegar á sus asientos bajo el solio imperial.

Inmediatamente la orquesta lanzó sus primeros preludios y se levantaron las parejas para bailar las cuadrillas de honor. Maximiliano dió la mano á la esposa del mariscal Bazaine y este á Carlota, y ambas parejas hicieron el *vis à vis* de cartel. El maestro de ceremonias entretanto no cesaba de dar órdenes teniendo en constante movimiento á sus ayudantes.

Una vez terminada la cuadrilla de honor, el baile tomó un carácter de más confianza y ya se pudo oir el rumor de las conversaciones á media voz, mezclado con el que producían los abanicos al abrirse y cerrarse constantemente. Los jóvenes se atrevieron ya á salir de los rincones en donde se habían refugiado y empezaron á recorrer el salón en todos sentidos pidiendo á las bellas su *etiqueta* para apuntar las piezas que les concedían. Todas hacían esta salvedad: —Doy á usted el wals ó la contradanza, siempre que no la soliciten S. M. el emperador ó SS. EE. los mariscales.

Estaba Maximiliano de pié cerca del trono en donde se hallaba la Emperatriz rodeada de sus damas que también se encontraban bien ataviadas, salvo algunas incorrecciones que solían producir hilaridad entre las envidiosas, y se veía entre ellas á nuestra amiga Doña Asunción vestida de raso amarillo, causando un raro efecto; repentinamente aquel, es decir S. M., llamó á uno de sus chambelanes, nada menos á nuestro conocido Genaro Lacroix, y le dijo:

—¿Conoces tú á aquella joven de vestido rosa y lazo crema que se encuentra á nuestra derecha, después de las hijas de Ramirez?

Lacroix se estremeció con esta pregunta porque ya sabía de quien se trataba; pero fingiendo buscar á la que se le designaba con la vista, contestó:

—¡Ah, sí! es Lola Dominguez.

—No, á esa la conozco: está un poco más allá la que yo digo.

—Quizás será Aurora Jimenez, la sobrina del coronel Cisneros, por quien me pregunta V. M.

—¡La misma! creo que otra vez me ha llamado también la atención. Tiene unos ojos soberbios, que vistos una vez no se olvidan nunca.

—Es algo guapa esa chica....

—¡Oh! es guapísima. Deseo que te acerques á ella y le lleves un mensaje mio.

Lacroix perdió el color y se quedó viendo casi de un modo estúpido al soberano, esperando su mensaje.

—Vas y le dices que si quiere concederme una pieza de baile.

—¿Cuál?

—La que tenga desocupada. Yo casi no bailo, así

es que solo daré una ó dos vueltas con ella por el salón á fin de que su familia comprenda que la distingo con mi estimación.

No había remedio: el chambelán no podía discutir con su amo y señor una orden semejante y fué á cumplir con ella.

—¿El Emperador quiere bailar conmigo? preguntó Aurora casi demudada luego que oyó el mensaje.

—Y la pieza que usted le conceda, bella Aurora.

Todas las vecinas se volvieron á mirarla haciendo gestos de disgusto y algunas cuchicheando. Una de las jóvenes de la aristocracia se permitió decir con voz más clara:

—¿Será posible que S. M. quiera bailar con esa *cursi?*

Aurora se puso muy colorada porque notó algunas de las impertinencias de sus vecinas y contestó al chambelan sin saber ni lo que decía:

—Bailaré con él unas cuadrillas francesas.

—¿Las primeras cuadrillas?

—Las primeras.

—¿Y baila usted conmigo todas las demás piezas, Aurora?

—Todas no, porque ya tengo mis compromisos; pero anótese usted un schotis y una polka corrida.

—Gracias, por de pronto, con la esperanza de ser más favorecido.

—Nos tenemos que ir temprano.

—No antes de que se retiren SS. MM.

—Tan luego como mi tía concluya su servicio.

—Dispénseme, Aurora, voy á llevar la respuesta del mensaje á S. M.

—Vaya usted.

Lacroix corrió á decir al soberano cual pieza le destinaba la bella Aurora, y esta se quedó pensativa diciéndose interiormente si no sería un pecado grave que ella bailara con el príncipe extranjero mientras su novio se encontraba en campaña, no solo sufriendo toda clase de penalidades, sino quizás expuesto á perder la vida en un encuentro ó condenado por las cortes marciales.

El Emperador se sonrió satisfecho é instintivamente volvió la cara á ver á su mujer que estaba en esos momentos rodeada de generales, y contento de que nada hubiera observado, siguió dando conversación á sus consejeros mientras llegaba el momento de ir á ofrecer su mano á la preciosa huérfana sobrina de la dama de honor de la Emperatriz.

Un poco más léjos, en el hueco de un balcón estaban los ministros Robles Pezuela, Ramirez y Echanove. Estaban tratando casualmente del terrible decreto que habían firmado aquella mañana.

—Yo lo que me temo, decía Echanove, es que produzca mal efecto en el ánimo público.

—El público, contestó Ramirez con negligencia, se compone de dos partes: una es la de orden y buen gobierno y esa aplaude todas las medidas que se encaminen á concluir pronto con la revolución. El otro público, que es el que muy poco debe importarnos, es el de los partidarios de la República, que siempre ha de censurar y ver con malos ojos cuanto produzca el imperio.

—No, también hay el público de la gente trabajadora que lo mismo le importa cualquier gobierno

con tal que le dé paz y garantías, dijo Robles Pezuela.

—¡Ah, el público de los indiferentes en política! Pero ese está también con nosotros.

—La ley es tan dura que necesariamente tiene que impresionar á todo el mundo, volvió á decir Robles.

—No es mas que el remedo de otras muchas que se han dado entre nosotros durante las contiendas políticas.

—Sin embargo, objetó Echanove, esta tiene de singular que se expide por extranjeros con la resolución de que se cumpla.

—¿Por extranjeros? El Emperador ha renunciado su nacionalidad.

—Lo cual no impide que se le tenga por extranjero; pero yo no me refiero á él sino á Bazaine y Eloin, que son los que, según se dice, han inspirado esa medida.

—Se equivocan los que tal digan, se apresuró á rectificar Ramirez. El mismo Emperador me ha dicho á mí que es obra suya.

—Pero en el público no pasa tal afirmación, principalmente cuando se sabe que Maximiliano es un príncipe benévolo cuyo lema es *equidad en la justicia.*

—Equidad en la justicia es castigar á los criminales.

—Observo, compañero, que usted que tiene tan buena reputación de hombre liberal, dijo Echanove á Ramirez, sea ahora el más enconado contra los mismos suyos.

—Los que están con las armas en la mano ya no son de los mios. El Emperador nos ha llamado á todos los que somos más ó menos amigos de la demo-

cracia y hemos acudido á su llamado los hombres de buena voluntad. Los demás son ya rebeldes y en su gran mayoría malhechores sin bandera, ladrones de camino real. Por eso, porque me indigna que no hayan depuesto las armas al ver á los verdaderos liberales en el gobierno, es porque deseo que se les castigue con todo rigor, porque ellos mismos serán los que tengan la culpa si no llega á establecerse un gobierno realmente liberal.

—Lo que yo digo, interrumpió Robles Pezuela, queriendo volver la conversación á sus principios, es que la prensa y el público van á tener que hablar mucho respecto de la ley que van á ver mañana en el *Diario* y fijada en las esquinas.

—Es claro que á muchos ha de parecerles cruel, contestó Echanove.

—En caso de que se cumpla, dijo Ramirez, pues yo creo que no se cumplirá.

—¿Y por qué no?

—Porque SS. MM. son demasiado sensibles y lo primero que van á hacer después de dictada, es á recomendar la lenidad.

—Pero como no son nuestras autoridades sino los militares franceses los que han de ejecutarla, resulta que aunque quieran no podrán conceder ya ningún indulto.

—Serán bastantes los que se concedan, sin embargo, en que no tengan ninguna intervención los franceses.

—Pues tanto peor para nosotros si no se ejecuta la ley, dijo Echanove, porque contraemos una inmensa responsabilidad por un espantajo.

—Eso sí, agregó Robles Pezuela, la alharaca que formen los republicanos ha de ser terrible, sin contar con la que meta el gobierno americano que tan pendiente está de cuanto hacemos y decimos.

—Ese es otro fantasma, dijo riéndose Ramirez.

—¡Chist! Parece que se encamina hácia acá el Emperador.

El Emperador efectivamente, había dado algunos pasos; pero fué para llegarse á la dama de honor Señora Cisneros, para que le hiciera favor de presentarlo con su sobrina Aurora á quien había pedido una pieza de baile que ya se iba á tocar.

Todos, como estaban pendientes de cuanto hacía su Señor, observaron los movimientos de este, no sin llenarse de sorpresa al ver que daba el brazo á una señora que vestía algo ridículamente y con ella se encaminaba al asiento de Aurora. Esta se levantó toda turbada y como todos habían formado círculo en torno del soberano, la presentación fué pública, resultando uno de los incidentes más notables y más comentados que hubo en el baile.

Casi acabando de hacer la presentación nuestra amiga la Señora de Cisneros, que, como es de suponerse, no cabía en sí de orgullo, comenzó á tocar la música y Maximiliano ofreció el brazo á la joven, que se levantó muy emocionada luciendo su hermoso traje de punto de color rosa, escotado, con el cual se veía bastante airosa, por más que no llevara más alhajas que unos pendientes con granates y brillantes, pequeños, pero de buen gusto.

Quien sabe cuántas galanterías le dijo el augusto personaje, el caso es que ella apenas podía meditar

sus contestaciones, sin que Lacroix, que también era interesado, les perdiera de vista. Cuando llegó á esta su turno de bailar con Aurora, la dijo:

—¿De qué habló á usted S. M?

—De mil cosas que no comprendí bien, le contestó ella, porque me senti muy aturdida.

—Pero algo ha de recordar usted, bella Aurora.

—Sí, recuerdo entre otras cosas. que me invitó á visitar una hermosa quinta que posee no sé en qué parte.

Genaro se estremeció y se apresuró á preguntarle:

—¿Cerca de Cuernavaca?

—Creo que sí.

—¡Ah! ¡ah! ¿y usted aceptó?

—Me parece haberle contestado que su benévola invitación debía dirigirla á mis tíos que me sirven de padres.

—Bien dicho, muy bien dicho. ¿Y el qué dijo entonces?

—Que ya arreglaría la expedición con el corouel Cisneros, á quien quería darle alguna señalada muestra de amistad.

—¿Y no dijo á usted algunas galanterías muy insinuantes?

—¡Oh! El Emperador es casado, y aunque no lo fuera, yo soy una huérfana de esfera bien humilde. Por otra parte, usted lo sabe: hay un joven oficial republicano que me ama y á quien amo también y le soy fiel.

—Una vez establecido el imperio, como lo está definitivamente, usted no podrá volver á ver á ese jóven oficial republicano.

—Ni él ni yo desesperamos de volver á encontrarnos en el mundo.

—Aurora, es necesario que tenga usted el buen sentido de considerar esos amores como imposibles. Su familia está ya muy metida en la córte y su militar chinaco puesto fuera de la ley, renegará de usted luego que sepa que ha estado usted en palacio bailando con el Emperador.

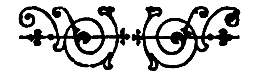
Aurora se estremeció á su turno; pero tuvo fuerza para contestar en el momento con altivez:

—Genaro, si usted quiere que sigamos siendo amigos y conservar mi estimación, no me diga nunca ni la menor palabra que yo pueda considerar ofensiva para mi Ernesto.

Lacroix se encogió de hombros, llevó á sentar á la jóven y al alejarse iba diciendo para sus adentros:

—Estoy yo lucido con dos rivales tan poderosos; pero.... no hay que desesperar.

El baile que sirvió de prospecto á la ley de 3 de Octubre, concluyó á las cuatro de la mañana.



CAPITULO XXIX

INTRIGAS DE LA CORTE

SE dijo tambien por la prensa de aquellos días que el epílogo de la sanguinaria ley firmada el 3 de Octubre había sido el baile que se celebró con todo fausto aquella noche. ¿Epílogo? ¡Ojalá y así hubiera sido! pero todavía tuvo consecuencias más atroces, aunque ya era una enorme atrocidad que todos aquellos hombres que tenían dentro del pecho un corazón humano, celebraran su obra de exterminio con una bacanal: esas consecuencias fueron inmediatamente una horrible circular secreta de Bazaine á todos sus subalternos y luego los arroyos de sangre que corrieron, á la que vino á agregarse al último la sangre tambien del autor de tan feroz iniquidad. La circular de Bazaine que no puede omitirse en este relato, porque es uno de los documentos mas execrables de aquella época, enteramente contraria á los sentimientos de humanidad y á la civilización, fué la siguiente:

«Nº 7,729.—Confidencial.—México, Octubre 11 de 1865.—Los odiosos asesinatos cometidos por los disidentes y la parte que toman en estos actos salvajes los jefes rebeldes, poniéndose á la cabeza de partidas que nada respetan, dan á la lucha empeñada hoy entre el poder imperial y el partido juarista, el verdadero carácter con que debe considerarse: esto es, la guerra de la barbarie contra la civilización.

«El 18 de Junio de 1865, ataca Arteaga á Uruapan; se apodera de la población después de una lucha de treinta horas; y en vez de honrar el valor de los defensores, fusila al subprefecto Isidro Paz y á uno de los notables de la villa que había tomado las armas por la causa del orden.

«El 7 de Julio, Antonio Pérez asesina con su propia mano al capitan Curzroch, herido y conducido por húsares después de la acción de Ahuacatlán.

«El 1º de Septiembre, Ugalde sorprendió en San Felipe del Obraje á un destacamento de la guardia municipal de México, y mandó fusilar á los oficiales.

«En fin, el 7 de este mes, las partidas reunidas que merodean en la tierra Caliente de Veracruz, atacan el ferrocarril en Arroyo de Piedra; se apoderan del teniente de ingenieros coloniales Friquet, del guarda de artillería Loubet, y de siete soldados: al día siguiente se encontraron los nueve cadáveres, horriblemente mutilados.

«En virtud de estos actos salvajes son una necesidad y un deber las represalias: todos esos bandidos, comprendiendo también á sus jefes, han sido puestos fuera de la ley por el decreto imperial de 3 de Octubre de 1865.

«Encargo á ustedes que hagan saber á las tropas que están bajo sus órdenes que no admito que se hagan prisioneros: todo individuo, cualquiera que sea, cogido con las armas en la mano, será fusilado. No habrá cange de prisioneros en lo sucesivo: es menester que sepan bien nuestros soldados, que no deben rendir las armas á semejantes adversarios.

«Esta es una guerra á muerte; una lucha sin cuartel que se empeña hoy entre la barbarie y la civilización; es menester, por ambas partes, matar ó hacerse matar.—El Mariscal comandante en jefe.—*Bazaine.*»

Nota. Esta circular no se copiará en los libros de órdenes; solamente se pondrá en conocimiento de los señores oficiales.»

Estas disposiciones que parecían ser el alarido de la barbarie que nada tenía de común con la cultura europea que hacían gala de traer en sus bayonetas y pergaminos los invasores, tuvo por primeras víctimas á los generales republicanos Arteaga y Salazar y á los jefes Díaz Paracho, Villagómez y Pérez Millan, que fueron juzgados por el imperialista Ramón Méndez, como lo fueron otros cinco tenientes, coroneles y comandantes y doce oficiales subalternos que cayeron prisioneros en la desgraciada jornada del 13 de Octubre en el pueblo de Santa Ana Amatlan. En esa ejecución fué cuando el valiente Salazar mostrando el pecho cuando le apuntaban con las armas los asesinos, gritó con voz de trueno: «Aquí, traidores.»

Pero dejemos por ahora estos horrores que entristecen é indignan, no sin recordar de paso que en el mismo mes de Octubre el general Brincourt tuvo que

abandonar á Chihuahua para dirigirse violentamente á Sonora, y que en el mes siguiente D. Benito Juárez, que no había abandonado ni un momento la frontera, regresó á Chihuahua en donde estableció su gobierno, dando así el más solemne mentís á Maximiliano, quien se puso en gran ridículo con el preámbulo de su sanguinario decreto.

El baile de Palacio tuvo mucha resonancia no solo en la corte sino en los altos círculos sociales de México, hablándose mucho de las predilecciones de Maximiliano por una familia humilde á la que quería elevar contra la voluntad de su esposa. Estas murmuraciones hicieron que Eloin aconsejara á su amo que hiciera por separar á Carlota de la capital por algunas semanas. Ella, que era extremadamente perspicaz, vió con sorpresa que se le propusiera hacer un viaje nada menos que á Yucatán.

—¿Pero que voy á hacer yo tan lejos? preguntó la archiduquesa.

—Es necesario que nos exhibamos, es necesario que nos conozcan, es preciso que vayas á tranquilizar los ánimos. Ya hice yo cuatro viajes, mientras que tú no has salido de los alrededores de la capital.

Y luego S. M., después de ese largo discurso sobre las conveniencias de tal viaje, pronunció estas frases sacramentales:

—Lo exige la razón de Estado.

Carlota que tenía una gran imaginación, se consideró atravesando selvas vírgenes en aquellas comarcas, se vió visitando las ruinas de Uxamal, consideró que era hasta cierto punto heroico y novelesco ir á las tierras que había pisado Hernán Cortés

antes que nadie y encontrarse mano á mano con habitantes que creía primitivos, y contestó ya casi convencida:

—Tendría gracia, en efecto, que me fuera apareciendo yo sola en Yucatán.

—Sería de un efecto maravilloso. Aquellas gentes que han tenido tan pocas costumbres mexicanas y que siempre han estado en desacuerdo con los gobiernos del centro por su altivez, llegarán á adorarte como una divinidad. Tú las conquistarás con tu hermosura, las dominarás con tu talento y las cautivarás con tu palabra.

—Y quienes me acompañarán en ese viaje?

—Elegirás entre tus damas las que sean de tu agrado y entre la corte los hombres que te inspiren más confianza.

—Entre las mujeres llevaría gustosa conmigo á aquella simpática joven con quien bailaste la otra noche.

La alcoba no estaba bien iluminada y por eso Carlota no pudo observar la palidez de que se cubrió Maximiliano.

Es preciso advertir también que estaban hablando á las doce de la noche, cuando reinaba en Palacio el más profundo silencio, después de haber anunciado Maximiliano su visita y de ser recibido en la más íntima cordialidad. Aquella fué una de las raras entrevistas de casados que solían tener desde que se habían ceñido la corona de emperadores.

Maximiliano apenas pudo decir tartamudeando:

—Esa joven á quien creo que te refieres, no es dama de honor.

—Puede ir conmigo en calidad de amiga.

—Eso es diferente. Si ella quiere, puedes llevártela.

—Es imposible que se niegue si yo la invito.

Maximiliano no quiso hacerse sospechoso y contestó prontamente.

—Invítala.

—¿Y cuándo será preciso hacer el viaje?

—El día que tu designes.

—¿Será preciso anunciarlo ó guardar la idea reservada?

—Será mejor que nadie lo sepa hasta el mismo momento para que no vaya á preparársete alguna emboscada.

—Hay enemigos armados desde aquí á Yucatán?

—Los que hay no son temibles y ya procuraremos además que el Mariscal te ponga una valla de acero desde aquí á la Península.

—Ya estando en el Golfo no le temo á nadie.

—Pues allá menos porque tienes que producir una inmensa reacción favorable. Yo estaba interesado en hacer ese viaje; pero en estos momentos....

—Qué?

—Estoy preparando algunos decretos de suma importancia y dedico además mi atención al arreglo de la hacienda pública......

—En ese caso, no hay más que hablar. Si se necesita que yo vaya, iré.

—Reflexiónalo sin embargo....

—Ya está reflexionado. Llevaré un séquito escogido de damas y de caballeros: entre las primeras irá la joven sobrina del coronel Cisneros y entre

los segundos algunos ministros y el jefe de tu gabinete.

—¿Eloin?

—El mismo. Me serán muy útiles sus consejos.

Maximiliano se retiró cabizbajo y la princesa se quedó pensativa.

El primero iba diciéndose:

—Me lleva á Aurora y á Eloin: es muy perspicaz.

Y ella se quedó murmurando:

—Si me despacha tan lejos es porque le estorbo. Será necesario pensar bien eso aun con las condiciones impuestas.

Cuando Maximiliano dijo á su íntimo que Carlota quería llevárselo, exclamó:

—A mí?

—Está empeñada en ello.

—¿Y para qué puedo yo servirle?

—Quiere que seas también su consejero.

—Lo que quiere es separarnos.

—Tal vez. Te juzga una mala influencia cerca de mí; pero es posible que quiera aprovechar tu sagacidad.

—De todas maneras, creo que debo ir.

—Indudablemente.

—Por menos ganas que tenga de dar semejante paseo.

—¿Pero no comprendes que es en mi servicio?

—Demasiado lo comprendo y por eso me atrevo á dar mi asentimiento. Estando á su lado trabajaré por destruirle ciertas preocupaciones y sospechas.

—Y también aprovecharás el tiempo para decir una que otra palabra al oído de la bella Aurora.

40

—Magnífico! exclamó Eloin dando un salto. Aquí encaja bien ese refran que tienen estos cuando dicen que con una piedra se pueden matar dos pájaros.

—Eso es: con un mismo viaje influyes sobre dos ánimos igualmente rebeldes.

—Que volverán suaves como la seda.

—Así lo espero.

—¿Y para cuando?

—La Emperatriz fijará el día; pero tiene que ser pronto.

—Pues estoy listo.

Estaba terminando Octubre. La Emperatriz cuando fué nuevamente preguntada dijo que saldría el 6 de Noviembre á la madrugada con el sigilo posible y entregó á Maximiliano la lista de las personas que quería que la acompañaran.

En esta lista se encontraban entre otros, los nombres siguientes: el ministro de Estado D. José Fernando Ramirez, los ministros plenipotenciarios de España y Bélgica á quienes se había de dirigir amable invitación, dos damas de honor y dos amigas, una de estas seríaAurora, el general Uraga que había de llevar el mando de las escoltas, Mr. Eloin jefe del gabinete civil, un capitán de Estado Mayor, dos chambelanes, un capellán de Corte, un médico de idem, un secretario y sus empleados así como varios camaristas y personas de la servidumbre imperial. Todo el séquito podía componerse, sin los soldados, de unas cincuenta personas con un gasto mínimo de mil pesos diarios.

En donde hubo una especie de terremoto el día 2 de Noviembre fué en casa del coronel Cisneros,

cuando cerca del oscurecer llegó de Palacio la dama de honor Dª Asunción y dijo á su sobrina delante de las personas que allí estaban, que ahora diremos quiénes eran, lo siguiente:

—Prepárate á hacer un largo viaje.

—¿Yo? preguntó la joven asorada.

—Vas á disfrutar de un alto honor, de un honor que á pocas personas es concedido. Vas á acompañar á S. M. la Emperatriz.

—¿A dónde?.... no comprendo.

—Ni yo tampoco; pero el caso es que me ha llamado y me ha dicho con su voz tierna de paloma: Señora, deseo que la simpática sobrina de usted, á quién he visto raras veces en nuestras reuniones, tenga á bien acompañarme en una expedición que haré dentro de breves días. Le pregunté naturalmente si el viaje era largo, para dónde era y qué día se efectuaría, y á todas mis preguntas respondió lacónicamente: que esté lista desde mañana, preparada de ropa para dos meses y yo avisaré la víspera de la partida. Esto me lo dijo hace una media hora y aquí estoy.

Todos se quedaron de una pieza y el coronel fué el primero que después de unos instantes de silencio, dijo:

—Realmente es una distinción para Aurora.

—Que yo declinaría gustosa, añadió ésta.

—¿Por qué? Cientos y cientos de señoras y señoritas envidiarán tu suerte.

—Y sin embargo, yo estoy cierta de que me encontraré á disgusto en medio de gentes tan encopetadas y que no conozco.

—A los tres días que vayan juntas, todas se harán de confianza.

—¿Y á dónde irá pues S. M? preguntó el coronel.

—Algo se ha dicho ya en las redacciones de ese viaje que tenía proyectado Maximiliano, dijo Perez, que seguía camelando á Leonor.

—Pero S. M. el Emperador se queda en México, se apresuró á decir Dª Asunción.

—Por eso el viaje á Yucatán lo hace sola Carlota.

—¿A Yucatán? preguntaron todos á un tiempo.

—Eso es lo que dicen en las redacciones, y en el *Pájaro Verde* agregan que tiene una gran importancia política.

—Las primeras que van á rabiar son nuestras vecinas, dijo Doña Asunción que solo estaba pensando en el gran golpe.

—Todas se harán cruces, agregó Leonor.

Y siguieron los comentarios, pero á medida que Aurora se convencía de que todo aquello tenía gran fondo de verdad, se ponía triste.

—¿Qué haría, qué pensaría Ernesto cuando supiera que su amada andaba de viaje nada menos que con la Emperatriz? ¿No se figuraría que era la más negra traición? Pero ¿cómo podría tampoco rebelarse contra aquella intriga que seguro había partido ó del chambelán ó de Doña Asunción?

Después fueron más vivas y más multiplicadas las reflexiones que hizo la joven conversando con sus primas, terminando por resignarse á hacer un viaje que no podía imaginarse por donde le había venido, puesto que una sola vez y en grupo había sido presentada á la Emperatriz.

Naturalmente los contertulianos del coronel Cisneros también se hicieron lenguas comentando aquel acontecimiento cuando llegó á oidos de cada uno, en lo que tuvo buena parte Perez, que fué contándolo de casa en casa.

La que más vociferó fué la boticaria, quien acabó diciendo después de una larga tirada:

—¡Quién sabe estos piojos resucitados hasta dónde vayan á parar!

Llegó la tarde, víspera de la partida, y todos los invitados que debían ir en el gran séquito recibieron aviso de que debían encontrarse reunidos en Palacio al día siguiente á las dos de la mañana.

—¡Caracoles! ¡qué madrugada nos encaja nuestra soberana! exclamaron los más moderados.

Y no hubo otro remedio, sino que todos estuvieron con sus maletas á las dos de la mañana y á las tres se pusieron en marcha en los carruajes preparados al efecto.

Apenas partió Carlota, Maximiliano mandó llamar al coronel Cisneros. Este, algo sorprendido, concurrió á la cita.

—¿Está usted ya colocado en la córte? le preguntó el Soberano.

—Señor... V. M. se servirá perdonarme si....

—¿No está usted colocado? Pues bien, hoy mismo verá usted al Mariscal Almonte quien tendrá las órdenes terminantes....

—¡Oh! V. M. me honra....

—Quiero rodearme de hombres leales, de nobles servidores....

—¡Oh! V. M. me honra sobremanera.

—Si no hay un empleo de consideración vacante, el gran Mariscal lo inventará; pero yo deseo desde hoy mismo verle á usted todos los días en Palacio.

—¡Oh! V. M.....

—Adios, amigo mio, mañana hablaremos.

Ese mismo dia el coronel Don Tirso Cisneros fué nombrado jefe de un Estado Mayor del Mariscal Almonte que no existía.

CAPITULO XXX

ESCARAMUZAS IMPERIALES

LOS tres ó cuatro primeros días del viaje fueron un martirio para la joven Aurora, pero poco á poco, con su buen carácter, con su aire sumiso y á la vez respetuoso é inteligente, con su trato afable y sus palabras oportunas, fué venciendo la ojeriza con que la veía la Emperatriz, hasta que esta abordó la cuestión diciéndole:

—¿Desde cuándo conoces al Emperador?

—Desde hace dos meses poco más ó menos que estuve por primera vez en Palacio, le contestó con firmeza.

—¿Y desde cuándo le tratas?

—Yo no le trato: una sola vez hablé con él en que tuve la honra de ser invitada por él á bailar, aunque con gran pesar mio y con ciertos escrúpulos que me han atormentado.

—¿Qué escrúpulos fueron esos?

—Yo tengo un novio, Señora, un novio á quien

debo toda fidelidad y todo respeto, con quien si Dios quiere, me he de casar y el cual se encuentra ausente.

—Pero ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

—Que el jóven á quien he entregado mi corazón milita en las filas contrarias.

A renglón seguido Aurora contó á la Emperatriz la historia de su amor, tanto porque necesitaba desahogarse con alguno, como porque con su natural perspicacia quería alejar de la distinguida dama hasta la más remota sospecha que pudiera tener sobre su conducta.

Desde aquel momento Carlota fué una verdadera amiga de la joven, ofreciéndole su protección y su cariño.

—Veremos, le dijo, si conseguimos traernos á ese jóven á nuestro lado, que yo me encargo desde ahora de velar por tu dicha.

—Gracias, señora.

Y en efecto, desde el día siguiente se vió á la archiduquesa llamar frecuentemente á su lado á la joven y distinguirla con su amabilidad.

La negra nube que había visto cerniéndose sobre su cabeza desde la noche del gran baile en Palacio, había desaparecido por completo.

Entre tanto el coronel Cisneros desempeñaba en la Córte funciones que todavía no sabía cuales eran, pues percibía buen sueldo por ir á dormir en las antesalas sin recibir comisión de ninguna clase, hasta que fué llamado por Maximiliano para celebrar conferencias secretas en que se sentía sondeado en varias direcciones. Solamente en la última vez salió de allí

es decir, del gabinete del Emperador, tambaleándose como ébrio y con las quijadas algo caídas, dirigiéndose casi á ciegas para su casa, sin comunicarse con nadie.

—¡Asunción! ¡Asunción! dijo á su mujer, luego que llegó, estamos perdidos.

—¿Cómo perdidos? ¿Qué tienes? ¿Qué te ha pasado que estás tan densamente pálido?

—Pues me ha pasado una cosa increíble. Ya sé por qué S. M. la Emperatriz se llevó á nuestra sobrina: está celosa.

—¿Quién está celosa?

—La Emperatriz.

—¿De quién? ¿De Aurora?

—De ella misma, y lo peor es que con razón, porque S. M. el Emperador acaba de confesarme que está enamorado.

—Que está enamorado! ¿de quién? ¿de nuestra sobrina?

—Sí, de Aurora.

—No me lo digas, Tirso.

—Me lo ha plantado de una manera que no admite dudas. Me ha dicho: si no fuera usted simplemente su tio, sino su padre, me ahorraría el atrevimiento de esta confesión que me humilla; pero estoy en una situación tal que experimento como una fatal necesidad el tener que confiárselo con la esperanza de que usted no se moleste con semejante impertinencia.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Yo me quedé de una pieza. Y como observó que guardaba silencio, lo tuvo por asentimiento mio y continuó hablando quién sabe cuántas cosas que yo

oí primero como un zumbido de moscas y después como un huracán.

—Pero bien, ¿qué objeto....?

—El objeto, según lo poco que pude comprender en el estado de aletargamiento en que me encontraba, parece ser que yo le ayude en su empresa....

—En su empresa de....

—De hacerla su manceba, ni más ni menos.

—¡Jesús!....

Doña Asunción de pronto se quedó aterrada; pero poco después dijo con el semblante ya tranquilo:

—Henos aquí destinados á ser los héroes de una novela.

—Henos aquí destinados, mejor dicho, le contestó su marido, á tener que huir muy léjos para escapar de ser devorados entre dos fieras.

—¿Cómo es eso?

—¿No te he dicho que la Emperatriz está celosa?

—Y ahora la pobre muchacha está en sus garras.

—Ni más ni menos.

—Pues mira tú, si nosotros somos hábiles....

—¿Qué?

—Podemos sacar mucho partido de esa situación.

—¿Qué partido, mujer?

—Engrandecernos primeramente, y después.... Dios dirá.

—¿De modo que á tí no te espanta lo que nos sucede?

—Pensándolo detenidamente, no.

—¿No te abruma la espectativa de nuestra deshonra?

—Los soberanos no deshonran, al contrario, nos honran cuando descienden hasta nosotros.

—¡Oh! ¡calla! ¡calla! Y luego la que se te espera á tí con la Emperatriz cuando te presentes en palacio á cumplir con tus obligaciones de dama de honor.

—Ese es el único inconveniente; pero siempre tiene que ser más poderoso S. M. el Emperador que S. M. la Emperatriz.

—Yo por mi parte no me siento inclinado á sacrificar á Aurora ni por todo el oro del mundo.

—Pero si no se le sacrifica, al contrario: luego que se vea que es solicitada por el Soberano, le sobrarán los mejores partidos.

—Creo comprender cuál es tu pensamiento: quieres que hagamos una explotación indigna de las inclinaciones de S. M.

—Nada tendrá de indigno lo que hagamos, puesto que no lo hemos buscado, sino sucederá simplemente aquello de que el buen dia hay que meterlo en casa. Se nos está entrando la fortuna, pues no hay más que cogerla por los cabellos y no dejarla escapar.

—¡Oh! ¡oh! me estremecen los peligros de que vamos á estar rodeados.

—¡Cobarde!

—No lo he sido nunca en la guerra y ahora sí lo soy en la córte, tengo que confssarlo.

—Pues ya estamos en ella, metámonos recio en las intrigas: yo te aseguro que voy á estar en mi elemento. ¿Crees tú que la boticaria y la licenciada y la generala y la doctora y todas nuestras relaciones no nos verían con los ojos torcidos si tuvieran una suerte semejante?

—Pero ¿qué hacemos con Aurora? ¿No tenemos tanta responsabilidad respecto de ella como si fuéramos sus padres?

—Igualita, y por eso tendremos cuidado de dirigir sus pasos por el mejor camino.

—Pero te repito otra vez: ¿hemos de entregarla á la deshonra?

—Eso se discutirá á su tiempo: mi deseo, te repito, no es sacrificarla, sino engrandecerla al mismo tiempo que nos engrandezcamos nosotros.

—Será fuerza obrar con reflexión: yo lo que había pensado era huir, huir muy léjos....

—¿Al extranjero?

—Sí, al extranjero.

—Huiremos si las circunstancias lo exigen; pero por ahora pienso que te ahogas en un vaso de agua. Mira, vamos á cenar con las otras sobrinas y punto en boca hasta á la noche en que estemos solos.

Ya debe suponer el lector cuáles fueron los jardines que construyó Doña Asunción y cuáles fueron las conversaciones que tuvieron ambos cónyuges sobre un asunto que tanta materia les daba para entregarse á todo género de fantasías.

Entre tanto el viaje de la Emperatriz se hizo felizmente tanto á la ida como al regreso de Yucatán, recibiendo en todas partes los agasajos de costumbre.

El dia 20 de Diciembre hizo su entrada en México, siendo recibida por Maximiliano y la córte con fiestas y regocijos.

Después de los besamanos verificados con toda etiqueta, Maximiliano llamó á Eloin á su gabinete reservado.

—Estoy, le dijo, esperando que me cuentes todo lo que ha pasado. ¿Cómo trató á Aurora la Emperatriz?

—Como su más benévola amiga.

—Me lo dijiste en tus cartas; pero yo deseo que me digas á qué se debió esa transformación.

—En cuanto á lo que pasó entre ellas se ha estrellado toda mi perspicacia. Yo entiendo que la joven le hizo cuando menos algún juramento de fidelidad.

—¿Pero ha sido real ese afecto entre ellas ó aparente?

—Señor, se han visto con afecto verdadero. La señorita Aurora, que no es nada lerda, ha cautivado completamente á la Emperatriz: de eso estoy persuadido.

—¿Cómo podríamos averiguarlo?

—Con la misma Emperatriz ó con la familia de su protegida: tenemos esos dos medios. Yo aventuré el primero y solo pude obtener esta respuesta: es enteramente mia la muchacha, la he acogido bajo mi protección y quiero hacerla feliz.

—Es extraño.

—Eso mismo me dije yo: es muy extraño.

—Y tú, ¿cómo fuiste tratado?

—Con suma desconfianza como si fuera un espía.

—¡Pobre Eloin! Lo que tú pasas por complacerme.

—Ya sabe V. M. que le pertenezco en cuerpo y alma.

—Lo sé, amigo mio, y procuro corresponderte con toda mi predilección. Ya anudaremos muy pronto los hilos de esta intriguilla que no me ha quitado el sueño todavía y vamos á otra cosa: todos vienen

contentos de Yucatán, ¿es cierto que la Emperatriz ha sido agasajada con delirio allí, en Veracruz y en todos los lugares que acaba de recorrer?

—Todo lo que hemos dicho en las cartas y lo que han contado hoy á V. M. es rigurosamente exacto: no cariño, no adhesión, no entusiasmo, síno verdadero frenesí han reinado por donde quiera, y fuerza es convenir en que ella ha tenido gran tacto para hacerse admirar y querer.

—Es lo que yo deseo: que nos conozca el país y todo será nuestro. Lo único que me atormenta ahora es la persistencia de Juarez que ha vuelto á Chihuahua y la actitud de los Estados Unidos que está haciendo vacilar los propósitos de Napoleón III.

—¿Insiste S. M. en retirar sus tropas?

—Hoy más que nunca: cada uno de sus enviados me lo notifica, y á Bazaine le escribe por cada vapor diciéndole que apresure sus operaciones.

—¿Y Bazaine?

—Camina siempre con pasos de piedra. Parece que su mayor placer sería que fracasáramos.

—Quiere decir que lo más importante es que tengamos un ejército enteramente nuestro.

—Sí, podremos completar diez ó doce mil austriacos y belgas y nuestros generales mexicanos podrían ponernos en alta fuerza treinta ó cuarenta mil hombres; pero ¿con qué los mantenemos?

—Con el pais, como mantiene Juarez los suyos.

—Es diferente: aquellos son los revolucionarios y nosotros somos el gobierno.

—Pero nosotros tenemos las aduanas, las contribuciones y un poco de crédito en el extranjero. En

un caso apurado hipotecaríamos algo del territorio. ¿Qué no hicieron Almonte, Miramon y Marquez para conseguir recursos?

—Ya veremos, ya veremos: lo que nos favorece ahora mucho es que están peleando entre sí Juarez y los suyos: aun los mismos ministros se le están separando y muchos de sus hombres prominentes pasándose á nuestras filas.

—Yo creo que lo principal que hay que hacer es apremiar á Bazaine para que se activen las operaciones militares. Si lograra hacer llegar fuertes destacamentos á las fronteras, de allí se podrían venir las tropas barriendo con todos los elementos disolventes.

—Pero Bazaine mismo es para nosotros un elemento extraño. Yo desearía que tú fueras á ver al Emperador Napoleón para convencerlo de que debe sustituirlo con el general Douay que es amigo nuestro.

—Me parece excelente la idea, siempre que pudiera conservarse en secreto mi partida.

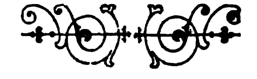
—No solo llevarías esa importante misión á Europa, sino la de asegurarnos un apoyo mas positivo de parte de Austria y de Bélgica. Tal vez España é Inglaterra consentirían también en ayudarnos un poco, no solo para asegurar sus créditos, sino para contrariar la política de los Estados Unidos que no quiere monarquías en América.

—Veo que V. M. está en todo. Precisamente he venido madurando á mis solas en este viaje un plan por el estilo. Primero, asegurarnos de una prensa amiga aquí y en el extranjero, aunque algo tenga que gastarse. Segundo, dominar con las armas cuanto antes el mayor número de departamentos. Tercero,

quitar su bandera al enemigo,. atrayéndonos á Juarez con toda clase de ofrecimientos ó haciéndole pasar la frontera. Cuarto, proporcionarnos recursos de donde quieran que vengan, aun del mismo clero. Quinto, trabajar en que Bazaine sea reemplazado. Y sexto, convencer al Emperador de que debe cumplir el convenio de Miramar fortificando su apoyo en vez de retirarlo. Todo esto demanda esfuerzos superiores, pero no es impracticable.

—Bien, magnífico. Ahora vete á descansar y ya fijaremos el dia de tu marcha.

Eloin besó la mano de su soberano y salió á reculones.



CAITULO XXXI.

LAS PRODIGALIDEDES.

COMENZABA muy bien el año de 1866 para los imperialistas de vista corta que todo lo hacían consistir en las derrotas continuadas que sufrían los republicanos y en las defecciones de algunos que les parecían de los hombres más prominentes; pero de muy mala cariz, para los que la tenían un poco larga y, estaban al corriente de ciertos secretos de Estado. Para estos últimos la situación estaba verdi--negra y no las tenían todas consigo, esperando con zozobra que de un momento á otro llegara el gran batacazo.

Vamos á presentar una escena demasiado verídica que nos dará alguna luz sobre el fondo de los negocios, por mas que lás palabras *sobre* y *fondo* parezcan poco correlactivas.

Una hermosa mañana de Febrero estaba. el gran Mariscal D. Juan Nepomuceno como de costumbre cruzado de brazos, porque no tenía otra cosa que hacer en su elegante despacho, al cual únicamente con-

sagraba sus fecundas iniciativas, cuando se le presentó su amigo el ministro de hacienda.

—¡Ave César! le dijo luego que lo vió aparecer.

El pobre ministro aquel se apellidaba César, no era un mal nombre el que llevaba á cuestas.

—Mi querido gran mariscal, contestó este adelantándose para estrecharle la mano.

—Viene ahora la cartera bastante repleta.

—Como siempre, amigo, muchos papeles y poco dinero.

—¡Poco dinero!

—Tan poco que ya no sé de donde ha de salir un peso mas para pagar á sus excelencias.

—La broma, pues me parece que lo es, tiene su veneno. Sentémonos y hablemos.

—No deseo otra cosa: para los casos apurados son los buenos amigos. Me siento, coloco los papeles al alcance de la mano, enciendo un cigarrillo....

—Yo encenderé otro....

—Y ahora vamos á echar un párrafo, pero muy íntimo se entiende.

—¡Oh! eso sí, muy íntimo, ya sabe usted querido Cesar, suprimiremos las excelencias, que yo soy discreto como una monja.

—Hemos llegado á la crísis aguda, exclamó Cesar suspirando, y yo creo que no sigo un mes más con este fardo.

—No, ni lo dejarán á usted seguir, según malas lenguas, porque van á llegar los milagrosos hacendistas franceses.

—Que se estrellarán como yo si no traen una vara mágica.

—Vamos al grano.

—El grano.... es decir la paja, porque es la única que me va quedando, son todos esos papeles en que se encuentran detalladas las cuentas del año pasado.

—Ah! ¿trae usted las famosas cuentas?

—Y no sé como darle parte de ellas al Emperador que es enteramente refractario á los números.

—Si, á S. M. le gusta que se gaste el dinero, como que para eso es, para que ruede, una vez también que para eso lo hacen redondo.

—Lo que voy á revelarle á usted es secreto, rigurosamente secrèto.

—Por secreto que sea lo he de haber olido. ¿Qué es aquí en este laberinto lo que se ha escapado á mi olfato?

—Aquí tiene usted, gran mariscal, esta larga lista en que se encuentran pormenorizadas las cantidades que se gastaron en el año de 1865.

—Ese es el deber de un buen ministro del ramo: saber como y en qué se gasta hasta el último centavo en su gobierno.

—Ha sido un derroche escandaloso.

—Las monarquías cuestan, sublime Cesar.

—A cuanto cree usted que monta, solo lo que ha consumido la córte?

—La corte puede montar hasta en un caballo desbocado.

—Sin bromas, Señor Pamuceno, como le dicen en la *Sombra*, porque esto es muy serio.

—Ya me pongo grave.

—Pues oiga usted tronar.

—Que truene.

—Fuera de los noventa mil pesos que se gastaron en vajillas y manteles, de los $24,000 en vinos y los $115,000 en coches, libreas, arneses y caballos en los meses anteriores de 1864, en el año de 1865 que acaba de pasar se han hecho los locos gastos siguientes: en sueldos y salarios de la servidumbre de Palacio...... $105,122; en libreas y uniformes $51,408; en cocina, pastelería y vinos $104,821; en leña, carbón y luces $20,955; en trastos de cocina $9,661; en caballerizas $58,362; en los jardines $86,639; en dádivas $71,229; en viajes de SS. MM. y acompañamientos $256,180; en camaristas $7,692; en botica $690; en multitud de pequeñeces no clasificadas, $33,236 y en remesas á Miramar y encargos de obras artísticas $949,791.

—Caracoles! exclamó el gran mariscal dando un salto de asombro ante la última partida, casi un millón de pesos.

—Y casi dos millones, reuniendo todas las otras partidas.

—Como si se hubiera tocado á safarrancho.

—Sí Señor, como si se hubiera tocado á degollar á la nación.

—¡Con razon se han ido por allí todos los empréstitos!

—Ahora por curiosidad voy á leer á usted el pormenor de algunas de esas partidas, que es para tirarnos de los pelos de la cara si tuviéramos algunos. Voy á coger al azar un mes cualquiera: aquí tenemos el de Agosto. Oiga usted tronar:

Al tocinero Raynaud por comestibles, $81,433.

Para guantes y reparación de albardas, $1,500.

Para 12,000 tortas de pan, 6,500 libras de carne de

ternera, 100 mollejas, 10 cabezas, 2,000 aves, 200 libras de mantequilla, 5,000 huevos, 2,500 cuartillos de leche, 380 arrobas de nieve, 54 cajas de espárrajos, 28 cargas de leña, 12 cargas de carbón para la condesa de Zichy....

—Y para que quería la condesa de Zichy tanto carbón, gran César?

—Para calentar sus tijeras de los rizos. Continúo: 2 arrobas de aceite, 361 cestos de fruta, 700 botellas de Burdeos, otras tantas de Champagne y diversos vinos del Rhin, 100 velas de esperma y otras tantas de estearina $5,000, 150 pesos de alquiler por un coche para la condesa de Zichy, 1,700 pesos para caballos del conde de Bombelles etc., etc..... importan todos estos gastos de cocina y caballerizas en solo el mes de Agosto $40,247.

—¡Cáspita!

—Pero todavía tenemos en este mes en la lista de gastos extraordinarios de Palacio, $100 de una gratificación dada al general Woll, $2,115 al periodista francés Luis Chauveusse para regresar á Europa, $3,916 al gran mariscal Almonte....

—Hombre, hombre, esos son mis sueldos.... lo que yo gano....

—Sus sueldos se los paga á V. E. la caja Central como general de División.

—Esos son otros López.

—Y hay también aquí un recibo de V. E. que dice al pie de la letra:

«Recibí de la Tesorería General de S. M. el Emperador la suma de cien mil francos con que tanto

S. M. como la Emperatriz, se han dignado dotar á mi hija Doña Guadalupe.

México, Agosto 5 de 1864. J. N. Almonte.»

—Ah! si, eso pertenece al otro año, y alguna recompensa tenían que merecer mis multiplicados servicios. El gran César se la quiere dar conmigo de malicioso.

—Es una simple broma que venía á pelo.

—Lo que viene más á pelo es que el departamento de los fondos está arruinado.

—Ni más ni ménos. Ahora vamos á las otras listas:

Sueldos del Emperador y cantidades situadas en París á disposición del mismo, suman en el año un millón doscientos sesenta y cinco mil pesos........ ($1.265,000.)

—Bueno ¿y qué? S. M. es el dueño del país, se lo hemos entregado para eso, para que lo disfrute: nada mas natural que disponga de sus rentas....

—¿Y que las mande á sus otros dominios?

—Si.

—¿No sería mejor que lo de los otros dominios, poco ó mucho, se lo trajera para estos que más lo necesitan?

—Si, sería mejor; pero como lo hemos hecho absoluto.

—Pues lo mismo que el Emperador, he notado que cuantos extranjeros han venido con él ó después le han seguido, disponen de lo de aquí, sin traernos ni un solo peso de los suyos.

—Pues es ó porque no los tienen que es lo más común, ó porque se hacen pagar sus industrias.

—¿Que industrias?

—Las mismas, las de ser ó darse la importancia de personajes. ¡Buenos estarian, ellos para que después de que vienen á honrarnos figurando en nuestra corte y dándonos brillo, tuvieran además que gastar sus rentas! Si se les convida, si se les trae, los que los reciben como distinguidísimos huéspedes son los que tienen el deber de cuidar que nada les falte.

—¿Qué piensa el gran mariscal que contiene este legajo azul?

—Pues también cuentas; pero ni un real en efectivo.

—Es la verdad: aquí está la lista de los gastos secretos con sus comprobantes.

—Eso ha de ser más curioso que todo lo demás.

—Pero para dar lectura á esta lista se necesita un triple juramento de discreción.

—Prometo y juro que seré discreto.

—En Enero á Eloin, para gastos reservados en distintas fechas, $11,000; al conde Oliverio de Roseguier para comprar una imprenta, $2,000; á Loysel para gastos secretos, $1,500. En los demás meses á Ibarrondo, $9,000; á Eloin, $5,000; á Loysel, $15,000; á Cárlos Mismar de New York, $50,000; á un tal Davisson, $5,500; al padre Fischer, $30,000 y á un señor muy conocido nuestro, $25,000.

—Sí, dijo Almonte con mucha frescura, esos 25,000 pesos los pusieron en el Montepío á mi disposición para ciertas comisiones de extraordinaria importancia.

—¿Muy extraordinaria? preguntó el ministro cerrando un ojo.

—Tan extraordinaria, que algo le corresponderá al gran César si cierra para siempre el pico.

—Por cerrado y vamos á otra cosa.

—Ya lo veo venir, insigne César: á lo que vamos es á ver cuáles han sido los gastos de la Emperatriz.

—Exactamente, mi querido gran mariscal. Fuera de su asignación de $16,666.66 (¿muchos seises, verdad?) fuera de esa suma, S. graciosa M. ha gastado $38,439 en dádivas.

—Sí, S. graciosa M. es muy dadivosa, quiero decir, muy tierna y muy caritativa.

—Las partidas más fuertes son: $8,000 para el hospicio de pobres; $6,000 para la viuda del comandante Maréchal; $2,000 para Jerusalem; $2,000 á los soldados belgas de Zirándaro; $3,000 á la familia Lamotte; $10,000 para pobres é inundados y el resto en partidas de $1,000 y $500 para hospitales, viudas y personas allegadas. ¿Qué tal?

—Buen tal, amigo mio.

—Y es de notarse que todas estas generosidades no salen de su peculio, sino de los fondos generales.

—¿Es una crítica?

—Dios me libre de criticar á la sublime princesa; no, gran mariscal, es un exabrupto, un mal exabrupto, lo confieso.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡já!

—¿Por qué se ríe usted con tantas ganas?

—Porque observo que está usted en su momento de candidez, mi querido ministro. ¿Acaso cree usted que los soberanos extranjeros traen sus fondos propios para gastarlos en tierra extraña? Vienen á llevarse los que pueden, pero no á dejar ningunos.

—¿Es una crítica?

—Dios me libre de criticar á nuestra excelsa Emperatriz; pero sí le aseguro que si usted y yo pudiéramos meter las manos en la caja del país con la misma libertad, serían cuatruplicadas las limosnas que diéramos, siempre que no nos chillara el cochino, como dicen los gañanes.

—¡Silencio!

—Nadie nos escucha.

—En los palacios, ya sabe usted el refrán: las paredes tienen orejas.

—Entonces vamos á otra cosa.

—Queda, pues, sentado que S. M. la Emperatriz recibió en el año de 1865 para sus oficinas, sueldos y limosneros, la suma de $230,000: ahora tenemos que agregar casi otro tanto en banquetes, ceremonias, recepciones, subvenciones á periódicos extranjeros, recompensas, cruces, medallas, placas, mantos, cordones, ornamentación de Chapultepec y obsequios á viajeros distinguidos, entre los que figuran también gastos de iglesia, como un Fr. Francices obispo de Caredro y un tal Ormachea.....

—¡Cuidado con equivocarse! Ese Ormachea es de los nuestros.

—Pues bien, los gastos públicos, lo que realmente puede llamarse el presupuesto de egresos de la nación, ha importado además en el año de 65, 29 millones.

—¡Jesús!

—¿Espanta, verdad?

—¿Pero de dónde ha salido tanto dinero?

—Pues ha salido de esta partida que leo textualmente: "Líquido del empréstito contratado en Paris

en Abril último disponible hasta 15 de Diciembre del presente año, Junio 2 de 1865, cuya cantidad hemos comprado perdiendo una tercera parte.... tanto."

—Quiere decir que el imperio está floreciente!!!

—Quiere decir que el imperio está en agonía, porque se me obliga á hacer un presupuesto mínimo para este año de 1866 que importa 48 millones de pesos y no tenemos ni una peseta.

Almonte, viendo que el espanto estaba retratado en el rostro de su amigo César, lanzó una carcajada y le dijo:

—Tranquilícese usted, amigo mio, porque no es á usted á quien ha de reventar la bomba.

—Sí, ya sé que nos viene una lumbrera francesa; pero entre tanto....

—No una, sino varias eminencias francesas están para llegar con objeto de poner en tutela al Emperador; pero usted tendrá que entregar la cartera del ramo á Lacunza antes de tres dias.

—¿Es posible?.... ¿es cierto que será nombrado Lacunza?

—Eloin ha dicho que usted es incapaz para organizar la hacienda pública y ha recomendado á Lacunza.

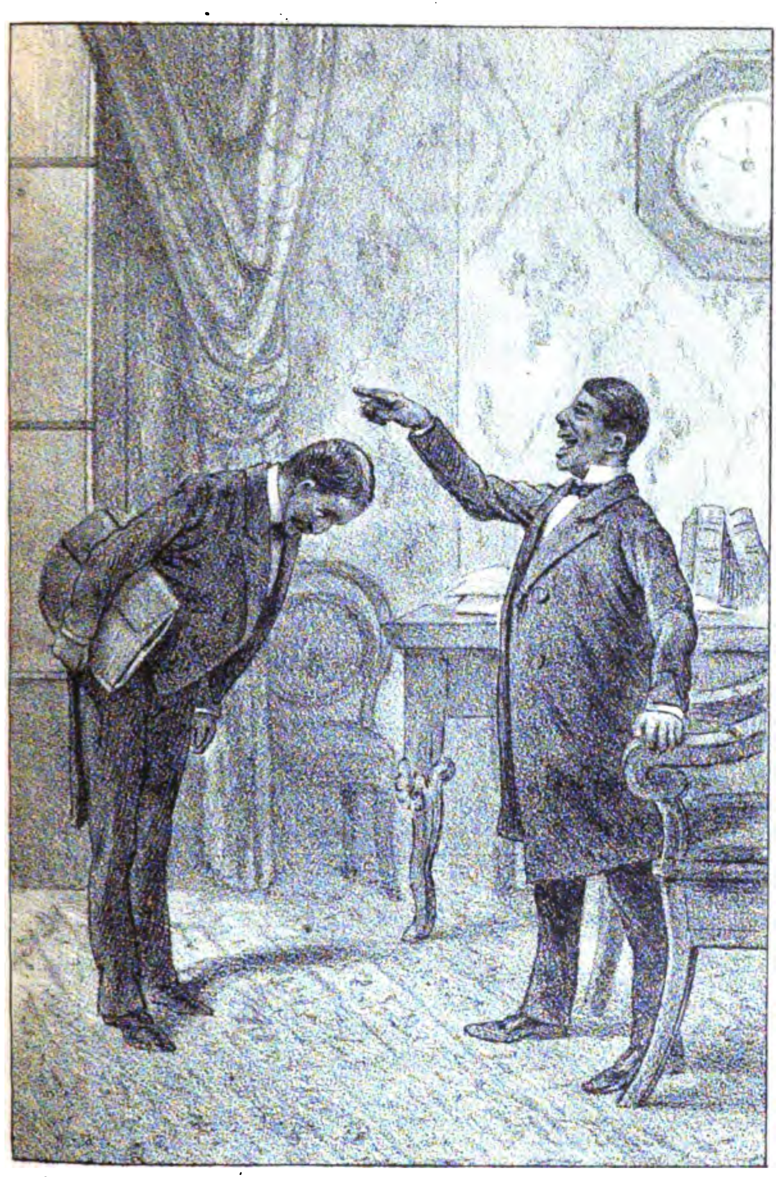
—Pero ¿qué tiene que ver Eloin en estas cosas?

—Ya sabe usted que es la Santísima Trinidad para el Soberano.

—De todas maneras, voy á fastidiar á este con los papeles.

—Hará usted mal: nosotros, usted y yo, lo que debemos es hacernos patos.

—Usted que es gran Mariscal y que recibe miles y



-Adios, gran Mariscal.
-Adios César Augusto, ministro tronado.

miles de pesos por diferentes capítulos; pero otros...

—No se queje, no se queje, gran Cesar, que en este mar revuelto usted no ha sido de los más torpes pescadores.

—Yo le juro á usted que....

—Vamos, vamos, usted y yo somos lobos viejos. Ya sabemos que la situación pende de un cabello: de que se lleve Napoleón sus tropas, de que los Estados Unidos digan ¡hasta aquí! ó de que se nos agote el tesoro....

—Esto último ha sucedido.

—Pues bien: quiere decir que ha sonado la última hora del imperio.

—Entonces voy á poner en orden las cuentas para hacer la entrega á Lacunza.

—Se conformarán simplemente con que usted se vaya á la calle.

—Adios, gran Mariscal.

—Adios, gran César, ministro tronado.

Y Almonte lanzó otra carcajada más estrepitosa aún que las anteriores.



CAPITULO XXXII

TRES NOTICIAS HORRENDAS

COMO complemento del capítulo anterior y antes de que vaya á pasársenos, diremos que Almonte se puso en salvo yéndose á Paris con una misión especial en el mes de Abril y Cesar entregó á Lacunza la situación financiera poniendo también piés en polvorosa.

En este nuevo capítulo vamos á saber cuál fué la misión del gran Mariscal y el éxito que tuvo.

Por de pronto, y dando un salto de unos cuantos meses, en los que menudearon los acontecimientos sin importancia, siendo más las victorias que los descalabros de los imperialistas, pues todos los días se libraban combates desde Chiapas hasta Sonora y desde el rio Bravo hasta Acapulco, sin que los republicanos se dieran por vencidos á pesar de la inmensa sangría que estaban sufriendo, causada, no tanto ya por el sable francés como por las terribles córtes marciales, que cual otros tribunales de la inquisición,

cegaban cabezas de lo lindo; por de pronto, repetimos, tenemos que trasladarnos á un lugar pintoresco que participa de la exuberante vegetación de la tierra caliente, sin las desventajas del mal clima.

Es un pueblecito situado como á unas dos leguas de Cuernavaca, escondido entre un bosque de corpulentos árboles que se llama Acapancingo y que Maximiliano escogió para pasar sus horas de recreo, sin que la Emperatriz supiera en donde se encontraba. El Soberano nunca decía que iba á su quinta de Acapancingo, sino á Cuernavaca, en donde hay una finca que denominaron palacio de Hernan Cortés, convertida en palacio imperial por Maximiliano, sirviéndole este de pretexto para sus excursiones. Todavía más: para que Carlota no tuviera ni siquiera tentaciones de seguirlo, solía decirle:

—Voy á descansar unos días á Cuernavaca en donde reina una temperatura que me hace bien; pero tengo que cruzar las montañas del Ajusco en donde pululan las bandas de guerrilleros y vadear á caballo profundas barrancas y caudalosos ríos, ¿quieres acompañarme?

—No, le contestaba invariablemente la princesa, solo tú puedes tener gusto por unos lugares tan lóbregos.

—Toma descanso mi espíritu de las incomodidades de la corte y mi cuerpo recobra su vigor ante aquella naturaleza virgen en que no hay mas que árboles frutales, agua que corre por todas partes y enormes montañas que con sus inmensas arboledas oscurecen el horizonte. Eso me agrada.

—Anda, pues, le decía la princesa con ternura, yo

representaré entre tanto aquí la dignidad imperial.

En el pueblo de Acapancingo hay frente á la desierta placita una casa de mejor apariencia que las demás con una huerta que se extiende como á un kilómetro, poblada de cafetos y mangos: fué la que compró Maximiliano y dedicó á sus excursiones de placer.

La casita tiene un zaguán, un patio y cinco ó seis piezas de adobe, yendo á dar frente las del segundo departamento, que ya forman una especie de pabellón, á la huerta misma. Se sale á un corredor y al pié del corredor hay una ancha escalinata por donde se baja á un gran tanque. Este era el baño de S. M. y que en esa época estaba perfectamente adecuado para su objeto. Ahora se ven las paredes desnudas y tristes tanto del corredor como de las habitaciones; pero entonces los muros estaban cubiertos con elegantes tapicerías y abundaban los espejos, los cuadros de arte, los cortinajes, los jarrones, las estatuas, y el mueblaje era el que correspondía á una residencia imperial. Todo desapareció entre las garras de los beduinos, y hoy no se vé mas que una casa vacía y pobre, una huerta poco atendida y el agua que corre casi naturalmente inundando los cañaverales. Los viajeros que van á Cuernavaca se dirigen en su mayoría á la casita de Acapacingo, que visitan como una curiosidad y compran á los encargados de la famosa quinta cucuruchos de café que tienen esta inscripción: «Café cultivado en la huerta del Emperador Maximiliano en Acapancingo.—Cuernavaca.—Cosecha del año de 189..»

Era el mes de Junio de 1866. Maximiliano se en-

contraba allí con el pequeño séquito de sus íntimos: Eloin, Loysel, dos chambelanes y tres ó cuatro criados de inferior categoría. En Cuernavaca, en el mentado palacio de Cortés, como de costumbre, se había quedado la escolta de honor mandada por el coronel Miguel Lopez y una oficina en toda forma para el despacho de los asuntos imperiales. Para los casos urgentes había los correos necesarios y además algunas parejas de dragones recorrían constantemente el camino. En el mismo Cuernavaca se condimentaban algunos manjares, se elaboraban el pan y la repostería, sin que por eso dejara de haber en Acapancingo una buena cocina y una bodega rebosante de los mejores vinos europeos.

Hé aquí la vida que observaba el Soberano en su rústico chalet: se levantaba á las siete de la mañana, daba un paseo de media hora entre las olorosas flores de que estaban cubiertas las estrechas avenidas y entre los frondosos árboles que se veían como abatidos por sus colgantes frutas, yendo acompañado por las personas que él designaba; tenía singular placer en mojarse las manos en los arroyos cristalinos que se deslizaban por entre los matorrales y regresaba á la casita después de haber aspirado con ambos pulmones aquellas brisas deliciosas: se le servía el desayuno en el corredor, viendo caer el agua en el hermoso tanque que le servía de baño; se retiraba á su gabinete en donde encontraba ya su correspondencia y sus periódicos, tardándose dos horas en la lectura y en dictar algunos acuerdos; á las doce se metía en el baño, en el que, según decía, ex-

perimentaba goces indescriptibles, y luego que acababa de bañarse se le servía el almuerzo que saboreaba con gran apetito: la sobremesa se prolongaba hasta dos horas: daba después un largo paseo y volvía á su gabinete en donde permanecía solo una hora entregado á sus meditaciones ó á escribir algunas páginas de sus memorias; comía á las siete y en seguida jugaba á las cartas con sus amigos ó hacía que le leyeran algo que entretuviera su espíritu hasta las diez de la noche en que se metía en la cama para soñar grandezas y felicidades, entre las que no era la menor la de figurarse, aun despierto, que iba á legar un gran nombre á la historia, el de un príncipe que había sabido formar un pueblo propio para el régimen monárquico y una nación que pudiera designarse entre las de más elevada gerarquía.

¡Pobre príncipe! Con razón los elocuentes oradores anti-bonapartistas le estaban llamando en esos momentos en sus discursos pronunciados ante las cámaras francesas, un soñador y un romántico!

Cuando más entregado se hallaba á los placeres que le proporcionaba aquella lujuriosa naturaleza, esto es, al segundo día de haber llegado á su chalet, por la noche se presentó un correo de Cuernavaca llevando pliegos de México.

¡Muy importantes! decían las cubiertas de los pliegos.

Llevó á Eloin á su gabinete y entre ambos se apresuraron á abrirlos, encontrando en ellos la noticia siguiente que no dejó de producirles consternación:

«El general Escobedo con dos ó tres mil hombres

que acababa de organizar en la frontera, armados con rifles americanos de repetición, había causado la derrota más completa en el punto llamado Santa Gertrudis al general Olvera que custodiaba un rico convoy, habiendo perecido cien austriacos y quedando prisioneros ciento veinte de ellos, juntos con otros mil más del ejército que mandaba aquel jefe, el cual hacía sus marchas en combinación con otra columna francesa que estaba sitiada en Cerralvo. Aquel golpe, decían las cartas en que Bazaine daba la noticia, había hecho caer á aquellas horas la ciudad de Matamoros y probablemente iba á perderse también el puerto de Tampico y todas las poblaciones de la frontera.»

Como observara Eloin que Maximiliano se había quedado pensativo, se apresuró á decirle para comunicarle ánimo:

—Príncipe, la guerra es la guerra, y así como los nuestros han alcanzado una serie de triunfos interminable, era preciso que alguna vez sufrieran un golpe.

—¡Oh! pero los austriacos muertos; pero mis queridos hermanos prisioneros.... ¿qué va á ser de ellos?

—Los perdonarán como siempre perdonan á todos los que caen en sus manos los juaristas por temor á las represalias.

—¡Oh! y esto en los momentos en que nuestros periódicos y nosotros mismos hemos asegurado á toda la Europa que la cuestión de la guerra en México podía darse por terminada.

—Sí, es un infausto suceso, pero no irreparable.

—Irreparable, irreparable: esos condenados ameri-

canos protejen muchísimo á los republicanos de México.

—Ahora Bazaine se convencerá de que es necesario desplegar más actividad.

—En caso de haber sido franceses los derrotados, sí; pero no los austriacos. ¿Qué le importan á Bazaine los austriacos y los mexicanos?

—Pero sí le importa su reputación militar y él es el responsable de los acontecimientos de la campaña. ¿No es él también el que da ya su misión de pacificar al país como terminada?

—Es verdad, ahora es preciso que le escribamos apremiándolo para que se mueva, para que pronto ponga en marcha un número de fuerzas bastante para hacer trizas á Escobedo.

—Eso es lo que debemos hacer, Majestad, y no lamentarnos de un hecho que no tiene ya remedio.

A renglón seguido escribieron á Bazaine cartas apremiantísimas, que probablemente iban á dar al Mariscal motivo para desternillarse de risa. El sabía cómo salvaba á sus franceses que estaban comprometidos; pero se preocuparía bastante poco de que Escobedo se hiciera dueño de toda la gran zona del Norte. Al fin él ya tenía todo lo que deseaba: mucha gloria, mucho dinero y un gran prestigio militar.

Apenas habían pasado otros tres días y apenas Maximiliano comenzaba á olvidar la gran desazón que le había producido la derrota del ejército austro--mexicano, cuando llegó otro correo apresuradamente en los momentos en que salía del baño y se preparaba á saborear su apetitoso almuerzo.

En esta vez no quiso hacer misterio de lo qûe los

pliegos le traían y mandó que se abrieran allí mismo en presencia de los que le rodeaban que llegaban ya á ocho personas en su mayor parte extranjeros de toda su confianza.

Los pliegos recibidos eran, unos enviados por Almonte desde Paris, y otros del ministro de Napoleón Mr. Drouyn de Lhuys, trascritos por Mr. Danó, que á nombre de su Soberano le decía entre otras cosas lo siguiente:

"El general Almonte ha puesto en manos del Emperador las cartas de S. M. el Emperador Maximiliano y entregado al Gobierno francés las comunicaciones de que era portador. S. M. tiene el sentimiento de deber expresar aquí la sorpresa que le han causado esas comunicaciones. Desde hace más de un año las instrucciones dirigidas á los agentes franceses en México, inspiradas por el sentimiento de los deberes y de las obligaciones recíprocas que hemos contraído, tenían por objeto hacer llegar al Gobierno mexicano consejos dictados por el interés de los dos países, no ménos que por la sincera amistad que S. M. profesa al emperador Maximiliano. Estos consejos parece que no han sido comprendidos. Bastante lo indican las proposiciones formuladas por el general Almonte, al mismo tiempo que ellas revelan la falta completa del conocimiento de una situación, sobre la que no puede diferirse el ilustrar á la Corte de México.

"No es ahora del caso recordar el orígen de la expedición francesa, cuya legitimidad está demostrada; obligados á hacernos justicia, la experiencia del pasado nos imponía el deber de buscar garantías contra

la repetición de actos que habían atraído sobre ese país, á costa de expediciones onerosas, represiones severas, mas siempre ineficaces. Estas garantías debían principalmente resultar de la constitución de un gobierno arreglado, bastante fuerte para romper con las tradiciones de desorden, triste legado de poderes efímeros. Por más que se deseara el establecimiento de ese gobierno, nosotros ménos que nadie podíamos pensar en imponerlo, y hemos protestado siempre en alta voz contra semejante designio. No hemos querido creer, sin embargo, que faltasen en la sociedad mexicana los elementos de una regeneración política indispensable, y nos habíamos prometido secundar todos los esfuerzos que intentara el país mismo, para arrancarle á la anarquía que le devora. Esta empresa era grande: sedujo al emperador Maximiliano. Al llamamiento del pueblo mexicano se consagró completamente á la empresa, sin que le arredrasen sus dificultades y peligros: él pensaba, como el Emperador Napoleón, que se enlazaban grandes intereses de conciliación y de equilibrio con la independencia de México y la integridad de su territorio, garantizadas por un gobierno estable y reparador, y *él sabía que no le faltaría nuestro apoyo para ayudarle á realizar una obra que interesaba al mundo entero.*

"Los deberes del Emperador hácia Francia le imponían, sin embargo, la obligación de calcular, según la importancia de los intereses franceses comprometidos en esta empresa, hasta dónde había de extenderse el concurso que le era permitido ofrecer á México para asegurar el éxito. Hé aquí el objeto d[el] tratado de Miramar. Ahora bien, del contrato qu[e]

había establecido nuestros derechos y nuestras obligaciones, Francia ha cumplido largamente las cargas que había aceptado, y no ha recibido de México sino muy incompletamente, las compensaciones equivalentes que se le habían prometido. Este es un hecho que debemos hacer constar, porque no depende de nosotros el suprimir sus consecuencias. Estamos lejos de desconocer los obstáculos y las dificultades de todo género contra los que ha tenido que luchar S. M. el emperador Maximiliano. Si hemos deplorado á menudo que sus leales intenciones no fuesen mejor secundadas, hemos aplaudido siempre su activa solicitud y su generosa iniciativa.

. . . .

"Los resultados no correspondían á nuestras esperanzas, á pesar de la habil y enérgica dirección del Mariscal, y del concurso de un ejército que nada deja que desear. . . .

"El Gobierno francés facilitaba el arreglo de empréstitos, que auxiliaban en sus apuros al tesoro mexicano, y, sin embargo, nuestros sacrificios no han sido recompensados sino con arreglos de cuentas ilusorias. Hemos dado consejos amistosos; pero la resistencia sistemática de los consejeros de S. M. se manifestaba, sobre todo, en lo que concernía á los intereses de la Francia. Deberemos recordar aquí á costa de cuántos esfuerzos la legación de Francia pudo obtener al fin una reparación insuficiente de los daños y perjuicios sufridos por nuestros nacionales, mientras se arreglaban, sin contestación, las reclamacianes inglesas: en los momentos mismos en que se encontraban recursos para solventar sin demora y

en metálico créditos dudosos y no exigibles, hemos visto discutir hasta el orígen de las reclamaciones francesas, no obstante estar reconocidas por el tratado de Miramar como la causa determinante de nuestra expedición, y que aun en el caso de no haber estipulado nada en su favor, *constituirían una deuda de honor é indiscutible.*

"Despues de haber indicado en todas circunstancias al gobierno mexicano la necesidad en que estaba de proveer por sí mismo á su propia séguridad, y de haberle declarado repetidas veces que el concurso que le prestábamos, no sería mantenido sino en tanto que las obligaciones correspondientes, contratadas con nosotros, fueran estrictamente cumplidas, hemos hecho que se le expongan las consideraciones imperiosas que no nos permitían pedir á la Francia nuevos sacrificios, y que nos decidían á retirar el ejército expedicionario. Al adoptar esta resolución, sin embargo, hemos prescrito que se ejecute en los plazos y con las precauciones necesarias, para evitar los peligros de una demasiada brusca transición. Hemos debido ocuparnos, al mismo tiempo, de *substituir á las estipulaciones, de hoy en adelante sin valor, del tratado de Miramar*, otros arreglos dirigidos á afianzar la seguridad de nuestros créditos. El ministro del Emperador en México ha recibido, en su consecuencia, las instrucciones necesarias para celebrar sobre este punto una nueva convención. Dichas instrucciones, como todos los actos del emperador Napoleón, están inspiradas por los sentimientos naturales que le unen al Emperador de México, y por su deseo sincero de conciliar intereses que no quiere separar. El

ha apreciado las razones *que han decidido á sus representantes, á no apresurar la conclusión inmediata de los arreglos que se le indicaban*, pero ha sentido el ver al Gabinete mexicano aprovecharse de su condescendencia, para trasladar á París el centro de una negociación que no podía seguirse útilmente sino en México.

"El emperador Napoleon ha sentido, sobre todo, ver reproducidos en el proyecto de tratado sometido á su gobierno por el general Almonte, proposiciones ya formuladas, y que cada vez que se han reproducido le han obligado á rechazarlas las razones más poderosas. Según ellas, la permanencia de las tropas francesas habría de prolongarse más allá del término convenido; se nos pidèn nuevos anticipos de fondos, previendo la insuficiencia de los recursos del tesoro mexicano, y se aplaza el reembolso para épocas indeterminas; ninguna prenda se nos ofrece, ninguna garantía se estipula para asegurar nuestros créditos. Despues de las declaraciones francas, leales y explícitas del gobierno francés, cuesta trabajo *explicarse la persistencia de las ilusiones que han presidido á la concepción de su proyecto.* Es imposible admitir las proposiciones del general Almonte y autorizar su discusión. Será preciso estipular un nuevo convenio.

"Si S. M. el Emperador Maximiliano aprueba las combinaciones que le serán presentadas, se mantendrán los términos fijados para el reembarco sucesivo de las tropas francesas, y el mariscal Bazaine adoptará, de acuerdo con S. M., las medidas necesarias para que la evacuación del territorio mexicano se efectúe en las condiciones más favorables, para el soste-

nimiento del órden y la consolidación del poder imperial. Si, por el contrario, nuestras proposiciones fueren rechazadas, no debemos desimular que, considerándonos en adelante libres de todo compromiso, y firmemente resueltos á no prolongar la ocupación de México, *ordenaríamos al mariscal Bazaine que procediera con toda la actividad posible al reembarco del ejército, no teniendo en cuenta sino la comodidad militar y las consideraciones técnicas que solo él puede apreciar.* Deberá ocuparse al mismo tiempo de procurar para los intereses franceses las seguridades á que tienen derecho.

"El emperador Napoleón tiene la conciencia de haber cooperado á la obra común: á México corresponde en lo sucesivo consolidarla. La tutela extranjera, prolongándose, es una mala escuela y un manantial de peligros: en el interior acostumbra á no contar consigo mismo, y paraliza la actividad nacional; en el exterior suscita sospechas y despierta susceptibilidades. Ha llegado el momento para México de desvanecer todas las dudas, y elevar su patriotismo á la altura de las circunstancias difíciles que atraviesa. En el interior como en el exterior, los ataques dirigidos contra la forma de las instituciones que se ha dado irán debilitándose, sin duda, gradualmente, *cuando esté sólo para defenderlas*, y serán impotentes contra la unión del pueblo y su Soberano, robustecida por las pruebas valerosamente aceptadas y soportadas en común. De S. M. el Emperador Maximiliano será la honra de haber realizado de ese modo la obra civilizadora, de que nos enorgulleceremos siempre por haberla protegido y alentado desde su principio."

Maximiliano luego que acabó de oir leer lo que antecede, exclamó mesándose las barbas:

—Napoleón me ha engañado: existe una convención formal entre él y yo, sin la cual jamás habría aceptado el trono, que me garantizaba absolutamente el auxilio de las tropas francesas hasta fines de 1868.... ¡es un impostor!

Palabras textuales é históricas.

Eloin por su parte dijo montado en ira:

—Napoleón ha faltado á su palabra y á su honor en tres momentos solemnes: primero, con su perjurio del 2 de Diciembre; segundo, cuando aseguró que no se mezclaría en la política interior de México, y aprobó que fuera violado el tratado de la Soledad; y tercero, escupiendo en su firma puesta al pie de la convención de Miramar.

Y como si semejantes golpes no bastaran para abatir el ánimo del Archiduque, que era en sumo grado impresionable, vino á recibir en medio del pecho el tercero que sintió que lo hería más terriblemente.

Había hecho su viaje á Cuernavaca con una causa especial, como siempre que se sepultaba en aquella deliciosa residencia, en que la sola vegetación del lugar le causaba vértigos de placer.

Creía haber dejado todo arreglado perfectamente para alcanzar la entrevista que deseaba con toda su alma.

Si no había montado á caballo para regresar á México cuando obtuvo cualquiera de las dos noticias anteriores, que para él eran igualmente funestas, fué porque todavía esperaba tener una compensación.

Quizás el día siguiente la tendría.

No se le había señalado fecha fija para dar cumplimiento á las órdenes, mejor dicho, á los anhelos imperiales; pero se le había asegurado que no transcurriría una semana sin que viera llegar á la persona que con tantas ansias esperaba.

Esa persona era Aurora Jimenez, la sobrina del coronel Cisneros. Por fin éste se había amansado con las exhortaciones de su mujer y tal vez creyó candorosamente que no había peligro en que su sobrina tuviera una entrevista honesta con el Emperador como éste se lo había asegurado. S. M. lo único que deseaba era que lo viera de cerca, seguro de vencerla con sus hechizos personales.

Así pues, había dicho al coronel que él mismo la llevara: que no pretendía más sino conversar con ella sin estar bajo el peso de las miradas de la corte: que deseaba hacerle ante la naturaleza una demostración de sus simpatías y nada más. El ilustre príncipe creía que todo era tenerla allí bajo sus miradas para fascinarla y rendirla.

Cisneros tranquilizó los rugidos de su conciencia con las protestas del soberano de que no cometería el menor abuso y consintió en llevarla como si se tratara de un paseo inocente. Se le habían facilitado todos los medios para que hicieran el viaje segura y cómodamente.

Maximiliano recibió una carta en que el coronel le decía:

"Señor:

"S. M. la Emperatriz ordenó á su dama de honor, mi esposa, que llevara á Aurora ayer á Palacio: tuvo

que obedecerla, la llevó y aquella la retuvo. Más tarde fuí por ella y se me impidió que la viera. Hoy se dignó recibirme S. M. y me ha notificado que Aurora ha salido fuera de México por orden suya. Que es su protegida, que ella ha cuidado de colocarla en lugar seguro y que se ha procedido en todo con la voluntad de la joven. Al efecto me ha mostrado una carta firmada por Aurora, en que dice que procede de entero acuerdo con S. M. la Emperatriz.

"Súbdito de V. M. muy ardiente.—*Tirso Cisneros.*"

—¡Condenación! exclamó el Archiduque, en esta vez tirándose no sólo de las barbas sino también de los cabellos, mi estrella me abandona.

Poco después con un mal humor que no había llegado á vérsele, dió esta orden:

—A México, señores.



CAPITULO XXXIII

ESCENAS DE FAMILIA

MAXIMILIANO estuvo de pronto evitando encontrarse á solas con su mujer, huyéndole á una explicación mortificante: por una parte temía salirse de tono, airado como estaba por la mala partida que acababa de jugarle, y por la otra que ella le dirigiera alguno de sus finos y punzantes reproches, en los cuales siempre, por su propia debilidad de espíritu, salía derrotado. Pero había asuntos muy graves de Estado, en que ambos estaban profundamente interesados y la conferencia á solas era ineludible.

De pronto el Archiduque ocultó cuanto pudo delante de la corte la verdadera consternación con que estaba agobiado: le fué preciso hacer poderosos esfuerzos para disimular, aunque fuera algo, su estado de ánimo, que sin embargo no se escapó al ojo perspicaz de Carlota, la cual aprovechó el primer momento en que estuvieron cerca el uno del otro, al dia siguiente del regreso de Cuernavaca, para decirle muy quedo:

—Necesito hablarte, Maximiliano.

—Yo también lo deseo, esposa mia.... pero hay tantas cosas á que atender.... ahora.

—Sin embargo, es preciso que hablemos de eso de Napoleón.

—Sí, quiero decirte lo que he resuelto.

—Sobre eso mismo quiero que hablemos.

—¿Cuándo?

—Sobre la marcha.

—Dentro de dos horas estaré en tu departamento.

—No, no, dentro de diez minutos á lo más. Despacha á toda esta gente: tú eres el Soberano. Despáchala.

—¿Y puedo despachar á los ministros de Estado, á los generales, al arzobispo....?

—A todo el mundo. O no los despaches, déjalos y ven.

—Te ofrezco seguirte muy pronto.

Entonces la Emperatriz saludó graciosamente á la concurrencia y se fué asida al brazo del conde del Valle, su gran chambelán, secretario, caballerizo y quién sabe cuántos títulos mas, seguida de las damas y caballeros que formaban su corte particular.

Cuando pasaron veinte minutos sin que el Emperador hubiera podido desprenderse de las personas que lo asediaban, recibió este un mensaje de Carlota en que le decía que lo estaba esperando.

No tuvo remedio: se excusó como mejor pudo con las personas que estaban allí, exponiéndoles que la Emperatriz le llamaba con apremio, ofreciéndoles que antes de media hora volvería.

Ni en dos horas, pudo volver, según se verá por lo que en seguida van á oir los lectores:

—No es tiempo de recriminaciones, dijo inmediatamente Carlota á su marido, después de haber echado el pasador á la puerta, en presencia de los graves acontecimientos que tienen embargados nuestros espíritus....

—¿Recriminaciones?.... preguntó él haciendo cierto ademán de disgusto.

—¿Vas á suponer entonces que no estoy enterada de todo?

—¿Y de qué estás enterada?

—De todo. Y lo que he hecho es salvar á una amiga mia de que fuera á formar número con las víctimas de Cuernavaca.

—¡Oh! ¡oh! parece que te mezclas en mis asuntos más de lo que es de esperarse y de desearse.

—No quería hablar de eso; pero pues me obligas, sábete que esa joven tiene un prometido y que yo le he ayudado para que la coloque en lugar seguro y pueda tomarla por esposa.

Maximiliano se puso rojo de cólera ó de vergüenza, sin encontrar de pronto qué contestar. Al fin dijo para salir del paso:

—¡S. M. la Emperatriz metiéndose á casamentera!

—Si estas cosas pudieran hacerse públicas, nadie me las reprocharía.

—Pero en fin, Carlota, tus espías te han informado mal si acaso te han dicho que yo tenía proyectos preconcebidos respecto de tu protegida.

—¿Me negarás que fuiste á esperarla á Cuernava-

ca, ó mejor dicho, á esa leonera que me dicen tienes entre un bosque de palmas y chirimoyos?

—No puedo negarte que la invité con su familia para un simple paseo campestre. Los soberanos deben tener algunos descansos y expansiones.

—¡Ah! La mandabas llevar á tu quinta por via de higiene.

—Es un retiro de los negocios enteramente honesto. De eso pueden dar testimonio Eloin y cuantos me acompañan. ¿Qué hemos estado haciendo en estos días? Pues lo mismo que en otras ocasiones: bañándonos, leyendo periódicos, cazando, haciendo correrías por los bosques, respirando un aire libre y sano.

—Bueno, bueno, quiere decir que sin interés ninguno has traído á toda esa gente á Palacio concediéndoles contra mi voluntad pensiones que son una carga para las cajas públicas.

—Nos sirven como tantos otros.

—Para nada.

—Para nada nos sirven tampoco los mariscales, caballerizos, maestros de ceremonias, damas, lo mismo que tu títere el conde del Valle, y los tenemos porque la corte debe formarse con algunas gentes aunque sean inservibles.

Fué el turno de Carlota para cambiar de color, pero contestó inmediatamente.

—¿Serías tú tan ligero de dar el menor crédito á las hablillas vulgares respecto de mi predilección por un hombre que es tan atento como servicial?

—Yo no hago más que una alusión del caso que no es intencional.

—Pues ese conde del Valle es el único noble de

sangre que hay en México y el único que sabe llevar el título con dignidad.

—Es lo mismo que yo digo de la Señorita Aurora: es la única joven discreta y de talento que puede ser la amiga leal y desinteresada del soberano.

—La prudencia y nuestra posición exijen que nos ocupemos en cosas más sérias.

—Pues no me parece que sea fútil tu intervención directa en mis acciones privadas y en mis amistades!

—Soy tu esposa ante Dios y ante los hombres: soy la Emperatríz!

—Señora....

—Y si valiera la pena el asunto, añadiría que cada vez que se ofrezca sabré hacer que queden incólumes mis derechos.....

Ya en un terreno tan escabroso, Maximiliano reflexionó que era conveniente amainar y dijo volviendo á tomar asiento, pues se había levantado.

—Y una vez que hablamos en el seno de la intimidad, espero que me digas algo de los asuntos que llamas serios

—El asunto vital para nosotros es, que si no acudimos pronto á velar por nuestros intereses, el trono, que está ya vacilante, puede rodar al abismo.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes tan bien como yo: Juárez está otra vez con su gobierno en Chihuahua sin que haya medio ni esperanzas de que los franceses vayan á quitarlo de allí.

—Juárez no importa nada: nuestro gran enemigo es Napoleón.

—Bueno: Napoleón que teme complicarse en la guerra europea y que tiene un miedo cerval á Mr. Seward.....

—Napoleón piensa dejarnos en el aire quitándonos su apoyo.

—¿Y que dices tú de eso?

—Digo que ya tengo mi resulución formada.

—Ya sé cual es; pero ese seria el peor paso de todos porque nos cubriría de ridículo.

—Ah! ¿es posible que tambien sepas tu....?

—Que piensas abdicar: lo he adivinado en tus ojos y en tus palabras.

—Pues no solo lo pienso, sino que traigo aquí ya hecha la abdicación para firmarla en tu presencia. Sabía que habías de estar implacable conmigo y la traje para imponerte esa pena.

—Pena á mí? ¿No sabes, hombre incauto, que abdicando tu serías el que te castigarias terriblemente? ¿Qué papel irías á desempeñar en Europa?

—Iría á tomar mi puesto entre las legiones austriacas.

—En el caso de que tu hermano quisiera admitirte!

—¿Y por qué no había de admitirme?

—Porque no te quiere, porque te juzga un conspirador, porque cree que le haces sombra.

Maximiliano se quedó pensativo.

La princesa continuó así:

—Es preciso que pensemos ya con juicio en nuestra situación. Nosotros no podemos salir de aquí sino para el cadalso.

—¡Cómo! ¿qué es lo que dices?

—Sí, porque lo preferiremos á la rechifla. Nuestra

sangre, nuestra prosapia, nuestra dignidad imperial, todo lo que hay en nosotros de noble, exige que defendamos una situación que hemos aceptado. Debemos luchar, luchar con brío hasta que no tengamos ni un hombre ni un peso, aunque seamos nosotros solos contra todos.

—Sería más que una locura.

—Pero una locura en correspondencia con nuestra alta misión.

—No creo que nuestra misión sea llegar hasta el sacrificio.

—De manera, ¿qué cuáles son tus planes definitivos?

—Los que me inspira la misma situación de que antes me hablabas. El país no quiere aceptar el imperio, puesto que hay legiones de hombres que lo combaten; Escobedo se ha apoderado de toda la frontera del Norte; Corona lucha incansablemente en Occidente hasta el punto de que sus parciales se han apoderado de algunas plazas; Bazaine se muestra tibio para emprender una campaña activa y fructuosa; carecemos de recursos para levantar un ejército formidable por nuestra propia cuenta; Napoleón quiere abandonarnos en los momentos en que más necesarios nos son sus auxilios.... Ante todas esas dificultades la abdicación se impone.

Dos gruesas lágrimas se deslizaron por las mejillas de la princesa. Maximiliano, queriéndose aprovechar de ese momento de estupor de su esposa, sacó el papel del bolsillo, lo extendió sobre la mesa, se sentó al lado, tomó una pluma, la mojó de tinta en el tintero y

ya comenzaba á poner su nombre, cuando sintió sobre la suya la mano de la Emperatriz.

—¡Detente! le dijo ésta con la mirada extraviada.

Maximiliano la vió y tuvo miedo ante aquella fisonomía trastornada.

—Creo que es lo más conveniente, le dijo él suavizando la voz.

—Nó, nó, exclamó ella exaltada: esa abdicación sería nuestra ignominia cuando todavía hay elementos con que combatir. Si estuviera el enemigo á las puertas de México todavía habríamos de pensarlo; pero abdicar ahora sería una cobardía, una vergüenza, una infamia. Un Hapsburgo no se intimida, no tiembla, no se rinde ante los peligros lejanos.

—¿Y qué debo hacer?

—Ya te lo he dicho: empuñar la espada y combatir con valor.

—El valor sabes que no me falta; pero carezco de los medios para ponerlo en planta.

—Yo también tengo mis proyectos y creo que son mejores que los tuyos.

—Dílos.

—Ir yo misma á echarme á los piés de Napoleón para exhortarlo á que cumpla sus promesas; ir también á postrarme á los piés del Padre Santo para decirle que nos economice sus bendiciones pero que recuerde que cuando estuvimos en Roma nos ofreció protejernos á fin de que con su palabra divina ponga fin á las torturas religiosas que aquí nos despedazan; ir también llorando de puerta en puerta por las casas de los banqueros y los poderosos para que nos presten el dinero que necesitamos. Si nos sostenemos

dos, tres años más, nuestro imperio quedará establecido para siempre. Lo veo con la inspiración, con los ojos de una profetiza, con la fé que siento en este momento en mi corazón.

—¡Carlota! me das lástima.

—Nó, no la tengas.... ¿por qué?

—Porque vas á sufrir tal vez desaires y humillaciones.

—¡Y qué te importa si te traigo la salvación!

—¿Y si no traes nada y vas á sufrir inútilmente?

—Eso es cuenta mía; pero yo te juro que no volveré si no traigo cuanto necesitemos para nuestra salvación completa.

—Te impones un sacrificio que vale más que los resultados.

—¿No te digo que los resultados serán nuestra salvación?

—Tengo confianza en tu talento y en tu energía; pero conozco los escollos en que vas á tener que estrellarte.

—No me estrellaré; pero si así fuera ¡te espero en Miramar!

—¡Ah! ahora comprendo tu pensamiento y tu abnegación. Quieres tentar el último esfuerzo y si fracasas, ya no tengo compromiso de permanecer en México!

—Nó: si fracaso te lo aviso y presentas en el acto tu abdicación.

—Siendo así, acepto.

—Por ahora rompamos ese papel que tanto ha conturbado mi espíritu.

Diciendo esto Carlota avanzó hacia la mesa en

donde estaba la abdicación á medio firmar y la rompió.

—Ahora, desde esta tarde misma voy á hacer mis preparativos de viaje.

—¿Cuándo quieres salir?

—Mañana mismo si hay un buque en Veracruz que me lleve.

—Se te alistará uno en tres días.

—Quiere decir que dentro de tres días saldré para Francia.

—¿Quiénes te acompañarán?

—Pocas personas, las más indispensables y las más útiles.

—Irán contigo el viejo Uraga que es de toda mi confianza y aun el mismo conde del Valle si lo necesitas.

—Sí, quiero que vaya el conde del Valle como una muestra tuya de que tienes fé en la dignidad de tu esposa.

—La tengo.

—Venga tu mano en señal de eterna reconciliación.

—A mis brazos, amada mía.

—¿Me perdonas?

—De qué he de perdonarte, de tus celos? ¿acaso los celos no son la mejor prueba del cariño?

—Del amor, de la pasión, querrás decir.

—Sí, vida de mi alma.... yo también te amo y por eso me ofusca á veces la nube de los celos.... ¡también soy celoso!

—¡Bah!.... tú no amarás á otra como á mí me

amas y yo.... figúrate si podré amar jamás á otro hombre....

—Nó, nó....

—¡Adiós!

Maximiliano dió un beso en la boca á Carlota y salió de allí con la sonrisa en los labios, murmurando muy bajo, muy bajo:

—¡Crédula!



CAPITULO XXXIV

¡LOCA!

ERA el día 8 de Junio de 1866.

Desde muy temprano se notó en Palacio gran movimiento entre los criados de alta y de baja librea, como siempre que se desarrollaba un suceso extraordinario.

Se encamisaban los coches de camino, se enjaezaban las mulas y los caballos en las caballerizas, se llevaban de uno á otro lado los sacos de provisiones, subían y bajaban las escaleras muchas personas casi atropellándose; se llevaban baules y maletas al carro de los equipajes, los dragones arrastraban sus sables en el patio principal alineándose al lado de sus monturas; algunos personajes de ambos sexos iban de unos á otros departamentos en traje de camino: en suma todo demostraba que iba á salir del alcázar imperial alguna importante caravana.

En efecto, aquel día era el que había designado Carlota para emprender su viaje y todos se alista-

ban: unos para acompañarla por dos ó más leguas y otros para formar parte de su séquito en toda la larga peregrinación. Estos últimos fueron los siguientes: D. Martín del Castillo, Ministro de Negocios Extranjeros; el general Uraga, el primoroso conde del Valle de Oaxaca, el gentil hombre D. Felipe Neri del Barrio, el conde de Alcaraz, y el conde de Bombelles, su médico, su capellán, cuatro damas de honor, tres viejas y una muy joven pero vestida de negro y enteramente cubierta con un espeso velo. Iban además algunas doncellas, que quién sabe si lo serían, y como diez ó doce criados con librea de más inferior categoría.

Se iba á hacer un buen despilfarro con este loco viaje diplomático que no había de dar ningunos resultados; pero así convenía á la dignidad imperial y al antojadizo é imponente caracter de la que llevaba el nombre de Emperatriz. Por ejemplo, Castillo, Uraga y todos los condes no iban más que como personajes decorativos, porque ella sola se había propuesto llevar á cabo sus proyectos en las cortes europeas.

Fuera de las personas de la corte y de otras de la intimidad de la soberana, á nadie se permitió la entrada en Palacio, de modo que cuando se abrieron las puertas ya los coches y escoltas estaban escalonados en el gran patio y salieron á la calle en la misma formación; y como todos los viajeros llevaban el aire taciturno, los pocos curiosos que los veían pasar se preguntaban: ¿Es un entierro? ¿Para dónde irá tanta gente? ¿Por qué no va la música ni hay campanas ni cañonazos? ¿Qué mosca habrá picado á SS. MM. y á los palaciegos?

El cortejo continuó, silencioso, sin que se oyera otra cosa que el rodar de los carruajes y el martilleo de las herraduras de los caballos sobre el empedrado, sin que nadie se asomara, ni volteara la cabeza, ni hablara dos palabras, pareciendo como una huida hecha casi furtivamente en las primeras horas de la mañana. Sólo cuando dejaron atrás la garita y salieron al camino, los de los coches dieron señales de vida y los de la escolta encendieron sus pipas y conversaron.

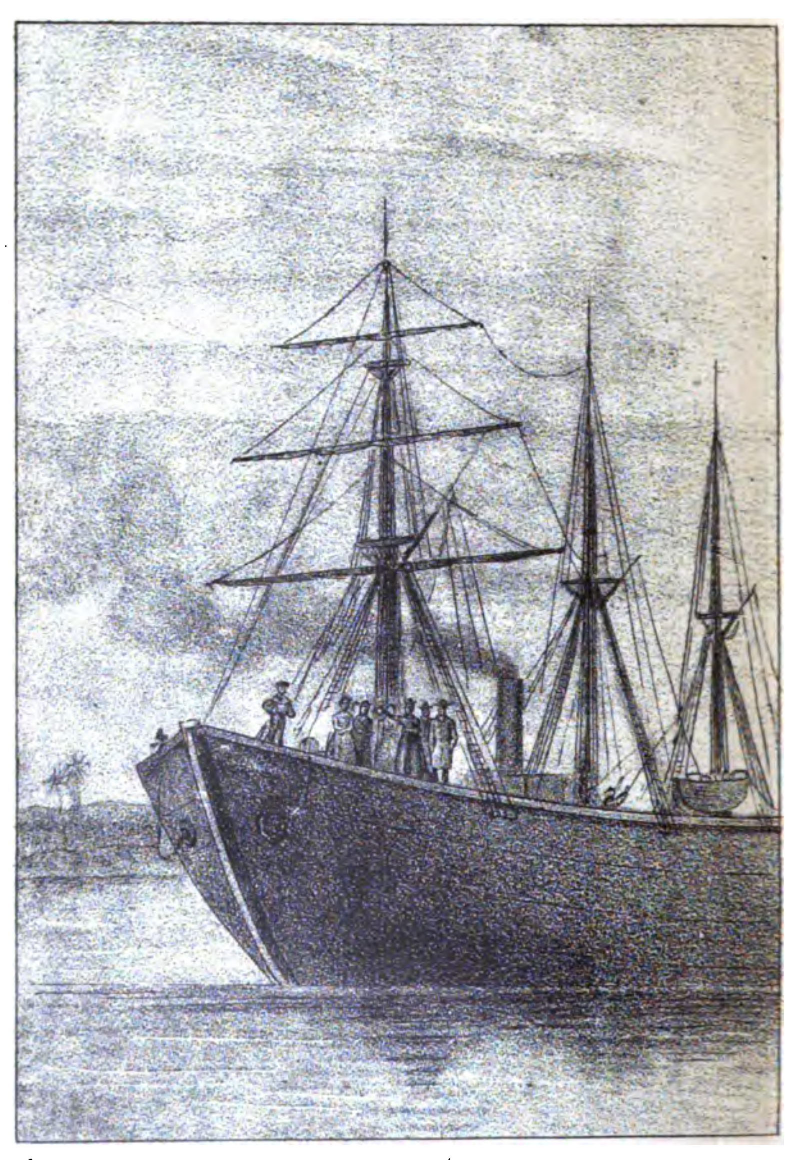
El Emperador y su acompañamiento regresaron por la tarde á la capital, sin que Bazaine y los suyos les hicieran los honores de la recepción como en otras veces. El Mariscal no ignoraba el viaje de la Emperatriz y su objeto: tenía buena policía en Palacio y conocía los menores detalles, pero se hizo el desentendido y sólo se ocupó en escribir cartas á Francia haciendo de lo que pasaba la relación que le pareció conveniente. Bastante frías estaban en esos momentos sus relaciones con la corte de Maximiliano para que demostrara por lo que se hacía otra cosa que la más profunda indiferencia. Ya entonces sólo se cruzaban cartas muy frías yalgunas veces eran algo groseras las que dirigía el jefe francés al que se titulaba Soberano de México, versando esas cartas sobre asuntos militares en lo general y diciendo en ellas por su parte cosas distintas de las que hacía y las que meditaba. Por ejemplo, tenía instrucciones de ir reconcentrando poco á poco sus tropas, separándolas de los lugares lejanos, y al Archiduque le aseguraba que iba á emprender una campaña activa y á recuperar las ciudades y los puertos perdidos.

Hemos dicho que de las cuatro damas que acompañaban á la Emperatriz, una era joven é iba cubierta con un velo espeso que no llegó á levantarse mientras en la comitiva iban incorporados Maximiliano y sus gentes: luego que se despidieron se lo levantó y ya pudieron verse sus hermosas facciones y algunos que la conocían murmuraron por lo bajo: ¡Es Aurora, la sobrina del coronel Cisneros!

Ella era en efecto. La princesa Carlota con el consentimiento de la joven, para evitarle las celadas que pudieran ponerle, la había depositado antes en la casa de una de sus amigas de confianza y en seguida le había propuesto llevarla á Europa, en lo que también consintió, la joven, dejando escritas algunas cartas para su familia, para sus primas, para el periodista Pérez y para su amante Ernesto. Después sabremos quizás lo que decía esta última carta.

Entre tanto para no truncar nuestra relación y á reserva de retroceder para que no nos queden sin referencia algunos sucesos de importancia, seguiremos con la taciturna comitiva de la Archiduquesa que llegó á Veracruz el 13 por la tarde embarcándose inmediatamente. Le esperaba ya el vapor *Emperatriz Eugenia* y en él entró con toda su gente.

En el tránsito hubo su animación, dirigida por las autoridades imperialistas, y Carlota procuró siempre disimular las mil contrariedades que la afectaban; pero por más que hubiera músicas, banquetes y discursos, una nube de tristeza se cernía sobre las cabezas de los viajeros, que de más á más llegaron á la embarcación en día 13, circunstancia que califica-



A las cinco y media levó ánclas el vapor y la soberana permaneció sobre cubierta.

ron de mal agüero los marinos y las gentes supersticiosas.

A las cinco y media de la tarde levó anclas el vapor y la Soberana permaneció sobre cubierta hasta que se perdieron de vista las costas mexicanas. Los que la vieron entrar á la ancha cámara del capitán que le fué cedida para el viaje, notaron que llevaba los ojos llorosos y que había lanzado hondos suspiros.

—Amiga mía, dijo á Aurora que casualmente estaba de servicio y esperándola de pie en la cámara, ¿no estás triste?

—Mucho, señora. Aunque vengo por mi voluntad y aunque me creo muy honrada con viajar en compañía de V. M.; siempre causa profunda pena separarse de las personas que se aman, sin despedida.

—¡Pobrecita de mi Aurora! Bien hubiera querido yo separarte de tu hogar en circunstancias más propicias y proporcionarte un viaje de recreo; pero no todo lo que se quiere se puede.

—Comprendo la situación, señora, y tengo suficiente fuerza de voluntad para resignarme.

—Quizás luego que nos pasen á ambas estas primeras impresiones, lograremos ponernos alegres.

—Así lo deseo, señora, y lo que siento es no ser muy espiritual, para procurarlo desde ahora.

—Sería inútil. Ni tú ni yo podemos tener el ánimo tranquilo. Tú debes venirte acordando constantemente de tu prometido de quien no hemos logrado adquirir noticias ciertas, de tu familia, de tus amigos. Yo.... ¡tengo tantas cosas en qué pensar!

—Señora....

—Sí, muchas, muchas. Sentémonos.

Se sentaron y luego Carlota dijo lo siguiente como hablando consigo misma:

—Dejo sólo y por mucho tiempo á Maximiliano que únicamente conmigo se completa. Lo dejo sólo quizás cuando más me necesita, cuando está tan rodeado de malvados y de intrigantes. ¿Quiénes son en México sus verdaderos amigos? ¿Quién le dará el menor consejo con desinterés y sin segundas miras? ¿Quién se sacrificará por él cuando necesite de héroes y de mártires? El tan débil, tan vacilante, tan vago en sus apreciaciones, tan poco firme en sus ideas, tan poco seguro de las medidas que dicta, ¿qué hará el día en que se le presenten dificultades que le parezca imposible combatir y vencer? Es cierto que me ha jurado no abdicar mientras yo no regrese; pero ¿me lo cumplirá luego que se vea asediado de contínuo por Bazaine y por todos los que van empujándolo al abismo? Yo no podía hacerme dos y tuve que abandonarlo.... era preciso, era preciso.... mi deber, mi alto deber de Emperatriz me decía á gritos que en mis manos estaba la salvación del imperio.... ¿por qué no había de apresurarme á cumplir con mi santa misión?.... Después, cuando vuelva será tiempo todavía de ponerlo en el buen camino, si es que se ha descarriado. Vuelva yo con mi maleta llena de millones y de documentos positivos que no representen vanas promesas, vuelva yo con las verdaderas bendiciones del Santo Padre que nos libren de las intrigas del clero mexicano, y aunque sea después de tres ó cuatro meses, siempre llegaré en buena hora para deshacer las maquinaciones con que hayan logrado hundir en no sé qué abismo á

Maximiliano. Yo le he aconsejado una y mil veces que viva alerta, que desconfié de todos, que no mueva un pie sin que el otro esté firme, que obre con prudencia y á la vez con energía, que á nada se comprometa, que no quite los ojos de nuestra dignidad imperial, que lo entretenga todo de la mejor manera posible mientras yo regreso.... pero apenas salgo, apenas llevo unos cuantos días de estar separada de su lado y ya me parecen siglos.... ¡Dios mío! dame valor, ¡Dios mío! protéjeme, ¡Dios mío! dános á mi marido y á mí las suficientes fuerzas para salir con bien de la árdua empresa en que nos hemos metido....

Y como si esta oración no bastara, cayó de rodillas y exclamó:—¡Padre nuestro que estás en los cielos...

Aurora algo sorprendida ante todo aquello que oía y de que no podía formarse entero juicio, se arrodilló tambien y la ayudó á rezar.

El resto del viaje no tuvo peripecias y la *Emperatriz Eugenia* atracó en los muelles de *Saint-Nazaire* en la mañana del dia 8 del siguiente mes de Agosto. Carlota con sus gentes y con las que salieron á recibirla entre las que se encontraba el ministro Plenipotenciario D. Juan Nepomuceno Almonte, llegó á París y se alojó en el Gran Hotel en donde de antemano se le habían preparado espléndidas habitaciones. Aunque no estaba anunciada oficialmente su visita á Napoleón, comenzó á chocarle que por parte de esto no se le hiciera ninguna clase de recibimiento.

Tanto el príncipe de Metternich, embajador de Austria como Gutiérrez Estrada y otros personajes, la tranquilizaron á este respecto, enseñándole los diarios en que por órden del gobierno se había desmen-

tido la noticia de su viaje, reputándola como una fábula. En consecuencia había motivos para creer que en el palacio de Saint-Cloud, donde estaba la corte por el momento, se ignoraba que la soberana de México hubiera llegado á París.

Al dia siguiente que era el 10, despues de haber pasado el anterior con la mayor ansiedad se consideró ya muy feliz á las seis de la tarde cuando se le anunció la visita de la Emperatriz Eugenia, y otras damas y caballeros de alto rango. Tal visita no revistió ninguna importancia; pero Carlota estuvo gozosísima y ya se consideró autorizada para presentarse al dia siguiente en Saint-Cloud.

¡Por fin iba á ver con sus propios ojos hacia que lado se inclinaba la balanza en que se iban á pesar sus destinos y los de su querido Maximiliano!

Si Napoleón, si aquel hombre sombrío y faláz consentía en tenderles una mano verdaderamente amistosa, estaban salvados.

Casi no durmió aquella noche en medio del gozo que le había proporcionado la visita de Eugenia y las zozobras que sentía al pensar en la entrevista que tendría al siguiente dia con Napoleón III. A media noche se levantó y oró: Aurora la oyó murmurar:

—Dios mío, dame fuerzas, dame elocuencia, dame mucho valor para luchar brazo á brazo con ese hombre.

Amaneció el dia y se puso en marcha con su comitiva para llegar á Saint-Cloud exactamente á la hora que ella misma había fijado la noche anterior.

Fué recibida galantemente por la familia del Emperador menos por este que no se presentó.

—Y S. M? preguntó al fin Carlota á la Emperatriz Eugenia.

—Está muy indispuesto, muy indispuesto, contestó.

—¡Oh! ¡que contrariedad! Necesito absolutamente hablarle.

—Se lo mandaré avisar.

—Sería un favor tan grande para mí, hermana mía.

Napoleón se negó hasta tres veces, pero la princesa Carlota declaró que no se saldría del Palacio sin verlo y de tal modo siguió insistiendo que la misma Emperatriz Eugenia fué y se lo trajo.

—Señor, exclamó la desolada princesa cayendo de rodillas ante el soberano de Francia, dígnese V. M. escucharme.

Napoleón la levantó galantemente y la introdujo en su despacho. Allí mientras él se paseaba de un lado á otro con los brazos cruzados por la espalda, ella habló, habló mucho del nuevo imperio mexicano, de la protección que le debía la Francia y hasta llegó á decir que sería una cobardía que se abandonara á Maximiliano á su suerte cuando el mismo Emperador francés había dicho en ocasión solemne que su intervención armada en México era la página más gloriosa de su reinado. En resúmen, le pidió Carlota á Napoleón III lo siguiente: cuadros completos de oficiales instruidos para formar el ejército mexicano; la relevación de Bazaine por Douay ó cualquier otro general; aplazamiento hasta Abril de 67 para la retirada del ejército francés que había en México y un respiro de dos años para el pago de la deuda.

Hubo una especie de altercado entre el soberano de Francia y le embajadora de México; pero despues de muchas palabras y muchas reconvenciones dijo el primero:

—Lo pensaré, lo pensaré y.... más tarde.... veremos.

Carlota comprendió que era fuerza retirarse y se despidió poniendo antes un *memorial* en las manos del Emperador francés en el que contestaba Maximiliano á todos los cargos que se le habían hecho y explicaba ampliamente su conducta y achacaba todo cuanto malo se había hecho á los jefes expedicionarios: ofreció la gran dama seguir concurriendo á Saint--Cloud hasta ser despachada y concurrió en efecto y se le dió á entender en cuatro conferencias más con Napoleón ó con sus ministros que conservara la esperanza, á la vez que el de relaciones extranjeras daba seguridades al embajador americano de que la presencia de la Emperatriz Carlota en París en nada cambiaba la resolución del Emperador francés de retirar cuanto antes sus tropas de México.

El 18 por la noche dijo Carlota á su amiga Aurora despues de volver de Saint-Cloud:

—Toda mi elocuencia se ha estrellado ante ese hombre de corazón de piedra. Mañana saldremos de esta tierra maldita.

Y para distraerse y pasear á la vez á sus convidados hizo un corto viaje por varias ciudades de Italia y de allí se embarcó en el vapor *Neptuno* para Miramar, encerrándose en sus antiguas habitaciones, cuyas ricas tapicerías fueron los testigos mudos de sus lamentos y del abundante llanto que derramó.

—¡Estamos perdidos! ¡estamos perdidos! murmuraba frecuentemente.

Todavía se distrajo un poco asistiendo á las fiestas que se dieron en esos días en Trieste y en su mismo castillo de Miramar; pero era necesario apurar todo el cáliz de la amargura y despues de veinte días de permanencia allí en que por fin supo toda la verdad, esto es, cuando ya no le cupo duda de que Napoleón solo la había entretenido con evasivas ú ofrecimientos insustanciales, pues que ya era público y notorio que había decidido retirar su protección á Maximiliano y recoger sus tropas de México, dijo ella el 17, despues de solemnizar el 16 por una incomprensible ironía de la suerte las fiestas de la independencia de su nueva patria, que el 18 se dispusiera el viaje para Roma.

Alguno de sus allegados quiso convencerla de que tal vez iba á sufrir humillaciones infructuosas, de que el Santo Padre cerraría los oidos á sus súplicas, como los había cerrado el déspota de Francia; de que su salud podía correr peligro con aquellas sacudidas; de que lo mejor era volver desde luego á México y sacar de allí al Emperador ó fortalecerlo en la lucha, si acaso se debía seguir luchando; pero ella contestó casi con altanería:

—He traido una misión que yo misma me impuse y debo cumplirla hasta el fin.

El viaje fué dilatado de propósito, pues que llegó á la ciudad pontifical hasta el 26 y se alojó en el Albergo di Roma, que era el hotel más elegante, con toda su comitiva, en donde recibió por la noche la visita del cardenal Antonelli, secretario de Pio IX.

Habil diplomático el tal cardenal, permaneció im-

penetrable ante las múltiples preguntas que le hizo la princesa, contestando á todas con dulzura, pero sin que nada significaran sus respuestas.

—¡Oh! estas aves de rapiña, exclamó la princesa luego que el cardenal se fué, son peores mil veces que todas las fieras de Paris.

Todos sus allegados se espantaron ante aquellas frases y cuando se retiraron no faltó quien dijera en el camino:

—Está muy rara la Emperatriz.

—Desde hace varios días está sosteniendo una lucha interior terrible, dijo otro de los cortesanos.

El día 27 se presentó en el Vaticano.

¿Qué fué lo que pasó entre ella y Pio IX? Nadie lo supo ni nadie lo sabrá jamás; pero el hecho fué que las personas que habían ido en su compañía hasta las antecámaras, la vieron salir con el semblante descompuesto, con la mirada extraviada, con las facciones todas desencajadas, con la cabellera suelta, con los puños crispados y pronunciando palabras incoherentes.

La crísis pasó por entonces como habían pasado otras en que la Archiduquesa se exaltaba pareciendo traspasar los linderos de la razón; pero siguió en los demás días hablando con el Papa y el día 29 entró como un torbellino hasta donde él estaba, se le abrazó y le dijo con una exaltación terrible:

—Napoleón me ha propinado un tósigo, Santo Padre, el embajador Velázquez de León y yo estamos envenenados!

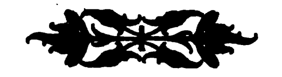
Pio IX, que era el único hasta aquellos momentos que había sospechado toda la terrible situación y

que se sentía presa de algunos remordimientos, hizo esfuerzos poderosos para calmarla y luego para reponerla en la salud sin que nadie lo notara, procurando que la vieran, la observaran y la curaran sus médicos de cámara.

Todo fué en vano. Carlota decidió dormir en la misma residencia papal, porque estaba completamente bajo el dominio del delirio de la persecución. Todos los íntimos de la princesa exclamaron entonces á una:

—Napoleón y el Papa la han perdido para siempre.

Era verdad: la pobre joven que se decía Emperatriz de México, estaba loca!



CAPITULO XXXV

EL MES DE OCTUBRE

TOCABA ya á sus fines el mes de Octubre La casa del coronel Cisneros que había permanecido por varios meses como desierta y deshabitada, volvió á iluminarse una noche con motivo de haber convocado Doña Asunción á sus contertulianos para que tomaran una taza de té en familia como en días mejores.

—Me muero de fastidio, había dicho al coronel, ya no voy al Palacio ni tengo nada que hacer allí, ya nadie me visita y experimento cierta necesidad de soltar la lengua.

—Está bien, está bien, le había contestado Don Tirso, con tal de que no cometas indiscreciones.

—Ya sé que ahora más que nunca debemos manifestarnos reservados sobre ciertos asuntos que no tocaremos.

—¿Con respecto á Aurora?

—No; ya todos saben que se la llevó la Empera-

triz. A lo que me refiero es á la posición nada grata que tenemos en la corte.

—¿Posición? pero si no tenemos ya ninguna. Desde que no pudimos servir para el papel que se nos señaló, nos pusieron con dos palitos en la calle.

—Pues de eso, de eso es de lo que no debemos hablar.

—Y es lo que principalmente han de preguntarte.

—Yo me pinto sola para eludir las preguntas impertinentes.

—Pues manda un recado con cualquier pretexto, porque la verdad es que yo también siento hambre de conversar con el médico, con el abogado y hasta con el periodista.

—Este es el único que no nos ha abandonado.

—Pero nunca viene cuando estoy en casa.

—También es cierto que viene pocas veces.

Y como se dijo se hizo: se mandaron recados y al oscurecer llegaron las parejas casi al mismo tiempo, pisándoles Perez los talones como suele decirse.

A las siete había *quorum* completo en la sala.

Estaban encendidas las doce velas de la araña de cristal y las diez de los dos candelabros de metal amarillo, presentando la sala el aspecto de elegancia y la iluminación de los buenos tiempos.

Al principio la conversación fué lánguida: todos sabían con pormenores más ó menos exajerados cuáles habían sido las aventuras de la familia Cisneros en Palacio y temían cometer alguna indiscreción exponiendo cualquier juicio sobre lo que pasaba en las esferas del gobierno y se limitaban á generalidades que á nada comprometían. Ninguno se atrevió á pre-

guntar por Aurora una vez que se había querido mantener secreta su desaparición. El periodista, que tenía el alma un poco atravesada y que estaba acostumbrado á soltar la lengua todos los días con sus colegas, fué el que quitó la monotonía á la conversación.

—Por fin, exclamó, está confirmada la noticia de que entre Napoleón y el Papa hicieron perder la cabeza á la Emperatriz Carlota, por más que apenas se hayan atrevido los periódicos solamente á hacer indicaciones embozadas.

—Sí, afirmó Cisneros, creo que no hay en México quien no sepa que ha sucedido esa terrible desgracia.

—Las noticias malas vuelan.

—Lo mismo ha volado la de que Maximiliano se ha ido á Orizaba con objeto de estar cerca de Veracruz, dijo el abogado.

—A nosotros, exclamó Doña Asunción que se salía de la silla por hablar, nos lo ha estado contando todo el chambelán Genaro Lacroix.

—¡Ah! ústedes tienen mil medios de saber hasta las cosas más secretas de la polítiea, dijo la boticaria.

—Nó, ya no ponemos un pie en Palacio desde hace mucho tiempo.

—Pero en cambio Genaro, que es muy boquiflojo, nos cuenta todo. Ahora no está en México porque se fué con el Emperador.

—¿Y qué es lo qué cuenta el chambelán? preguntó Camacho acercando su silla.

Doña Asunción bajando la voz dijo en tono confidencial:

—El Emperador ha pasado días muy amargos en Chapultepec desde el momento en que supo la fatal noticia. La recibió, sin que cupiera género de duda, estando en un rico banquete. Ya casi no comió, y al día siguiente se fué á su alcázar dando orden de que á nadie se dejara llegar á sus habitaciones. Su médico el Sr. Bach, el Padre Fischer que es su director y algunos austriacos de los más íntimos, son los que han estado sepultados con él en el edificio guardando el duelo como si la princesa hubiera muerto. Por fin un día, sin que nadie lo supiera, escribió una carta á Bazaine confiándole la resolución que tenía de marcharse. Parece que el Mariscal le contestó que era lo mejor que podía hacer. Lo supieron los ministros y con las caras muy largas fueron á informarse á Chapultepec de lo que pasaba. Allí el Dr. Bach les manifestó que era imposible que llegaran hasta el Soberano, porque estaba también propenso á abandonar el juicio si se le agobiaba con negocios. Insistieron en verle, no lo lograron y por fin el médico les dió con las puertas en las narices. Maximiliano volvió á escribir á Bazaine diciéndole que le hiciera favor de poner suficientes escoltas en todo el camino de Veracruz, porque estaba más resuelto que nunca á abandonar cetro y corona. Bazaine, para divertirse con las caras que ponían los ministros, se los desembuchó todo: entonces firmaron una nota colectiva amenazando al Emperador con renunciar si persistía en su viaje. Parece que Maximiliano no les hizo el menor caso y siguió haciendo sus preparativos. El encargado de llevar la nota á Chapultepec fué el ministro Lares, quien tuvo que dejar el papel al Dr. Bach, porque este,

como en la vez primera y como en todas las demás veces, no lo dejó pasar. Dice Genaro que daba lástima la actitud abatida de Lares y que aun el médico del Emperador quiso recetarle algo, considerándolo próximo á caer en cama. Ya saben ustedes lo demás: el Emperador salió el día 21 de Chapultepec con todos sus extranjeros, no siguiéndole más mexicanos que Rodriguez, Pradillo y un hijo de Uraga... ¡Ah! se me pasaba decirles una cosa muy importante y que ha quedado muy secreta: que Bazaine le dijo en una carta á Maximiliano que se fuera sin tener el menor cuidado respecto de México en donde conservaría el orden y que si los ministros insistían en dar su dimisión sería mejor, porque quedarían libres de ese estorbo y entonces podrían entregar el gobierno á Porfirio Diaz ó á Gonzalez Ortega.

—¿Pero es verdad eso? preguntó Camacho.

—Sí es verdad, exclamó Perez, yo lo he oido decir en la redacción.

—¿Y por qué elegirán á Porfirio Diaz? se atrevió á preguntar Leonor que era muy tímida, acordándose que á su lado podría estar Ernesto.

—Porque es el jefe republicano que está más próximo, contestó el coronel. Como ustedes saben, el día 3 derrotó á los belgas en el punto llamado «La Carbonera» y ahora no cabe ya duda de que se ha apoderado de Oaxaca á viva fuerza, de modo que puede ya contar con un ejército de tres á cuatro mil hombres.

—De seis mil hombres, interrumpió el periodista.

—Poco importa el número: lo cierto es que ha vuelto á hacerse de toda la zona que le quitó antes

Bazaine á costa de mucha sangre y mucho dinero.

—De modo que ahora los ministros....

—Están que no les llega la camisa al cuerpo. Si renuncian, lo pierden todo, porque se entrega el gobierno á los republicanos; y si no renuncian, se ponen en ridículo porque les están faltando tropas, dinero y autoridad.

—Yo diré á ustedes, agregó Don Tirso que no podía así como así echar tierra sobre sus principios, que si los ministros se saben revestir de energía, todavía pueden formarse un gobierno propio y quedarse con la situación. Cuentan para eso con todo el dinero de la iglesia á la hora que lo necesiten.

—¡Ah que mi coronel! exclamó el periodista, parece que no conoce usted á los venerables obispos.....

—Pues el caso es que ellos son los que más pierden si se va Maximiliano.

—Ellos buscarán el modo de seguir atizando la discordia sin que les cueste un centavo.

—¡Señor Perez!

—Los conocemos usted y yo, mi coronel, los conocemos.

—Pues yo lo que sé es que tienen al P. Fischer puesto al lado del Emperador, cuyo sabio sacerdote les ha asegurado que todo se allanará.

—¡Ah! dicen que ese P. Fischer es un hombre terrible, murmuró el Doctor.

—Ya lo creo, siguió diciendo el coronel, aparte de su buena presencia, sabe meterse por el ojo de una aguja y tiene bien cogido de las arcas á S. M. Aquí el clero tiene en él tan grande confianza, que lo consideran de más tamaños que al mismo Bazaine. To-

dos los días estuvo hablando con los ministros y con los dignatarios de la Iglesia antes de marcharse y parece que les ha dado seguridades de que sus proyectos no fracasarían.

—¿Qué proyectos? preguntó el periodista.

—Esos vaya usted á preguntárselos: solo los que están muy en el fondo de los negocios pueden saberlos.

—Es particular que un periodista pregunte algo, murmuró Doña Laura de Camacho, que pocas veces tomaba la palabra sino era para dar algún mordisco; los periodistas tienen que saberlo todo.

—Para eso precisamente preguntamos, para saberlo todo, contestó Perez: no hay ninguno entre nosotros que sea adivino.

—Lo que sí es cierto es que á los periodistas me los tienen ahora metidos en un zàpato, dijo el Doctor riéndose.

—Sí, la libertad de imprenta está cada día mas restringida por los franceses: ya suprimieron *La Sombra*, *El Buscapiés* y otros, sin escaparse ni Mr. Barrés, redactor del periódico francés *L'Estaffette*, de una advertencia, por haber dicho el día 23 que la salida de S. M. era una escapatoria.

Todos se rieron de esta ocurrencia del periodista, por más que algunos de los presentes fueran respetuosos admiradores del Emperador.

—En cambio, *La Patria*, de los ministros, dijo el mismo día con toda impunidad que el mariscal Bazaine quedaba encargado solamente de apoyar en el ramo militar al gobierno.

—No hubo tal impunidad: le valió también una ad-

vertencia del Mariscal que no permite se le pare una mosca encima.

—Vamos á ver, señor periodista, ¿y qué nos dice usted de la llegada del general Castelnau?

—Que este ha llegado como tantos extranjeros que vienen desde que hay aquí un imperio austro-belga, contestó Perez.

—Pero este no es belga ni austriaco, insistió el Doctor, sino general francés y de los más allegados al Emperador Napoleón.

—Quiere decir que vienen muchos extranjeros, unos á ver lo que pescan estando el río revuelto, otros á ofrecer sus servicios de prensa en todas partes del globo y otros, como ese Castelnau, con alguna comisión diplomática ó *financiera*, según se dice ahora.

—Yo diré á ustedes á lo que ha venido Castelnau, intervino el abogado, porque un amigo mio lo supo casualmente en casa del ministro de relaciones. Ha venido á ver cómo le mete zancadilla á Maximiliano.

—Explíquese usted con claridad, dijo Doña Asunción.

—No puedo ser más claro. Trae la misión de decirle lisa y llanamente: Napoleón III quiere que abdique usted y para obligarlo va á quitarle los recursos interviniendo las aduanas; va á quitarle las fuerzas llevándose el ejército francés y va á tratar con el gobierno republicano de México después de haber tratado con el gobierno republicano de los Estados Unidos.

—Pero esa sería una traición, gritó el coronel.

—Napoleón III está acostumbrado á ellas y aquí

inter nos, ha traicionado á Maximiliano desde antes que se fuera la Emperatriz. Precisamente fué uno de los motivos que la volvieron loca, que el Bonaparte ese se negó del todo á respetar la convención que firmó en Miramar.

—Pero S. M. no quiso hablar en Ayotla con ese general Castelnau, ¿es cierto?

—Sí, primero, Maximiliano estaba resentido porque tal enviado ha venido haciendo de propósito más de veinte días desde que salió de Puebla, y luego porque ya supo de cierto cual era la misión que traía. Ahora Castelnau, si quiere cumplirla, tendrá que ir á Orizaba.

—Dentro de poco se irán todos para allá.

—Y el único que se quedará riendo aquí será el mariscal Bazaine, porque es el que tiene el pandero en las manos.

Después de esta conversación y de haber analizado un poco la cuestión militar, pues que los republicanos ya comenzaban á tener victorias de importancia, avanzando como una avalancha de la circunferencia al centro, los contertulianos convinieron sin esfuerzo en que la situación del gobierno imperial era más precaria de lo que á primera vista parecía, y á las nueve de la noche se dirigieron al comedor á tomar una taza de té acompañada de varias golosinas.

Perez se llevó del brazo á Beatriz y la preguntó por lo bajo:

—¿Qué noticias hay de Aurora?

—Está en Trieste y regresará á México luego que

haya una familia con quien acompañarse. ¿Y de Ernesto? preguntó á su vez Beatriz.

—Nadie sabe nada, ni su misma familia, desde hace unos ocho meses en que andaba por el sur de Guerrero con fuerzas oaxaqueñas.

A las diez se despidieron y cada cual tomó el rumbo de su casa.



CAPITULO XXXVI

LAS VACILACIONES DE MAXIMILIANO

MAXIMILIANO llegó á Orizaba con unos doscientos bultos de equipaje á las cuatro de la tarde, haciéndole los honores militares el coronel francés Peirier con la guarnición, que le formó valla é hizo un disparo de veintiun cañonazos. Le sirvió de alojamiento la misma casa de Bringas que había ocupado en otra época más feliz cuando llegó de Europa lleno de ilusiones á regir un imperio en donde según le habían dicho encontraría todos los brazos abiertos.

Su viaje había tenido pocas peripecias: sus conversaciones con los belgas y austriacos que lo rodeaban, como médicos, cortesanos y consejeros, no tuvieron otro tema que el de la abdicación.

Los más prudentes, los más juiciosos le decían:

—Abdicad.

Los más necios, y los más interesados en que persistiera una situación que se desmoronaba y principalmente el Padre Fischer, le repetían:

—No abdiqueis.

Y el pobre Archiduque seguía estas diversas inspiraciones diciendo un día:

—Abdicaré, es fuerza abdicar.

Y al otro:

—La Europa entera se reirá de mi abdicación. No abdicaré.

Cuando llegó á Orizaba ¡y se vió aclamado por la multitud, se le oyó exclamar casi con lágrimas en los ojos:

—¡Y había yo de abandonar á tantos partidarios como tengo!

Pero al día siguiente después de haber dormido bien con la fatiga del viaje y habiéndose aconsejado de su almohada mandó la mayor parte de sus equipajes á Veracruz para que fueran depositados en el buque de vapor austriaco que le estaba aguardando para llevárselo.

El Padre Fischer escribió luego á México:

«No se alarmen ustedes por este paso del emperador que parece decisivo, cuento con su carácter voluble. Si logro detenerlo quince días más es nuestra la partida.»

Quienes más empeño tenían naturalmente en que se ganara la partida, esto es, en que no se fuera Maximiliano, eran los individuos del alto clero, porque ya les había dado por las narices que Napoleón III quería dejar en México un gobierno liberal que le reconociera sus créditos; y un gobierno liberal ó cualquiera otro que pudiera formar Bazaine, seguro dejaría fuera del poder al clericalismo, y lo que es más, sin esperanza de volverse á juntar nunca con

los bienes nacionalizados. La política entonces estaba adherida á lo que se llamaba la *mano muerta*, y la *mano muerta* se llamaba á los bienes del clero, seguramente porque procedían de lo que le habían dejado los difuntos en sus testamentos ó porque se encontraban estancados, es decir, *muertos* para toda industria y para todo progreso.

Un austriaco Herzfeld, que se llamaba consejero de Estado y que había recibido orden de permanecer en México arreglando ciertos asuntos, abandonó estos para ir á esperar en Orizaba á Maximiliano, como uno de los más empeñados en la abdicación.

—Sire, le dijo abordándolo al segundo día, después de disculparse de su apresuramiento en acudir y de su desobediencia, ya estamos á corta distancia de la salvación. ¿Nos embarcaremos mañana?

—Todavía no, le contestó el archiduque, hay mucho que hacer antes de que abandonemos este suelo.

—No veo nada que nos detenga urgentemente, Majestad: todo está dispuesto para la marcha.

—Todo no, Herzfeld. Hay muchos extranjeros que han venido siguiéndonos á quienes no podemos dejar abandonados; hay también muchos mexicanos imperialistas comprometidos.

—Poniéndose V. M. en salvo, cada uno de los demás procurará buscar salida. Allí queda aun Bazaine con sus tropas y él se encargará de dar protección á todos.

—¿Y los que en mi nombre combaten en todas partes?

—Esos seguirán batiéndose lo mismo por cualquier fantasma de gobierno que se les deje.

—Pues aun para dejarles ese fantasma de gobierno necesitamos tiempo. ¿Qué gobierno les dejamos?

—Una regencia, un ministerio, un lugarteniente, una junta de notables, cualquiera cosa. Vámonos, vámonos pronto.

—Harzfeld, mañana quizás pronunciaré mi última resolución.

El Padre Fischer que estaba acechando, entró al gabinete imperial luego que vió salir á Herzfeld y dijo á Maximiliano:

—Señor, he visto á Herzfeld lívido de miedo: le parece que los *chinacos* de Juarez le vienen pisando los talones. Es un hombre que está muerto moralmente. No hay que creer en sus palabras porque no tiene ya sangre fria para raciocinar.

—En efecto, contestó Maximiliano: me aconseja que nos hagamos á la mar inmediatamente.

—¡Pérfido consejo por vida mía! Como si el hombre á quien con tanto entusiasmo ha confiado un pueblo sus destinos, y un hombre de estirpe real, pudiera volverle la espalda al peligro y huir cobardemente deshonrándose.

—Fischer, Fischer, los términos son duros.

—Son los de la verdad, Señor; son los de un verdadero amigo y vasallo que quiere no solo que se salve la vida de su soberano, sino antes que todo su honor que es lo principal.

—Mi honor está á salvo desde que Napoleón no ha cuidado del suyo.

—¡Cómo!

—Los términos de nuestra convención los conoce todo el mundo. El se comprometió á sostener mi

trono, á apoyarme con su ejército por determinado número de años, y desde el momento en que él no cumple su palabra, yo no estoy obligado á mantener la mía.

—El argumento es fuerte, pero especioso. V. M. no juró ante Napoleón sino ante los mexicanos mantener su corona en las sienes.

—Los mexicanos me rechazan. Grandes turbas siguen á Porfirio Diaz, á Corona, á Escobedo y á Juárez.

—V. M. lo ha dicho: son las turbas: Los hombres de bien, los decentes, los ilustrados, los ricos, los que valen, son, todos imperialistas. Además, á estos imperialistas los siguen los buenos militares como Mejía y Mendez y todas las clases trabajadoras de las ciudades y de los campos. ¿Acaso V. M. no es aclamado en donde quiera que se presenta?

—Es verdad.

—Pues es el verdadero pueblo el que lo aclàma.

—Sin embargo, mi determinación está tomada: yo abdicaré y lo único que deseo es que ustedes mis buenos amigos, me ayuden á encontrar la buena forma.

—Eso es lo que queremos todos: que quede á salvo el honor de V. M. con una forma correcta. Vendrá la abdicación; pero en el momento oportuno, esto es, cuando falten los buenos cimientos al trono.

Conseguido lo que quería, el aplazamiento, Fischer salió de la habitación imperial para ir á comunicar á sus parciales lo que pasaba y para que se apresuraran por su parte á mover las teclas que pudieran.

Los otros extranjeros que rodeaban á Maximiliano le hablaban unos en favor de la abdicación y otros en contra y más lo hacían fluctuar entre ambos pareceres; concluyendo á la postre con dar orden á Herzfeld de que se marchara á Europa para preparar bien la opinión en favor del regreso, una vez que á tal individuo como decía el Dr. Bach el suelo mexicano le quemaba las plantas.

Por consejos de Fischer se nombraron comisiones de Puebla y de otras ciudades compuestas de personas principales para rogar al Archiduque que no abandonara el trono, y el Archiduque les contestaba, sin comprometerse á nada, que estaba meditando el paso final, que de todas maneras iría procurando dejar asegurados los intereses de los imperialistas comprometidos.

El edificio imperial estaba pues en esos momentos, si no desplomándose, al menos sufriendo trepidaciones, bamboleos, desquiciamientos, como si lo azotara la más furiosa de las tempestades y estuvieran sus cimientos á flor de agua. Era como una barca sin timón, cuyos tripulantes hacían apenas débiles esfuerzos para que no se fuera á pique.

En los días siguientes mientras Maximiliano arreglaba sus cuentas personales, escribía cartas de despedida y dictaba el plan para el viaje que en una semana próxima iba á emprender: el Padre Fischer estableció en su gabinete un «club anti-abdicacionista» compuesto de Scarlett ministro inglés que había ganado á su causa, Sanchez Navarro, el ministro Arroyo, los comisarios, el ayudante Ormachea, y otros restos de la extinguida corte, entre los que fi-

guraban tres ó cuatro personajes mexicanos que se daban el título de hombres de Estado, y en este club se tramaba todo lo que podía servir para contrariar los trabajos de Bazaine, del Dr. Bach y de otros abdicacionistas.

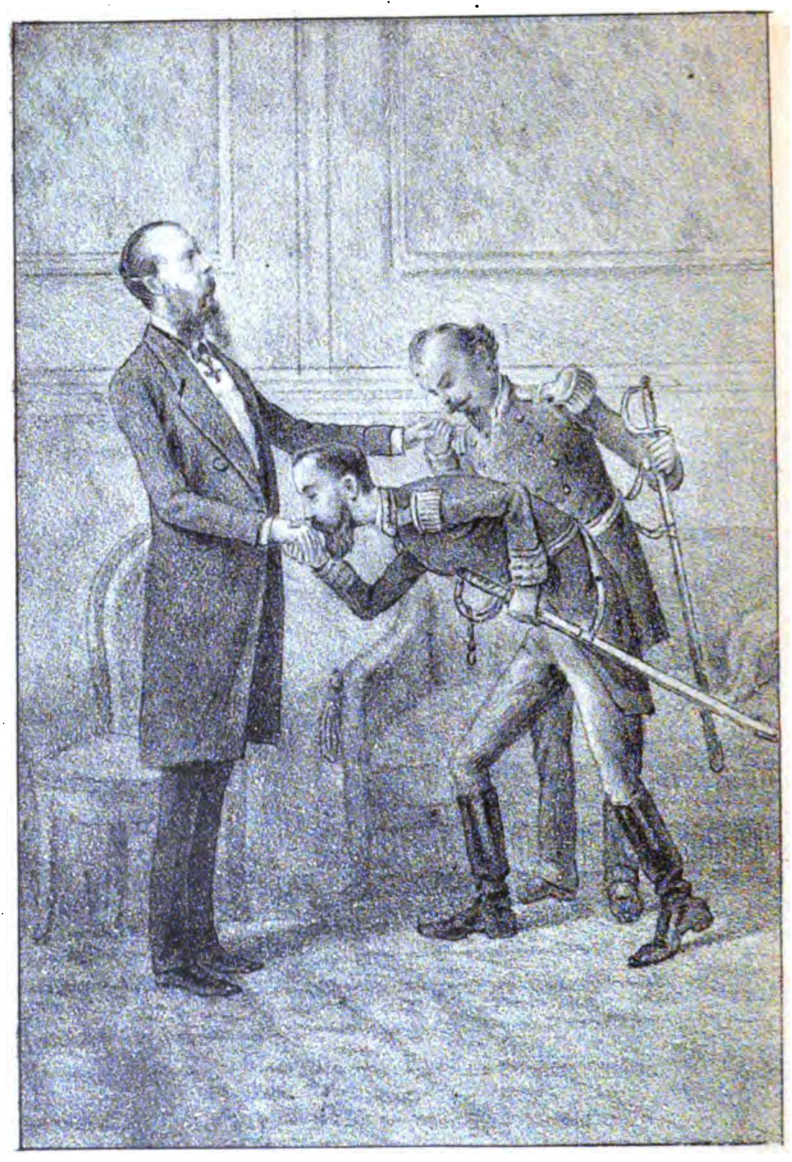
El 8 de Noviembre Maximiliano dictó resoluciones que parecieron concluyentes. Anunció oficialmente su vuelta al ministro de relaciones de Austria y mandó su despedida con sus últimas instancias al mariscal Bazaine. Los del Club contrario á la abdicación, se consideraron perdidos. De un momento á otro sería esta publicada, pues hubo quien dijera que ya la había visto escrita del puño y letra de Maximiliano; pero el día 9 desembarcaron en Veracruz los generales Márquez y Miramón, y todos los conservadores que había en Orizaba se restregaron las manos exclamando:

—¡Estamos salvados!

El mismo Maximiliano sintió como que circulaba algo de más calor en sus venas, que á pesar de la buena temperatura, estaba sintiendo muy frias, y también se aventuró á decir en la mesa á sus íntimos:

—Al fin que todavía tenemos muchas semanas disponibles para partir, nadie nos exige el apresuramiento, esperaremos á saber qué ideas nuevas nos traen estos generales.

Y tal regocijo sintió Maximiliano luego que vió á Márquez, que corrió á su bufete y sacó una Gran Cruz de la Aguila Mexicana, de cuyos dijes estaba bien aprovisionado, colgándola al cuello de este general como si acabara de obtener una victoria, aun-



Marquez y Miramon, dieron un verdadero asalto á Maximiliano.

que el pretexto para tal premio, fué el de los *buenos servicios diplomáticos.*

Ya sabemos por la historia lo que fué la *embajada* de Márquez.

Luego se llamó también á Miramón que estaba medroso porque volvía al país sin licencia.

Estos generales, luego que estuvieron bien aleccionados en el Club de Fischer, abordaron la cuestión. Miramón y Márquez dieron un verdadero asalto á Maximiliano.

—No abdique V. M., le dijo Márquez: nuestras espadas tienen buen temple para sostener el trono.

—Yo, le dijo Miramón, con inferiores recursos y elementos á los que hay ahora disponibles, sostuve el poder dos años y hubiera triunfado en Veracruz si no interviene la escuadra de los Estados Unidos.

—¿Y no volverá á intervenír la misma escuadra? preguntó Maximiliano con sorna.

—Ahora lo pensará mucho el gobierno americano antes de hacer cosa semejante porque V. M. tiene á la espalda á Francia, Austria y Bélgica.

—Y también á Inglaterra y España, agregó Márquez, interesadas en sus créditos.

—Ahora, dijo Miramón con entusiasmo, teniendo un pié veterano de diez mil hombres austriacos y belgas y con los franceses que quieran quedarse y organizando nosotros un ejército de veinte mil hombres, sin contar con los que están combatiendo que son ya algunos miles, dominaremos en ocho meses á las chusmas de Juárez.

—En cuatro meses, interrumpió Márquez: yo me

comprometo á causarles la primera derrota que les hará no volver á levantar cabeza.

—Organizaremos también contraguerrillas, añadió Miramón.

—Y nos aprovecharemos de la división que reina en el campo republicano ahora que Gonzàlez Ortega y Santa Anna aspira cada cual por su lado á la Presidencia.

Maximiliano pareció animarse y estuvo un momento pensativo ante estos y otros ardorosos ofrecimientos, despues contestó pausadamente:

—Muy agradecido estoy á ustedes, mis queridos generales, de su decisión y fidelidad, y crean que si llegara á vacilar en mi determinación que considero irrevocable, en nadie más que en ustedes fundaría mis esperanzas para el porvenir.

—¡La plaza está rendida! ¡la plaza es nuestra! exclamó Fischer luego que se le reprodujo palabra por palabra esta conversación.

Maximiliano dijo al día siguiente á los que lo rodeaban:

—Que vaya el ministro Arroyo á México á conferenciar con Castelnau para saber si el gobierno francés me deja al menos libertad de acción.

Y fué Arroyo y ni él ni Lares pudieron arrancar á los franceses su secreto; y mas se afanaron todavía sin conseguir nada; pero los días pasaban y el suelo quemaba.... Entonces Maximiliano dirigió una carta al Mariscal Bazaine para que él, el ministro y el general Castelnau le dijeran categóricamente á qué debía atenerse, una vez que su propósito firme era tirar la corona.

Entonces los tres franceses cayeron en el *garlito* y

juzgando ya como un hecho efectivo la abdicación, contestaron que ellos se encargarían de reembarcar á la legión austro--belga, y de liquidar los licenciamientos; de dar el dinero que se pedía para la familia de Iturbide y de arreglar las cuentas que quedaran pendientes con el *nuevo gobierno.*

—¡Con el nuevo gobierno! exclamó Maximiliano lleno de cólera, luego es cierto que me están traicionando, luego es verdad que Castelnau trae instrucciones para tratar con los republicanos. . .

Y cayó en un abatimiento profundo.

Pero en seguida recibió una carta de Eloin, de su querido Eloin, fechada en Bruselas en que le abría los ojos respecto de la duplicidad de Napoleón y en que le aconsejaba que no abandonara la partida antes del regreso á Europa del ejército francés, para darle siquiera ese chasco al autócrata de las Tullerías.

Entonces dijo á sus íntimos:

—Señores: Eloin es el único que piensa con juicio y el único que va conforme con mis deseos y con mis aspiraciones: es necesario hacer un llamamiento al pueblo mexicano para que exprese libremente su opinión. Si quiere el imperio, tendrá el imperio conmigo si acaso acepta mis condiciones ó con cualquiera otro que designe; si quiere la república, entregamos la situación á los republicanos.

—*Nequamquam*, contestaron por lo bajo los conservadores, lo que interesa es que ganemos el último albur, aunque sea con trampa.

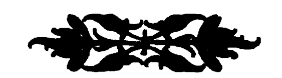
Todavía el día 20 de Noviembre puso un mensaje

Maximiliano á Bazaine reprochándole que no hubiera acudido á su llamado, y el cual terminaba así:

«Mi único deseo es nombrar una regencia provisional mientras se apela á la Nación y se dan los pasos necesarios para convocarla; en fin, buscar protección para los imperialistas, sin mezclarme en nada de lo demás.»

Ese mismo día llegaron á Orizaba los ministros y los consejeros de Estado, para que en junta general propusieran las medidas que debieran adoptarse. ¡El P. Fischer tornó á apretarse las manos exclamando:

—Parece que hemos ganado la partida!



CAPITULO XXXVII

CINCO MM EN CAMPAÑA

COMO se ha visto, Maximiliano aparentó vacilar mucho respecto de su abdicación, pero en el fondo lo que menos deseaba era firmarla. Fueron mayores y más convincentes las razones que le dieron los que le aconsejaron que dejara el país, sobre todo menos sospechosas y más desinteresadas que las de los que tomaron empeño en que se quedase; pero seguramente eran estas las que más alhagaban su amor propio, las que iban conformes con sus sentimientos más íntimos y por eso convocó en Orizaba una junta de consejeros, que no eran sino los mismos notables que dos años antes le habían ofrecido la corona, para que ellos resolvieran la dificultad. Naturalmente que no podía esperar otra cosa, sino que estos le dijeran que no abdicara. Los monarquistas clericales por menos probabilidades que tuvieran de buen éxito, siempre habían luchado con el partido liberal, pero ahora tenían de su parte la ventaja de contar ya

con un príncipe extranjero que había sido su gran ilusión; tenían á quien echar de carnaza y de quien aprovechar los elementos exóticos de que estaba rodeado. Ellos solos, tenían que ser arrollados por las turbas juaristas; pero en compañía de un príncipe austriaco de sangre real, era cosa muy diferente. El tenía una legión austro-belga, contaba quizás con algún crédito en Europa y acaso con el clero y los ricos del país que no le cerrarían sus cajas y tal vez, tal vez, el mismo Bazaine, sin embargo de las instrucciones en contrario de Napoleón, podría facilitarle algunos elementos.

La junta dió el resultado que se esperaba: solo alguno que otro imperialista de buena fé opinó, en las sesiones que se celebraron, que Maximiliano debía seguir su viaje á Europa desde que no contaba ya con el apoyo de las bayonetas francesas, puesto que su partido no podía darle una nación pacífica para que la gobernara. La resistencia de los juaristas era tremenda, la actitud de los Estados Unidos contra la monarquía era formidable y y no debía sacrificarse á un inocente solo por caprichos injustificados. En cambio los del contra, esto es, los que estuvieron porque Maximiliano se quedara, fueron más, y armados de razonamientos apasionados que cuando los espíritus no están serenos producen un efecto infalible, obtuvieron un triunfo completo.

Maximiliano les había sometido la cuestión en términos generales, diciendo que deseaba poner en manos del pueblo mexicano la misión que le había confiado, con motivo de la situación que les era conocida, y los del Consejo haciendo á un lado los puntos que se les

marcó para que los estudiaran, se salieron por la tanjente y discutieron y votaron esta proposición: *no es decoroso ni conveniente admitir la abdicación del Emperador Maximiliano.*

Este se hizo también de la vista gorda, y aunque lo que les había pedido eran medidas para poner en manos del pueblo la situación, fingió sorprenderse, aparentó creer que debía prestar obediencia á la decisión del Consejo, una vez que lo había llamado para que resolviera lo que fuera del caso, y entónces ya solo dictó á este condiciones, que eran imposibles de cumplir, para que él pudiera sostener en su cabeza la corona, tales como estas: 1ª Reunión de un Congreso. 2ª Arreglo de la situación hacendaria. 3ª Quintas para formar el Ejército. 4ª Colonización. 5ª Arreglos con Francia. 6ª Inteligencia con los Estados Unidos.

¿Cuál de éstas condiciones era posible cumplir por nadie y menos por aquellos consejeros en el estado de guerra en que se encontraba la Nación entera? ¿Qué congreso se reuniría en los momentos en que al imperio no le quedaban más que cinco ciudades guarnecidas y los republicanos eran dueños materialmente de las tres cuartas partes del territorio? ¿Qué hacienda podía arreglarse cuando la corte había despilfarrado en dos años más de ciento cincuenta millones de pesos, habiéndose quedado la mayor parte de ese caudal entre las manos de los usureros y prestamistas?

Sin embargo, los consejeros contestaron á todo que sí, que apechugaban con las condiciones, pareciéndo les de sencilla ejecución, y Maximiliano dió por fin la gran campanada el día 30 del mismo Diciembre

anunciando *urbi et orbe* que aceptaba la situación y que continuaba rigiendo los destinos de México con el título de Emperador.

Sorpresa general causó á las gentes juiciosas que contemplaban friamente el aspecto amenazador que presentaba el país y la pobreza de elementos del imperio, así como gran regocijo á los que se consideraban perdidos desde el momento en que Maximiliano abandonase las costas mexicanas. Los primeros se golpeaban la frente, se cruzaban de brazos, exclamando: ¿también se habrá vuelto loco como su mujer el príncipe austriaco?—Los segundos decian:—Vamos saliendo por de pronto del atolladero en donde estábamos metidos, que después, ¡quien sabe! quizás la suerte se canse de tenernos vueltas las espaldas.

Y el caso fué que estos últimos, de los que había un buen número en Orizaba, organizaron un movimiento público de regocijo, que el Emperador no se dignó aceptar, haciendo que su ministro Lares se presentara en su lugar á recibir las ovaciones, fingiéndose él enfermo.

Realmente en aquel momento en que era tan ruidosamente aclamado, fué cuando comprendió la gravedad de su situación, fué cuando dijo á sus íntimos los extranjeros que lo rodeaban y que en nada participaban de la bullanga de la calle:

—Es grato oir que todo un pueblo dirija ¡vivas! á su soberano, pero es más grata una vida tranquila en el hogar.... ¡ay! exclamó llorando, ya no tengo hogar desde que mi amada Carlota perdió el juicio, pero al menos consagraría á cuidarla todos mis días y todas mis noches.

—V. M. puede todavía abdicar el día que le plazca, le dijo su médico.

—No, ya no es posible, ya estoy muy comprometido con estas gentes, y sobre todo, ¿á dónde voy ahora?

—Al Austria, quizás á reinar.

—Esa fué la salida que me propuso mi fiel Eloin y con cuyo fin fué á Europa á proponerla creyendo que todas las circunstancias serían propicias; pero las indiscreciones han hecho poner á mi hermano en guardia y ahora no podré ni siquiera pisar el suelo de Trieste.

—¡Cómo! el Emperador se rehusaría á recibir á V. M?

—El Emperador mi hermano ha comunicado órdenes terminantes á todos los puertos y fronteras para que no se me deje pasar.

—En todo caso, murmuró el Padre Fischer, aquí queda un campo vasto para combatir y triunfar, tal vez en pocos meses.

Bien sabía el Padre Fischer que tocaba la cuerda sensible de Maximiliano, el cual se levantó muy reanimado y exclamó:

—Que se vayan en buena hora los franceses, nosotros sabremos sin ellos alcanzar la victoria. Contando con generales tan bravos como Miramón, Marquez, Mendez y Mejía, no se puede dudar del éxito.

Y para mejor significar el júbilo que esta espectativa le causaba y para dar un sello de mayor solemnidad á su resolución de aceptar la lucha con todas sus consecuencias, llamó al general Márquez y le condecoró en presencia de su pequeña corte con

la Gran Cruz de la orden imperial del Aguila Mexicana.

Los mismos ministros de Maximiliano se sonrieron con desdén ante esta distinción, por demás pueril en aquellos momentos, pero todos aparentaron creer que era muy merecida.

El mes de Diciembre fué notable por el gran número de combates que se libraron, en los que todavía se vieron brillar muchas armas francesas. Multitud de pequeños hechos de armas favorecieron á los imperialistas; pero los grandes, los principales, aquellos como el golpe que dió el bizarro coronel Eulogio Parra á una columna franco--traidora en el punto de la Coronilla y que determinó la huida del general Ignacio Gutierrez con tres mil hombres y cuarenta piezas de artillería, de Guadalajara; como la ocupación de Monterrey, el Saltillo, Tampico, Matamoros y San Luis Potosí; como la pacificación de Sinaloa y Sonora, esos triunfos repetimos, pertenecieron á los republicanos.

En el momento pues en que los cinco hombres de la M. formaban su terrible alianza para destruir á la República y consolidar el imperio, esto es, cuando Maximiliano, Márquez, Miramon, Mejía y Mendez, desenvainaron sus espadas para provocar una lucha sangrienta, determinados á salir victoriosos, lo hacían bajo estos nada buenos auspicios: los franceses estaban reconcentrándose para cumplir las órdenes de Napoleón de embarcarse para Europa en los primeros meses de 1867; los Estados Unidos mostraban por medio de los hombres de su gobierno, una gran parcialidad por Juarez y la República Mexicana, conde-

nando por medio de todos sus actos la institución imperialista; Porfirio Diaz había alcanzado tres victorias consecutivas en la Carbonera, en Miahuatlán y en Oaxaca, siendo ya dueño de la mejor zona militar en el Oriente de la República; el general Escobedo ejercía el mando sobre más de veinte mil hombres, ocupando ya todos los Estados del Norte, desde San Luis Potosí hasta el Rio Bravo y hasta Tampico: Corona era dueño de todo el Occidente, sin el estorbo de Lozada que se había declarado neutral en el Nayarit, de manera que extendía sus operaciones desde Sinaloa y Sonora hasta Jalisco Colima y Michoacán; de Chihuahua á Durango avanzaba Don Benito Juarez con su gobierno; y fuerzas republicanas de consideración al mando de los generales Régules, Riva Palacio, Martinez, Rivera, Carbajal, Cuellar, Alvarez, etc., etc., hacían correrías por diversos lados y algunos de esos arrojados jefes llegaban á presentarse varias veces en puntos muy inmediatos á la capital.

Esta era la situación en los momentos en que el alucinado Hapsburgo, creyendo que Márquez y Miramón eran los protegidos de Marte, los dos genios de la guerra, los invencibles Macabeos, los nuevos Bonaparte, se decidió á no abdicar y se resolvió á quedarse para disputarles á los mexicanos aquella corona que habían ido á depositar en su cabeza unos cuantos traidores, usurpando villanamente, falsamente, torpemente, el nombre de la Nación, que con labios impuros pronunciaron en el salón azul de Miramar.

Pero todavía así, tan mala como era la situación,

podían verla color de rosa, los que antes habían peleado con guerrillas y ahora disponían de algunos buenos batallones; los que habían comenzado su carrera militar con un cuartelazo y ahora tenían, aunque fuera por pocos meses, el respeto de 40,000 franceses que les cuidaban la capital; los políticos que no tenían más salida que la de la cerveza, según se dice vulgarmente; y el mismo Maximiliano que no quería volver á Europa con la cola entre las piernas, ni mucho menos verse arrojado de Austria, sobre todo, podía verla color de rosa entonces respecto de la intensidad con que poco después comenzó á ennegrecerse por los cuatro vientos. Los que vieron la situación tal cual era, fueron los ex-ministros que se pusieron á arreglar sus maletas para largarse con los primeros tercios de franceses que salieran, los obispos que también se alistaron para ocupar el centro en la partida y luego los indiferentes, los partidarios tibios que decían:—Una vez que se vayan los franceses, es seguro que al imperio se lo lleva patetas.

Ahora vamos á decir cuáles fueron las primeras operaciones de los cinco paladines una vez resuelta la lucha.

Mejía salió huyendo de San Luis Potosí con unos cinco mil hombres que le quedaban.

Miramón se arregló en México unos cuatrocientos soldados de los mejorcitos y luego fué á recoger los restos desmoralizados de los que venían huyendo del interior.

Márquez se quedó de reserva al lado de Maximiliano.

Mendez se hizo fuerte en Morelia dispuesto á lanzarse por el rumbo que se le ordenara, siempre que fuera antes de que acabaran de rodearlo los republicanos.

Y Maximiliano dió uua proclama diciendo que se quedaba para sacrificarse por su pueblo.

Así se pusieron las cinco MM en campaña.



CAPITULO XXXVIII

CAMPO REPUBLICANO

EN la población llamada Matehuala perteneciente á San Luis Potosí, había una fonda bastante regular en una de las cabeceras de la plaza de armas, en cuyo establecimiento culinario se encontraban al medio día reunidos varios oficiales: los unos estaban almorzando, los otros ya habían concluido y seguían al rededor de las mesas bebiendo y charlando y algunos más siguieron llegando hasta no encontrar sitio en qué sentarse.

Pasaba por el pueblo una fuerte sección del Ejército del Norte con rumbo á San Luis, cuando recibió órdenes de quedarse allí en observación de los movimientos del enemigo. Esto era al menos lo que decían algunos de aquellos militares, una vez que los militares por más que estén sujetos á la obediencia pasiva, siempre se permiten emitir opiniones sobre sus movimientos y muchas veces hasta censurar las disposiciones de los superiores.

No había ningún general en la reunión, pero sí co-

roneles, tenientes coroneles, comandantes y capitanes.

En una de las mesitas que se encontraban á la izquierda de la puerta y casi enfrente de una ventana que daba sobre la plaza, estaban comenzando su almuerzo un coronel y un comandante, ambos de infantería. Este último fué el que rompió la conversación diciendo á su acompañante:

—¿Conoces á esos jefes que acaban de entrar?

—Uño de ellos, Martinez, pertenece al cuerpo de Rifleros del Norte. Los demás que ocupan las otras mesas son fronterizos.

—Sí, se conocen por el acento que tienen y por el desparpajo.

—Valientes todos ellos.

—Y patriotas que no hay más que pedir.

—Un poco provincialistas solamente, muy pagados de sí mismos.

—Es natural: han hecho tanto y tan bien en tan pocos meses que deben sentirse muy orgullosos.

—Orgullosos sobre todo de ser mandados por generales como Escobedo, Treviño y Naranjo.

Guardaron silencio y el coronel poniendo los codos sobre la mesa y cogiéndose las mejillas entre ambas manos se quedó muy pensativo.

—Te observo que estás triste de pocos días á esta parte, Ernesto.

—Y tengo muchos motivos, Ramón, tú lo sabes.

—Es verdad.

—Desde luego nos ha contrariado extraordinariamente que no pudiéramos volver al lado del general Porfirio Díaz, como fué nuestro deseo después que

cumplimos con la comisión que nos llevó á Chihuahua.

—No te quejes, Ernesto: demasiada fortuna tuvimos con salir bien librados en una travesía tan peliaguda, y demasiada suerte tenemos ahora entre los *tagarnos* que no nos ven con malos ojos.

—No nos ven mal, es cierto, pero siempre somos para ellos unos estraños: siempre nos critican todo lo que pueden.

—Te diré que en el Ejército del Norte, no solo hay fronterizos, sino gente de toda la República.

—Sí, hasta yankees, franceses y belgas desertados.

—¿Y que más te contraría?

—Ya lo sabes muy bien, quisiera investigar, quisiera saber, quisiera volar, quisiera volverme invisible, ir por todas partes en un momento y saber todo lo que ha pasado con Aurora.

—Ya sabes mucho, según creo.

—Sé lo que ella me dijo en dos cartas suyas que me llegaron muy retrasadas, sé lo que me escribió Pérez hace unos seis meses y sé realmente lo que me contó el sargento Gallegos que estuvo de guardia en Palacio varias semanas antes de desertarse y pasarse al ejército republicano; he atrapado algunas noticias de esas que llaman *volantonas* en la charla de algunos comerciantes y pasajeros procedentes de la capital; pero todo ello no me aclara la situación convenientemente. Ignoro si Aurora se ha quedado con la loca de Miramar ó si ha regresado á México y en caso de regresar qué garantías ha podido tener para no caer de nuevo entre las garras de Maximiliano.

Ernesto lanzó un suspiro y mordió el pañuelo que tenía en las manos.

—¡Cuidado! exclamó Ramón, vas á hacer que se fijen los camaradas que están cerca de nosotros.

—¿Y qué? ¿Acaso porque soy soldado no he de tener penas? ¿Soy insensible, no pertenezco al mundo?

Llegaban aquí de la conversación cuando oyeron una voz conocida en la calle y por la ventana vieron á un charro lleno de polvo que le preguntaba á un soldado:

—¿A esta fonda dices que vienen ellos á comer?

—Sí, mi capitán.

Entonces conocieron al asistente de Ernesto que hablaba nada menos que con el capitán Morales.

—Pero es extraordinario, esclamó Ernesto levantándose, ¿qué anda haciendo por acá Morales?

—¿Es Morales?

—¡No lo ves! ¿no lo oyes?....

—En efecto: son los dos: él y tu asistente.

Y ambos salieron al encuentro del capitán Morales que por su genio corto, que por su conducta tal vez poco correcta, que por mala suerte quizás, no había pasado de capitán. Era valiente, conocía sus deberes militares, pero no sabía llenar el ojo á sus jefes, ni los adulaba, ni les caía en gracia y quizás por eso no lograba ascender ni en tiempos revolucionarios en que se suelen dar saltos enormes en la milicia.

Morales con el mayor gozo pintado en el semblante abrazó á sus camaradas, ellos le correspondieron con igual contento, siendo tan ruidosas las demostraciones que todos los oficiales que había en la sala dejaron de comer y se pusieron á contemplar el alegre

grupo que formaban los tres amigos cerca de la puerta. Ernesto fué el primero que notó que era objeto de la curiosidad de los demás y dijo á sus compañeros:

—Vamos á sentarnos: en la mesa platicaremos.

Pidieron una comida para Morales que parecía traer gran apetito y sin esperar á que le dirigieran preguntas, él mismo mientras le sirvieron lanzó el siguiente párrafo:

—Tuvimos una escaramuza, hace de esto unos cinco meses, probablemente unos dos meses después del día en que ustedes abandonaron el Sur para ir en comisión con Juárez: yo estaba como siempre á las órdenes del chato Diaz, pero él no estaba con nosotros cuando nos dieron una zurra de alma por Tasco: había allí franceses y traidores: nos madrugaron y al grito de ¡sálvese quien pueda! yo tomé para Acapulco, me embarqué para Mazatlán con unos comerciantes, pasé algunos trabajos atravesando Sinaloa y Durango por la sierra, llegué á Zacatecas, estuve unos días con García de la Cadena, tomé por todas partes informes de ustedes y no faltó quien me dijera que estaban incorporados en el ejército del Norte, de manera que ya no me ocupé en otra cosa que en venir á buscarlos. Desde la primera escaraza á que me referí antes pude tomar rumbo para Oaxaca; pero estaba sediento de aventuras, deseoso de reunirme con ustedes, anhelante por conocer otras tierras, otras costumbres y otras maneras de pelear. Yo dije «nadie es profeta en su tierra» vamos á hacer lazada por la otra punta y.... y aquí me tienen ustedes.

—¡Buen Morales! dijo Ernesto tendiéndole la mano. Lo mismo hizo el comandante Diaz estrechándole la otra mano con efusión.

—Ya estoy con ustedes, que es lo que más me importaba y ahora á ustedes les corresponde darme colocación.

—No tengas cuidado alguno, mi querido capitán Morales, le dijo Ernesto, yo hablaré al jefe de mi Brigada y me empeñaré en que ingreses á mi cuerpo.

—Solo que tu eres infante y yo soy de á caballo.

—Tampoco te faltará un regimiento de caballería y pronto.

—Gracias. Ahora cuéntame, ¿qué hacen ustedes aquí?

—Porece que estamos en acecho del Macabeo, contestó Ramon.

—¿A quién le dicen el Macabeo, á Miramon?

—Sí. Se ha puesto en campaña y con su actividad acostumbrada, según noticias, ha dado un golpe á la plaza de Zacatecas.

—Ya me lo sospechaba, dijo Morales dándose una palmada en la frente. Hace cinco días estaba yo encaramado en un cerro al sur de Aguascalientes cuando ví pasar una fuerza como de dos mil hombres y dije al verlos: Esos son imperialistas que van á Zacatecas.

—Era nada menos Miramon que se metió allí sin que lo sintieran, y según cuentan, el mismo Juarez se escapó de caer prisionero.

—¡Cómo!

—Parece que venía de Durango con el gobierno y si no ha sido porque sus gentes estuvieron listas para

cambiar las mulas del coche y darles muchos chicotazos, allí lo atrapan. Bien es que el enemigo ignoraba que tenía al alcance de su mano tan buena presa.

—La estrella de D. Benito comienza á relucir de nuevo.

—Tanto como se eclipsa la de Maximiliano.

—¿Y qué han sabido ustedes de Maximiliano? preguntó Morales.

—Aquí los boletines que se publican refieren muchas cosas á que no se puede dar crédito, contestó Ramon; pero las noticias que circulan con visos de verdad son terribles para el austriaco.

—¿Cuáles son por ejemplo?

—Estas. A Carlota la volvieron loca el Papa y Napoleón á fuerza de desprecios. Ella quería dinero y tropas: es lo que sigue queriendo Maximiliano y nada quieren darle: lejos de eso Bazaine lo trata con la punta de la bota. En vez de darle hombres reconcentra sus fuerzas á México y Veracruz y da orden de que se desenganchen hasta los enganchados al servicio del imperio. En vez de darle recursos, se los quita interviniendo brutalmente en la recaudación de las Aduanas. ¿Qué más? El triunvirato de franceses que tienen el pandero y que son el ministro, el último enviado y el Mariscal, han amenazado al Archiduque con entregar el gobierno á los republicanos si no abdica....

—¿Y por qué no abdica?

—Por animal. Vé que todo el país está en su contra, que se han formado ya tres ejércitos formidables el de Escobedo, el de Corona y el de Porfirio Díaz, que

los americanos sostienen á Juarez, que Napoleón y todos los suyos lo abandonan y se deja embaucar por Márquez y Miramón que le ofrecen resucitar un cadáver.

—¿Qué cadáver?

—¿Qué otra cosa es ya el imperio sino un cadáver?

—No tanto, no tanto, dijo Morales, no se hagan ustedes ilusiones. En primer lugar, Bazaine todavía no se va, y los franceses siguen batiéndose aunque ya sin tomar la iniciativa, luego Maximiliano cuenta con la capital, con Veracruz, Puebla y otras ciudades en que hay fuertes guarniciones. Los jefes imperialistas como Mejía, Mendez, Márquez y Miramón son terribles: hay aun bajo las banderas imperiales unos ocho ó diez mil extranjeros que pelearán como leones, y sobre todo, están de su lado el clero y los ricos que entre nosotros forman una potencia formidable.

—Con todo, dijo Ernesto con convicción, habrá más ó menos obstáculos que vencer, pero la victoria de la República es ya solo cuestión de tiempo. Bastaría la influencia moral de los Estados Unidos, pero además tenemos nuestros ejércitos y la opinión popular que es incontrastable. Aun quedándose los franceses para dar apoyo al trono del archiduque, este tendría que sucumbir á la larga.

—Eso sí, á la larga no digo que no, principalmente si los americanos ayudan con armas y dinero; pero lo que yo sostengo es que todavía tiene que morir mucha gente antes de que veamos flotar nuestra bandera en el palacio nacional.

De la misma manera que nuestros amigos estaban entreteniéndose con su conversación mientras Mora-

les devoraba sus guisos con mucho apetito, en las otras mesas se hablaba en voz alta, sobre la misma materia, de modo que reinaba allí gran ruido de voces y de platos, el cual no era tan grande sin embargo que no dejara penetrar el toque de una corneta tocada en la plaza, que, según dijeron allí, había marcado tres puntos de atención. Todos guardaron entonces el más profundo silencio. Después que otras cornetas repitieron á lo léjos los tres puntos de atención, la corneta más próxima, la que tocaba en medio de la plaza, siguió oyéndose.

—A nuestros cuarteles, señores, gritó uno de los oficiales.

Todos pagaron sus cuentas y se retiraron.

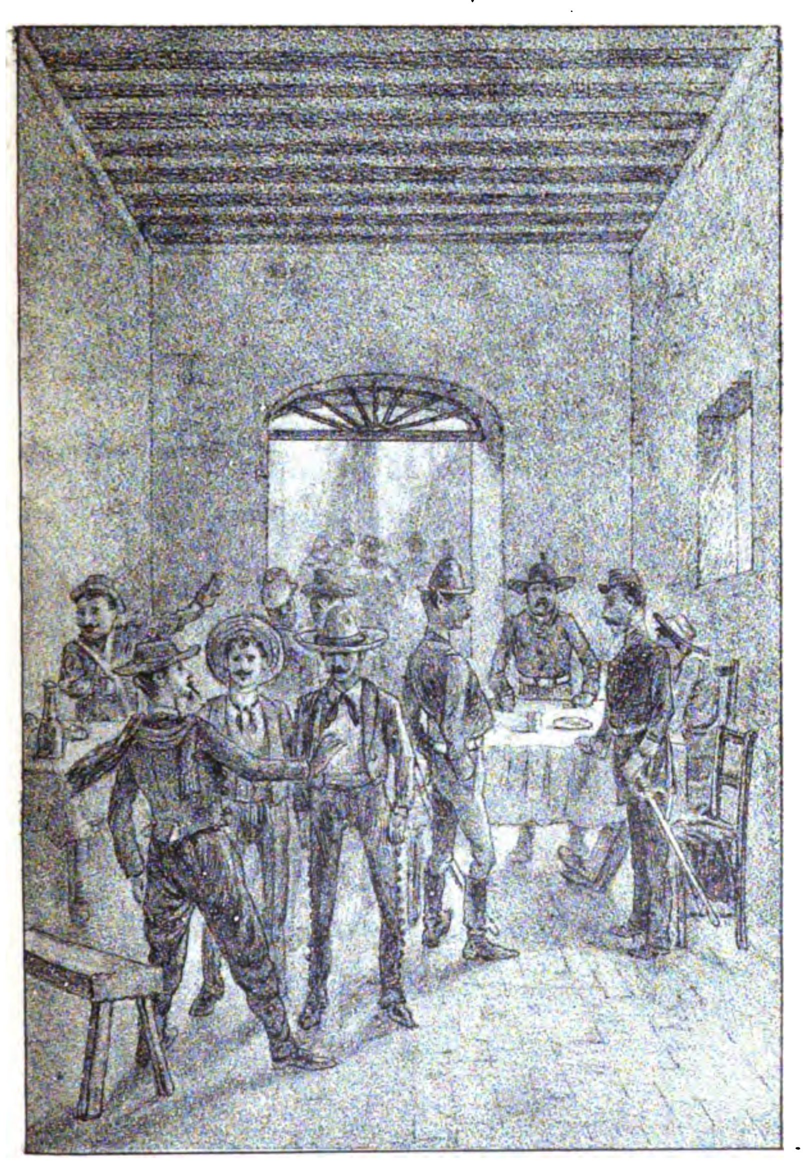
—¿Qué tal caballo traes? preguntó Ernesto á Morales.

—¡Qué caballo he de traer! es un esqueleto.

—Yo tengo uno que darte. Sobre la marcha, porque vamos á salir, arreglaremos tu colocación.

Efectivamente, tres horas después salía toda la Brigada compuesta de dos mil hombres á acampar á cuatro leguas de distancia de Matehuala, para esperar al enemigo.





A nuestros cuarteles, Señores, gritó uno de los oficiales.

CAPITULO XXXIX

REVISTA DE ENERO

ERA una guapa mujer la que iba á salir de México en los primeros días de Febrero para el interior, con objeto de ir á buscar en el ejército republicano á su marido, amigo ó amante suyo que ejercía funciones de teniente coronel, cuyo proyecto había puesto en conocimiento de nuestro amigo Sebastián Perez, diciéndole:

—Si tiene usted algún amigo ó amigos á quienes escribirle, puede hacerlo con toda libertad, porque además de que no tengo miedo de ser registrada, llevo en mi petaca objetos en que es imposible que me puedan hallar esas cartas.

Sin embargo de autorización tan amplia, Perez escribió en un papel de seda que redujo á pequeñas dimensiones, lo siguiente:

«Mi muy querido Ernesto:

Comienzo por hablarte de lo que tiene más interés para tí: después completaré mis noticias con otras

sobre la política y la guerra que puedan divertirte.

Por el último paquete de Europa que llegó á México hace unos diez días, se recibieron cartas de Aurora. A la familia le dice que nada más espera ponerse en contacto con alguna familia mexicana ó española para regresar á América. Escribe de Trieste. Ya varias personas que residen en Paris, en Madrid y en Berlin le han ofrecido ocuparse en tal asunto con interés y lo cumplirán; pero la dificultad principal estriba en que no hay ahora quien quiera exponerse á un viaje peligroso sabiendo que estamos en una situación espantosa.

A Leonor le dice que te ha escrito largamente por conducto de tu mamá: ¿has recibido sus cartas? Cuando se fué de México te estuvo escribiendo casi diariamente hasta que se embarcó en Veracruz. Ya habrán llegado á tu conocimiento por personas de acá ó por algún otro conducto todas las terribles aventuras en que se ha visto envuelta, manifestando un juicio, un valor y una resolución increibles.

¿Te acuerdas de nuestras tertulias en casa del coronel Cisneros? Pues han seguido casi lo mismo. Al principio del imperio, esto es, cuando el coronel y su mujer fueron llamados á Palacio y tuvieron cargos, casi se extinguieron nuestras reuniones, se pusieron muy estirados, muy orgullosos, muy imperialistas, nos veían por sobre el hombro y no nos llamaban sino pocas veces para que se nos cayera la baba en presencia de sus grandezas. Cuando dieron el *zapotazo*, cuando ya se vió claro que no servían para nada ni siquiera para desarrollar una intriga palaciega, que fué para lo único que se les llamó, volvieron la cara

á sus antiguas amistades y ahora se han empeñado en que nos reunamos cuando menos los días 15 y último de cada mes, casi los mismos de siempre, menos tú que andas por esos mundos desfaciendo entrertos, y menos Aurora también que está convertida en alienista, es decir, en cuidadora de una pobre demente, pues sigue á su lado y no se separará de ella mientras no se venga directamente á México. La enfermedad de una señora que tanto la distinguió con su cariño dice que la ha afectado mucho.

A las tertulias de la familia Cisneros estuvo concurriendo con cierta asiduidad un chambelán de Maximiliano llamado Genaro Lacroix, hijo de padres franceses, quien se interesaba mucho por la bella Aurora. Esta le dió repetidos descolones y ya al último cuando tuvo un rival deslumbrante, el pobre chambelán se eclipsó. Nos informan ahora que anda de capitán en un cuerpo mixto compuesto en su mayor parte de extranjeros.

Pasando á otro orden de ideas debo decirte que el periodismo anda por los suelos: desde que los ministros no tienen un real ya no hay quien quiera defenderlos gratis, de modo que no queda mas que la *Patria* y *El Pájaro Verde*, el primero sostenido por algunos ricos y el segundo por el clero en el que encuentra muchas simpatías el género exaltado y procaz. Yo me he ganado buenos cientos de pesos con unos artículos feroces escritos contra las bandas juaristas que he forjado en el café del Infiernito entre los vapores del aguardiente. Por supuesto que soy republicano, tú sabes que mi ideal es la democracia, que me señalo entre los jacobinos de más renombre;

pero en mis días de *chilla* á todo le pego y he salido del campo de la crítica en que me había refugiado mi pudor político para lanzar las más canallezcas producciones que tú puedas imaginarte. He estado sanguinario contra los mismos mios acosado por el hambre, pero ha sido contra mi voluntad y sin que nadie lo supiera, porque hice que un sacristán apareciera como autor de mis escritos.

Ahora voy á hacerte una ligera reseña de los principales sucesos del mes de Enero que termina mañana.

Maximiliano permaneció hasta el día 3 en Puebla dejándose querer, porque sobró allí quien lo adulara mucho, saliendo ese mismo día para acá en un coche descubierto y tirado por cuatro mulas blancas. Lo acompañaron Márquez (Don Leopardo como le llaman los juaristas), el Estado Mayor de este (pues que ya tiene un lucido Estado Mayor como segundo en gefe del Ejército), el coronel D. Paulino Lamadrid que ha resucitado, el coronel Schafer, el capitán von Groller, Pradillo y sus dos inseparacles el P. Fischer y el Dr. Bach, que algunos les llaman una *mancuerna* de Mefistófeles.

S. M. dejó los preparativos hechos: no quiso llegar á su palacio y se alojó en la hacienda de la Teja á donde fueron cientos de imperialistas á rendirle pleito homenaje. Parece que el trabajo más importante de la travesía desde Orizaba á la Teja fué arreglar al general Hermenegildo Carrillo, pues se pasó al imperio con toda su Brigada, dando una proclama contra los americanos.

El Arzobispo Labastida fué con gran pompa á vi-

sitar á Maximiliano y dicen malas lenguas que se han puesto de acuerdo ambos personajes para hacer una campaña en línea, por arriba y por abajo, á cara descubierta y subterraneamente empleando las intrigas y la corrupción contra la causa republicana.

¡Y cosa rara! Mientras el Arzobispo toma cartas en el juego con intrepidez, los ex-ministros Fernando Ramírez, Pedro Escudero y Echanove y Robles Pezuela huyen de la quema. El primero lloró en brazos de Maximiliano y le pronosticó que entre clérigos, conservadores imperialistas y generales ambiciosos, iban á llevarlo al altar de los sacrificios.

Tras este golpe moral Maximiliano recibió otro más positivo: le enseñaron la órden que recibió Castelnau de su soberano el día 1° para que embarcara á la legión extranjera y á todos los franceses y aun paisanos que quieran irse, sin dejar á ningún belga ni austriaco. Dicen que el archiduque se mordió los puños y lloró de rabia exclamando: ¡Infame Napoleón!

Si no fuera por Fischer, por Márquez, por Lares y por tantos que sujestionan á Maximiliano, sin duda que este diria á Castelnau y á Bazaine: «Llévenme con ustedes, yo también soy de los que se embarcan.»

Para distraer su aburrimiento en la Teja y poder disculpar con otra debilidad más su pobre resolución de seguir manteniendo una corona de espinas en la cabeza, convocó una junta de notables ó consejo extraordinario en Palacio que tenía encargo de discutir estas palabras de Bazaine: «Mi opinión hoy, es que S. M. se retire expontaneamente.» Exhortó al Mariscal á que las sostuviera en la reunión y las sostuvo efectivamente; pero lo derrotaron. Sobre todos D.

Alejandro Arango y Escandón les echó una filípica á Napoleón y á Bazaine, que á este último que era el que estaba presente lo dejó temblando. Figúrate si no temblaría: encarándosele le dijo: «Yo en nombre del Monarca ofendido de México, que no tiene la culpa de haber fiado demasiado en el extranjero, me creo autorizado para dirigir á V. E. estas palabras: *Idos, nada importa. Habeis hecho muy poco por vuestro soberano: menos aun por la Iglesia: nada, absolutamente nada por vuestra honra.*»

Como Bazaine estaba allí entre enemigos, salió con la cola entre las piernas quedando resuelto otra vez más por 28 votos contra cinco, que Maximiliano siguiera apurando el cálix; pero este para que la bebida sea menos amarga, dízque la quiere acompañar de un congreso.... ¿un congreso á estas horas?.... ¿de dónde vendría?.... ¿de qué gente se compondría?.... ¿quiénes habian de querer formarlo?.... ¿habría un solo republicano que tomara curul?.... De repente cree uno que el joven tudesco va en camino del manicomio para hacerle compañía á su interesante esposa.

El gobierno imperialista reforzado por los generales, nuevos consejeros y miembros de la Iglesia, se ha propuesto ser muy enérgico y D. Leonardo Márquez ha dado la señal de las persecuciones mandando aprehender á D. Pedro Garay á quien se le denunció, si no de conspirador declarado, cuando menos de mantener relaciones ocultas con el enemigo: Bazaine sacó entonces la cara por él y les mandó rogar á los ministros y á Márquez que lo pusieran en libertad: le dieron calabazas. Se dirigió luego á Maximiliano

y este lo mismo: le contestó que era necesario dejar obrar á la justicia:—¡Ah! ¿esas tenemos? exclamó Bazaine. Y mandó sin más ni más una columna de infantería y un ayudante con esta órden para el ministro de la guerra: «Entregue usted al portador á D. Pedro Garay ó de lo contrario ocupo el cuartel en que está preso á viva fuerza.»

Maximiliano cedió, naturalmente, y el preso fué llevado al palacio del Mariscal á Buenavista, á aquel Palacio que en mejores tiempos le fué regalado á Bazaine por un príncipe que con tanta facilidad dispuso de lo que nunca fué suyo para hacer obsequios y caridades.

No paró en esto el disgusto que reina entre los altos personajes, sino que hay otro incidente más chusco. El ministro Lares le mandó una comunicación á Bazaine preguntándole cual sería su actitud en el caso de que la ciudad fuera atacada, una vez que los al rededores estaban atestados de disidentes y los franceses no se movían. El Mariscal ha dado un solemne bofetón al ministro mandándole un oficio que termina con este párrafo:

«.... por descubrir la carta de V. E. un sentimiento de desconfianza, basado en apreciaciones calumniosas que lastiman nuestra lealtad, participo á V. E. que, en lo sucesivo, *no quiero tener relaciones con ese ministerio.*»

¿Que te parece el sopapo? ¿Cruel, verdad? Pues todavía el triunvirato de los franceses que tiene la batuta, Bazaine, Danó y Castelnau, se los ha dado más fuertes á Maximiliano.

Como por Cuernavaca se apoderó el enemigo de

la casa de recreo del Emperador y de todos los útiles que tenía por allí en sus buenos tiempos para dar ensanche á su felicidad, el coronel D. Paulino Lamadrid se ofreció á ir á recuperarlo todo. Salió con una fuerza, le pusieron una emboscada en que cayó y lo mataron.

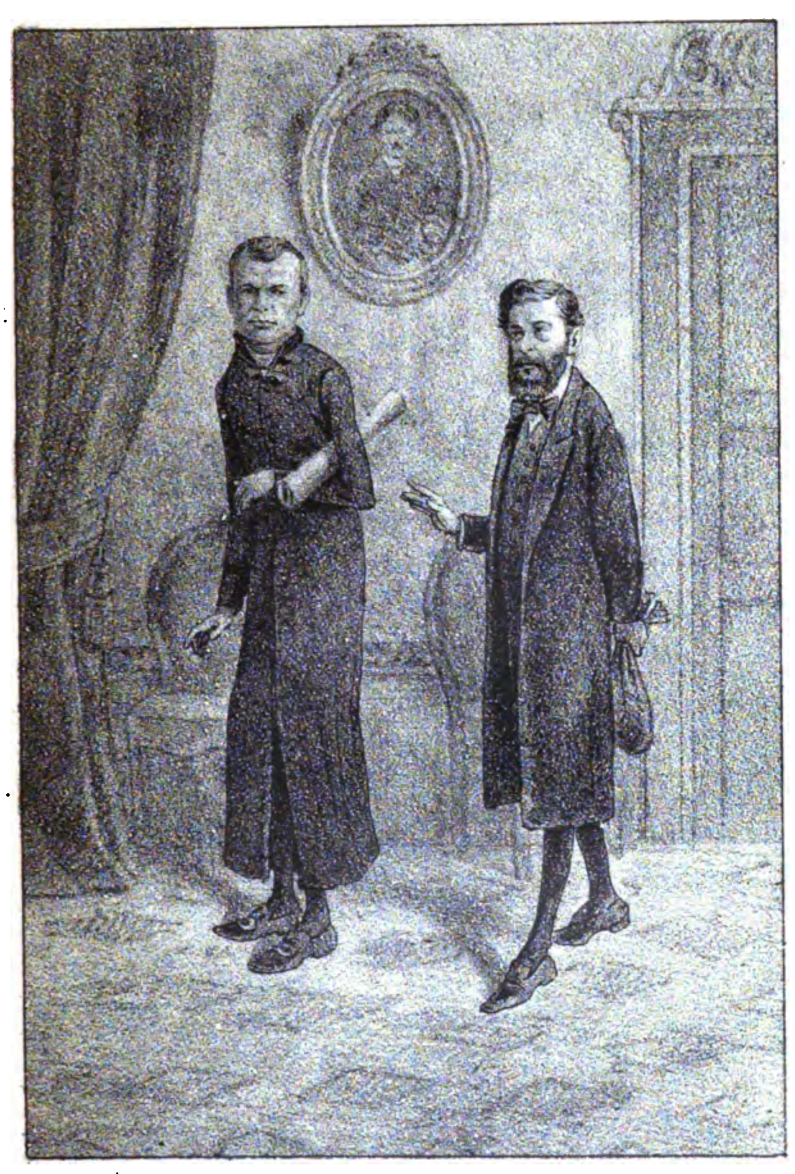
¡Bueno! Se me pasaba decirte que el incidente curioso de Bazaine con los ministros no paró allí, sino que dicho Mariscal escribió un pliego á Maximiliano dándole sus quejas, muy lleno de párrafos como este: «Creo hacerle todavía un servicio al Emperador, procurando ilustrarlo sobre las tendencias y las *insinuaciones pérfidas de una facción*, que reune pocas simpatías, y cuyos jefes abusan del ascendiente que creen tener, ó de la confianza que han sabido inspirar, para prepararle á V. M. *una era de sangrientas represalias, de dolorosas peripecias, de ruina, de anarquía y de humillaciones sin número.*»

¿Qué tal, eh? Con razón el archiduque se dió por enojado y devolvió la comunicación por irrespetuosa. Bazaine se encogió de hombros y dizque dijo:

—Mejor: procuraré irme con toda mi gente lo más pronto posible y entenderme para el cange de prisioneros y venta de materiales de guerra con los republicanos.

¡Qué se vaya! ¿Qué importa? Le quedan á Maximiliano dos brazos derechos: Fischer y Basch.

Respecto de los sucesos de la guerra ustedes los conocen mejor que nosotros, una vez que por allá anda ya Miramon haciendo sus marchas atrevidas y tal vez dándoles á las tropas republicanas mucho que hacer: aquí los imperialistas aseguran que va haciendo pro-



Que se vaya Bazaine ¡Que importa! Le queda á Maximiliano, dos brazos derechos; el P. Fischer y el Dr. Basch.

digios y creen que hará trizas á Escobedo como en otro tiempo hizo pedazos á Vidaurri en Ahualulco de los Pinos.

Se dice que Márquez solo saldrá cuando complete seis mil hombres que está organizando á gran prisa, cuyo ejército lo pondrá aparentemente á las órdenes del Emperador, porque siempre el primero será el que dirija la campaña que va á emprenderse. Lo único que falta es el dinero y más ahora que los franceses se han apoderado de todo, hasta de las aduanas interiores. Se asegura que Maximiliano mismo está viviendo de prestado, esto es, de unos diez mil pesos que el P. Fischer le reunió entre varios sacerdotes, con muchos trabajos.

Chico: he dejado para lo último lo más sabroso. Yo estoy bien correspondido por la hermosa Beatriz la prima de tu Aurora: casi todas las noches sale al balcón y platico con ella ó le mando una carta en que le espreso mis apasionados sentimientos, pero sin que pasemos de allí; porque no tengo más perspectiva sino que triunfen ustedes para que me consigan un destino y pueda yo contar con algo seguro. Yo ya se lo he dicho:—Beatriz: no tengo fortuna ni esperanzas de tenerla, ya bien lo sabes, olvídame, déjame, no puedo aunque quiera, casarme contigo.—Pues hijo, me contesta ella, vamos esperando tiempos mejores. Ellos vendrán, y si no vienen, ya sabes que siempre cuentas conmigo. Yo te seguiré á donde quieras y tendré á orgullo comer junto á tí, «pan y cebollas.»

¿Pan y cebollas? ¡Pues ni eso!

Adios, mi querido Ernesto, no necesito firmar, una vez que sabes quien soy y que deseo verte pronto.

CAPITULO XL.

LA MARCHA DE LOS FRANCESES.

YA veinte mil franceses estaban tendidos, puede decirse, entre México y Veracruz, formando una gran sábana de acero que reverberaba á los rayos del ardiente sol de Febrero; pero la retaguardia formada de la División que mandaba el general Castangy con algunos otros cuerpos de los más distinguidos permanecieron de guarnición en México, aunque haciendo diarios y rápidos preparativos para la marcha. Desde muy temprano y hasta horas después de ponerse el sol, se notaba gran movimiento en los cuarteles, que consistía en arpillar cajas, en arreglar equipajes, en numerar y guardar ordenadamente libros y papeles; en vaciar los almacenes de víveres y pertrechos de guerra para darles la distribución ordenada por los supe riores, y en suma, en hacer cuanto era indispensable para espeditar la salida de México que debía verificarse necesariamente en la primera quincena de Febrero, porque así lo había escrito Bazaine

á Maximiliano y tenía que cumplirse á todo trance con aquel amenazador ofrecimiento que significaba esto: «Quiero que cuanto antes te mires solo, para que sientas miedo y me sigas.»

Maximiliano permanecía escondido y taciturno en la hacienda de la Teja, muy inmediata á México, es cierto; pero siempre fuera del ruido que forman las gentes en toda ciudad populosa, siempre divorciado un poco de la sociedad, puesto que no recibía allí sino á sus hombres de guerra y á uno que otro ministro. En cambio no se le separaban ni el Dr. Basch su médico, ni el P. Fischer que le servía de ayuda de cámara.

—Señor, le dijo una mañana el P. Fischer, el Mariscal Bazaine está ya en vísperas de marcharse y si V. M. no se encuentra en su Palacio, será muy capaz aquel de atribuirlo á despecho ó á cualquiera otra causa desfavorable.

—Es verdad, Sire, continuó diciendo Basch que se había puesto de acuerdo con Fischer para esta nueva intriga, y aun el pueblo mismo, según dicen, empieza á murmurar, creyendo que el Mariscal es el que no permite á V. M. vivir en su Palacio.

—¿Será entonces conveniente trasladarme á Chapultepec? preguntó Maximiliano con negligencia.

—No Señor, se apresuró á contesrar el Dr., porque Chapultepec está acaso demasiado frio en este tiempo.

—Todos desean que habite V. M. su Palacio Imperial.

—¡Tengo allí tantos recuerdos de Carlota!

—La Emperatriz no ha muerto sin embargo....

—¡Pero ha perdido la razón que es peor!

—La razon puede recobrarse, la vida nunca, una vez que se pierde.

—Está bien, Dr., está bien, Señores: hoy mismo nos vamos de México: necesito entrar en actividad. Ustedes mismos arreglarán todo para nuestra mudanza.

El Emperador fué trasladado con todos sus cachivaches al Palacio de los Virreyes y en la misma noche el barón de Tindal, belga, presidente del consejo de guerra, jefe de la gendarmería y de la policía secreta, solicitó con ahinco ver á S. M. Con grandes trabajos y despues de muchas súplicas consiguió llegar á su presencia y le dijo inmediatamente:

—Sire: vengo á poner en conocimiento de V. M. un asunto que me parece de alta importancia.

—¿Qué asunto es ese, mi querido barón?

—Señor, el Mariscal Bazaine, á no haber sobre ello la menor duda, ha mandado que salgan algunos pertrechos de guerra de la ciudad. Y se supone que van á los campamentos de los liberales.

Maximiliano dió un salto en el asiento y preguntó:

—¿Bazaine está cometiendo acción tan pérfida?

—No solo está vendiendo á los agentes de la república los efectos que pueden comprarle, sino que está haciendo algo peor todavía.

—¿Y qué cosa está haciendo que parece peor?

—Está destruyendo cañones y parque, está mandando echar grandes cantidades de pólvora en las acequias que rodean el edificio de la Ciudadela.

—Pero es que en una nota oficial me ha asegurado el Mariscal que todos los efectos de guerra que no pue-

da llevarse los entregará á los jefes imperiales encargados de recibir los cuarteles.

—Mucho desearía poder confirmar con mi testimonio eso que dice V. M.; pero lejos de ello debo declarar que yo mismo he visto hoy en la tarde echar á los vallados la pólvora suelta y en cartuchos.

Maximiliano se quedó pensativo. Poco despues dijo:

—Mi querido barón de Tindal: hágame usted el favor ahora que salga de aquí de decir á uno de mis ayudantes que me vaya á llamar al general Márquez.

El de Tindal llamó á Márquez, los dos grandes personajes estuvieron conferenciando hasta altas horas de la noche y en la mañana del dia siguiente se les vió salir de Palacio en un coche cualquiera vestidos por supuesto de paisanos, sin llevar insignia ninguna de autoridad.

El coche se detuvo frente á la ciudadela y por espacio de un cuarto de hora se estuvieron Maximiliano y Márquez sin moverse contemplando á las faginas de soldados franceses que estaban destruyendo armas, vaciando cartuchos y tirando todo cuanto había en unos grandes sacos á las acequias.

Maximiliano dijo:

—Preferiría volverme. Esta escena me produce náuseas.

—Hemos venido, puede ser que nos hayan visto; lo mejor, salvo el parecer de V. M., es presentarnos siquiera para que nuestra presencia les cause sonrojo.

—Vamos entonces cuanto antes.

Maximiliano descendió del carruaje y seguido de Márquez se dirigió á la entrada de la ciudadela.

—¡Alto! les dijo el centinela francés tendiéndoles el fusil.

—Es S. M. el emperador Maximiliano, se apresuró á decir Márquez al centinela.

—Es la consigna, contestó este y volvió á repetir: ¡Atrás!

El oficial de guardia observó por fortuna lo que estaba pasando y se apresuró á ordenar al centinela que levantara el arma y dejara entrar á Maximiliano, que estaba rojo de vergüenza, con su acompañante. Márquez todo lo contrario, estaba lívido de rabia. En aquel momento hubiera querido convertirse en hiena para mascar á todos aquellos franceses.

Por lo demás, la visita no tuvo ninguna otra importancia, si no fué la queja de Bazaine que hizo llegar inmediatamente á Maximiliano, á aquien afeó mucho su conducta.

—¡Cómo! había exclamado delante de varios oficiales imperialistas para que fueran á contárselo, ¡el Emperador ha descendido tanto hasta ir como un miserable espía á ver lo que se estaba haciendo en la ciudadela! El bribón de Tindal fué á contarle algunas mentiras y S. M. ha querido verlo por sus propios ojos disfrazándose y llegando allí de improviso, cuando su deber habría sido anunciar su visita para ser dignamente recibido y no que se expuso á que un soldado cualquiera le cruzara el arma sobre el rostro. ¡Oh! esto ha sido vergonzoso y por mi parte no he merecido que se me tenga tanta desconfianza.

¿Pues qué idea tienen esos señores austriacos de la lealtad francesa? ¡Oh! ¡oh! mucho se ha de comentar en la corte de mi soberano esa visita misteriosa del monarca que pusimos en México y que tan costoso ha resultado para la Francia.

Entonces el Mariscal dió orden de que la salida se verificara el día siguiente, significando á todas las personas que lo veían que ya no le era posible detenerse sino las horas muy precisas en la capital del imperio.

Y en efecto, la primera señal que se advirtió al día siguiente fué la de verse que se quitó la bandera francesa del palacio de Buenavista en donde había ondeado desde que Maximiliano había hecho á Bazaine el regio regalo de aquella residencia.

El barón de Tindal que estaba pendiente de todo lo que pasaba en el cuartel general del mariscal francés, corrió á Palacio y ya no se atrevió á hacer el chisme á Maximiliano; pero sí al P. Fischer y al Dr. Basch les dijo:

—El mariscal ha vendido á los comerciantes paisanos suyos, no solo sus grandes existencias de mercancias traidas á México de contrabando, sino todos los ricos muebles que se le habían prestado por SS. MM. solamente mientras habitara aquella casa que le han donado sin los utensilios.

—¿También ha vendido los carruajes que pertenecen á la Nación?

—Todo, todo lo están sacando: ya la mariscala salió desde muy temprano para Puebla y ahora con el mariscal saldrá la última silla; no dejarán más que

el polvo de los muebles que costaron tantísimo dinero.

—S. M., contestó Fischer, se ha de fijar poco en esas pequeñeces y todo lo dará por bien empleado con tal que el mariscal lo libre de su presencia.

—Amen, respondió el Dr. Basch.

—Y ahora vámonos nosotros á la azotea para ver el desfile de los franceses, continuó diciendo Fischer, pues el Emperador no quiere que se abra ninguno de los balcones de Palacio ni que aparezca alma viviente en ellos.

Efectivamente, la gran casa de Bazaine que llevaba el nombre de Palacio de San Cosme, que le fué regalado con jardines y algunos muebles, que después se aumentaron prodigiosamente por el mismo mariscal, por supuesto sin que nada le costaran tampoco, había sido vaciado en los días anteriores y en la mañana del día 5 de Febrero, que fué el de la marcha, salió lo que quedaba. A las seis de la mañana fué arriada la bandera francesa, que ondeó allí por tres años como signo de soberanía, por estar allí situado el cuartel general del ejército invasor intervencionista.

Luego que los vecinos notaron que había desaparecido la bandera francesa de la casa de Bazaine, respiraron, aunque sin manifestar ninguna alegría, porque tenían miedo y porque no sabían si iban á quedarse peor con Márquez y Maximiliano. Así es que se conformaron con murmurar:

—Ciertos son los toros: de esta hecha se van los franceses.

—Y vaya si se van, contestó otro vecino al de la primera exclamación, pues que el señor Bonaparte no hace otra cosa todos los días luego que se levanta, que mandarles decir que se vayan, que se vayan inmediatamente.

—¿Y por qué tendrá tanta prisa?

—Porque no quiere que se vaya á tener aquí algún disgusto con los americanos, que son los que han fijado los plazos para la salida.

—¿Pero á los americanos qué les importa?

—Seguro que algo ha de importarles, supuesto que desde que vencieron á los del Sur están mucho más exigentes con Napoleón.

—Pero es que ya sabían que el Emperador francés desistía de llevar adelante la conquista de México, en primer lugar porque le ha disgustado la conducta de su protejido.

—¿Qué protegido?

—El señor Maximiliano. Y en segundo lugar, porque en Europa se están poniendo muy mal sus asuntos políticos.

—Lo positivo es que los franceses nos dejan.

—Nos dejan. Mire usted el Estado Mayor del Mariscal y su escolta que ya vienen á esperarlo.

—Todas las tropas desde hace rato están tendidas en el paseo.

—¿No pasarán por aquí?

—No: el Mariscal tiene que salir de su palacio para ir á ponerse al frente de ellas y atravesar en columna por toda la ciudad con mucho escándalo.

—Pues bien podrían irse sin necesidad de atravesar por las calles céntricas.

—¿Y qué pierden con eso?

—Pudieran algunos imprudentes tirarles pedradas.

—No se las tirarán, porque ya saben que pagarán cara su audacia.

—¿Pues qué habían de hacerles?

—Lo que es Bazaine sería capaz dé hacer que se quedara aquí un batallón para fusilar á cuantos fuera preciso.

—Por fortuna no fusilará á nadie: ya ve usted, no se puede dar en el pueblo mayor indiferencia.

—No es tanta: todos los balcones de las calles principales por donde van á pasar las tropas están llenos de gente.

—Sí, de curiosos que acuden á divertirse, pero sin animación.

—Es verdad.

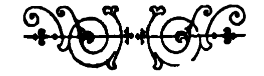
Estas y otras conversaciones semejantes se oían entonces de boca en boca, de puerta en puerta y de balcón á balcón, y en este momento se hablaba con tal libertad, que no parecía sino que iba á haber en México un cambio de gobierno completo. Desaparecía el dominio francés y aun no se sentía el rigor de los imperialistas que hasta entonces habían estado en tutela.

Hubo en efecto muchas gentes en los balcones y en las calles viendo pasar á los batallones franceses con sus músicas y sus banderas desplegadas; pero nadie les dirigió ni un saludo ni una sonrisa. Cuando entraron triunfantes la plebe comprada, los beodos y lo que todo aplauden les manifestó gran entusiasmo: ahora no había nadie, sino una que otra co-

torrona enamorada, que viera salir á los franceses con algún sentimiento.

—¡Que se vayan mucho al diablo! era la exclamación más repetida.

Y ellos pasaron por todas las calles llevando á su frente á Bazaine muy satisfecho.



CAPITULO XLI

¡A LA GUERRA! ¡Á LA GUERRA!

MIENTRAS por el frente del Palacio Nacional pasaban los batallones y escuadrones franceses con sus bandas, músicas y *fanfarrias*, haciendo un ruido extraordinario, principalmente con la artillería y los carros del parque, Maximiliano completamente solo en sus departamentos, se paseaba á lo largo de una de las habitaciones que había tenido la precaución de poner á cubierto de todo el mundo, cerradas las puertas con los pasadores interiores. Algun ayudante, algun camarista, algun portero, se encontraban dormitando en los sillones de las antesalas; pero allá, en el departamento del Emperador, no había más que él solo dando vueltas con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Cuando le llegaban los ecos de las músicas ó los grandes ruidos que causaban las cureñas de los cañones, daba las vueltas más apresuradas y hacía esfuerzos para no oir, para no pensar en que el ejército francés, su principal apoyo, se marchaba.

Hubo un momento en que se detuvo junto á un mueble que contenía una cartera con varios papeles y una caja repleta de onzas de oro y cogiendo uno de esos objetos en cada mano dijo:

—¿Qué aguardo, pues? Es preciso irme.

Dejó de nuevo cajas y cartera sobre el mueble y se quedó allí como clavado á la vez que murmuró entre dientes.

—Es el momento en que debo meditar con toda calma sobre mi situación y saber el partido definitivo que debo tomar. Bazaine quiere que me vaya, manifiesta á todos que tiene mucho sentimiento de dejarme, sin poderme prestar ya ninguna protección; me ha hecho saber de un modo muy indirecto que queda hasta mañana en la Ciudadela una fuerte escolta que tiene órdenes de acompañarme si yo quiero partir. Su última tentativa pues para llevarme consigo concluye tal vez mañana. Si yo no acepto esa escolta, la tropa le seguirá pasadas veinticuatro horas y me quedaré abandonado á mi propia suerte. ¿Qué debo yo hacer? ¿Es que Bazaine sinceramente quiere salvarme ó no es más que uno de sus muchos juegos é hipocresías ese gran interés que manifiesta en arrebatarme esta pobre corona que tal vez él soñaba colocar en sus sienes? ¿Es sincero Bazaine ó se quiere vengar de mí por haberme negado siempre á seguir sus inspiraciones? ¿Fué un servidor leal de Napoleón ó es un ambicioso despechado que va maldiciendo de todos los que no le dejamos realizar sus propósitos? ¡Bazaine ha sido para mí un enigma! ¿Qué es lo que realmente ha querido, qué es lo que ha hecho, qué es lo que ha querido hacer? Si vi-

no á sostener el trono y fué ese el mandato que recibió en París, ¿por qué no me dejó formar un ejército mío? ¿por qué no me dejó desarrollar mi política? ¿por qué sembró tantos obstáculos á mi paso? ¿por qué llegó á manifestarse contra mí y contra los mios como si fuera nuestro peor enemigo? Y ahora mismo, ¿cual es el móvil de su conducta? ¿Es por compasión, es por cariño, es por celos ó por odio, por lo que tiene tanto empeño en llevarme? Por cariño no, porque no me quiere, ni nunca le he llegado á inspirar la menor simpatía; por lástima tampoco porque es hombre que por nadie se compadece y por celos y por odio no veo que fuera esa la forma de satisfacerlos. Acaso el sentimiento que lo inspira sea el interés de quedar bien con mi familia ó el afán de cumplir con alguna recomendación de su amo: eso ya lo averiguaremos más tarde: lo cierto es que los repetidos consejos del Mariscal francés diciéndome constantemente que me vaya, me impresionan. ¿Qué me quedo á hacer aquí? ¿Con quienes cuento para sostener esta corona marchita sobre mi cabeza? ¿Con esos hombres llenos de notas negras en mis libros secretos? ¿Con ese puñado de ladrones de conductas, de asesinos, de pequeños ambiciosos dominados por los clérigos que á la vez que son criminales no dan un paso sin llenarse de agua bendita, de silicios y de misas de gracias? ¿Qué especie de corte será la mía, con esos personajes llenos de antecedentes podridos? Márquez, Miramón y Mendez que están hundidos hasta el cuello en la sangre de sus pasiones, Almonte que es un traidor á todas las causas, un venal y un cobarde, y estos y los otros pelucones imbéciles que me rodean han

de ser el sostén honrado de un trono decente? ¿Con quienes he de compartir las glorias de los combates, con quienes he de acompañarme en los festines que me preparen mis súbditos despues del triunfo, con quienes he de reinar? ¿Con Almonte y con Márquez, con Miramón y Mendez, con Mejía y con Uraga?.... ¿No se reirán de mi á carcajadas todos los monarcas de Europa?.... Aun estos príncipes, marqueses y condes tronados que me acompañan, no obstante ser quienes son y encontrarse tan desheredados como se encuentran, podrán contener la risa luego que vean que Labastida y Márquez y Miguel López son mis cortesanos?.... ¡Oh! Bazaine me dice que no debo quedarme aquí; pero no solamente me lo dice Bazaine, me lo dicen los que son leales amigos míos y me lo dice sobre todo el corazón que me atrae á donde está Carlota aunque esté enferma, que me hace lanzar tiernos suspiros ante el recuerdo de Miramar; los únicos que me dicen que no me vaya son los de mi familia que no quieren verme en Austria, ó los que están interesados aquí en que les sirva de instrumento de sus rencores y venganzas. Los comprometidos, los que no tienen más perspectiva que la fuga ó la muerte, son los que me invitan á quedarme, son los que emplean todos sus esfuerzos en convencerme para que no me vaya.... ¿Acaso soy yo tambien un imbécil para no comprender cuales son sus miras? ¿Qué aguardo pues, qué espero, por qué no me voy inmediatamente? No tengo que hacer otra cosa sino mandarle un ayudante á Bazaine diciéndole que me espere y él detendrá la marcha de la columna y me esperará. Sí, eso es, primero me visto de viaje, arreglo lo poco que me queda que

arreglar en cinco minutos y en seguida mando decir al Mariscal, que estoy dispuesto á seguirle. Manos á la obra.

Diciendo esto Maximiliano, abrió su ropero, sacó unas ropas y acordándose aun de que era Emperador, corrió el pestillo que tenía cerrada una de las puertas de la habitación y tocó un timbre para que viniera su ayuda de cámara á vestirlo.

Este, presentándose, hizo una profunda inclinación y dijo:

—El señor general Márquez que está allí afuera hace una media hora me ha suplicado que le anuncie con S. M.

—¿Márquez está ahí? preguntó el archiduque á la vez sombrío y como espantado.

—Hace más de media hora, como acabo de decir á S. M.

—¿Y quiere verme?....

—Con mucha insistencia suplica que se le anuncie á S. M. Se ha dirigido ya á todas las personas del servicio que ha visto.

—¿Y que se le ha contestado?

—Que S. M. se encuentra indispuesto y que ha dado la órden de que á nadie se deje penetrar á sus habitaciones.

—Y el Dr. Basch y el P. Fischer, ¿dónde están?

—Están en la azotea viendo el desfile de las tropas.

—Bueno: ayúdame á vestir y en seguida te diré lo que has de hacer.

Maximiliano traia puesto un traje de paño fino de corte el cual iba á cambiarse por uno gris un poco militar apropiado para resistir el polvo del camino.

En menos de diez minutos quedó transformado; pero en esos diez minutos mientras Bautista le ponía los pantalones y las botas volvió á hablar consigo mismo de esta manera:

—Yéndome de aquí les habré dado el triunfo en sus propósitos á Bazaine y á Napoleón, que no quieren salvarme á mí sino darles gusto á los Estados Unidos y asegurar el pago de su dinero estableciendo un gobierno mexicano. Bazaine debe estar muy despechado porque seguramente ya estaba muy comprometido con Porfirio Diaz ó con Gonzalez Ortega para entregarles la capital. Yo creo que con quien estaba en arreglos más formales ha sido con Gonzalez Ortega el rival de Juarez. Quitándome á mi de en medio, ya no hay monarquía, ya no hay motivo de desacuerdo con el gobierno de los Estados Unidos y los intereses franceses pueden quedar asegurados. Quedándome yo, la situación es muy diferente para Napoleón: si triunfo faltaré á nuestra convención puesto que él ha sido el primero en romperla y cuando yo quiera le reconoceré la deuda y cuando yo quiera también podré amortizarla. Si triunfa Juarez no solo no pagará nada á Napoleón sino que rechazará todo clase de relaciones diplomáticas con su gobierno. Con ninguno de los dos, ni con Juarez ni conmigo tiene Napoleón garantías de volver á sacar un solo peso de los muchos millones que ha gastado en la expedición ni de los empréstitos que se nos han facilitado. La retirada de los franceses sin cobrar nada, sin haber podido asegurar nada para el porvenir, va á ser la ruina y el desprestigio de Napoleón III, tal vez la caida de ese monarca de cartón relleno de

lodo plebeyo y ostentando en el exterior un brillante barniz que se extingue detrás del colorete. Sí, por eso es el empeño que tienen de arrancarme de aquí. No es para salvarme la vida puesto que no me salvan la honra que es lo principal, sino por no verse ellos envueltos en el ridículo del fracaso. Ahora lo que debo resolverme yo mismo es si he de darles gusto yendo á pasear por Europa mi vergüenza y mi cobardía....

Después de un momento de meditación siguió murmurando interiormente.

--Aquí está Márquez.... ¿qué me quiere? Ya sé lo que me quiere. Viene á cuidarme por encargo de los suyos para que al ver partir la retaguardia del ejército frances no me asalte un momento de debilidad y los abandone. No tiene nigun negocio conmigo, estoy seguro, ha de venir invocando cualquier pretexto para poder estar á mi lado en estos momentos en que más necesito ser fortificado con la vana palabrería.... ¿Acaso soy yo un ciego para no ver claramente cual es mi situación? ¿Acaso no sé que estoy entre Scila y Caribdis? ¿Acaso no sé que los franceses quieren llevarme para hacer su negocio y los conservadores de aquí quieren que me quede para hacer el suyo? ¿Pueden estos tener la conciencia de que van á consolidar el trono? No: lo que quieren es que continué la anarquía para ver lo que pescan.... Yó.... soy en todo esto juego, lo de menos: para los franceses un estorbo para los devotos de aquí una tabla última de salvación. La postrera tentativa la hacen conmigo, si no se les logra como ellos demasiado sospechan que no se les ha de lograr.... ¡muertos para siempre! ¡Jamás volverán á levantar cabeza!

Napoleón quitándome de aquí les ve una orilla á sus millones. Estos macabeos que me detienen se asen á mí como su última esperanza. O se salvan conmigo ó me arrojan al matadero como su chivo expiatorio, porque tal vez yo he de ser la sola víctima. Vamos pues á cumplir con nuestra misión como predestinados perfectos.

Le habían acabado de vestir en este momento y dijo á su ayuda de cámara el húngaro Túdos:

—Que entre Márquez.

El general entró vestido de riguroso uniforme y saludó inclinándose profundamente:

—Majestad....

—General: aquí me tiene usted ya listo para entrar en campaña.

—Precisamente de eso venía á permitirme hablar con V. M. Miramon ha triunfado ya en Zacatecas y no solo ha triunfado, sino que ha estado á punto de tomar prisionero á Juarez. Quizás á estas horas ya lo tenga en su poder....

—¿Será posible? Sabía yo que Miramon había logrado entrar á Zacatecas derrotando á la guarnición republicana; pero ignoraba que fuera en pos del gobierno de Juarez.

—Ha mandado un cuerpo de caballería persiguiendo á Juarez que solo lleva una escolta muy desmoralizada y Miramón con el grueso de su columna, se prepara á hacer frente á Escobedo en combinación con D. Severo del Castillo que manda otra columna de tres mil hombres.

—¿Ha venido algún correo especial?

—Ha llegado un antiguo ayudante mio enviado

por Mejía de Querétaro el cual solo me trae noticias verbales.

—¿De manera que debemos obrar?....

—Cuanto antes si V. M. se digna disponerlo.

—Bueno. Una vez que ya estamos libres de toda liga con los franceses, creo que podemos desarrollar un plan de combate. ¿Cuál es el que le parece mejor á V. E?

—El que tengo ya indicado á V. M. La concentración de Mendez, Castillo y Miramón en Querétaro á donde llegaremos nosotros con cuatro mil hombres. Allí formaremos un ejército de quince ó veinte mil hombres.... pongamos que sea solamente de doce, tendremos los cuerpos mejor organizados y los jefes más inteligentes para dar un golpe decisivo en batalla campal á Corona ó á Escobedo. Si nosotros estamos en Querétaro antes de que se reunan esas dos fuerzas enemigas, que por ahora están diseminadas, habremos triunfado con un solo golpe.

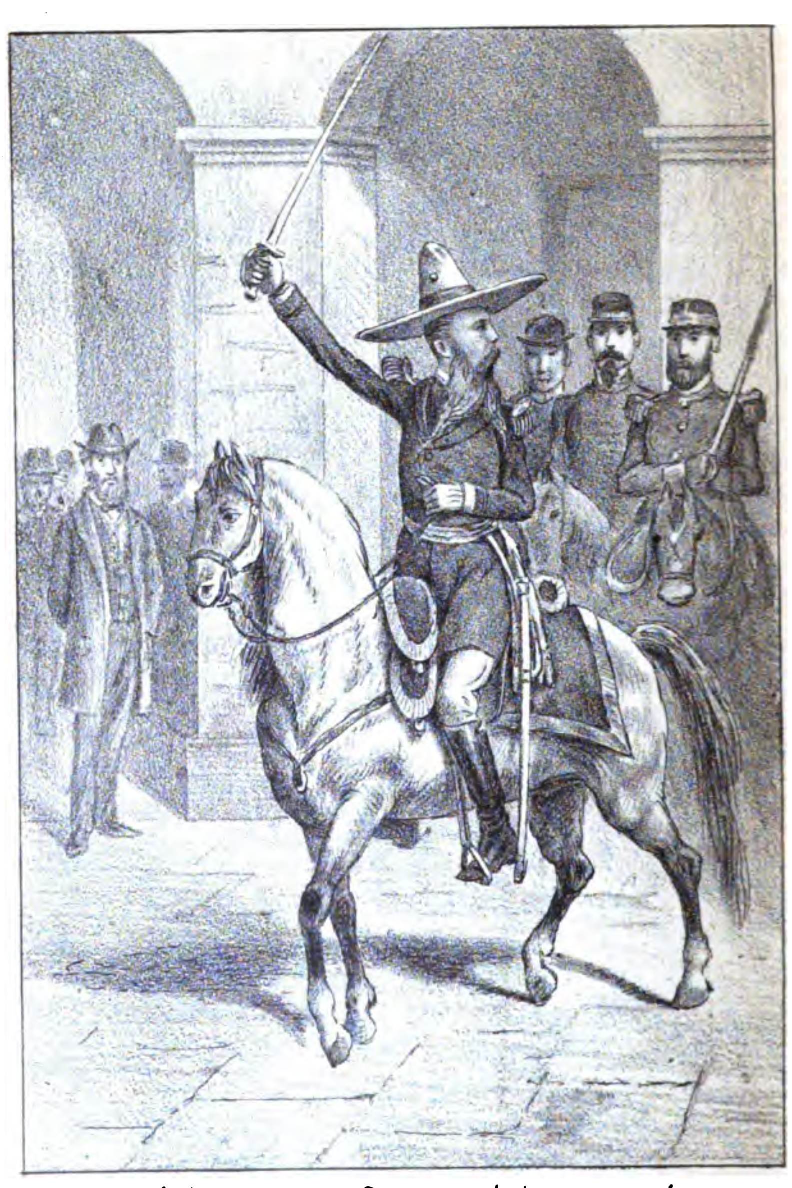
—Me gusta mucho el plan, general, y será el que ejecutemos. Yo quería que saliéramos hoy mismo de la capital; pero....

—¿Hay alguna dificultad insuperable?

—Una muy grande: la falta de dinero.

Márquez inclinó la cabeza.

—Pero yo me encargo de allanarla, exclamó con entusiasmo el soberano. Tengo desde luego en esa cajita ocho mil pescs en oro que destinaba para mis gastos personales, entrarán á la caja de guerra y mañana nuestro ministro de hacienda nos conseguirá prestados unos veinte ó treinta mil pesos y con eso tendremos por de pronto para emprender la marcha.



-A la guerra Señores, á la guerra!

Ya en esos momentos el silencio se había establecido en la capital y ni quien se acordara de los franceses que habían salido por la mañana.

Márquez fué y dijo á los ministros de Maximiliano los esfuerzos que había hecho para conseguir que este se detuviera y lo necesario que era que se apuraran los recursos para salir á campaña. Los ministros se esforzaron, pero tuvieron que perderse, á pesar de todas las diligencias, siete días mortales. En estos siete días se supo la noticia de la derrota de Miramón que vino á hacer vacilar otra vez á Maximiliano; pero á poco llegó la de la victoria de Castillo sobre Herrera y Cairo que establecía una buena compensación.

El día 13 llegó Márquez á Palacio y dijo á Maximiliano:

—Señor, ya todos estamos listos.

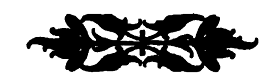
—Yo también, dijo el príncipe señalando sus arreos militares.

—La división está ya formada.

—Pues vamos.

Entonces Maximiliano montando á caballo en el patio de Palacio, sacando la espada y poniéndose al frente de Ormachea y Pradillo, sus ayudantes, de su médico el Dr. Samuel Basch y de su secretario D. José Blasio, gritó con voz que no era de trueno, pero sin embargo bastante firme:

—¡A la guerra, señores, á la guerra!



CAPITULO XLII

FRENTE Á FRENTE

TODAVIA Bazaine estuvo esperando en Puebla varios dias á Maximiliano y aun hizo que sus gentes cometieran algunos desmanes para llamarle la atención; pero todo fué en vano: las noticias que recibía del ministro francés Mr. Danó, eran todas en el sentido de que Maximiliano no pensaba marcharse del país. Supo Bazaine que Miramón había sufrido una furibunda derrota cerca de Zacatecas y que su hermano D. Joaquín, también general, había sido muerto en el combate.

—Este es un aviso del cielo para el Archiduque, dijo á sus gentes, ahora ya no le queda más recurso que alcanzarme.

Pero á los pocos días, como antes dijimos, D. Severo del Castillo derrrotó al general D. Anacleto Herrera y Cairo, cuyo jefe, según se dijo entonces, fué fusilado, y esto vino á moralizar nuevamente al ejército imperialista. Entonces Bazaine, ya en Veracruz,

dió orden de que se embarcaran sus tropas despidiéndose de México para siempre. No se figuraba el gran Mariscal que su grandiosa epopeya comenzada en el país azteca iba á tener su desenlace en Sedan.

Maximiliano entretanto llegó á Querétaro á la cabeza de sus tropas y fué recibido estrepitosamente por Miramón, Mejía, el prefecto Escobar y todos sus partidarios que estaban allí reunidos. Allí se encontraba el núcleo militar del imperio: el de la política se había quedado en la capital medroso y temblando por los resultados de aquella estrambótica campaña.

El general Escobar, prefecto de Querétaro, terminó así el ampuloso discurso que dirigió á Maximiliano: «*Dios os bendiga, Señor, y á nosotros también; y que la posteridad os proclame con el justo título de gloria de* MAXIMILIANO EL GRANDE.» Los aduladores mexicanos siempre han sido muy exagerados, sobre todo, son muy amantes de poner á todos los jardines, plazas, calles y teatros los nombres de las personas vivas que gobiernan. La adulación es un vicio muy extendido y que ha echado profundas raíces entre nosotros, lo cual es de sentirse, porque los aduladores contrastan muchísimo con los hombres sérios, circunspectos, altivos, independientes y de inteligencia sana que hemos tenido.

Pero no nos divaguemos y sigamos nuestra relación.

A los pocos días de estar muy festejado Maximiliano en Querétaro llegó Mendez con su división, hubo la recepción correspondiente y entonces Miramón creyó la hora propicia para expedir la proclama que

sigue y que solo se inserta para que se comprenda cual era el espíritu que dominaba entonces:

«Soldados: La lucha que desgarra el seno de la patria es sostenida por un enemigo salvaje, de quien huyen las poblaciones en masa por sus violencias, por sus rapiñas y por sus instintos feroces: ese enemigo ha vendido el territorio nacional á los *yankees*, porque lo mismo trafica con el honor de las familias, que con los plagios y la independencia de México.

«Sus primeros corifeos, tales como Corona, violan las capitulaciones que se ratifican bajo la garantía del honor, de la conciencia y de la opinion pública: las tropas del general Chacon acaban de ser víctimas en Colima de una alevosía que no puede calificarse. Juarez y su camarilla fusilan á centenares de nuestros camaradas, y asesinan en Tepetates á uno de vuestros generales, que, por el sólo hecho de estar herido, habria sido respetado aún por las tribus de los caribes: la barbarie de esos hombres sin corazón, que se apellidan partidarios de la libertad, barbarie que ha lastimado mis más tiernos y naturales sentimientos, hace degenerar la contienda que sostenemos por honor de la sociedad, en una guerra sin cuartel, que orilla los males públicos á una extremidad altamente deplorable: sea en hora buena, puesto que ellos lo han deliberado así.

«Soldados: se nos ha arrojado un guante que implica un duelo á muerte: hagamos á nuestros cobardes enemigos el honor de levantarlo; pero escuchad los últimos y lejanos écos del malogrado general Osollo, que exclamaba en 1858: «¡Ay de los vencidos! ¡Viva el Emperador; viva el ejército nacional!»

El general D. Ramón Mendez no quiso quedarse atrás y también expidió una proclama con sus correspondientes humos, aunque no tan belicosa como la de Miramón. Decía entre otras cosas por ejemplo á sus soldados: "No olvideis que durante vuestra permanencia en Michoacan, jamás fuisteis vencidos: que no tenga yo el sentimiento de saber que algunos soldados de la brigada han dado un paso atrás. No; todos adelante, al dulce recuerdo de vuestros triunfos derramad primero hasta la última gota de sangre en las aras de la patria, que ver en vuestra frente el negro borrón de la ignominia.

En medio de la pelea y en el calor de la refriega, á los gloriosos gritos de *viva la independencia* ¡viva el Emperador! *aplastareis la hidra de la revolución* y podreis conquistar los laureles inmarcesibles de un verdadero y sólido triunfo!»

No dejaba entónces de notarse como cosa muy curiosa, que tanto Maximiliano como sus generales, decian siempre en sus proclamas que ellos eran los que peleaban por la independencia de México y por la libertad, en contra de los rebeldes y los revolucionarios.

El 24 de Febrero se verificaron tres sucesos notables y muy significativos en la ciudad de Querétaro. El primero fué la organización que dió Maximiliano al ejército imperialista nombrando jefes del cuerpo de infantería á Miramón, del cuerpo de caballería á Méjia y de la artillería al coronel Ramirez Arellano. Nombró Cuartel Maestre á Márquez y jefes de las divisiones y Brigadas á Casanova, Castillo, Escobar, Mendez, Gutiérrez etc., etc.

El segundo acontecimiento fué el banquete que ofreció el joven soberano á la crema militar que lo rodeaba, con la particularidad de haber sentado serca de su augusta persona al coronel Miguel Lópes, que era uno de sus íntimos y favorecidos.

El tercer acontecimiento fué la junta que celebró algo despues de haberse verificado el banquete, pero todavía en la misma tarde y bajo los humos del Champagne, en cuya junta se adoptó la resolución, á propuesta del mismo Maximiliano, de salir sobre el enemigo el día 26, esto es, dos dias despues de aquel que estaba terminando. El plan que iba á llevarse á efecto consistía en cargar todo el ejército sobre las fuerzas que mandaba el general Ramón Corona y al cual se había incorporado ya en Morelia el general Régules con las suyas. Fácilmente derrotadas estas que no contaban con cuerpos disciplinados, se echarían violentamente sobre las fuerzas de Escobedo, las que tenían que ser igualmente derrotadas. Destruidos aquellos dos cuerpos que eran los principales en que se apoyaban los republicanos, ya el imperio quedaría consolidado. De los jefes que se encontraban en el Oriente y Sur con elementos de alguna consideración, casi ni se hacía referencia, pues que todo acabaría en los extremos luego que la guerra quedase terminada en el interior.

Así con suma facilidad fueron destrozados los juaristas en aquella junta, sin pensar aun en las dificultades materiales que tenían que presentarse para poner en movimiento un ejército de doce á quince mil hombres. Se habían pedido algunos elementos de guerra muy indispensables á México y los ministros habían

contestado que no tenían suficientes tropas para escoltarlos, porque las partidas revolucionarias habían aumentado cerca de la capital de una manera alarmante, y por otra parte, se había estado esperando que el general Olvera bajara de la sierra con sus chusmas para que se quedara de guarnición con ellas en la plaza de Querétaro. Faltaban además el dinero y las bestias de carga. Hubo por fuerza que aplazar la salida y perder tiempo.

Véamos lo que pasaba entre tanto en el campo republicano. El general Escobedo que disponía de unos diez mil hombres, salió de San Luis Potosí dejando allí una guarnición que sirviera de respeto al gobierno de Juarez, que debía establecerse muy pronto en aquella ciudad, y puso, por de pronto, mientras arreglaba con Corona una combinación, su cuartel general en Dolores Hidalgo.

El general D. Ramón Corona que había venido limpiando el territorio de imperialistas desde Sinaloa y Sonora hasta Michoacán, había entrado á Morelia con seis mil hombres y se habían puesto á sus órdenes dos mil que tenía allí el general Régules. Al dia siguiente de encontrarse allí, el 21 de Febrero, recibió un extraordinario de Escobedo: este le pedía su itinerario y lo apremiaba para que forzase sus marchas con el fin de no dar tiempo al enemigo de recibir refuerzos de México, de salir de Querétaro y de situarse entre las dos fuerzas para impedir su reunión.

Corona le marcó cual era el itinerario que iba á seguir con su ejército para que por allí le mandara sus correos, ofreciéndole moverse con toda la prontitud que le fuera posible.... Aunque Corona tenía á su la-

do magníficos jefes, probados en cien combates, había alguna desconfianza en sus fuerzas y en sus aptitudes, en tierra desconocida. Conocia la táctica de Lozada, y se habia acostumbrado á conocer un poco la de los franceses, pero no tenía deseos de encontrarse frente á frente de Miramón y Márquez, así es que hizo sus marchas con sumo recelo y tomando precauciones exageradas. En cambio, Escobedo no lo perdia de vista, como no perdía tampoco al enemigo al cual tenía muy vigilado, estando listo para contrariar cualquiera de los movimientos audaces de Miramón que era el general más terrible de los imperialistas. ¿Qué habria pasado si el ejército de Querétaro se hubiera podido mover el día 26 sobre cualquiera de los dos gefes republicanos? Que seguramente Miramón hubiera derrotado á Corona y quizás también á Escobedo. A los imperialistas no les faltaba para nivelar sus fuerzas con cualquiera de los jefes republicanos sino algo de artillería bien montada: esa falta principal y las otras accesorias que se han mencionado, les impidió salir. No era otra cosa sino que estaba ya escrita la muerte del imperio en el libro de los destinos.

Cuando Corona llegaba ya á Celaya le avisaron sus exploradores que por el camino de Querétaro se veía una fuerte polvareda. En el acto mandó formar en batalla á los ocho mil hombres que le seguían, no obstante que sospechaba que eran diez ó doce mil los que iban á atacarlo. En el punto en que se encontraba no cabía más elección que aceptar el combate. ¡Por fortuna eran amigos los que levantaban la polvareda! Los coroneles Franco y Bermudez llegaban á Celaya con sus cuerpos de caballería. ¿Quié-

nes eran los coroneles Franco y Bermudez? ¡Sábelo Dios! Entonces se cruzaban fuerzas amigas y enemigas por todas partes, sin que ni unas ni otras se dignaran anunciarse. Lo natural era que esos coroneles avisaran á Corona, que era extraño en el terreno, quiénes eran y de dónde iban; pero entonces todavía se encontraba en pleno reinado el desorden.

Viendo Corona que no había ningún peligro con aquellos coroneles que le caían del cielo, desbarató la batalla y siguió su viaje para Celeya también, en donde entró el mismo día 27 participándolo así á Escobedo por correo extraordinario. A su vez el general Blanco comisionado de Escobedo en el Bajío le participaba á Corona que el enemigo permanecía quieto en Querétaro y que el general don Silvestre Aranda que pernoctaba á 4 leguas de Celaya se pondría á sus órdenes con la tercera división. En efecto, al día siguiente 28, entró Aranda á esa ciudad con tres mil hombres y 10 piezas de artillería. Corona respiró: ya podía con mejores elementos poderle hacer frente al enemigo si caso lo atacaba, una vez que quizás el momento decisivo estaba acercándose. El no podía dejar de pensar que fuera el escogido por Miramon para darle un golpe.... tenía presentimientos. Sin embargo, en Celaya podía fortificarse en un momento y esperar que Escobedo lo auxiliara: además, ya tenía manera de comunicarse por telégrafo con ese general y por esa vía recibió una cita del mismo para Chamacuero con objeto de que ambos jefes celebraran una conferencia el 1° de Marzo en la noche.

Por fortuna Régules, general español, valiente y

leal, que se había quedado enfermo en Morelia, llegó á Celaya en esos momentos, de suerte que pudo Corona dejarle encargado del mando del ejército de Occidente y acudir á la cita.

Eran las siete de la noche. Se vieron los dos generales en jefe que antes no se conocían, se abrazaron y se entendieron.

—Usted debe mandar el Ejército como general en jefe, dijo Escobedo.

—No señor, contestó Corona, usted es el nombrado por el gobierno y eso basta; pero además usted tiene mayores elementos que yo, usted conoce mejor el terreno y es dueño de más gloriosos antecedentes.

—Usted me persuade, compañero; sin embargo, no daré paso sin que nos pongamos antes de acuerdo. Ahora, ¿qué le parece á usted la situación?

—La temía hace dos días, general; pero ahora estoy enteramente tranquilo. Tengo diez mil hombres, poco más ó menos los mismos que puede mover sobre mí el enemigo; y además, estoy seguro de ser auxiliado oportunamente, de modo que puedo responderle del éxito.

—Muy bien: las noticias exactas que yo tengo de Querétaro son: que se alistan para salir. ¿Mandará Maximiliano en persona? ¿mandarán Márquez ó Miramón? Eso es lo que ignoro; pero entiendo que meditan hacer algún movimiento sobre alguno de nosotros.

—Sobre mí, de seguro.

—O sobre mí, una vez que sería el golpe de más trascendencia. Lo más difícil, es lo que debe esperarse de Miramón.



Los gefes de los ejercitos de Occidente y el Norte arreglando el plan de las operaciones militares.

—Para tal evento podremos auxiliarnos mutuamente.

—Es el fin que me propuse en esta conferencia: arreglar la manera de defendernos, de seguir nuestras marchas y de combatir sobre Querétaro, si no se presenta antes la oportunidad.

—Deme usted sus instrucciones, general.

—El día 4, si aprueba usted mi plan, hace avanzar sus fuerzas hasta Apaseo, dándome tiempo para hacer avanzar las mías y ponernos en línea. No hay temor de una sorpresa, porque tengo valientes guerrilleros y partidas volantes rodeando por todos lados la ciudad de Querétaro. Aunque faltan las líneas telegráficas cualquier movimiento del enemigo lo sabremos y lo participaré á usted inmediatamente. En caso de una salida de Miramón se carga usted cuanto le sea posible hacia el flanco izquierdo para que estemos mas próximos.

—Está bien, general, todo se hará como vd. lo ordena.

—En el caso que sea de la aprobación de usted.

—Todo lo que usted propone me parece muy bien. El día 4 acamparé sobre Apaseo y allí esperaré órdenes.

—Exactamente.

Los dos jefes de los dos ejércitos del Norte y de Occidente se separaron en el mejor acuerdo, después de convenir en algunos otros detalles secundarios respecto de avisos, contraseñas, esploradores, claves, señales y servicios de correos.

El día 5 de Marzo Escobedo comunicó á Corona que Aureliano Rivera que estaba sobre Querétaro

anunciaba que el ejército imperialista había embargado todo medio de trasporte, había retirado la artilleria de los fuertes y se había formado en columna para moverse. En la noche por medio de otro corréo se dijo á Corona que ocupara en la madrugada la hacienda de la Calera é hiciera avanzar su caballería á la Estancia de las Vacas y á la Hacienda del Castillo.

El dia 6 Corona recibió aviso de que el enemigo estaba formado en batalla al pie del cerro de las Campanas: parecia que se encontraba bien fortificado.

El día 7 conforme á la combinación acordada por los gefes de los dos ejércitos republicanos, Corona se situó con algunas de sus fuerzas en la hacienda de las Vacas: la infantería, formando columna compacta, acampó en la meseta de la finca y la caballería se adelantó hasta dar frente á Querétaro, desviándose á la derecha para poder auxiliar y ser auxiliada oportunamente.

Entónces el general Corona mandó un parte á Escobedo diciéndole:

—Mis avanzadas se encuentran ya al frente del enemigo.

Escobedo se había quedado un poco atrás, pero al recibir este aviso se adelantó por la izquierda de Corona paralelamente hasta ponerse á la misma altura.

El dia 8 todo el ejército republicano avanzó sobre la ciudad: el cuartel general del general Corona, se estableció en el punto llamado San Francisco.

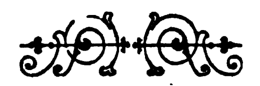
Era el momento en que tal vez el ejército de Maximiliano iba á probar fortuna, pues se le vió hacer varios movimientos en distintas direcciones. Algu-

nas columnas salieron del recinto fortificado; pero llegaron las tropas de Escobedo uniendo su derecha con la izquierda de las tropas de Occidente y se comprendió que se había perdido ya toda oportunidad de batir en detall al enemigo. Todavía formó Maximiliano sus tropas provocando á una batalla; pero Escobedo tomó posiciones tranquilamente y entónces los sostenedores del imperio tuvieron que retirarse á resguardar las suyas. Márquez sonreía satisfecho porque ese era su plan, en tanto que Miramón se arrancaba los cabellos, viendo con dolor que el soberano se entregaba en cuerpo y alma á aquel Mefistófeles.

El 9 de Marzo de 1867 quedó establecida definitivamente la línea de circunvalación por el ejército republicano, sin que el de los imperiales pudiera impedirlo por más que estuvo, según se decía, en asecho, espiando aún cualquiera oportunidad favorable.

En la garita de Celaya, se dispararon ese dia los primeros tiros entre los dragones imperialistas y los republicanos.

Estaban ya frente á frente los dos ejércitos el imperialista y el republicano para librar el combate decisivo. El día 10 se disparó el primer cañonazo.



CAPITULO XLIII.

DIARIO DEL SITIO.

SIN querer nos hemos metido en un terreno rigurosamente histórico: hay que continuar por él paso á paso sin dejar trunco lo más interesante tal vez del relato, por más que sea ya tan conocido. La única variedad que podemos presentar respecto de los otros escritores, es que vamos á aprovechar en lo que sigue lo que escribieron dos testigos oculares. Uno fué Basch el médico de Maximiliano: otro fué el coronel Ernesto Dominguez. Ambos llevaron un diario del sitio y de los dos vamos á tomar lo que consignaron, de esa manera el lector podrá ver lo que sucedía adentro y afuera de Querétaro diariamente, desde el dia 1° de Marzo, hasta.... el final.

Diario de Ernesto Dominguez.—Dia 10 de Marzo.

Hoy celebraron una prolongada conferencia, á la que no concurrieron ni los secretarios, el general en jefe y el jefe del Ejército de Occidente. Es probable que hayan discutido sobre la mejor colocación de las

tropas para que no sufran una sorpresa con alguna salida brusca del enemigo. Saben que tienen que habérselas con militares audaces que no han de gustar de estar siempre á la defensiva y deben proceder con el mayor cuidado y con todo género de precauciones. Despues de la conferencia recorrieron el campo seguidos de sus Estados Mayores y al pasar por el frente de las fortificaciones de la plaza, les fueron lanzadas algunas granadas.

Diario del Dr. Samuel Basch.—Dia 10 de Marzo.

A las nueve de la mañana consejo de guerra á que concurren Márquez, Miramón, Castillo, Mejia, Mendez, Escobar, Vidaurri y Ramírez de Arrellano. Miramon está furioso porque no salió el ejército á batir á los disidentes: Márquez contesta que no se ha cometido una falta militar no atacando al enemigo, puesto que ya ahora no era posible hacerlo. Miramón insiste en que se ha cometido una grave falta no saliendo el 26 y habiéndose dejado verificar una concentración de fuerzas contrarias sobre Querétaro, lo cual ha sido una inicua torpeza.

Márquez ya no contestó porque la indirecta parecia más bien dirigida al Emperador, que fué quien aplazó la salida de las tropas. Los generales presentes opinaron porque ya no era oportuno salir á librar un combate.

A las diez y media de la mañana desde el cerro de las Campanas se descubre al ejército enemigo que se dispone para una gran parada. El Emperador exclama riendo con muy buen humor:

—Esa revista va á ser la espresión del respeto que se me rinde como soberano.

Todos aplaudimos su espiritual ocurrencia.

Una diputación de generales se presentó á pedirle que no se expusiera al peligro y que se retirara al cuerpo de reserva. S. M. contestó que un soberano miedoso sería de poco provecho para la causa.

Se le enviaron imágenes y reliquias de los conventos para que le sirvieran de coraza contra los proyectiles.

El general imperialista Olvera, tan esperado, llegará mañana con 1,800 hombres.

El coronel Quiroga en un reconocimiento que hace, se trae 200 cabezas de ganado.

Por primera vez el Emperador duerme en una cama y una tienda ofrecidas por Mejia. El cuartel general parèce ya un fuerte.

Diario de Ernesto.—Dia 11.

Hoy iba el general en jefe á pasar revista á las fuerzas de Corona, algunas de las que carecen de buena perspectiva; pero vino á estorbárselo un incidente trivial que se vió de grán tamaño. Fueròn cogidos dos desgraciados como espías y se les sujetó á un riguroso interrogatorio.

—¿Qué buscan ustedes? les preguntó un jefe.

—Unos animales que se nos perdieron.

—¡Ah! ¿no son ustedes soldados?

—Nunca lo hemos sido, somos hombres del campo.

—¿De qué lado tienen el fierro esos animales?

—Al lado de la lanza.

Esta contestación dragoniana los perdió á ambos y fueron colgados.... ¡infelices!

Se pasó revista parcial á los dos ejércitos, se incorporó el general Benigno Cortés con 500 hombres, y

fué dado á reconocer Corona como segundo en jefe de todo el ejército sitiador reunido.

Se dictaron varias medidas como principio de las operaciones y una de ellas fué la de dejar encargado al general Guadarrama con una división de caballería, de toda línea que tenía Corona, moviendo este su campamento de infantería y artillería á las líneas que están al Norte de Querétaro. A las seis de la tarde se posesionó de la Cuesta China. Se practicaron otros movimientos que parece tienden á circunvalar la ciudad sitiada y á ir estrechando el cerco.

Nadie sabe, y creo que ni el mismo general Escobedo, el número de soldados que tenemos: por la estensión que ocupan y sus movimientos calculo que pueden ser muy cerca de veinticinco mil hombres.

Diario de Basch. Día 11.

Es cortado el acueducto por el enemigo. Columnas volantes salen á surtirse de provisiones. Los republicanos se presentan en todas las alturas. Reina aquí gran entusiasmo. Por primera vez desde que México existe, están bien unidos los generales, á lo menos en apariencia.

A las 11 Mendez hizo un reconocimiento á la cabeza del regimiento de la Emperatriz hacia el rumbo de San Pablo: se le enviaron descargas y regresó sin novedad. A las tres de la tarde la batería del Cerro tiró sus primeros cañonazos que hacen desbandarse á algunos azules.

Quiroga en una salida rechaza á una columna y hace prisionero á un capitán que ha sido dos veces condenado á muerte é indultado por el Emperador. En la noche Miramón ataca las bandas de Carbajal

y se trae dos caballos, sesenta bueyes, cien cabras y mil doscientas tortillas (!!)

Nota.— El diario de Basch anda regularmente atrasado un día y además contiene grandes inexactitudes, lo cual indica que lo escribió después, de memoria. La tendencia de su obra fué ensalzarse él, ensalzar á Maximiliano y deprimir infinitanante á los mexicanos. Es un libelo difamatorio mas que una reseña, así es que se necesita despreciarlo. Si el autor ha tomado su diario con preferencia á otros, es porque como médico de Maximiliano conoció muchas intimidades; pero hace presente que ha tenido que suprimir un buen número de majaderías.

Diario de Ernesto. Día 12.

Todo el día se ha ocupado en movimientos preliminares principalmente por el ejército que manda Corona, el cual ha ocupado una estensa línea, reforzada por varios cuerpos del Ejército del Norte. Mi brigada forma la reserva en la Cuesta China.

Es asaltado por los imperialistas al mando de Castillo el cerro de San Pablo y herido el coronel Villasana jefe de Cazadores de la Emperatriz y regresan á sus posiciones luego que los nuestros son auxiliados.

Este episodio de la guerra no conmueve á las otras líneas.

Mucho me extraña que nuestros movimientos no tengan una base más sólida y que no se levante en cada posición que ocupan nuestros soldados los suficientes parapetos. Una salida impetuosa del enemigo podría desconcertar á nuestras tropas que parecen enteramente confiadas ó. . . .descuidadas.

Diario del Dr. Basch.—Dia 12.

A las nueve del dia, la división Castillo hace un reconocimiento sobre San Pablo. Hay un pequeño combate. Nuestros cazadores escalan la colina; pero no se contesta al fuego de nuestros cañones: parece que no hay allí enemigo. El reconocimiento lleva el objeto de cubrir nuestro flanco derecho. Hemos perdido seis hombres. Como Villasana salió herido, el Emperador nombró jefe del Batallón de Cazadores al hermoso príncipe de Salm Salm que hasta ahora se encontraba agregado al Estado Mayor de Vidaurri.

Al medio dia se reune el consejo de guerra: el enemigo ha operado un importante cambio de posiciones: se acuerda el cambio también del Cuartel General del Cerro al Monasterio de la Cruz, que por sus sólidas murallas es un fuerte inexpugnable. Con motivo de este acuerdo que exigen las circunstancias, mañana se cambiará el Cuartel General.

Diario de Ernesto.—Dia 13.

Todo el dia se ha pasado en movimientos y preparativos. El general en jefe seguido de su Estado Mayor ha recorrido la línea.

Indudablemente se prepara algo serio para mañana porque se ven movimientos y maniobras en todas partes, principalmente en los puntos donde se encuentra situado el Ejército de Occidente. No critico las disposiciones, ¿qué entiendo yo de milicia, coronel de circunstancias? pero me parece que seria una locura que se expusiera á nuestros soldados á los fuegos enemigos en columnas de ataque sin establecer nuestras paralelas y cuando no hay nada que nos apremie.

Quizás no hay ninguna de las cosas que yo me imagino.

Diario del Dr. Basch.—Dia 13.

Después de un reconocimiento de Quiroga á la Cuesta China, se cree que hay allí una masa importante de tropas, como de 8,000 hombres y bastantes cañones. El emperador y su séquito se instalan en la Cruz. Yo tengo un cuarto en el departamento del primer piso. El corredor tiene vista para la Cuesta China.

A las cinco y media de la tarde el enemigo hace uso por primera vez de sus poderosos cañones: nos envia á la Cruz un buen número de proyectiles huecos.

Diario de Ernesto.—Dia 14.

Lo que yo me imaginaba y me temía se ha realizado: un ataque á plena luz de la mañana y á pecho descubierto por gruesas y compactas columnas, se ha emprendido contra los puntos más fuertes y mejor defendidos de la plaza, como si hubiera entre nosotros un vehementísimo deseo de derramar sangre sin necesidad. Se dice por los jefes superiores que el objeto del asalto de hoy ha sido solo practicar un reconocimiento general para descubrir las posiciones más fuertes; pero esto con perdón de mis dignísimos jefes, es un solemne disparate. Los elementos de defensa pueden cambiar por los sitiados en una noche y los puntos más fuertes convertirse en los más débiles si se les desartilla ó se les abandona. Las fortalezas verdaderas como el convento de la Cruz por ejemplo, no necesitan más que verse para saber que son formidables. El verdadero objeto del ataque ha sido un lujo de fuerza inútil, un derroche de municiones peligro-

so y un derramamiento de sangre sin necesidad. La plaza tendrá que rendirse solo conque se siga estrechando el cerco cada dia con obras de *aproche* en que no se sacrifique á un sólo soldado. Esto es lo que creo que mandan las leyes de la guerra y de la humanidad.

Por otra parte, los preparativos que se han estado haciendo toda la mañana á la vista del enemigo, enseñándole por donde y con qué número de fuerzas iba á atacársele, ha sido también, con perdón de mis dignos jefes, una insigne torpeza, pues que ha sido tanto como indicarles cómo y de qué menera deben defenderse. Ha sido un juego demasiado chistoso puesto que se le han estado enseñando todas las cartas al contrario.

Una vez formadas las columnas y puestas en línea las baterías delante del enemigo, que no dejaba de observarnos con sus grandes anteojos, se dispararon cuatro tiros con un gran cañón colocado en el cerro de Carretas y esta fué la señal del cañoneo al mismo tiempo de todas las fuerzas combinadas se movieron para librar un combate con todas sus consecuencias. Las principales masas de hombres lanzadas así sobre un enemigo avisado, fueron mandadas por los generales Rocha, Neri, Rivera, Carbajal, Antillón, Toledo, Márquez Manuel, Zepeda y Granados. Este último fué uno de los valientes que más se distinguieron en tan inaudita refriega, con su batallón Rosales. El fuego se hizo general y tan nutrido que por más de tres horas no se oía más que un prolongado estallido de cañón y una fusilería parecida desde léjos al redoble seco de varios tambores.

El resultado de esta maniobra inoportuna, que no constituyó verdaderamente un asalto ni tuvo un objeto práctico razonable, fué la órden dada por nuestro general en jefe para que las tropas se retiraran de los puntos que habían conquistado al frente del enemigo y bajo sus fuegos. Entónces fueron los mayores peligros y las mayores pérdidas para nuestros valientes. La hazaña nos costó más de mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Y ¡cosa extraordinaria! perdimos un cañón y varias compañías quedaron prisioneras, aunque ganamos la importante posición del cerro de San Gregorio.

Diario del Dr. Basch.—Dia 14.

A las nueve el Emperador visita las obras de las defensas del convento. Los movimientos del enemigo hacen considerar como indudable el ataque. Maximiliano arenga á las tropas. En efecto, el ataque comenzó por los puntos que habíamos previsto: de la Cuesta China sobre la Cruz, defendida por Méndez; de San Pablo sobre la línea de Castillo y del Cimaterio contra la Moneda y la Casa Blanca, ocupadas por Mejia.

El Emperador bajo una lluvia de balas abandona los patios y se sitúa en la gran plaza fuera del convento y allì permanece durante toda la acción, no obstante que caían allí también algunas granadas.

A la una nos llegan noticias de los dos flancos: Castillo y Mejia han rechazado al enemigo. El príncipe de Salm Salm que estaba en Río Blanco con su batallón de Cazadores se ha batido brillantemente capturando un cañon.

Se han conducido á la ciudad numerosos prisione-

ros, entre ellos un americano á quien Méndez le ha quitado el sombrero que conservaba puesto delante del emperador.

A las cinco de la tarde habían acabado los fuegos por todas partes, escepto en el centro. A las seis el Emperador visita las líneas: Márquez y muchos oficiales, yo unido á ellos, le seguimos. Las balas nos silban, las granadas estallan cerca de nosotros y el Emperador lleva su caballo al paso, despreciando el peligro.

El enemigo fué rechazado en todas partes; pero el resultado final de la jornada nos es desfavorable, porque estamos más estrechamente cercados que ayer.

Diario de Ernesto.—Dias 15, 16, 17, 18 y 19.

El combate que produjo gran número de heridos hizo indispensable el establecimiento de Hospitales en Hércules y Hacienda de Alvarado.

Comenzaron con vigor los trabajos de zapa que era lo único que debía haberse hecho desde que se inició el sitio, para hacer impracticable todo movimiento de los sitiados y obligarlos á rendirse.

El 16 se observó un movimiento de columnas del enemigo; pero un ataque á la Cruz desbarató sus planes.

Se acercó Olvera de la Sierra y facilmente se le obligó á retirarse. Se dice que se está agotando el parque y que se necesitan más tropas para sostener nuestra posición de sitiadores: que se han pedido al gobierno pertrechos y refuerzos.

Los fuegos han seguido pero con flojedad por una y otra parte. Comienzan á desertarse los soldados de la plaza.

Diario del Dr. Basch.—Del 15 al 19.

El día 15 se pasa tranquilo, pero en la noche el Emperador está inquieto, y me dice que está listo para marchar.

El 16 Maximiliano se pone furioso porque encontró á Miramón dormido en el Cerro á la hora en que debía haberse forzado el paso sobre el enemigo. Nada notable hasta el 20.

Diario de Ernesto. 20 de Marzo.

Nuestro campamento ha estado muy animado con las noticias. El gobierno de San Luis comunica que acaban de embarcarse en Veracruz los últimos franceses. Maximiliano queda abandonado á sus propias fuerzas.

Hoy mismo llegaron doscientos carros con víveres y municiones: además, será reforzado nuestro campo con seis ú ocho mil hombres que traen Riva Palacio, Mendez, Martinez y otros. Con esas fuerzas podrá cubrirse toda la línea de circunvalación.

Diario del Dr. Basch. 20.

Junta de guerra en la Cruz á las tres de la tarde. Concurrieron Vidaurri, Márquez, Miramón, Mejía, Mendez, Castillo y Ramirez Arellano. Desde hace días andan divididas las opiniones sobre lo que se debe hacer, porque Márquez se empeñaba en que se abandonara la plaza y se emitieron sobre el particular cinco opiniones distintas: triunfó hoy la de Mejía que consiste en seguir defendiendo la plaza y derrotar al enemigo luego que se presente una oportunidad.

D de Ernesto. Dia 21.

Or general. Todos los cuerpos formarán ma-

ñana en sus respectivas líneas como para entrar en combate, habrá salvas de artillería y dianas para solemnizar el natalicio del Presidente de la República. Se cumplió con lo mandado y no hubo más novedad que haberse batido unas partidas de merodeadores del enemigo.

Diario del Dr. Basch. Dia 21.

El Emperador me hace saber con sigilo que ha resuelto enviar á Márquez á México. El ministerio ha tenido una conducta aviesa. Iría, pues, Márquez como lugarteniente á constituir un nuevo ministerio. Iría Vidaurri como secretario de Hacienda é Iribarren de Justicia. Márquez llevará plenos poderes para hacer cuanto sea necesario; pero sobre todo, el encargo de volver con fuertes auxilios á Querétaro. Ya que Márquez carga con la responsabilidad de haber aconsejado al Emperador el abandono de la capital, cuyo pérfido plan ha ejecutado de un modo diabólico, fuerza es que salve la situación. Esa retirada de México prueba que Márquez es un idiota ó es un traidor.

Diario de Ernesto. Dia 22.

Apenas despuntaban los primeros tintes de la aurora, cuando Miramón con una fuerte columna se presentó en la hacienda de San Juanico para apoderarse de los 200 carros de provisiones que nos llegaron de San Luis. Así es como se ejecutan esta clase de movimientos y no como el desgraciado que hicimos nosotros el día 14 á plena luz. Naturalmente sorprendió los destacamentos que allí había y se posesionó del punto sin dificultad. Los víveres habían sido distribuidos, así es que solo pudo llevarse con

toda frescura seis carros cargados y bastante ganado de diversas especies. Cuando el Cuartel General supo lo que pasaba y dictó medidas, ya era tarde. Miramón regresaba casi tranquilamente á la ciudad recorriendo ¡una legua de camino!

Diario del Dr. Basch. Dia 22.

Verdaderamente la salida de Miramón para San Juanico fué más bien con objeto de distraer la atención del enemigo á fin de que Márquez pudiera verificar su evasión por el otro lado. El espectáculo que se nos ha ofrecido es imponente. Por un lado el San Gregorio con sus baterías haciéndonos un obsequio de 200 granadas, la mayor parte recogidas por los muchachos y vendidas á nuestro guarda parque á veinticinco centavos cada una; por el otro nuestras tropas ébrias de gozo con un gran botín.... El Emperador me dictó las muy importantes cartas que debía llevar Márquez para Schaffer, para el Padre Fischer y para otras muchas personas.

Diario de Ernesto. Dia 23.

Llegaron á nuestro campo cuatro mil hombres mandados por los generales Riva Palacio, Juan N. Mendez, J. Martinez y de la Barra, y como los cuerpos venían muy mal organizados, se les municionó y vistió para que pudieran entrar á formar parte del distinguido ejército nacional. También llegó el literato José Ignacio Altamirano, fungiendo, creo, de coronel.

Diario del Dr. Basch. Dia 23.

Al oscurecer puse en manos de Márquez las cartas del Emperador, diciéndole que eran para que las mandase por el primer conducto, pues ignoraba que te-

nía él mismo que salir á las once. A esa hora, después de recibir instrucciones, sale con Vidaurri á la cabeza de 1,100 dragones. Van otros 100 más entre Estados Mayores y acompañantes.

Diario de Ernesto. Dia 24.

Apenas me cabe esto en el juicio. Las tropas que acaban de llegar, sin buenas armas, sin buena disciplina, sin la costumbre de estar combatiendo todos los días como las de los Ejércitos del Norte y de Occidente, han sido destinadas para apoderarse hoy del punto llamado la Casa Blanca, uno de los que tiene mejor fortificados el enemigo. La torpeza sube de punto, (y me duele mucho emplear esa palabra) cuando se ve que como el día 14 se organizan las columnas de ataque á la vista del enemigo, diciéndole en donde y de qué modo ha de preparar la defensa. Parece increíble que ésto lo hagan militares que tenemos por muy entendidos.

Desde las tres de la mañana comienzan á organizarse las columnas, pero no estando listas para todo servicio, apenas á las nueve pudieron entrar en línea, recibiendo á pecho descubierto nutridas descargas del enemigo. Con todos esos preparativos apenas hasta á la una de la tarde pudo comenzar el ataque por los 4,000 hombres recién llegados que se echaron de carnaza, debilmente sostenidos por otras tropas. Si se quiso foguearlos, fué una inhumanidad en tales momentos y contra tales enemigos; si se quiso sacrificarlos fué un crimen: de todos maneras, los que presenciamos la terrible escena como espectadores no pudimos menos que exclamar: ¿qué objeto tiene esa hecatombe?

El desastre tenía que ser: se perdieron dos mil hombres en la refriega y quedaron sacrificados en ese ataque estúpido los coroneles Peña y Ramírez y Florentino Mercado.

Diario del Dr. Basch.—Dia 24.

Hoy tenemos función. Desde que brilló la primera luz se ha estado viendo al enemigo moverse desde el Cimatario hasta la garita del Pueblito. El Emperador ha comprendido de lo que se trata y ha dictado sus medidas. Al medio día columnas de infantería y caballería apoyadas por 20 piezas asaltaron la Casa Blanca en donde está Mejía. El y Miramón han dado buena cuenta del enemigo. El príncipe de Salm también ha combatido intrépidamente. Hemos tomado 400 hombres prisioneros, entre ellos 14 oficiales y nos hemos apoderado de una bandera.

Diario de Ernesto.—Del 25 al *31.*

Movimientos de poca importancia, escaramuzas con las partidas de Olvera y con otras de la plaza, tiroteos, falsas alarmas, de todo ha habido un poco en estos días: lo más interesante fué la salida de Guadarrama con 4,000 ginetes con el fin de vigilar á Márquez que se salió con toda su caballería sin que lo sintiéramos. Esto no habla muy alto en favor de nuestra vigilancia ni de nuestra astucia. Que se saliera uno, seis, quince hombres de la plaza sin que los viéramos, pase; ¡pero que se haya salido un ejército!

Diario del Dr. Basch. Del 25 al 31.

Durante estos días el enemigo se contenta mañana y tarde durante dos horas con cañonear el convento de la Cruz.

El Emperador espera batir á los sitiadores cuando

regrese Márquez, y trasportar el centro del gobierno á Nuevo León á donde será convocado el congreso.

Comienzan á faltarnos los víveres, pero nos resignamos esperando que Márquez esté de regreso en diez ó doce días. El 30 se hizo una gran fiesta militar por el enemigo que mandó muchos proyectiles sobre la plaza de la Cruz. El emperador condecoró con su propia mano á muchos oficiales.

Diario de Ernesto. Abril 1.º

Ha comenzado el mes nuevo con una audaz salida del enemigo, hecha como de costumbre antes de aparecer la aurora. En eso se distinguen los sitiados de nosotros: ellos han hecho sus cinco salidas á la madrugada y siempre nos han sorprendido. Nosotros hemos sido más francos en nuestros ataques, arreglados en presencia de todos para que vean bien los contrarios por donde está el peligro y por donde han de defenderse. En esta vez á Antillón le tocó ser la víctima, sufriendo el desastre en San Sebastian que le fué quitado por sorpresa. Despues han acudido numerosas tropas y han hecho replegar al enemigo á la plaza; pero no sin que se llevara algunos despojos.

Diario del Dr. Basch.—1º de Abril.

Ataque iniciado de nuestra parte. Se trataba de tomar á San Gregorio y de arrojar de allí al enemigo. A las tres de la mañana salió una columna de tres mil dragones sostenida por nuestra infantería. Miramón dirigió la acción. Salm y Pittner sorprendieron é hicieron huir al enemigo en San Sebastián. Pittner se apoderó de dos cañones.

Diario de Ernesto.—del 2 al 10 de Abril.

Nada notable en estos nueve días respecto de su-

cesos militares en Querétaro. Hoy hay fiesta en la plaza porque el pobre Maximilano cumple años de haber aceptado el peso de la corona que cree llevar en la cabeza y que probablemente no la lleva sino en el corazón.

Circula un rumor entre los oficiales muy lisonjero para nuestra causa, aunque nada dice aun el *Boletín Militar*: se refiere que el general Diaz tomó la ciudad de Puebla el día 2 y derrotó á Márquez el dia 5. Si esto se confirma puede decirse que el imperio está agonizando en Querétaro.

Diario del Dr. Basch.—del 2 al 10 de Abril.

Nada particular en los demás dias. Hoy aniversario del advenimiento de Maximiliano al trono. A las diez del dia una diputación de autoridades civiles y militares se presentó en el convento de la Cruz. Aguirre dijo un discurso lleno de adulaciones exageradas. El Emperador respondió que toda su sangre era mexicana y estaba al servicio del país.

Diario de Ernesto. Dia 11.

Hoy hemos estado de fiesta en el campamento, en donde han cundido como relámpago las noticias oficiales dadas por el general Guadarrama no solo respecto de la toma de Puebla el dia 2 por el general Diaz; sino de la completa derrota de Márquez acaecida ayer: esta última se comunicó por telégrafo.

Los de la plaza hicieron una salida á la madrugada con muy mal éxito. Estamos escasos de parque. y la verdad es ya grande el derroche de municiones que se ha hecho sin objeto ninguno.

Diario del Dr. Basch.—Dia 11.

Miramon intentó apoderarse de la garita de Méxi-

co fracasando la empresa por la imprevisión mexicana. (?) Pittner fué herido y nuestros soldados se vieron precisados á retirarse sufriendo muchas pérdidas.

Nuestra posición es ya sombría: la miseria aumenta: no hay harina, maíz, ni carne. Comenzamos á comer caballo: el Emperador participa de esta pobre comida....

Bajo el mandato del Emperador escribí una carta al cónsul americano Mr. Ottemburg en que le dije todas las barbaridades que han estado haciendo los liberales á nuestra vista, mientras nosotros tenemos 600 prisioneros suyos que tratamos muy bien y que serán fusilados si el enemigo no se muestra tambien humano.

Diario de Ernesto.—Dias del 12 al 19.

Hemos sabido que la salida del 11 fué fatal para los imperialistas y especialmente para los oficiales extranjeros, pues que aparte de salir gravemente herido el coronel Pittner, murieron á consecuencia de las heridas, el conde Potoski y La Roche.

El 13 y 14 hubo tiroteos insignificantes.

El 19 llegó Guadarrama á nuestro campo con su división. Al ver la tropa en la Cuesta China los sitiados, repicaron é hicieron otras demostraciones de júbilo creyendo que era ya el esperado Marquez con los auxilios para la plaza.

Diario del Dr. Basch. Del 12 al 19.

Se han tratado en estos dias asuntos muy graves. Miramón y Ramirez Arellano han querido que el Emperador se abra paso con mil hombres y se vaya á México á poner en cintura á Márquez. El Emperador se ha rehusado, pero consiente en que vaya Mejía.

Este no puede montar á caballo y como su restablecimiento dilata, irán á México con todos los despachos necesarios Salm Salm y Moret: el primero con absolutos poderes del Soberano. A las doce de la noche del 17 emprenden la marcha con mil caballos. El comandante José Zarazúa pasa con la descubierta; pero los republicanos se ponen en guardia y rechazan á Salm y Moret que se vuelven desesperados echándose uno á otro la culpa.

Miramón y Ramirez Arellano son comisionados para entrar en negociaciones con el enemigo. Se suspenden las hostilidades. De la parte contraria viene el coronel Rivera; pero no hay arreglos porque Miramón dice que todavía la plaza puede defenderse y no está en el caso de capitular. Lo que quiere es que los republicanos se pasen á nosotros.

Se perdió el tiempo y la conversación: las hostilidades continuaron.

Se me pasaba decir que hoy fueron arrestados D. Silverio Ramirez y el comandante Adame porque escribieron á Mejía una carta hablando sobre la conveniencia de capitular.

Algunos repicaron las campanas porque creyeron que era la tropa del general Márquez una que se divisó en la Cuesta China muy numerosa y que no es sino refuerzo para los sitiadores.

Diario de Ernesto. Del 20 al 27.

Incesantes tiroteos, esto es, incesante pérdida de parque sin ningún objeto. El 24 fué atacada con vigor la línea que manda el general Rocha y se puede decir que es el único jefe que no ha sido del todo sorprendido, pues si bien descompuesto un poco con

la primera carga, logró rehacerse y rechazar al enemigo. En cambio este había deshecho completamente nuestra línea frente á la Alameda desbandando la caballería de Aureliano Rivera y la infantería de Jimenez, apoderándose de veinte cañones que se les abandonaron lo mismo que muy buena cantidad de víveres.

No soy soldado, pero entiendo que nunca se ha visto sitio más gracioso. Gastamos todos los días las municiones en hacer santiaguitos y nos faltan á la hora de un combate sério, lo mismo que nos falta la vigilancia y cercarnos de los parapetos y los fosos tan indispensables en toda la línea. No parece que estamos sitiando desde hace dos meses una plaza fortificada, sino que combatimos como de paso dándoles poca importancia á las obras de defensa general. Nuestra línea de sitio se parece mucho á un grueso cable de hilos de acero en partes pequeñas, y en grandes tramos hecho de hilaza podrida y por lo mismo fácil de romperse.

Diario del Dr. Basch. Del 20 al 27.

Se publican algunas noticias falsas en nuestro *Boletin* para reanimar el espíritu de la tropa.

Los *húsares* partiendo del Cerro hicieron veintitres prisioneros, entre ellos un oficial. Márquez, dicen, se está batiendo en Salvatierra con la caballería enemiga desde el día 24, en este día y el que sigue hay bombardeo. El día 25 se proyecta un ataque al Cimatario que fracasa el 26 por culpa de Miramón que no estuvo puntual á la hora. El Emperador me dice para que yo lo cuente á los otros:—Mañana Márquez atacará al enemigo y nosotros al mismo tiempo.

A las cinco de la mañana de hoy 27 Mendez ataca la Garita y Miramón el Cimatario, yendo como siempre á la vanguardia el Mayor Pittner. El primer resultado fué brillantísimo: fueron capturados veintiun cañones y quinientos prisioneros. El enemigo huyó como si fuera compuesto de codornices. El Emperador se entusiasma, desenvaina la espada y va á ponerse al frente de la caballería. Miramón para brillar delante del soberano ordena un nuevo asalto. Esta vez el enemigo no huye y nos obliga á retroceder. Todos los caballos han estado ensillados, las mulas cargadas y la gente lista para seguir al Emperador; pero se ha visto ya que la salida es imposible: el socorro de Márquez no llegará nunca.

Diario de Ernesto. Del 28 al 30.

Nada notable: mucho cañoneo, principalmente de la plaza que gasta las municiones que nos fueron quitadas el 27, en cuyo dia, ¡causa bochorno decirlo! hubo oficiales y aun gefes que corrieron hasta Lagos esparciendo la noticia de que todo se había perdido. Parece que se trata de encubrir esa pifia de los miedosos y que no se castigará su cobardía.... por no sé qué consideraciones.

Diario del Dr. Basch. Del 28 al 30.

Ninguna hostilidad, sino es la artillería que juega de todos lados.

Diario de Ernesto. 1° de Mayo.

Tres columnas de 2000 hombres atacan con el vigor de costumbre nuestra línea de Oriente mandada por el general Vicente Martinez. Dicen que la vanguardia avanzó con las culatas de los fusiles levantadas gritando ¡viva la libertad! pero en mi sentir fué

otra sorpresa más como las de siempre, porque todavía no sabemos nosotros observar las reglas de la guerra al frente de una plaza sitiada. Ahora también nos había quitado el enemigo una pieza de artillería: por fortuna fué atacado á tiempo y no pudo llevársela. Murió el jefe del primer punto asaltado, Luis Carrillo.

Diario del Dr. Basch.—1º de Mayo.

A la madrugada asalto y sorpresa dados á la garita y hacienda de Callejas. La vanguardia como siempre con Pittner y el éxito por nosotros. En lo más empeñado de la refriega muere el coronel Joaquín Rodríguez y su batallón tiene que huir. Nuestras pérdidas son 18 heridos, 2 muertos y 13 dispersos.

Diario de Ernesto.—Del 2 al 12 de Mayo.

El 3 renovaron los sitiados sus tremendas salidas y como siempre en la madrugada, nos sorprendieron y lograron apoderarse de nuestros puntos y nuestra artillería: acudieron pronto las reservas y el enemigo fué rechazado, pero despues de dejarnos 100 hombres fuera de combate, entre ellos 13 jefes y oficiales. El general Treviño salió herido de una pierna.

El 5 de Mayo lo celebramos con muchísimos cañonazos lanzados contra la ciudad de Querétaro. Probablemente se gastaron doscientos mil pesos de municiones y murieron dos ó tres vecinos pacíficos de Querétaro.

Los imperialistas dieron por la noche su último furioso ataque sobre San Sebastián: parece que trataban de evadirse, pero dieron con el general Ignacio Alatorre que es de los que no se duermen. El enemigo cuenta por cientos los desertores y dicen que la situa-

ción de la plaza no puede ser peor. Faltan víveres, faltan municiones y se causan atropellos incomprensibles á los vecinos para obligarlos á dar dinero, semillas y cuanto tienen y tambien su sangre, pues se les pone en las trincheras á pelear. La tiranía que reina adentro es espantosa, según me ha dicho un sargento municipal que ha venido á mi cuerpo.

En los dias siguientes apenas han contestado el fuego de cañon que se les dirige desde por la mañana hasta el oscurecer. En algunas noches, cuando apenas comenzamos á dormir en nuestras tiendas los que las tenemos y á campo raso la mayor parte, nos despertamos sobresaltados al oir las detonaciones de quince ó veinte piezas en pocos minutos..... ¡El asalto! nos gritamos los unos á los otros; un nuevo ataque! y nos ponemos en pié, y tomamos nuestras armas para acudir á donde nos corresponda.... No, no es nada: los artilleros se divierten. Y estas diversiones son las que mas desvelan, cansan, desmoralizan y aniquilan á los oficiales y soldados. Creo que los jefes no deberían permitir que se hiciera fuego sino cuando hubiera un objeto, un fin determinados. Dicen que no es posible evitar el desorden. Entoncés quiere decir que falta la disciplina.

Por lo demás, mientras la ciudad de Querétaro presenta, principalmente de noche, un aspecto de los más melancólicos, nuestras líneas se ven animadas con sus luces, con el bullicio de las gentes, con las cantinas, con la ruidosa alegría del vivac y con nuestras bandas y nuestros tiradores que pocas veces se encuentran en quietud. Nadie puede decir cuando terminará esta situación; pero todos tenemos presen-

timientos de que andamos cerca del desenlace. ¡Quizás antes de tres días el hambre haga á los imperialistas echarse sobre nosotros desesperados para que se salve el que pueda!....

Diario del Dr. Basch.—Del 2 al 12 de Mayo.

Se está manteniendo la moral de la guarnición con embustes. El 7 de Mayo es el día fijado para que lleguen Márquez y Vidaurri equipados mejor que nunca á la cabeza de muchas divisiones de infantería, artillería y caballería. El Emperador al fin me ha dicho que considera la conducta de esos generales como una traición.

Las deserciones de soldados empiezan á ser mas frecuentes: van con el enemigo en busca de la comida que la tienen allí en abundancia mientras nosotros carecemos de todo. ¡El corazón y el brazo de los soldados mexicanos pertenecen á quien mejor los nutre!

El Emperador se queja con Miguel López organizador del Regimiento de la Emperatriz de la deserción de los soldados de ese cuerpo tan preferido. López contesta:—Me pesa mandar pícaros y canallas.

Pronunciaba de antemano el juicio que bien pronto había de caer sobre él por el universo entero. Este López de cabellos blondos y ojos azules, pero feo y repugnante, había ya tricionado á los suyos, primero con los americanos, y luego con los franceses....

El Emperador afecto á los perros tiene uno que á López le gruñe y le ladra, lanzándose á veces sobre él á morderle los talones. ¡El instinto animal!

Se trata ahora de salir de Querétaro á todo trance y los generales están encargados de presentar un

plan salvador. Márquez no llegó el día señalado ni llegará nunca.

Diario de Ernesto.—13 de Mayo.

Los desertores de la plaza dicen que se piensa allí en hacer una salida desesperada. Los generales imperialistas están decididos á salvar á Maximiliano sacándolo á viva fuerza del encierro en que lo guardamos. Ahora ya tenemos suficientes petrechos y se desplega mayor vigilancia. El primero y el segundo jefes del Ejército se multiplican, pero no pueden atender á todo y estar en todas partes al mismo tiempo.

Diario del Dr. Basch.—Dia 13.

Hoy en el consejo se resolvió hacer definitivamente la salida mañana despues de la media noche. Mendez y Mejia han pedido que se disponga el golpe para el 15: el primero quiere arengar á su tropa y el segundo alistar mejor unos mil reclutas con los que cree que se puede completar una masa de ocho á nueve mil hombres para forzar las líneas enemigas.

—Estoy contento, me dice el Emperador, creo que saldremos con bien.

Diario de Ernesto.—Dia 14.

El día se pasó tranquilo. Fuí nombrado jefe de dia y hacía mi ronda en la noche por el campamento cuando me encontré con el general en jefe.

—¿Que hay de nuevo, coronel? me preguntó.

—Nada, mi general. Noto solamente que ahora están los nuestros mas vigilantes que nunca. Las grandes guardias están listas en todos los puntos.

—Bien, bien: sigamos.

Y seguimos tomando la dirección del Norte; pero apenas habíamos andado unos cuantos pasos cuando

un ayudante del general Cervantes nos detuvo. Un jefe de la plaza había salido y quería hablar con el general Escobedo.

Nos dirigimos á la paralela que estaba á cargo del general Cervantes. En su alojamiento estaba un hombre alto, rubio, que nos pareció extranjero: este era el enviado de Maximiliano. Escobedo dejó las riendas de su caballo en poder de un ordenanza y se dirigió solo al lugar donde estaba el desconocido. Todos los demás nos retiramos.

Creó que la conferencia que tuvieron los dos personajes duraría por lo ménos una hora. El que me pareció un extranjero perteneciente á las filas enemigas, se dobló en dos haciendo una reverencia á Escobedo, salió de la tienda y se perdió á poco entre las sombras con dirección á la Cruz que tenemos aquí muy cerca. El general Escobedo dió órdenes á todos sus ayudantes de las que pude oir algunas. Que vinieran Vélez y Rivera á recibir instrucciones. Que se acercara con todo sigilo el cuerpo de Supremos Poderes, que todo el ejército estuviera listo como para dar el asalto. No bastaron los ayudantes y á mi tambien me dijo luego que me quedé solo:

—Coronel, estamos en presencia de grandes acontecimientos. En esta madrugada, si Dios nos protege, ocuparemos la plaza y haremos prisioneros á todos. Especialmente encomiendo á usted que vea de mi parte á Corona y le diga que me busque: tambien quiero dar órdenes de viva voz á Treviño, á Naranjo y á Rocha. Vaya usted á llamarlos y dígales en donde me podrán encontrar.

Todo esto me puso muy pensativo.

—No se trata de una capitulación, me dije yo interiormente, supuesto que se mandan alistar las tropas para el combate, no se trata tampoco de evitar una salida del enemigo, sino de entrar á la plaza con los Supremos Poderes á la vanguardia.... ¿Estaremos en presencia de una traición?....

Diario del Dr. Basch.—14 y madrugada del 15.

—Estoy contento, me dijo Maximiliano al medio día, le vamos á ver el fin á esta situación.

Los equipajes fueron repartidos entre los hombres de la escolta, sus papeles confiados á sus más fieles domésticos: la caja, esto es, el dinero, se repartió entre Pradillo, Blasio, Salm, el coronel Carpio y yo: López tuvo tambien su parte pero en plata.

Despues de las diez hubo consejo de guerra: á petición de Mendez se difirió aun la salida para el día 15 á la media noche. López fué llamado al cuarto del Emperador, quien le encargó que lo matara en caso de caer prisionero.

El Emperador se acostó hasta la una, presa de cólicos violentos. Yo me recosté vestido después de haberlo estado curando.

Poco tiempo despues, á las cinco de la mañana fuí despertado bruscamente. Dos hombres se habían precipitado en mi habitación: reconocí en uno de ellos al teniente coronel Jablouski, los que me hablaron de una traición.....

—¿En dónde está el príncipe de Salm? me preguntaron. Que se le despierte en el acto.

Y dichas estas palabras desaparecieron.

Salté de mi cama persuadido de que algo extraor-

dinario habría traido á estos hombres al Cuartel General. Sin tratar de averiguarlo desperté á mi criado que dormia en un sillon y le ordené que ensillara los caballos. Me fuí á la habitación de Salm, estaba ya vestido.

—¿Que pasa? le pregunté.

—Despáchese pronto, me respondió, hemos sido sorprendidos. Diga luego á Furstenwarther, que mande ensillar los caballos de los húsares. Furstenwarther es el capitan del Estado Mayor austriaco.

Cumplí con este encargo, y apenas acababa de trasmitir la órden cuando el criado mexicano del Emperador, Severo, vino á decirme que su amo queria hablarme. Entré. Maximiliano estaba vestido.

—Esto no debe ser nada, me dijo con la mayor tranquilidad, fuerzas enemigas han penetrado en los jardines del convento. Tome sus pistolas, Doctor y sígame.

Grill, el mayordomo, me dijo que ya había estado allí Salm á avisar la entrada del enemigo, lo que no había sorprendido al Emperador.

Al ir á tomar mi revólver mi criado me dijo que allí estaba un oficial que le había impedido ensillar, tomando las mantillas.

—¿Cuál es?

—Aquel.

Me dirigí al oficial y creyéndolo de los nuestros le reclamé amistosamente.

—Sus mantillas deben estar allá arriba con aquella tropa, me contestó.

—No comprendo, dije, y tomé la pistola que me trajo mi criado.

El oficial dirigiéndose á un grupo de soldados que reconocí ser de *Supremos Poderes*, dijo:

—Desármenlo.

Me desarmaron en medio de un círculo de bayonetas.

Ya puedo comprender. La Cruz ha caido en poder del enemigo y soy prisionero. Juan, grité á mi criado, dí al Emperador que se salve....



CAPITULO XLIV

CAIDA DEL IMPERIO

EL Dr. Basch ya no escribió diario, lo que escribió en sus *Souvenirs* publicados en Paris en 1889 fueron muchos insultos y muchos desahogos contra los mexicanos.

El memorandum que escribió el coronel Dominguez, termina así:

Mayo 15 de 1867.

Son las tres de la tarde, tengo una pieza amplia en mi cuartel, estoy yo solo cerca de un buen lecho que me convida al descanso y sin embargo conozco que no podré dormir: es muy grande la fatiga que experimento, pero es más fuerte la excitación y mi deseo de trasladar al papel mis impresiones. Estas serán las últimas líneas que escriba referentes al sitio de Querétaro.

El general en jefe estuvo sobre el caballo todo el resto de la noche hasta por la mañana y yo lo mismo, corriendo para aquí y para allá á trasmitir sus órdenes una vez que fueron pocos, para comunicar

las que dió, todos los oficiales de su Estado Mayor, que pasan de veinte. Bien es cierto que hay unos ocho por lo menos completamente inútiles.

¡Qué diferentes emociones he estado experimentando toda la noche y más aún desde que pude convencerme de que se estaba jugando un gran albur con la entrada de Supremos Poderes al convento de la Cruz. Yo estaba allí á veinte pasos de distancia y no he oido ni un ¡alto ahí! de alguno de los centinelas enemigos ni observado que se le haya tenido que dar muerte á nadie. Nuestras tropas han entrado como á su casa, sin hacer ni un solo disparo.... ¿ha sido pues, entregado el punto? En mi concepto sí: aquel hombre rubio, que después he sabido se llama el coronel Miguel López, es quien ha abierto las puertas de la ciudad de Querétaro á nuestro general en jefe; pero ¿bajo cuáles condiciones? Un paso de tanta trascendencia como ese no se da gratis: entonces ese hombre ha vendido á su emperador y á todos los generales sus jefes, puesto que todos han caido prisioneros.

Cuando entró Vélez primero al convento de la Cruz y tras él continuaron entrando otras fuerzas sin que nadie les marcara el alto, yo estaba al lado del general en jefe y lo he visto terriblemente emocionado: aun me parecía que su voz no era la misma sino que le temblaba algo al preguntar á los que estábamos cerca:

—¿No han oido ustedes ningún tiro?....

—No, ninguno: parece que todos están durmiendo.

—Entonces es posible que la sorpresa sea completa.

Sin poder contenerse más, mandó á Lozano con instrucciones de que le trajera pronto noticias.

Levantamos la cabeza y vimos aparecer una ténue claridad en el Oriente.

—Ya va á amanecer, señores, nos dijo entonces el general, y es preciso que cada uno de nosotros nos encontremos en nuestros puntos. Yo estaré en el Cuartel General para todo lo que se ofrezca.

Y puso su caballo al trote, encargando á los oficiales que cogieran las armas en la mano para que hicieran el menor ruido posible.

Yo me quedé como clavado en el mismo sitio atrás de nuestras primeras trincheras que dan frente al convento de la Cruz. A poco oí un lejano rumor, como de mucha gente á caballo corriendo por sobre los empedrados.

—Son los cuerpos de caballería imperialistas que huyen ó que van á tomar posiciones, me dije: probablemente á esta hora ya debe haberse difundido la alarma entre los sitiados.

Casi al mismo tiempo se oyeron tiroteos en el otro extremo y principalmente por el rumbo del Cerro de las Campanas.

Comenzó á amanecer y me dirijí allí. En efecto: estaban en el Cerro reconcentradas algunas tropas y se defendian flojamente contra poderosas columnas de republicanos que tenían la posición completamente cercada.

Descubro á poco al general Corona con todo su Estado Mayor. Ahora recuerdo que yo mismo le llevé la orden de que rodeara con abundantes tropas aquella posición. Mi cuerpo, como el de *Supremos*

Poderes, en todo el sitio estuvo, ahora, también, de reserva, y como siempre le tocó terminar la refriega. El único que no ha salido herido soy yo, su jefe. El teniente coronel Ramón Díaz está en el hospital. También el capitán Morales, muy contento de seguir siendo capitán, se encuentra en la misma sala, sólo que ya está convaleciente. Los he ido á ver y nos hemos comunicado nuestras impresiones sobre lo que acaba de pasar.

Pero vamos por orden.... Estoy tan escitado que no tengo cabeza para ordenar mis ideas: todo se me agolpa y quiero escribirlo al mismo tiempo.

Terminada mi hora de jefe de día y cumpliendo con las órdenes recibidas del jefe de mi brigada, fuí á buscar mi cuerpo que venía avanzando sobre el Cerro de las Campanas. Hacía poco que empezaba á haber luz, aún no salía el sol, pero se podía distinguir bien que de la plaza al Cerro subía un cordón de gente á pie y á caballo, que iban probablemente á buscar allí un último refugio. Se nos dispararon algunos cañonazos, pero se observa, se puede comprender bien que no hay cabeza, que no hay organización, que no hay plan de defensa, ni vivos deseos de defenderse tampoco.

Desde hace media hora se están repicando las campanas ds varias iglesias de la ciudad por los republicanos, lo cual hace suponer que ya están posesionados de los edificios principales. Esto nos dice al menos un oficial que pasa á caballo á toda prisa llevando órdenes de alguno de los jefes principales.

Mucho nos extraña á todos los que estamos al pié del Cerro que no se nos ordene el asalto antes de

que los imperialistas se repongan de la sorpresa é intenten abrirse paso, y más, cuando de todos lados se dirigen los cañones sobre esa posición desmantelada, que apenas se atreve á contestar con algunos tiros aislados. Sale el sol y ya con su luz esplendorosa puede verse mejor el Cerro de las Campanas: hay allí muchos hombres á caballo y muchos pelotones de gente que se mueven de un lado al otro como personas que no saben qué hacer ni á qué resolverse. Siguen llegando oficiales á pie y á caballo de la ciudad. Hay allí un grupo en el que debe encontrarse Maximiliano, pues que brillan mucho las espadas y los uniformes. De allí mismo se desprende uno montado á caballo y empuñando una bandera blanca. Se dirige con ella por el otro lado para la ciudad.

Continúan los fuegos de todas las posiciones: aún los cañones de la plaza han sido ronceados y hacen fuego sobre las Campanas. Aparecen en las trincheras algunas banderolas blancas: las banderas se multiplican y los fuegos van cesando poco á poco. Ya era tiempo: el enemigo se ha declarado vencido hace rato y es una inhumanidad estarlo asesinando.

Bajan del Cerro varios grupos de personas que traen por delante una bandera blanca. Como por telégrafo nos llega la noticia de boca en boca de que Maximiliano busca al general en jefe para entregarse prisionero con todos sus generales.

Aparece Corona seguido de todo su Estado Mayor y va á su encuentro luego que le dicen que allí viene el jefe de los sitiados.

Se encuentran, se saludan, ignoro lo que trataron;

pero después de una media hora todos juntos se encaminaron para la garita.

Son las diez de la mañana, se habían olvidado de nosotros: nos mandan retirarnos. En marcha recibo la orden de entrar á la plaza con mi batallon: todas las demás fuerzas excepto Supremos Poderes, Rifleros del Norte y tres cuerpos más de la frontera destinados á ocupar la plaza, continúan en sus mismas líneas.

Las calles de Querétaro presentan un aspecto lamentable. ¡Cuántas basuras á montones por todos lados, cuantos caballos muertos, cuántas huellas, de los proyectiles en los muros de las casas: casi no hay ninguna de estas que no tenga los vidrios rotos. Sobre todo lo que parte el alma es ver ese enjambre de chiquillos, de mujeres despedazadas y de viejos macilentos muriéndose de hambre. En las cárceles había muchos particulares presos porque no daban dinero y una de las primeras medidas ha sido dar libertad á todas esas víctimas. Se asoman muchas cabezas á las ventanas y balcones: sonrien con alegria porque ven su salvación en la terminación de la guerra; pero todos los semblantes están pálidos, parece una ciudad habitada por muertos que acaban de resucitar. La mayor parte de los habitantes salen por las garitas en busca de víveres. Los que los tenían escondidos en la plaza los sacan y los ponen á la venta realizando en pocas horas mucho dinero.

Despues que almuerzo y dejo arreglado todo lo relativo á mi batallón, voy á ver á mis amigos heridos en el hospital: Morales que está ya casi bueno, está sentado cerca de Ramón Diaz.

—Al fin, me dicen, vamos á saber la verdad de lo que ha pasado.

Les conté todo lo que yo había visto y oido.

—¡Demontre! exclamó Morales, eso de que se haya ocupado el convento de la Cruz sin tirar un tiro, es de llamar la atención.

—Seguramente fué entregado el punto, dijo Diaz con aire serio.

—¿A qué horas fué la entrada? me preguntó Morales.

—Despues de las doce de la noche: entiendo que seria á la una de la mañana.

—A esas horas no se espone una fuerza para que entre en un punto fuerte donde puede ser fácilmente despedazada.

—Yo he dicho á ustedes todo lo que ví y supe.

—Si, si: parece que el coronel Miguel López fué el traidor.

—Al menos todas las apariencias lo condenan.

—¿Y qué dicen los demás compañeros?

—No hay ni uno solo que no diga que el punto nos fué entregado por ese individuo. Y yo les repite á ustedes que lo ví á las once de la noche hablando con el general Escobedo.

—¿Pero no ha de haber recibido dinero?

—¡Psé! Eso solo ellos lo saben, aunque Escobedo no tenía antes ni la menor idea de que pudiera venir á entregársele la plaza en la misma noche.

—Que hubiera caido en nuestro poder tarde ó temprano, era infalible.

—¡Quién sabe! Tal vez en una de sus salidas vigorosas hubieran podido largársenos.

—Ya no: desaprovecharon el tiempo bueno. Si despues del 27, el 28 hacen una salida con todas sus fuerzas, hubieran logrado tal vez derrotarnos ó cuando menos irse con la mayor parte de sus elementos.

—No cabe duda en que ellos tienen generales más inteligentes.

—Pero con nosotros está la opinión.

Siguió nuestra conversacion muy animada y venimos á convenir en que como quiera que fuese el asunto estaba terminado, esto es, había caido el trono efímero de Maximiliano y sobre sus ruinas iba á levantarse muy pronto triunfante y explendorosa la República.

Trabajo me costó conseguir que mis enfermos no salieran antes de que fuesen dados de alta, pues estaban ansiosos de ver las fortificaciones de Querétaro antes de que fueran destruidas, de conocer á Maximiliano y sus principales generales y de encontrarse en una población despues de tanto tiempo de puro campo raso.

Ya cuando me despedia, Ramón me dijo:

—¿No has tenido noticias de la familia Cisneros?

—Ningunas, y les aseguro que mi principal deseo es marchar á México. Si mi cuerpo no es de los que marchan á reforzar al general Diaz que está sitiando la capital, pido mi baja aquí para irme á presentar con él aunque sea de soldado.

—¿Y para qué?

—Porque quiero estar cerca de esa familia para serle útil en algo y porque de seguro me han de dar alguna noticia de Aurora.

Yo recuerdo que lo último que me dijo Pérez fué

que ya la estaban esperando. Es muy posible que esté al lado de su familia.

—Pero no te irás sin nosotros, dijo Morales queriendo apuntarle una lágrima en los ojos.

—Por supuesto que no, le dije abrazándolo: el día que me resuelva á irme es porque nos hemos de ir los tres juntos. Esa seria la condición para separarme de este ejército, pero eso sí, ardo en deseos de que sea pronto.

—¿Y vas á continuar por fin la carrera militar?

—De ninguna manera, le contesté á Diaz que me hizo la pregunta: tu sabes que no soy soldado, como tu, sino de ocasión.

—El que tiene que seguir de capitan hasta que se muera es Morales.

—Sí, porque el día que ya no me llamasen capitán creería que era otra persona. Tan acostumbrado estoy así en cinco años á que me llamen siempre capitán.

—Voy á recomendarlos con el jefe del cuerpo médico que es muy amigo mio para que me los ponga muy pronto buenos, les dije estrechándoles la mano.

—Yo saldré dentro de dos días, dijo Morales.

—Y yo dentro de cinco á lo mas, según me aseguró el practicante, agregó Diaz.

—Pues siendo así antes de ocho dias le habremos vuelto la espalda á Querétaro.

Regresé y aquí estoy en mi cuarto. He escrito lo suficiente, mi inquietud ha descansado, ya podré dormir, ya siento que el sueño me vence. En fin, aquí concluyo, y que ese lecho sea como un brindis: por la caida del imperio. ¡Adios imperialistas! ¡adios trono! ¡adios farsa!.

CAPITULO XLV

TERTULIA EN PLENO SITIO.

LOS contertulianos de Doña Asunción, la esposa del coronel Cisneros, recibieron una esquela firmada por esta en que les decia: «Estamos muy tristes, aunque sea de las seis de la tarde á las ocho de la noche, vénganse á tomar una tasa de té con nosotros.»

Y todos nuestros conocidos estuvieron puntualísimos como siempre á la cita, pues ninguno se había salido de México después de la toma de Puebla, la derrota de Márquez y el sitio puesto á la capital por el ejército de Oriente mandado por el general Porfirio Diaz.

El único que estuvo más puntual, esto es, unos minutos antes de las seis, fué el periodista Pérez, pero eso fué porque tenía que decirle algunas cositas á Leonor y esperaba tener para ello una oportunidad, mientras la señora se ocupaba como de costumbre en dar órdenes para el arreglo del cemedor.

Doña Asunción tuvo cuidado de recibir á toda su gente en lo alto de la escalera y fuerza es agregar

que estuvo con todos muy cariñosa. La boticaria no dejó de decir por lo bajo á Doña Luisa la esposa de Camacho mientras aquella estaba saludando al Doctor.

—¡Qué distinta está ahora la dama de honor de la Emperatriz!

Entraron todos juntos á la sala en donde estaba ya Pérez con Julia y Leonor, apareciendo luego el coronel con bata de cachemir y gorro de terciopelo azul con gran borla de entorchados.

—Quien nos había de decir que nos habíamos de ver otra vez reunidos en estas circunstancias.

—¡Y qué circunstancias! acentuó el Doctor.

—Nos faltan tres de los que nos reuniamos aquí en aquellos bonitos dias, dijo Pérez.

—¿Quienes? preguntó el abogado.

—En primer lugar Aurora, luego Ernesto y principalmente Genaro el chambelan.

—Vamos á ver quien nos puede dar noticias de esos compañeros, dijo el Doctor.

—Sí, agrego la boticaria, yo tendría mucho gusto en saber algo de Aurora.

—Estamos con esa pena, dijo Doña Asunción: en la primera semana de Abril recibimos una carta en que nos dice que ya venía en camino con una familia española y que desembarcaría en Veracruz como por el dia 15. Habíamos pensado ir á recibirla; pero se vinieron tan súbitamente los acontecimientos que ya no pudimos salir, y ahora aquí nos tienen ustedes sin haber vuelto á saber de ella una palabra y con la seguridad de que debe estar en algún lugar aquí cerca, no sabemos ni con quien ni cómo...... En

fin es un verdadero tormento el que estamos pasando con esa muchacha....... Cisneros, ya ha intentado salir, y siempre le han negado el pasaporte.

—La última vez estuve á punto de que me llevaran con Marquez, pesando sobre mi la acusación de no haberme presentado al servicio siendo militar.

—Pero es usted militar retirado.

—Ese no importa: para cuando la patria está en peligro y un militar está bueno y sano, no hay retiro que valga.

—El caso es que usted no está sirviendo.

—Porque Asunción no me ha dejado.

—Si, yo lo he dicho que nada le va ni le viene con que se maten por Maximiliano, ya que este fué tan ingrato con nosotros: la verdad se ha de decir clara.

—No, yo no me hubiera metido á defender el imperio sino la religión. Donde están los mios, allí debo yo estar.

—Pues no le pese, mi amigo D. Tirso Cisneros, dijo el Dr. porque el edificio levantado por Almonte, Napoleón III y Bazaine se está derrumbando.

—Todavia no hay nada visto.

—No necesita verse mas, señor mio: á mayor abundamiento ahora mismo acaban de enseñarme un impreso en que se dice que ya sucumbió Querétaro y que Maximiliano y todos sus generales están prisioneros

—Ese impreso lo ví hace tres días, esclamó el periodista.

Y todos los contertulianos siguieron diciendo que lo habían visto.

—Pues lo que tal vez no saben ustedes y yo lo sé

por las circunstancias profesionales, dijo Camacho, es que el baron Magnus y el P. Fischer están en estos momentos negociando con Márquez la salida de dos abogados defensores de Maximiliano.

—¡Cómo es eso! esclamó el coronel dando un salto en la silla.

—Pues bien, les diré á ustedes todo lo que sé, que al cabo no es un misterio, ni me han encargado el secreto.

Todos se acercaron al Lic. Camacho, el cual siguió hablando así:

—El gobierno, y principalmente los ministros Lacunza y Lares no creian que Querétaro había caído en poder de los republicanos: los jefes militares tambien por su parte no quieren que lo sepa la guarnición para que no se desmoralice; pero ha llegado el momento en que tienen que rendirse á la evidencia y no encuentran como salir del paso.

—¿Que evidencia es esa?

—Un mensaje del mismo Maximiliano al barón de Magnus diciéndole que se ponga en marcha para Querétaro con los licenciados D. Mariano Riva Palacio y D. Rafael Martinez de la Torre para que lo defiendan en el proceso....

—¿Pero qué diablos nos está usted diciendo? exclamó el coronel levantándose y echando chispas por los ojos.

—Oiganme ustedes hasta el fin y después me dirán si tengo ó no buenos datos para decir lo que digo.

—Tiene razon el abogado, murmuró el Doctor, oigámosle.

—El compañero D. Eulalio Ortega, no solo es mi amigo y condiscípulo, sino algo pariente y con ese

motivo me trata con la mayor confianza. Pues bien, ayer vino á decirme que se encontraba en cierto compromiso sobre el cual queria que le diera mi opinión. Le contesté naturalmente que ponía mi pequeño contingente de inteligencia á su disposición y me contó que el P. Fischer á quien conoció por ciertos negocios que tuvo que ventilar en la secretaría particular del Emperador, le había hablado hacía unos cuentos dias diciéndole que temía que Maximiliano fuera á caer prisionero y juzgado por el gobierno de los republicanos con quienes consideraba á mi amigo en buena inteligencia y prestigio y que para todo evento le suplicaba que fuera su defensor. El Lic. Ortega no creyó prudente contestar con una negativa y dió su consentimiento. Pero ahora supo por el mismo P. Fischer que Maximiliano nombró directamente y por medio de despachos telegráficos á Martinez de la Torre y Riva Palacio, de manera que un principio de delicadeza lo hacia considerarse á sí mismo un intruso en la defensa. Yo le contesté que en efecto sería así si se hubiera ofrecido, pero que habiéndolo solicitado la persona de más intimidad y de más confianza del archiduque, no había razón para que se formara tal juicio del asunto. Entónces agregó que el P. Fischer había referido desde luego á los Señores Magnus, Riva Palacio y Martinez de la Torre lo que pasaba, esto es, que temiendo un fracaso en Querétaro había hablado á Ortega para lo que pudiera ofrecerse, y los tres de común acuerdo dijeron que aprobaban aquel paso como muy acertado y que celebraban que el Lic. Ortega formara tambien parte de la defensa, porque en muy alto concepto le tenian y muy grande estimación

le consagraban por su prestigio, talento, práctica en los negocios y notoria honradez profesional. Pues entónces, compañero, le dije yo, no solo no debe usted tener ningún escrúpulo en aceptar, sino que debe prestarse á ello con la mejor voluntad, no tanto para complacer á esos señores, cuanto para servir á un príncipe extranjero en la desgracia; para que se vea que si hubo mexicanos que no se acercaron á la hora del festin á la mesa del imperio, han puesto en la hora del infortunio sus sentimientos filantrópicos á su disposición. Quedó encantado con mi parecer diciéndome que le quitaba un gran peso de encima y entonces me refirió que ya tenía el permiso necesario del general sitiador para pasar sus líneas é ir á cumplir con su misión; pero que Márquez les había puesto á los defensores muchas dificultades manifestándoles lo perjudicial que sería para su situación que las tropas supieran que ya Maximiliano se encontraba prisionero.

—Pero eso lo saben todos los habitantes de la capital, prorrumpió Pérez.

—Y sin embargo yo no sé nada, ni he sabido nada, dijo el coronel.

—Ni tampoco han de saberlo los soldados encerrados en sus cuarteles ó aislados en sus destacamentos, agregó el Doctor.

—Ahora lo que dice todo el mundo, continuó Pérez, es que les parece incomprensible la conducta del gobierno imperial, que ya no puede ser gobierno, ni menos imperial estando preso el Emperador, al seguir sacrificando á la capital con una defensa que no tiene objeto.

—También sobre esto me dijo Ortega que Lacunza

y Lares han manifestado que ellos no pueden dar como un hecho la caída de Querétaro mientras no les conste oficialmente.

—¡Oficialmente! exclamó el periodista riendo á carcajadas; pero si todo el mundo está prisionero, si ya no hay ni sombra de imperio en Querétaro, ¿quién se los ha de participar oficialmente? Sobre todo ¿para qué, con qué objeto? Maximiliano ha de decir, y dirá muy bien, repitiendo aquellas palabras de Luis XIV: «Despues de mi, el diluvio.»

—El caso es que nosotros aquí estamos pagando el pato, dijo el boticario.

—Y que ya nos anda, ya nos anda, siguió diciendo su mujer.

—A nosotros se nos acabaron los pocos víveres que acopiamos porque creimos que esto duraria quince dias á lo mas y ahora nos cuesta un ojo de la cara cada pieza de pan que conseguimos, cuando logramos conseguirla.

—¿Pues que diré yo que no hice ningun acopio?

—Pero á usted, Pérez, replicó Doña Asunción, ya le hemos dicho que se venga á comer todos los dias. No hay gran abundancia en la dispensa, poco tenemos todavía para no morirnos de hambre en tres meses.

—Gracias, gracias.....

—Lo mismo decimos á ustedes, agregó Doña Asunción dirigiéndose á los demas, si llegan á sentir los rigores del sitio, aquí tenemos algo con que ayudarles á cubrir la necesidad.

Todos dieron las gracias, y por largo rato continuó la conversación rodando sobre las miserias de que

empezaba á dar muestras la ciudad, principalmente entre las familias de la clase media: los ricos se habían previsto de todo lo necesario, los muy pobres eran soldados, trabajadores en las casas ó sirvientes, de manera que los primeros tenian todo en abundancia y á los últimos nada les faltaba: pero los que estaban realmente pasando la pena negra eran los empleados, los médicos y abogados pobres, los estudiantes, los literatos, los sabios de todo género y los artesanos, puesto que las industrias estaban paralizadas. Habia familias enteras muriéndose materialmente de necesidad, entre las llamadas decentes que no pedian ni querian atraverse á salir á las calles á pedir una limosna.

Despues de esto se siguió hablando sobre los tiroteos, sobre las operaciones de la guerra y sobre lo demas de que se habla en una plaza sitiada. Ya en este terreno el coronel Cisneros exclamó.

—Yo no sé como Márquez, Tabera, Vidaurri, O'Horan y demas viejos generales que defienden la plaza, se encierran en ella sin esperar auxilio de ninguna parte, solamente para hacer sufrir á la población. Yo en lugar de ellos romperia el sitio y volaria en auxilio de Querétaro.

—Pero si Querétaro sucumbió ya.

—Hubiera volado.....

—Esto es. ¡Y usted cree, mi coronel, que los sitiadores están dormidos!

—¿Cuantos hombres tiene Porfirio Diaz?

—Porfirio Diaz tiene hoy sobre treinta mil hombres.

El coronel dió un salto.

—Tiene doce ó catorce, agregó luego, lo sé de buena tinta.

—Es decir, con esos comenzó el cerco; pero después siguieron llegando otras tropas y últimamente, es decir, ayer ó antes de ayer, llegaron á Guadalupe y los alrededores las tropas de Corona y Riva Palacio procedentes de Querétaro, de modo que ahora Porfirio Diaz tiene más de treinta mil soldados á sus órdenes.

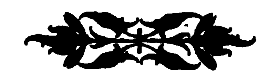
—¿Pero qué se figura, usted señor Pérez, para contarnos tales cosas?

—No me figuro nada, señor coronel, puesto que todos los que han querido han podido ver desde las torres de Catedral y otras alturas el número de tropas que han estado llegando.

Todos los demás afirmaron que en efecto sabían la llegada de esos refuerzos.

—Pues entónces, ¿qué esperan estos hombres que no capitulan ó se rinden? preguntó el coronel exasperado.

Pero como ya eran cerca de las ocho. Doña Asunción dió la voz para que pasaran al comedor á tomar el té. Sebastián Pérez aprovechó la oportunidad de dar un apretoncito de manos y decir ciertas palabras á su novia en el tránsito y poco despues se despidieron los contertulianos ofreciendo reunirse los sábados á las horas que las circunstancias se los permitieran.



CAPITULO XLVI.

¡AY DE LOS VENCIDOS!

EN los primeros dias, en las primeras horas, sobre todo, en los primeros momentos del triunfos de los republicanos en Querétaro, al ser aprehendido Maximiliano y sus generales, observaron estos á sus vencedores tan humildes, tan respetuosos, tan considerados, tan amables, que desde luego se figuraron que el vencimiento había sido como un juego de niños: de allí no saldria nada trascendental. No habiendo habido nada en el primer momento, ya se podía asegurar que estaban salvados. Sea porque López hubiese dado algunas seguridades á su ex-emperador, sea que este tuviera fé en su abolengo, en su grandeza, en su figura y en el papel que había representado para influir, para dominar, para ejercer prestigio, es lo cierto que se manifestó levantado, creyendo en el fondo de su espíritu que no se pasarian meses, quizá ni semanas, sin que le facilitaran una escolta que lo acompañara á embarcarse en Veracruz

para Europa. Nada le harian, una vez que se consideraba inviolable y sostenido cuando menos moralmente por todas las potencias europeas y por los mismos Estados Unidos. De seguro que no se le tocaria ni un pelo de la cabeza: no se atreverian. De la misma manera sus generales, una vez que vieron que no se les había fusilado en el primer momento, ya empezaron á creer que no se les fusilaria, estando hasta cierto punto parapetados tambien con la inmunidad del ilustre prisionero descendiente de reyes.

Ya se sabe que los generales principales en Querétaro habian sido en primer lugar Márquez y Miramón que se disputaban las preferencias de Maximiliano, y despues de ellos Mejia, Mendez y Ramirez Arellano: los demas como Castillo, Gutiérrez que se distinguió con el apodo de *el cojo* Gutiérrez, Chacón y otros, eran personajes muy secundarios. Miramón había querido deslumbrar á su soberano á fuerza de valentías, y por eso, inmediatamente que le juró vasallaje, se puso en campaña, adquirió una victoria y luego en Querétaro acaudilló todas las brillantes salidas que se hicieron; pero Márquez sin embargo fué más hábil porque quedándose al lado del príncipe austriaco que no sabía nada de milicia, vino á ser su director y en realidad el Jefe Supremo: Miramón se indignó algunas veces porque fué subalternado á Márquez y aun estuvo á punto de abandonar la causa, lo cual vino á determinar que Márquez fuera enviado á México, aunque siempre representando al Emperador como su lugarteniente.

De todas maneras y sin que tengan que ver con nuestro propósito todas aquellas pequeñeces, repeti-

mos, que aun los generales como Mejía y Miramón que tan principal papel habían hecho no solo en el imperio sino en las anteriores luchas de partidos, llegaron á creer, luego que se pasaron los primeros instantes y aun los primeros dias sin que hubiese nada notable, que quizás iba á desenlazarse el asunto con un destierro. ¿Qué mas podían apetecer Juarez y los suyos? Tenian en su poder el último roducto del imperio, pues ya lo de la capital debía considerarse como un delirio de los *pelucones* como llamaba Maximiliano á sus ministros; tenían al jefe del imperio, á sus mejores espadas, á sus hábiles militares en prisión, habían caído en su poder todos los elementos de guerra, en fin, habían triunfado tan completamente que ya nunca mas habría quien osara ponérseles delante con las armas en la mano. Acabado el principio de la monarquía con la prisión del monarca al cual podían imponérsele las condiciones que se quisieran, ya nada había que temer para lo porvenir y en consecuencia no había necesidad absoluta de que se derramara otra gota de sangre.

Sin embargo, ya no estuvieron con la misma tranquilidad ni con la misma confianza Maximiliano y sus dos principales generales cuando se les notificó que ellos solos iban á ser juzgados conforme á la ley de 25 de Enero de 1862. Vamos á ver, pues, que clase de ley es esa dijeron entre sí, pues aunque demasiado sabían que existía, ni habían tenido tiempo de estudiarla ni tampoco se habían imaginado que alguna vez se les aplicaría. ¡Cáscaras! la ley era demasiado terrible, el procedimiento demasiado veloz para que pudiera aplicárseles la última pena sin mas ceremonias. Eso

sin embargo no entraba en sus convicciones. Había mucha gente que podía y debía moverse en su favor, de manera que no era fácil, ni siquiera posible que les formasen un proceso en sesenta horas.

Luego que se recibió la órden del gobierno de Juárez para que se les juzgara á ellos solos conforme á la ley citada, se les incomunicó en su prisión de Capuchinas en donde estaban todos juntos, se les tomó su declaración preparatoria, se les formuló su confesión con cargos, se les previno que nombrasen defensores y el proceso quedó terminado por parte del fiscal en el término señalado.

Entonces ya empezaron á inquietarse un poco: sobre todo, porque los cargos que se habían ido haciendo á cada cual, eran formidables.

—¡Cáscaras! exclamó cada uno para su coleto, ¿será todo esto solo un espantajo ó realmente es un proceso que debe desenlazarse con el patíbulo? No, no ha sido esa nunca la costumbre entre nosotros, seguían diciendo los generales para su sayo, entre nosotros se combate, se triunfa, se cogen los prisioneros y se matan en caliente. Que lo digan las ejecuciones de Tacubaya, de Uruapan y del Monte de las Cruces. Cuando matamos á Ocampo, á Valle, á Degollado, á Comonfort, á Arteaga y á tantos otros, no anduvimos con procedimientos judiciales.

Y había motivo para que los generales dudasen de la severidad con que parecía que quería tratárseles, una vez que habiendo sido vencidos en la madrugada del día 15 de Mayo, solo hasta el 24 comenzó á juzgárseles, asi es que luego que se les tomó la confesión con

cargos, tuvieron, luego que volvieron á verse, la siguiente conversación:

Maximiliano.—¿Qué opinan ustedes de nuestra situación?

Miramón.—Yo no creo que sea mala, por lo mismo que no nos fusilaron el 15 mismo, pues conforme á la draconiana ley que se nos aplica, bastaba con la identificación de las personas.

Mejía.—A todos nos cogieron con las armas en la mano: el delito no podía ser mas infraganti.

Maximiliano.—Solo que hubieran tenido que fusilar conforme á esa misma ley á sus ocho mil prisioneros,

Miramón.—Por eso mismo creo que solo quiere darse cierta satisfacción á los partidarios, con un proceso que puede llegar á ser interminable.

Mejía.—Entre nosotros lo que no queda hecho luego, no se hace ya después. Se enfrian los ánimos y se perdona.

Miramón.—Sería monstruoso que solo á nosotros nos aplicaran esa ley bárbara: ¿acaso no han incurrido en sus penas todos los demás jefes y oficiales que cayeron prisioneros?

Y convinieron facilmente en que aquel proceso era valor entendido. No era posible que fusilaran á nadie á sangre fría, porque algún miedo habían de tener á las naciones extranjeras, á los muchos partidarios que había tenido el imperio y á los representantes de los Estados Unidos que estaban en cierto modo influyendo directamente en el ánimo de Juárez. No sería justo que comprendiendo la ley á todos, se escogiera solo á algunos como un ejemplar, de

modo que aquel proceso era una farsa, una pura farsa que no podía tener resultados formales.

Pero siguieron otras diligencias en que sí empezaron á ver mucha formalidad. Las guardias, la mayor vigilancia, las precauciones nocturnas, el apremio para el arreglo de la defensa, la dureza del asesor, los partes telegráficos, las negativas del gobierno general y otros varios hechos ya lès dieron en qué pensar. Habían pasado más de las 60 horas, habian pasado mas de las 24 señaladas para la defensa inmediata y el proceso no concluía aún: pero todo concurría para hacer creer que no era una broma lo que pasaba ni menos cuando apareció el Lic. Jesús María Vázquez defensor de Maximiliano, quien les había dicho:—Se quiere una tragedia, pero nosotros vamos á procurar evitarla: tenemos noventa y nueve recursos todavía que poner en juego.

Y á los ocho dias de aquel en que había comenzado el juicio, sirviendo de cabeza de proceso la nota del ministro de la guerra D. Ignacio Mejía, se reunieron como de costumbre en el cuarto de Maximiliano los generales y los íntimos, formándose una reunión como de nueve personas bajo la indirecta vigilancia de los guardianes, que no queriendo fungir de carceleros, hacian la vista gorda y dejaban que desarrollaran sus planes y charlaran cuanto quisieran, con la seguridad de que les había de ser muy difícil llegar á la práctica en cualquier proyecto que tuviera por fin una evación, que era lo único que podia temerse en aquellos momentos de parte de prisioneros tan peligrosos.

Allí estaba pues la plana mayor de Maximiliano,

tratando de ver como era posible emplear la astucia, la fuerza, el dinero y cuanto se necesitara para salir del pozo, cuando entró el príncipe de Salm Salm que había pedido un permiso especial para hacer aquella visita.

—¿No saben ustedes lo que me ha dicho un coronel ó general; creo que es general de los republicanos? He venido para decírselos.

Maximiliano estrechó en sus brazos al prnícipe porque hacia días que no lo veía. Este saludó á todos los presentes y continuó:

—He pedido licencia para venir á decírselos á ustedes porque creo que de algo ha de servir la noticia.

—¿Qué ha dicho ese jefe, príncipe? preguntó Miramón.

—Me ha dicho que una proclama de usted es lo que nos pierde.

—¿Una proclama mía? No tengo presente....

—Sí, la que usted dió al llegar á Querétaro despues del fusilamiento de su hermano D. Joaquin.

—¡Ah! sí; dijo Maximiliano, todos dimos proclamas entónces, tambien Márquez y Mendez. Recuerdo que estaban molestos por los fusilamientos que se siguieron al combate de San Jacinto.

—Pues bien, siguió diciendo Salm: el coronel ese me ha ha dicho que sabe de buena tinta, porque acaba de llegar de San Luis, que la proclama del general Miramón está sobre la mesa de Juarez y subrayadas con tinta roja estas palabras *¡Ay de los vencidos!*.

—Se lo dije á Ramirez Arellano que fué quien me la redactó: esas palabras han de producir hilaridad en los nuestros y mucha ira á los contrarios; pero estaba yo

furioso y pasé por ellas porque Ramírez Arellano se empeñó en que daban golpe.

—Pues lo que es golpe sí lo darán, dijo Mejía; si es cierto lo que nos refiere el coronel Salm.

—Es muy cierto.

—Sí, dije en mi proclama ¡ay de los vencidos! pero todo se hubiera quedado en palabras. Las palabras no rompen cabezas.

—De modo, preguntó Mejía mirando de reojo á sus compañeros, que usted no hubiera fusilado á Escobedo ó á Juárez si caen en sus manos.

—Hablando á ustedes francamente, á Escobedo sí lo hubiera fusilado para vengar la sangre de mi hermano, pero no á Juárez que estaba lejos del suceso y no tuvo en él parte.

—¿Qué hubiéramos hecho nosotros con Juarez? preguntó Maximiliano.

Ninguno se atrevió á dar una respuesta.

—Les pregunto á ustedes como si estuviéramos celebrando consejo. Siempre que había un asunto grave, ustedes lo recordarán, los convocaba para que en junta resolviera la mayoría lo que había de hacerse. Supongamos ahora que nos cae en las manos Juarez: ¿qué hubiera usted opinado que se hiciera con él, Señor Mejía?

—Yo me hubiera adherido el voto de V. M.

—¿Y usted, general Miramón?

—Hubiera opinado porque se le aplicara la pena de muerte: creo que no había otra salida según la ley de Octubre.

—Entonces están en su derecho si nos aplican su ley de 3 de Octubre de ellos, que es la de 25 de Enero.

—Es verdad, los vencidos somos nosotros.

—Y usted dictó la sentencia, general, afirmó el príncipe de Salm: ¡ay de los vencidos!

Pasaron otros cuatro dias llenos de tristes peripecias para los presos: sus defensores habían tenido dificultades para salir de México; la esposa de Miramón había llegado á Querétaro y había logrado visitar á su marido; las horas de las defensas, aunque se habían alargado, estaban ya agotándose, todo parecía hacerse con demasiada precipitación. Como las juntas eran numerosas y frecuentes de más de cien presos que había en Capuchinas, la mayor parte oficiales superiores, el día 5 se les sacó de allí para llevarlos al Casino quedándose solos en el convento los tres procesados, los que eran objeto de una constante vigilancia. Entonces pudo decir cada uno de ellos en su celda el estribillo de Miramón: ¡ay de los vencidos!



CAPITULO XLVII

JUAREZ Y LERDO

LOS defensores de Maximiliano acompañados del ministro plenipotenciario de Austria y de otras personas, lograron salir de México no sin vencer algunas dificultades y llegaron á Querétaro el día 4 de Junio después de media noche cuando solo faltaban veinticuatro horas para que se extinguiera una próroga que se había conseguido para la defensa. Hablaron con Escobedo y como este les dijo que nada podía alterar en la tramitación del proceso, se dirigieron al gobierno de San Luis pidiendo la ampliación del plazo. El mismo día 5 el gobierno aumentó tres dias á las 24 horas que estaban para concluirse, bajo el concepto de que no se concedería otra próroga más.

Eran cuatro los defensores: dos se quedaron en Querétaro, los Señores Ortega y Vázquez, y dos se pusieron en marcha para San Luis: Riva Palacio y Martínez de la Torre. Allí era donde estaba la dirección del proceso y era necesario que los trabajos de los de-

fensores mas inteligentes ó de más nombradía, se hicieran sentir en San Luis: el ataque principal debía dirigirse contra Juárez y sus ministros. Este plan fué arreglado con Maximiliano: los otros dos presos movieron por su lado los resortes que pudieron.

Al desmontar en la posada los ilustres defensores supieron por el mismo mozo que les sirvió el desayuno que eran esperados en la población.

—¡Ah! ya sabían que íbamos á venir! exclamó Riva Palacio.

—Sí, y que hablarían ustedes con el Sr. Juarez y con el Sr. Lerdo; pero todos dicen que nada conseguirán.

—¿Y quiénes dicen eso?

—Cuantos se reunen en este comedor y en los billares: comerciantes, militares, campesinos, todos dicen que está echada ya la suerte de Don Maximiliano y sus compañeros.

—¿Que suerte será esa?

—El palo.

Los defensores se estremecieron. Acabaron lo más pronto posible, se dirigieron á su habitación, se cambiaron ropas y se mandaron anunciar al jefe del gabinete, Sr. Lerdo de Tejada.

Este les contestó que los estaba esperando.

Entraron cinco minutos después en su despacho. Se abrazaron y se conversó con toda intimidad. Aunque era una conferencia preliminar ya se vió claramente cual era el terreno en que estaba cada cual colocado. Los defensores no querían por de pronto más que conseguir que se alargara por un mes la secuela del proceso. ¡Un mes se pasa tan pronto! No, no se

podía conseguir otra prórroga, ya el gobierno había concedido todo lo que humanamente era posible conceder, con el peligro de exederse en sus facultades por más que fueran omnímodas y de chocar con la opinión pública.

Durante tres horas los defensores fueron objeto de las mayores atenciones, de la mayor fineza, de las mayores muestras de cariño de parte de Lerdo de Tejada; pero no avanzaron una pulgada en sus pretensiones, por más que fuese su ánimo reducirlas.

—Hablen ustedes con el Señor Presidente, les dijo el ministro, yo los introduciré á su despacho.

La misma acogida, el mismo afecto, la misma atención, pero nada que acusara un punto de debilidad.

—Señor, decían á la vez los dos defensores, se trata de un asunto que puede tener las mayores trascendencias. Nosotros no amenazamos ¡cómo hemos de amenazar! pero somos tambien mexicanos y pensamos en el porvenir de la patria. ¿Qué necesidad tenemos de echarnos encima el odio de toda la Europa y el resentimiento de los Estados Unidos porque se desairan sus deseos? Se trata de la vida de tres hombres, de los cuales uno es extranjero y de sangre real, ligado con todas las familias reinantes en las potencias; de otro que ha ocupado los primeros puestos en la República y del tercero que ha sido siempre un enemigo leal y generoso; pero aunque se tratara de personas más humildes, siempre es su vida la que se juega en ese proceso..... ¿Por qué no se ha de dar más amplitud á la defensa? ¿Por qué no se han de poder practicar en un mes las diligencias que faltan y no en el angustiado plazo que se designa en el

que ni siquiera nosotros podemos trazar en el papel unas cuantas líneas? ¿Qué tiempo hay para consultar libros, para ver papeles, para coordinar las ideas, para apreciar las situaciones, para examinar los hechos, y en suma, para organizar una defensa un poco ajustada á la razón y al derecho? ¿Qué tiempo hay de que la justicia pueda revestirse de su gravedad para que sea realmente imparcial y severa?

El Presidente contestó á estos y á otros muchísimos razonamientos de los elocuentes abogados:

—Yo les afrezco á ustedes, que cuanto han manifestado será sometido al consejo de ministros. Yo soy un esclavo de la ley y de mis deberes; pero estoy dispuesto á someterme al acuerdo de mi gabinete. Este de seguro resolverá en justicia.

Los otros dos ministros eran D. José María Iglesias y D. Ignacio Mejía, pero los dos contestaron lo mismo poco mas ó menos á los defensores. No eran ellos los que obraban, sino la ley y la conciencia pública.

El día se pasó todo sin avanzar un palmo de terreno ¡y las horas transcurrían rápidamente y poco faltaba para que se fijara de una vez el destino de Maximiliano! Era necesario pues aprovechar con toda fe las horas que quedaban . . .

Habiendo ofrecido los cuatro hombres que formaban el gobierno discutir en junta las razones que á cada uno habían expuesto los defensores, éstos volvieron el día 9 á las 12 del día á saber la resolución. El consejo de ministros no terminaba todavía y estaba precisamente tratando del asunto. ¡Muy buen sistema! Si había empleado toda la mañana en la discusión era porque las razones tenían mucho peso y se esta-

ban debatiendo. Lerdo les dijo que volvieran á las tres de la tarde á saber el resultado.

El Presidente los recibió á esa hora con su amabilidad acostumbrada y les dijo:

—La resolución del gobierno ha sido no alterar en nada el procedimiento que con arreglo á la ley sigue el proceso.

—Señor, le dijo Martínez de la Torre, esa ley de 25 de Enero es demasiado severa, como que se ha hecho juez en su propia causa; ya ha pasado la hora de la cólera sangrienta . . . el vencedor tiene que mostrarse generoso.

—Ha sido una ley de circunstancias, agregó Riva Palacio.

—No, señores, contestó Juárez con gravedad, esa disposición por dura que haya sido, se dictó desde 1862: el Archiduque la conoció antes de venir á México y ningún militar de los que se aliaron á la intervención francesa la desconocía.

Siguieron hablando, los dejó hablar y al fin les dijo:

—La determinación tomada por el gobierno es la que antes les he manifestado.

Los defensores como locos corrieron al telégrafo, avisaron á sus colegas de Querétaro lo que pasaba. ¡Era preciso prepararlo todo para pedir el indulto! La sentencia de muerte tenía de un momento á otro que ser pronunciada.

Y volvieron á la carga con el ministro Lerdo.

—Pero esa ley no puede estar en vigor, fué pasajera, no puede aplicarse á un gobierno que fué dueño del país por algún tiempo, le dijo Martínez de la Torre.

—No ha habido depravada intención en Maximiliano, agregó Riva Palacio, hay infinidad de documentos con que se demuestra que obraba con buena intención, no hubo dolo, en consecuencia no hay delincuencia.

—Al combatirse la intervención pudo ser justificada esa ley, siguió diciendo de la Torre, pero los tiempos han pasado: ahora es inícua.

—Los hombres liberales siempre han sido humanos, exclamó á su vez Riva Palacio: la pena capital por los delitos políticos no entra en su sistema porque aleja la conciliación y predice la discordia.

—Voy á despojarme de mi carácter oficial, les contestó Lerdo, para hablar á ustedes, como amigo, como hombre, como mexicano. El perdón de esos señores sería la justificación de los actos crueles que cometió la intervención en su nombre: sería el indulto de una multitud de criminales que traidoramente devastaron el país, cometieron depredaciones, derramaron sangre y hundieron á la República en la desgracia. Sería la absolución del terrible azote que descargó sobre la sociedad mexicana la implacable ley de 3 de Octubre de 1865.

—Maximiliano, señor, no acepta el cargo de haber sido instrumento de los franceses, dijo Martínez de la Torre.

—Todo su pensamiento fué hacer del imperio un gobierno nacional, agregó Riva Palacio.

—Nunca tuvo miras contrarias á la libertad é independencia.

—Suavizó la guerra multiplicando los indultos.

—Cuando dió la ley de 3 de Octubre creía que el

gobierno republicano había desaparecido del país.

—Y esa ley fué copiada de leyes anteriores. El siempre tuvo un consejo compuesto de mexicanos.

Los defensores acumularon argumentos sobre argumentos. Lerdo se sonrió con amargura y les contestó:

—¡Qué burla tan grande haríamos al país si dejáramos á esos hombres sin el castigo que merecen sus enormes crímenes! ¡Cómo seríamos indignos de gobernar á la nación si no supiéramos hacerla respetar! Pues que, ¿este triunfo de la opinión, este resultado que se ha conseguido con el sacrificio de tantos mártires, esta victoria que se ha alcanzado por el valor del pueblo mexicano, todo ha de ser estéril, todo ha de convertirse en irrisión, en humo, en nada . . . ?

Cada una de estas diarias conferencias con el Presidente ó con los ministros duraban una, dos ó tres horas; los argumentos se repetían ó se renovaban ó se reforzaban con palabras dulces, amenazadoras ó suplicantes, sin que nada, absolutamente nada se consiguiera. En todas las discusiones los defensores salían derrotados, teniendo que confesar siempre que el gobierno procedía con justicia.

Se había llegado al 12 de Junio y todavía no se sabía que se hubiera pronunciado ninguna sentencia; pero podía pronunciarse de un momento á otro. Los defensores se habían retirado de la casa del Ejecutivo muy desalentados; al llegar á su alojamiento tomaron un refrigerio, casi no habían probado bocado el día anterior y una vez satisfecho el apetito entraron en nuevas pláticas y nuevos trabajos. Era pre-

ciso hacer algo más en favor de aquellos hombres cuyas vidas pendían de un hilo.

—¡El indulto! exclamó de la Torre.

—Sí, el indulto, porque á estas horas . . .

—Debe haberse extinguido el último plazo.

—Y tal vez el Consejo de guerra . . .

—Ha pronunciado la terrible sentencia.

—Hagamos pues el escrito de indulto.

Y se pasaron la noche entera redactando una pieza tan larga que probablemente nadie había de leer por bien trabajada que estuviera y por más elocuentes razonamientos que contuviera. El gobierno se conformó con responder que la petición era prematura porque no se tenía noticia del fallo; que si Maximiliano era condenado y se pedía el indulto á tiempo se resolvería lo que legalmente correspondiera.

—¡Ay! están implacables, exclamó Riva Palacio.

—Son rocas que no se conmueven con nada, añadió de la Torre.

El día 13 se presentó el barón de Magnus ministro de Prusia, hablando también en nombre de Austria, de Bélgica, de Italia y de la Europa entera: fueron los Sres. Lerdo é Iglesias los nombrados para escucharle.

—Señores ministros, dijo el alemán después del elocuente discurso que llevaba preparado, en que hizo una historia favorable de Maximiliano y de su gobierno, después de pintar todos los beneficios que lloverían sobre México si no se ejecutaba la sentencia de muerte que iba á recaer sobre el ex-soberano, después de ofrecer igualmente para todo cuanto el gobierno quisiera, el apoyo de la Prusia; señores ministros,

exclamó, ¡qué ya no se derrame más sangre, que el gobierno mexicano se eleve ante la civilización europea perdonando á un príncipe que fué más desgraciado que perverso y cuya salvación se está esperando con gran interés en todo el mundo!

—Señor Ministro de Prusia, le contestó el Sr. Lerdo de Tejada, hemos escuchado con profunda atención el elocuente discurso que acaba S. E. de pronunciar, á todo lo qué el gobierno mexicano no tiene más que esta respuesta que dar: se ha sometido al archiduque Maximiliano á un Consejo de guerra porque así lo disponía una ley preexistente, sin que sea posible separarse de sus prescripciones. Esa ley es la que se aplica y se ha aplicado á los mexicanos: nada podría justificar una excepción en favor del jefe de los que traicionaron á su patria.

El baron de Magnus algo descorazonado con esta entrevista pasó á ver Juárez; pero lo encontró encerrado en un mutismo desesperante. Muchas atenciones, muchas cortesías, muchos apretones de manos; pero á las reiteradas súplicas del ministro prusiano el Presidente contestó invariablemente:

—Se hará en este caso todo lo que sea justo, Señor ministro, el gabinete seguramente examinará con atención todas las razones que S. E. nos ha expuesto. La ley es la única guía para los actos del gobierno.

Apenas salió el barón de la casa residencia del Ejecutivo republicano, fué á su alojamiento y escribió una nota sentida, elo-cuente, apremiante, incisiva, conmovedora. Lerdo de Tejada la contestó diciéndole entre otras cosas... «las personas que componen el gobierno han meditado y seguirán me-

ditando, juntamente con lo que usted ha expuesto, todas las consideraciones que deban tenerse presentes, para pesar con la más madura deliberación todos los motivos de clemencia y benignidad, *con todos los deberes de la justicia y la nesidad de asegurar la paz de la República.»*

El día 14 un parte que pusieron los defensores que había en Querétaro á los defensores que estaban en San Luis alarmó á éstos y corrieron al despacho de D. Sebastián Lerdo á pedirle otra conferencia. Se las otorgó y en ella multiplicaron sus razonamientos, principalmente queriendo proponer el indulto. ¡Qué nación tan grande, tan generosa, tan digna aparecería México ante el mundo civilizado perdonando al Archiduque! las relaciones interiores se levantarían enormemente; las exteriores darían paz, tranquilidad, unión... Y así por el estilo, hablaron mucho, muchísimo, unas veces queriendo persuadir al Sr. Lerdo con la convenencia del perdón, otras queriendo conmover sus sentimientos de piedad. Entonces él les dijo:

—No puedo debatir la cuestión de indulto antes de tiempo, que es un punto que se reserva el gobierno para su más detenido examen; pero debo contestar algo á ustedes sobre sus razones aducidas en esta conferencia. Creo que el perdón de Maximiliano sería funesto para el país, porque dado el voluble carácter del hombre, ¿qué probabilidades habría de que se abstuviera de otra seducción?

—Las naciones europeas darían á México las garantías que quisiera.

Lerdo contestó con todo reposo:

—Europa no quiere ver en los mexicanos hombres dignos de formar una nación: tiene de nosotros una pobre idea: se figuran allá que las instituciones republicanas son el vértigo de un pueblo demagogo! antes de mucho tiempo, esas naciones de Europa que nos desprecian creerían prestarnos un servicio comprometiendo á Maximiliano ó á cualquier otro príncipe aventurero á que intentara nuevamente la fundación de una monarquía.

—¡Ah! pero una vez comprometidas las potencias por medio de sus ministros.... murmuró de la Torre.

—Los poderosos no creen que están obligados á respetar sus compromisos para con los débiles: ¿qué fé podemos tener en los ministros, ni en sus mismos soberanos, después de las violaciones del tratado de la Soledad, de haber roto Napoleón su tratado de Miramar con Maximiliano y de tantos otros que seria largo enumerar?

—Señor ministro, dijo Riva Palacio haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, el país se encuentra dueño ya de sus destinos! la nación será más grande en su perdón que en sus triunfos ¡la patria es más noble cuando perdona que cuando castiga! El perdonar engendra la gratitud: la sangre derramada como pena es el fruto mismo de un espíritu de vértigo: el mundo civilizado le hará justicia á México cuando vea que levanta firmes y grandiosas sus instituciones sobre las ruinas del imperio.

Lerdo continuó desarrollando su anterior pensamiento como si no hubiera oído estas palabras:

—Volviendo siempre los ojos el partido traidor á Miramar, no sería remota una nueva violación de los

principios de derecho público y la independencia de México pudiera entonces pasar por mayores peligros que los que á costa de tantos sacrificios ha podido conjurar. Es preciso que la existencia de México como nación independiente no la dejemos al libre arbitrio de los gobiernos de Europa: es preciso que nuestras reformas, que nuestros progresos y nuestras libertades, no queden á merced de uno de esos soberanos que quieran apadrinar aventureros que nos opriman y exploten. Cerca de cincuenta años hace que México viene ensayando un sistema de perdon, de lenidad y los frutos de esa conducta han sido la monarquía entre nosotros y el desprestigio en el exterior. *Ahora ó nunca*, podrá la República consolidarse.

Los defensores de Maximiliano se quedaron anonadados: ¿qué podían alegar más ante razonamientos tan claros, ante observaciones tan justas? ¿No eran ellos mexicanos y no veían también que los momentos eran decisivos, que había que optar entre el porvenir del país severo y justo y la ignominia de la debilidad y de la vergüenza? ¿No veían ellos que la nación en masa estaba exigiendo que se castigara? ¿No sentían ellos mismos, en el fondo de su conciencia, la necesidad de ese castigo?

El 15 dijeron los defensores de Quéretaro á los de San Luis: «Anoche á las once y media terminó la deliberación del Consejo de Guerra. Aunque no sabemos el resultado, lo tememos y debemos obrar como si lo supiéramos.» El resultado era la pena de muerte!

Los defensores de San Luis se pusieron al trabajo luego y pidieron el indulto. El gobierno les contestó que era extemporaneo.

El 16 recibieron Martinez de la Torre y Riva Palacio el siguiente telegrama: "En este momento que son las once y media de la mañana, se está notificando la sentencia confirmada por el General en Jefe. La ejecución á las seis de la tarde."

Los defensores presentaron su tercer ocurso pidiendo gracia, lleno de nuevas razones y de nuevos fundamentos como si para lo último hubieran reservado lo que parecía de más solidez. Lo pusieron en manos del Sr. Lerdo; este entró con él á dar cuenta, y tres cuartos de hora después volvió trayendo un papel que no era sino un telegrama al general Escobedo en que le decía: "Los defensores de Maximiliano, Miramón y Mejía, acaban de ocurrir al gobierno pidiendo indulto para sus defensos, que el gobierno ha negado despues de detenidas deliberaciones. Con el fin de que los sentenciados tengan el tiempo necesario para el arreglo de sus asuntos, el C. Presidente ha determinado que la ejecución se verifique el 19 por la mañana."

A los defensores se les dijo en una nota: que no se accedía á su solicitud por oponerse al acto de clemencia las más graves consideraciones de justicia y la necesidad de asegurar la paz de la nación.

Llegó su turno á las señoras: las de Querétaro mandaron un mensaje muy tierno, muy sentimental, muy patéticó y se les contestó con política que era una resolución inexorable la del gobierno. Las de San Luis dieron pasos más sérios y también recibieron pronto la correspondiente negativa.

La esposa de Miramón habló también. . . ¡nada!

Se presentó la princesa de Salm Salm, mujer llena



Ahora ó nunca, Señor Presidente.

de encanto y de seducción, se abrazó á las rodillas del Presidente llorando, éste se eterneció, Lerdo estaba allí como el centinela de la fuerza . . . le pareció que el ánimo de Juárez decaía y le dijo al oído las mismas palabras de siempre:—Señor, "ahora ó nunca." Juárez contestó con voz firme:—Estoy en mi puesto: Y la princesa salió sin esperanzas.

Todavía Martínez de la Torre dijo con la garganta anudada, estrechando la mano del Presidente:

—Señor, no más sangre; que no haya un abismo entre los defensores de la República y los vencidos. El luto de las familias será para el vencedor el negro reproche de la libertad triunfante.

Juárez contestó sereno:

—Al cumplir ustedes el encargo de defensores, han padecido mucho con la inflexibilidad del gobierno. Hoy no pueden comprender la necesidad de ella, ni la justicia que la apoya. Al tiempo está reservado apreciarla. La ley y la sentencia son por el momento irrevocables, porque así lo exige la salud pública. Ella también puede aconsejarnos la economía de sangre en lo sucesivo y este será el mayor placer de mi vida.

—Señor, dijo Riva Palacio, todavía es tiempo de echar abajo los patíbulos que se están levantando en Querétaro, por amor de la patria . . .

—Amigos míos, contestó Juárez con dulzura, el gobierno deja á la historia la apreciación de su conducta.

Lerdo de Tejada sonrió satisfecho.

¡La necesidad de justicia había triunfado de todos los clamores!

CAPITULO XLVIII

EL CERRO DE LAS CAMPANAS.

VEAMOS ahora lo que pasaba en Querétaro mientras en San Luis Potosí se movían tantos resortes, tantas influencias, tantos recursos, en el seno del gobierno nacional.

En Querétaro había dos clases de trabajos para salvar á los prisioneros: unos eran los de los abogados defensores de los presos en común, que presentaban á cada momento escritos queriendo paralizar ó por lo menos entorpecer los procedimientos, alargar la causa lo más que se pudiera con peticiones, aun las más descabelladas, las que tenían que estarse continuamente resolviendo por el cuartel general, por el asesor ó por el fiscal; eran otros los que desarrollaban los amigos de Maximiliano de acuerdo con los de Miramón y Mejía para sacarlos de la prisión. En los primeros se empleaban todos los prestigios del talento y cuanto la imaginación podía proporcionar para obstruir la marcha del proceso. En los segun-

dos se empleaba el dinero, el valor, las relaciones, la astucia y la audacia.

Retrocedamos un poco respecto á lo que está referido en el capítulo anterior.

Era el 2 de Junio. Maximiliano había dejado el lecho á pesar de encontrarse algo indispuesto para conferenciar con sus abogados: uno de estos era Vázquez letrado de Querétaro, muy competente; el otro era un americano llamado Federico Holl que se había ofrecido al príncipe de Salm Salm como sagaz y resuelto.

—Y bien, señores, les dijo el archiduque tendiéndoles la mano y ofreciéndoles asiento, mucho se trabaja y poco se consigue.

—Sí se ha obtenido algo, príncipe, le contestó Vázquez: ya tenemos hoy ocho días con un proceso que debía terminar en sesenta horas y parece probable que todavía pasarán otros ocho días antes de que termine. Lo que hace mucha falta es la presencia por acá de Riva Palacio y Martínez de la Torre.

—Ayer salió la princesa de Salm por el camino de México con el Sr. Daus, llevando todo lo necesario para apresurar el viaje de aquellos señores.

—Se tienen noticias seguras de su salida?

—Sí, Magnus ha telegrafiado que despues de vencidas todas las dificultades iban á ponerse en marcha. Es fácil entonces que estén aquí mañana, si no tienen tropiezos.

—Entre tanto, dijo Holl, es preciso impedir á todo trance que hoy comience á correr el término de 24 horas para la defensa.

—Creo que los recursos que hemos entablado de

revocación de auto y de denegada apelación que tiene que resolver el general en jefe con vista de la causa, hacen que no se nos pueda pasar esta para la defensa.

—Pero se necesita también mover influencias cerca del gobierno en San Luis, agregó Holl, para que haya tiempo de que lleguen los defensores que vienen de México. Si ganamos veinte días más yo respondo de la situación.

—¿Cómo?

—Ese es mi secreto. Será la fuga, será la intervención del gobierno americano . . . á ustedes les corresponde ganar veinte días más.

Y los tres personajes continuaron trabajando toda la mañana no solo en la defensa del Archiduque para el caso de que no se pudiera conseguir la prórroga del plazo, sino en otros puntos en que tenían que cooperar los defensores de los otros presos.

Todos los agentes que estaban en disponibilidad se pusieron en movimiento, saliendo Bohsen para San Luis con la misión más delicada que era la de comprar á los telegrafistas y ejecutar otras maniobras.

Maximiliano después de arreglar todos sus asuntos y de celebrar una conferencia muy secreta con Miramón y Mejía, mandó llamar á su médico á eso de las seis de la tarde.

—Mi querido Basch, le dijo, ¿cree usted que me encuentre en condiciones de poder viajar?

—La salud de V. M. está muy delicada y según sea el viaje . . .

—Es probable que vaya á San Luis Potosí.

—Un viaje así corto y cómodo, puede hacerlo V. M. sin ningún peligro.

—De todas maneras, Doctor, como no es fácil conseguir que usted sea de la partida, será conveniente que entregue á Salm un surtido de medicinas con las instrucciones correspondientes.

—Comprendo, dijo Basch, guiñando un ojo sin querer.

—Despáchese pronto.

—¿Ha de ser pues muy pronto?

—Puede ser que el viaje se emprenda esta misma noche; si no, mañana sin falta.

El doctor salió preocupado y murmurando:

—¡Dios mío! el Emperador pretende fugarse... ¿cómo sabré yo si no va á ser víctima de una traición?

Preparó las medicinas el doctor y fué á ver Salm por la noche: su carácter de médico le daba muchas prerrogativas y entre ellas la de entrar á cualquiera de las celdas de los prisioneros.

—Traigo el botiquín, le dijo.

—Todavía no se necesitará ahora sino hasta mañana.

—¿Mañana en la noche?

—¡Chist!

—El Emperador me ha dicho...

—Sí, doctor: si no se atraviesa ningún incidente desgraciado, mañana por la noche saldremos de aquí.

—Pero ¿hay completa seguridad?

—Contamos con un coronel y con dos oficiales del cuerpo de Galeana que nos custodia. Mañana estarán de guardia esos oficiales y el coronel nos espera-

rá en la calle con suficientes caballos. Desde que salgamos de Querétaro tendremos una escolta de veinticinco hombres y al entrar en la sierra á las seis horas ya contaremos con quinientos. Parece que todo está perfectamente arreglado.

—¡Dios lo haga! murmuró el doctor.

Era el 3 de Junio. Se recibió la noticia de que los abogados de México llegarían al día siguiente.

—Ya no nos encontrarán aquí, dijo Maximiliano á Salm que lo acompañaba, y lo siento, porque quería darles las gracias por las molestias que les he causado.

—Despues habrá tiempo de todo, contestó Salm.

—¿Está todo listo?

—Creo que ya nada falta.

—Tenemos caballos, armas, dinero.... ¡ah! ¿están las medicinas?

—Ya me las entregó el Dr. Basch.

—Es lástima que no pueda venir con nosotros.

—Sería un estorbo de pronto: ya se nos reunirá despues.

—Y la gente, ¿es segura? ¿no hay que temer una traición?

—El coronel garantiza á los oficiales: yo he hablado varias veces con estos y los encuentro bien dispuestos.

—¿Han recibido alguna suma?

—Varias, y además les tenemos ofrecidos veinte mil pesos para luego que el éxito esté asegurado.

—¿Deberán irse con nosotros?

—Naturalmente: ellos van mandando á los hombres de su cuerpo que nos han de escoltar.

—¡Magnífico! quiere decir que mañana á estas horas ....

—Estaremos en la sierra completamente libres.

Cualquiera que se hubiera propuesto observar á los presos hubiera notado que todo el día estuvieron muy inquietos. El Dr. Basch fué varias veces portador de papelitos ya de parte de Maximiliano para Miramón y Mejía, ya de parte de estos para Maximiliano.

Salm mandó llamar al Doctor. á las seis de la tarde.

—Mi querido Basch, le dijo, yo no puedo ir á las habitaciones del Emperador y los generales; pero usted me hará el favor de ir á verlos de mi parte.

—Con mucho gusto: ¿qué tengo que decirles?

—Que esta noche sin falta es la salida: que hace media hora recibí un aviso del coronel, el cual está listo con los caballos y la gente. Dígales que á las doce en punto estén vestidos y con sus armas, que yo mismo iré á encontrarlos en compañía de nuestros oficiales

—Bueno ¿y se ha de salir por la puerta?

—No está el riesgo en la puerta sino en el interior del convento. La puerta pertenece á la guardia y es nuestra.

—De modo que yo solo tengo que decirles....

—Que estén preparados á las doce.

—¿Es todo?

—Es todo.

Basch fué á cumplir con su comisión á eso de las seis y media de la tarde, cuando ya comenzaban á estenderse por los claustros las sombras de la noche.

A las siete en punto los prisioneros oyen desde sus celdas un gran rumor en los claustros, pasillos y

corredores: hay ruido de armas y pisadas de muchas personas que van y vienen. Todos los centinelas son relevados y según parece hay aumento de tropas en los alrededores. ¿Qué es lo que ha pasado? Nadie ocurre á decírselos. El principe de Salm Salm es el único que se atreve á asomar la cabeza; pero viendo caras enteramente desconocidas teme cometer una indiscreción funesta si hace la menor pregunta. Empero á las ocho, á las nueve, á las diez, y minutos antes de las doce, ha de recibir ciertos avisos según los planes combinados. ¡Que largas transcurrieron entónces las horas! Dan las ocho, las nueve, las diez y dan tambien las doce y no recibe noticia alguna ni del coronel ni de los oficiales comprometidos. Estaban tambien ganados un sargento, un cabo, dos ordenanzas y otros soldados en el convento, pero ninguno de ellos se dejó ver. ¡Que ansiedad experimenta el príncipe! ¡Qué noche tan pesada, tan triste, tan larga fué aquella noche!

Hasta en la mañana siguiente fué cuando supieron todos los prisioneros que la guardia había sido relevada entre siete y ocho y que los Cazadores de Galeana, que habían sido los guardianes preferidos, ocupaban ahora una ala distante del edificio. Los soldados encargados ahora de la custodia del archiduque y sus generales eran tambien del Norte, pero pertenecían á otros cuerpos. Ellos esperaban, como consecuencia del descubrimiento que se había hecho de que querían verificar una evasión, que se les trataria desde luego con suma severidad; pero con júbilo notaron que se les siguió permitiendo que se reunieran y entónces pudieron comunicarse sus impresiones. Probablemen-

te habíahabido algún traidor: el proyecto se denunció de seguro al general Escobedo y este con mucha oportunidad mandó relevar las guardias. Indudablemente que si no era esto, los prisioneros hubieran podido escaparse. Todo estaba previsto. La salida del convento no ofrecia grandes dificultades contándose como se contaba con los centinelas y con los oficiales de las dos pricipales guardias: el peligro estaba en las calles si se notaba por algún jefe de día ú oficial de vigilancia que un grupo de gente montada se dirigía en tal ó cual dirección. De cualquier cuartel podían moverse piquetes en seguimiento de los prófugos y se tendría que sostener un combate en que los pocos habían de sucumbir ante los muchos. Pero una vez saliendo de la ciudad ya se contaría con los partidarios de Mejía que estaban avisados y que engrosarían las filas de tal manera que á las dos horas de marcha ya se contaria con tres ó cuatrocientos ginetes bien armàdos. Despues dueños de la sierra ya no saldrían de allí sino cuando se pudiera con toda seguridad dirigirse á las costas del Golfo, si es que no se encendía violentamente una nueva revolución. Miramón y Mejía no estaban por dejar ir á Maximiliano sino que pensaban retenerlo como bandera y seguir ensangrentando el suelo patrio á nombre del imperio. Todavia se contaba con México y con Veracruz: en dos ó tres meses la faz de la situación habría cambiado completamente.

Pero todas estas iusiones, todos los proyectos, todas sus esperanzas se fueron á pique luego que supieron que sus planes babían sido descubiertos. En adelante se triplicaría la vigilancia y la fuga se haría im-

posible. No solo, si el cuartel general tenía las pruebas de lo que intentaban, procuraría acelerar la terminación del proceso y las correspondientes ejecuciones.

Cuando se reunieron los tres principales personajes en la tarde como de costumbre para jugar al dominó y conversar, notaron que un oficial estaba siempre en asecho para oír lo que hablaban. En consecuencia no hablaron nada; pero se cambiaron apretones de mano, se cambiaron palabras misteriosas que solamente ellos entendían y estuvieron tristes y preocupados.

Maximiliano recibió tres papeles comprometedores y solamente fué interceptado el cuarto que no tenía mucha importancia. Eran de sus agentes del exterior y transmitidos por el príncipe de Salm que era el más activo y el más atrevido de los que le ayudaban, por más que estuviera también preso aunque siempre bajo el mismo techo que su Emperador, lo cual habló muy alto en favor de los sentimientos humanitarios del general Escobedo, que con todos los prisioneros guardó las mayores consideraciones mientras supieron merecerlas.

Maximiliano dijo al Dr. Basch, según afirma este mismo:

—Es á las mujeres á quien debemos que nuestros proyectos de fuga se hayan descubierto: la mujer de Miramón ha charlado.

De modo que no solamente se doblaron las guardias sino que un batallón entero circunvaló desde esa noche el edificio.

Los defensores llegaron, y llegaron igualmente de

México los ministros plenipotenciarios de Austria, Bélgica, Prusia é Italia, con todo lo qué los presos pudieron reanimarse. Martínez de la Torre y Riva Palacio eran dos personas eminentes y de gran influencia, sobre todo el segundo, era el padre del general republicano que había hecho una gloriosa campaña en Michoacán, durante todo el tiempo que duró la intervención. Si esos dos hombres no hacían nada, no había ya nada que esperar.

El día 8 de Junio hubo un motivo de alegria en Querétaro que fué á tener resonancia hasta en las celdas de los prisioneros. El general Escobedo por órden general, puso libres á todos los oficiales subalternos, solamente á los coroneles y tenientes coroneles se les aplicó confinamiento ó prisión y muy pocos fueron reservados para que los juzgara la corte marcial. La generosidad del gobierno es enorme, les dijo el general Escobedo arengándoles: así recompensa á los traidores á la patria.

No les quitaba la vida, ni les daba un premio tampoco. No era posible fusilarlos á todos ni tenerlos á todos presos: se les mandaba á sus casas á que espiaran su infame conducta.

Los dias que siguen son de calma aparente; pero cada uno de los actores en el drama juega su papel con empeño, con decisión, con entusiasmo, con detenimiento, con estudio, con verdadera dedicación. Los consortes Salm, no obstante que el príncipe ya no está en las Capuchinas sino en el Casino, son los que más se mueven, los que más discurren, los que más obran.

De repente los asuntos se precipitan, parece que el

gebierno se cansa de las moratorias y el día 13 se instala el Consejo de Guerra.

Desde el día anterior se publicó y circuló la órden general de la plaza del 12 al 13 en la que se leía: "El día de mañana á las ocho de la misma se celebra consejo de guerra ordinario para juzgar en él á Fernando Maximiliano de Hapsburgo archiduque de Austria y sus llamados generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, sus cómplices por delitos contra la nación, el derecho de gentes, la paz pública y las garantías individuales. El consejo será presidido por el C. Teniente coronel Platón Sánchez y como vocales del mismo los C. C. capitanes José Vicente Ramirez, Emilio Lojero, Ignacio Jurado, José Rueda y Auza, José Verástegui y Lucas Villagrán, cuyo consejo se reunirá á la hora señalada, en el Teatro de Iturbide.»

El Dr. Basch refiere que había música en la puerta del teatro, que se adornó el local como para una fiesta, que Maximiliano se fingió enfermo para no concurrir y el mismo magnate exclamó:

—¡Dios me perdone! yo creo que han escojido para formar el consejo solo á los oficiales que tienen mejores uniformes á fin de que la reunión tenga á lo menos una apariencia conveniente.

Pero hay que tener en cuenta que el médico de Maximiliano era un gran embustero.

El mismo día 13 se presentaron unos oficiales en el Cuartel General quejándose de que los ministros extranjeros que estaban en Querétaro se dirigían á todos descaradamente intentando sobornarlos para libertar al ex-emperador. Escobedo mandó vigilarlos y pudo hacerse de pruebas evidentes respecto

las maniobras que estaban poniendo en planta.

El día 14 los mandó llamar con sus ayudantes y les dijo:

—Señores ministros: yo soy aquí el responsable de la custodia del archiduque Maximiliano y para poder hacerla más eficaz necesito que ustedes tengan la bondad de salir de aquí en el término de dos horas.

—Señor general, dijo Mr. Hoorick, el representante de Bélgica, me parece que es un atropello el que se comete con nosotros.

—Debía cometerlo, les contestó Escobe porque ustedes no se conducen correctamente; pero prefiero obrar con la consideración que se debe á personas de buena sociedad, ya que no sé que como ministros cultiven relaciones diplomáticas con mi gobierno.

Los ministros quisieron protestar contra la medida llamándose inocentes.

Escobedo les manifestó documentos firmados por ellos en que ofrecían dinero si era salvado Maximiliano.

Movieron la cabeza y se retiraron; pero como fueron á ver á Maximiliano y todavia á su paso hacían visibles esfuerzos para corromper á la tropa, momentos despues los ayudantes los tomaron por su cuenta y los metieron en una diligencia de antemano preparada en la que se les mandó con rumbo á México.

Tambien á la princesa de Salm Salm se le dió una escolta y se le puso fuera de Querétaro, amonestada de que si volvía se la meteria en una prisión.

La princesa de Salm Salm había sido más atrevida y más lista que ninguno. Joven, hermosa, elegante, disponiendo de una bolsa bien provista y con un cré-

dito ilimitado que Maximiliano y los representantes de las potencias le abrieron, se dirigió á hacer la conquista de los generales y coroneles.

El coronel Miguel Palacios era el que directamente estaba encargado de la prision de Capuchinas como jefe de la guarnición. La princesa le pidió una entrevista, el coronel accedió, y ella, perfumada, provocativa, insinuante, tierna, llorosa, le dijo con bonito acento extranjero.

—Coronel Palacios, ocurro á su galanteria y á su fineza de caballero con una pretensión en que á lo menos confio que me guardará el secreto.

—¿Qué desea usted, señora?

—Deseo que sea usted mi amigo, pero un buen amigo, exclamó ella tendiéndole la mano.

El coronel la tomó y se la besó.

Ella fingiendo una grandísima emoción con el beso, exclamó:

—¡Ay Dios mío! Va usted á impedirme que le pueda decir mi negocio principal.

El coronel concibió que se le tendía un lazo y se contuvo.

—¿Decía usted, señora? . . . le preguntó:

—Decía que necesito que usted me preste un gran servicio, un servicio eminente.

—Si está en mi mano . . .

—Si lo está, y no tengo inconveniente en decírselo porque confío en su lealtad . . . esos ojos ardientes con que usted me mira me persuaden de que usted no me hará traición.

—Repito á usted, señora, que si yo puedo servirla en algo....

—Quiero la libertad del príncipe Maximiliano.

—Esa no puedo yo concedérsela: no está en mi mano, no depende de mí, quizás si dependiese . . .

—No me conteste usted con lugares comunes, usted comprende bien: yo le ofrezco por la libertad de Maximiliano cien mil pesos que le serán pagados en Austria y esta mano detrás de la que se encuentra una mujer agradecida.

—Señora . . . .

—No se irá usted solo con nosotros, habrá otro coronel tan digno como usted, aunque no por mí tan estimado.

—Señora . . .

— Porque usted es mi predilecto, porque usted, Palacios . . . creo que puede ser el hombre con que yo sueño.

Y la astuta princesa dejó ver á Palacios algunos de sus mejores atractivos. El se sentía completamente trastornado. Por fortuna para él en ese instante se le mandaba buscar del cuartel general; era un ayudante de Escobedo el que se presentó en escena, y ella rápidamente puso en las manos de Palacios un papel, una letra de cien mil pesos firmada por Maximiliano y autorizada por los ministros.

—Esta es la riqueza, le dijo.

Y luego dándole un beso en los lábios, agregó:

—Y este es el candado que dice á su hidalguía: ¡Silencio!

De allí se fué la princesa á ver al coronel Villanueva y le hizo la misma escena. Ambos jefes pusieron en conocimiento de su superior lo que pasaba: la princesa fué desterrada y el cuartel general tuvo

una prueba más de los trabajos que se emprendían para realizar la fuga de Maximiliano. El príncipe de Salm Salm recibió un sério apercibimiento.

Entre tanto el consejo de guerra avanzaba y los prisioneros creían que se iba estrechando más y más el círculo de hierro en que se encontraban. Todos los días perdían una esperanza y á cada hora temían una nueva descepción, un nuevo desengaño. Las imprudencias, las indiscreciones, el descaro con que se quería protegerlos, toda la lluvia de tonterías, que estuvieron haciendo los suyos, contribuyeron á dejarlos aislados y sin amigos, cada vez más solos, cada vez más desamparados, cada vez más próximos al patíbulo, al terrible desenlace que no podían menos de ver á todas horas dormidos ó despiertos.

En ese mismo día 14, el más fatal para los prisioneros, después de haber sido espulsados los ministros extranjeros, después de haber sido sacada la princesa de Salm Salm de Querétaro con una escolta, después de haber sido puesto el príncipe marido de aquella en un separo con un centinela de vista, terminó el consejo de guerra sus trabajos.

Miramón y Mejía fueron conducidos del teatro á sus celdas con sus respectivas escoltas y los defensores se dirigieron al cuarto de Maximiliano. Este los esperaba inquieto.

—¿Qué hubo? les preguntó.

—Terminado, contestó Ortega con desaliento.

—¡Ah! ya se pronunció la sentencia?

—Aun no: el consejo está deliberando á puerta cerrada; pero bien sabemos cual ha de ser esa sentencia.

—La de muerte.

—Ya hemos telegrafiado á nuestros compañeros de San Luis Potosí para que se anticipen á solicitar el indulto.

—Sí, todavía parece que hay abundantes recursos que mover.

—Nosotros nos vamos á esperar el fallo por allí cerca del teatro, dijo Vázquez, á quien le hacía mal estar contemplando la fisonomía de Maximiliano.

—A cualquiera hora que se termine el consejo, volveremos, dijo Ortega.

—Está bien, amigos mios, gracias.

El archiduque les tendió la mano y se quedó solo entregado á sus más negras meditaciones.

A poco llamó al Dr. Basch y siguió dictándole sus últimas disposiciones, varias veces comenzadas y varias veces interrumpidas: su testamento y cartas de despedida para Eloin, para Fischer, para todos sus amigos queridos, para todas las personas de su familia, para sus defensores: nada se le olvidó en las pocas horas que creía le quedaban de vida.

Maximiliano después de seis horas de trabajo, casi al amanecer, se mesó fuertemente los cabellos y dijo al Doctor con voz fúnebre:

—Siempre consideré de mal agüero para mí que el consejo se reuniera en el Teatro de Iturbide.

—¿Por qué, Sire?

—Porque ya lo sabes: Iturbide Emperador fué fusilado en Padilla.

Acababa Maximiliano de decir estas palabras cuando se presentaron en su celda el general Refugio González, que hacía las veces de fiscal en lugar de Aspi-

roz y los dos secretarios que llevaban los cuadernos de la causa en las manos.

El general Refugio González con sus enormes mostachos negros, con su mirada algo siniestra, con su voz ruda, en tales circunstancias era muy propio para imprimir terror. El archiduque se quedó viéndole y le dijo:

—Creo que nos hemos conocido antes, señor general.

—Sí, señor archiduque, le contestó González, he tenido el honor de trasladarle de la Cruz á su nuevo alojamiento, hace un mes aproximadamente.

—Es verdad.

—Ahora vengo á cumplir con un penoso deber. Funciono de fiscal en lugar del Sr. Aspiroz que está enfermo.....

—Sí, sí.

En seguida pidió González uno de los cuadernos y leyó con voz conmovida lo siguiente:

Vista la orden del Ciudadano General en Jefe del día 24 del pasado Mayo para la instrucción de este proceso; la de 21 del mismo mes del Ministerio de la Guerra que se cita en la anterior, en virtud de los cuales han sido juzgados Fernando Maximiliano de Hapsburgo, que se tituló emperador de México, y sus generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, por delitos contra la Nación, el orden y la paz pública, el derecho de gentes y las garantías individuales: visto el proceso formado contra los expresados reos con todas las diligencias y constancias que contiene, de todo lo cual ha hecho relación al Consejo de Guerra el Fiscal Teniente Coronel de Infantería C. Manuel Aspiroz: habiendo comparecido ante el Consejo de

Guerra que presidió el Teniente Coronel de Infantería permanente C. Rafael Platón Sanchez: todo bien examinado con la conclusión y dictámen de dicho Fiscal y defensas que por escrito y de palabra hicieron de dichos reos sus Procuradores respectivos: el Consejo de Guerra ha juzgado convencidos suficientemente: de los delitos contra la Nación, el derecho de gentes, el orden y la paz pública que especifican las fracciones primera, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, quinta del artículo segundo y décima del artículo tercero de la ley de 25 de Enero de 1862 á Fernando Maximiliano; y de los delitos contra la Nación, y el derecho de gentes que se expresan en las fracciones segunda, tercera, cuarta y quinta del artículo primero, y quinta del artículo segundo de la citada ley, á los reos Miguel Miramón y Tomás Mejía; con la circunstancia que en los tres concurre, de haber sido cogidos infraganti en acción de guerra el dia quince del próximo pasado Mayo en esta plaza, cuyo caso es el del artículo 28 de la referida ley; y por tanto condena con arreglo á ella á los expresados reos Fernando Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía, á la pena capital, señalada para los delitos referidos.

Querétaro, Junio 14 de 1867.—*R. Platón Sánchez.* —Una rúbrica.—*Ignacio Jurado.*—Una rúbrica.—*Emilio Lojero.*—Una rúbrica.—*José V. Ramirez.*—Una rúbrica.—*Juan Rueda y Auza.*—Una rúbrica. —*Lúcas Villagrán.*—Una rúbrica.—*José C. Verástegui.*—Una rúbrica.

Entraron los defensores, y Vázquez, febricitante se apoderó del cuaderno y dió lectura á estos otros documentos:

«En la misma fecha (á las diez y media de la noche) el Ciudadano Fiscal, acompañado de mí el escribano, pasó al alojamiento del Ciudadano General en Jefe; en cuyas manos puso este proceso compuesto de doscientas noventa y cinco fojas útiles, con dos cuadernos de documentos pertenecientes á esta causa, y que contienen sesenta y una piezas el uno, y doscientas ocho páginas el otro. Y para que conste lo firmó conmigo.—*Aspiroz.*—Una rúbrica.—Ante mí, *Ricardo Cortés.*—Una rúbrica.»

«Ejército del Norte.—General en Jefe. Querétaro, Junio 14 de 1867.—Pase al Ciudadano Asesor para que exprese su dictámen.—*Escobedo.*—Una rúbrica.»

«Ciudadano General en Jefe.—El proceso instruido contra Fernando Maximiliano de Hapsburgo y sus llamados generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, por delitos contra la independencia y seguridad de la Nación, el orden y la paz pública, el derecho de gentes y las garantías individuales, ayer ha sido devuelto á Ud. por el Ciudadano Fiscal, á fin de dictar ya lo conveniente sobre su final resolución.

Una simple ojeada á este proceso basta para comprender de luego, que pertenece á los que por la naturaleza misma de los hechos que le sirven de materia, se separan en un todo de la esfera de los del orden común, sujetándose por lo mismo á disposiciones muy particulares aun en su misma tramitación.

El de que me vengo ocupando es tanto más escepcional cuanto que su punto objetivo no es la averiguación de los hechos criminales que lo motivan, porque estos están ya comprobados con su pública notoriedad, sino que solo se ocupa de hacerlos cons-

tar para entrar desde luego en su examen y aprecia ción, oidas que hubieren sido las esculpaciones de los reos.

Cualquiera especie de delito, por leve é insignificante que sea, como que envuelve un ataque á la misma sociedad, el que estuviere encargado de velar por sus garantías, debe cuidar de reprimirlo, evitando su repetición y dando al mismo tiempo la satisfacción debida á la vindicta pública imponiendo la pena proporcionada á su gravedad al que de este modo hubiere faltado á los deberes de asociación.

El punto de partida para la graduación de los delitos, debe, pues, tomarse de las consecuencias más ó menos funestas que por ello se siguieron á las sociedades donde se hubieren perpetrado; y siguiendo este principio, no creo se pueda señalar mayor graduación en esta escala que los que se dirijen á atacar directamente la existencia y derechos primordiales de toda una nación ó sea una sociedad.

A esta clase pertenecen los de que son acusados Fernando Maximiliano y los llamados Generales Miramón y Mejía; el primero como usurpador de los poderes públicos de la Nación Mexicana, prestándose de este modo á servir de instrumento para el mejor desarrollo de la invasión francesa entre nosotros, y los segundos como sus cómplices. Veamos, pues, lo que el proceso ministra y si las exculpaciones de los reos han sido suficientes para destruir la acusación y eximirlos por lo tanto de la responsabilidad en que se dice han incurrido.

En cumplimiento de la suprema orden de 21 del pasado, que obra en las primeras fojas de este expe-

diente, la sustanciación del proceso, no obstante la premura del tiempo por lo angustiado de los plazos, ha sido en todo conforme á las prescripciones de la ley de 25 de Enero de 1862 y á las relativas consignadas en la ordenanza general del ejército.

Maximiliano se negó desde un principio á contestar á las preguntas que se le hicieron, porque dijo eran cuestiones de política á las que aquellas se contraían, y que por lo mismo no podía reconocer la competencia de un tribunal militar para juzgarlas, y sobre todo que ignoraba el idioma español en el sentido legal.

La causa siguió todos sus trámites aunque en rebeldía contra él, con arreglo á lo prevenido en este caso por nuestra legislación.

Durante el curso del proceso, por medio de sus defensores elevó varios ocursos contraidos á hacer observaciones sobre lo impracticable de la ley de 25 de Enero y declinando la jurisdicción militar á que por ella se le ha sujetado, sosteniendo esta declinatoria en todas sus instancias.

Concluidas las diligencias del sumario concretadas á la declaración preparatoria de los reos y á la confesión con cargos, se declaró que el proceso estaba en estado de defensa, comenzando desde luego á correr el término que la ley señala á los defensores para evacuarla.

D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía, por medio de sus defensores, siguieron el mismo camino en cuanto á los recursos interpuestos por Maximiliano, teniendo todos á la vez un mismo resultado, es decir, denegación completa de sus pretensiones, fundada

en el espíritu y letra de las disposiciones conforme á las cuales se les mandó procesar.

El Supremo Gobierno, única autoridad á quien está reservado conceder mejores franquicias á los encausados, decretó varias ampliaciones prorrogando el término que por la ley de 25 de Enero está concedido á los procuradores para la formación de su alegato, y una vez expirado el último plazo, con arreglo á lo prevenido en el artículo 7° de la ley antes citaaa, se dictaron las providencias convenientes para reunir el Consejo de Guerra.

Este acto tuvo lugar el 13 del corriente, donde fueron oídas las defensas de cada uno de los reos, el pedimento fiscal y las observaciones que sobre él quisieron hacer los abogados defensores. Discutido entonces el exámen del proceso y recogida la votación sobre la absolución ó la pena que debía imponerse á los reos, el Consejo tuvo á bien formular la sentencia que se lee á fojas 294 y 295 frente.

Tal es hasta aquí la historia de este proceso. Como se ve por las constancias que ministra, el cargo principal hecho á Maximiliano se reduce á haberse prestado para ser el instrumento principal de la intervención francesa en México, coadyuvando con su aquiescencia y conducta posterior á la realización de los inícuos planes de Napoleón III contra las instituciones de la República y su forma de Gobierno. Sobre esto poco tendré que añadir á las observaciones expuestas por el Ministerio Fiscal, en su pedimento leído ante el Consejo.

Es un hecho, y á nadie se le oculta, que en las miras bastardas de Napoleón III para contrariar la de-

mocracia americana, entraba el ocupar militarmente una parte de este continente, para influir en su política haciéndola desarrollar como mejor cuadrase á sus propósitos. Con este motivo y aprovechándose de nuestras disensiones intestinas y de algunos malos mexicanos, promovió el establecimiento de un trono en México, que debía ser ofrecido al Príncipe Fernando Maximiliano de Austria.

Consecuente á este programa, solo se pensó después en efectuarlo. Pretestando reclamaciones contra nuestro Gobierno, las huestes francesas en unión de las de España é Inglaterra desembarcaron en las costas de Veracruz. Lo demás de todos es bien conocido. Separados los franceses de la triple alianza, rompiendo con mengua de toda civilización los preliminares que conocemos con el nombre de «La Soledad» y hollando el derecho de gentes, desconocieron á nombre del Gobierno de su Emperador, los compromisos á que se habían sujetado mientras tenían lugar las negociaciones del arreglo que se estaba trabajando, y sin más declaración, y ya entónces sin pretesto alguno, comenzaron sobre México sus operaciones de guerra.

Los defensores de Maximiliano ántes de descender á la impugnación de los cargos que se le formularon, comienzan por sostener de nuevo la incompetencia del tribunal militar, repitiendo con más extensión las observaciones que antes habían hecho impugnando la legítima espedicion de la ley de 25 de Enero.

Demostrado como está que esta ley ha sido dada por autoridad legítima y en virtud de facultades extraordinarias y omnímodas, que el Congreso le con-

cedió en Diciembre de 61, creo que no se debe ni aceptar la discusión en estė punto, puesto que solo está reservado al Congreso de la Unión, cuando llegue el caso de que el ejecutivo le dé cuenta del uso que hizo de las facultades que aquel le concediera.

Descendiendo después á la impugnación y exámen de los cargos, alegan en favor del encausado que no puede llamarse usurpador, porque el ejercicio que ha hecho de los poderes públicos fué en virtud de la buena fe con que creía ser llamado por la Nación para regirla.

Es de advertir, que antes de hacer esta manifestación, comienzan por confesar que la multitud de actas de adhesión que motivaron su error, eran realmente arrancadas por la fuerza y opresión de las armas francesas, negando la posibilidad de haber conocido este error aun después de su arribo al territorio.

Que no fué un instrumento de los franceses, lo fundan en que sus esfuerzos se redujeron en lo posible á disminuir la influencia de la política francesa, y que la expedición de la bárbara ley de 3 de Octubre fué debida á la *triste necesidad* en que se veía algunas veces de hacer ciertas concesiones á la intervención, y que aun en esa ley se encuentran algunos artículos redactados por el mismo Mariscal Bazaine.

Estas son las defensas por las que, comprobadas en la opinión de los abogados que las emitieron, el encausado debe ser absuelto.

Quiero suponer por un momento que con la mayor buena fé se hubiera creido llamado por la voluntad nacional para regir los destinos de México, ¿nó era

un hecho público y notorio que la nación estaba entonces invadida por el ejército francés, é invadida como estaba, podría suponerse de algún modo que la multitud de adhesiones que se dieron eran emanadas y estendidas con la mejor libertad? ¿sí se sabía la presencia de las bayonetas francesas, cómo poner en duda su influencia para actos cómo este de tanta importancia y trascendencia? Si, como según dicen, le constaban los propósitos del gobierno francés para desmembrar nuestro territorio, ¿cómo pudo creer que la intervención tenía un fin loable en su programa? Francamente, C. General, esto no me parece creible ni tampoco está probado; pero suponiendo como llevo dicho que ese error le hubiese mantenido en todo aquel tiempo, al llegar á nuestro territorio ¿se le pudo ocultar también que el flujo y reflujo de los límites del imperio, era decidido únicamente por las victorias ó derrotas del Ejército francés? Pero pasemos adelante.

Que no fue un instrumento de los franceses para la opresión de nuestros nacionales, se exculpa con decir que sus esfuerzos se redujeron á disminuir la influencia de la intervención; pero luego, casi á renglón seguido, incurre en una contradicción por la respuesta que antes dije daba al negar la responsabilidad que pudiera reportar por la ley de 3 de Octubre.

¿Qué clase de compromisos podían existir entre el encausado y los jefes de la intervención para hacerles concesiones en que se atropellaba de la manera más cruel el mismo derecho de la guerra á que tratan ahora de apelar? Yo por mi parte no lo comprendo, ni mucho menos cuando veo que se admitía la redac-

ción de esa ley del Mariscal Bazaine. Había, pues, una coacción respecto de él para sus actos, pero que no consigue disculparlo.

Además, el enganche de extranjeros pertenecientes á naciones que no habían estado en guerra con nuestra República para que viniesen á ayudar la intervención, á más de ponerlo como jefe director de esa nueva invasión filibustera, prueba también de una manera inequívoca la convicción que tenía de que el sostenimiento de su trono jamás podría deberlo á sus nacionales, y que para esta empresa no juzgaba suficientes los esfuerzos aislados de los franceses.

Nunca, pues, hubo motivo para suponer otro objeto en la intervención, que establecer en México un gobierno que, aunque contrario á la opinión nacional, debía favorecer los intereses de la Francia ¿ni cómo suponerlo de otra manera? Napoleón III ha dicho «que la intervención en México es el pensamiento más feliz de su reinado,» y ya la historia nos prueba que el pensamiento de la familia reinante de la Francia, jamás ha sido la felicidad, sino la ruina de los pueblos.

Pero se dice que antes de admitir la corona de México, consultó á respetables Jurisconsultos de Inglaterra, sobre si estaría bien manifestada la voluntad nacional con las actas de adhesión que se le remitieron, y que en virtud de su respuesta afirmativa, se decidió aceptar el llamamiento.

Ciertamente no hace mucho honor á los jurisconsultos de que se habla, la resolución emitida en tal sentido, porque para la sola duda, bastaba la reflexión de que al proclamar el imperio, México esta-

ba en guerra, é invadido, y mal podía suponerse libertad para tal proclamación.

Tiempo es ya de ocuparnos de lo relativo á D. Miguel Miramón y D. Tomás Mexía. El primero niega absolutamente el cargo de complicidad en la intervención, asegurando quo lejos de tener algún participio en ella, siempre fué de opinión contraria, y que en virtud de la constante oposición que hacía á los jefes intervencionistas, se le obligó á salir del territorio nacional, paliando su destierro con una comisión al extranjero.

Como se vé por esta contestación, y lo que con motivo de ella se alega en su defensa, se sienta el principio de que, por no haber querido nunca servir bajo las órdenes de ningún jefe francés, se infiere por lo mismo que jamás quiso ni sirvió á la intervención.

La consecuencia no me parece arreglada á los principios de una buena lógica, como paso á demostrarlo.

Cuando D. Miguel Miramón regresó de Europa, al empezar á extenderse el ejército francés en el interior de la República, como él mismo lo confiesa, aceptó una comisión para marchar á Guadalajara. ¿Es de suponerse que esta comisión se le confió sin haber sido antes aceptados sus servicios por el imperio? Y si el imperio era conocido ya como obra solo de la intervención, ¿cómo se puede suponer que al prestar sus servicios al primero no coadyuvaba á las intenciones de la última? Unidas como estaban la intervención y el imperio, mal se podría servir directamente á cualquiera, sin que estos servicios fueran de igual importancia para la otra.

Si se le mandó á Berlín porque su presencia aquí era nociva á los intereses de la intervención, como que no consta ninguna especie de protesta por parte del encausado contra esta determinación, es claro que al admitirla con tanta subordinación, ó reconocía su delito y trataba de espiarlo con la más ciega obediencia, ó en realidad existió la comisión, y por tanto sirvió al imperio y en consecuencia á la intervención francesa.

Se añade, que al regresar de este destierro, cuando los franceses efectuaban su reembarco, supuesto que la intervención había ya desaparecido, se creyó con más perfecta libertad de acción para tomar parte en la lucha que los franceses solo pudieron comenzar, pero no llevar á cabo; como si por haberse retirado la intervención no hubiera quedado su proyecto de la erección de un trono, pudiendo mantener su influencia moral sobre él, y aplazar para más tarde la realización de los proyectos que esta vez fracasaron en su cuna.

Pasemos á ocuparnos de lo relativo á D. Tomás Mejía.

Las excepciones que en su favor alega este encausado, se reducen á las siguientes: como que constantemente ha hecho oposición al gobierno constitucional, porque su fe política le dice que no es el que quiere ni conviene á la nación, por esto es que, cuando se acercó la intervención lo encontró con las armas en la mano. Hace advertir que de ese momento permaneció neutral, aunque sin deponer las armas. aguardando que la nación diera su fallo para luego decidirse él por su parte, y que en el momento que se

proclamó la Regencia y el imperio, se creyó obligado á reconocer ese Gobierno mexicano, cuyas instituciones cuadraban mucho con las que siempre ha defendido.

De todos estos antecedentes intenta luego deducir que fué víctima de un error, y que como tal, no debe suponérsele culpable.

No opino yo de esa manera.

El Sr. Mejía tuvo oportunidad, como que estuvo en puntos ocupados por el invasor, de observar muy de cerca la manera en que eran extendidas y arrancadas las actas de adhesión al régimen imperial, y sobre todo, mal podía reputar legítimo ese Gobierno cuando su principal apoyo se hizo consistir desde entónces en los mismos cuyo rigor trataba él de templar á cada paso, es decir, en los franceses; y no obstante la convicción que al poco tiempo abrigó de que el imperio tenía que sucumbir á pesar del formidable apoyo de la Francia por ser contrario á la opinión nacional, continuó prestándole con toda eficacia sus servicios concurriendo á varias acciones de guerra que decidieron en gran parte la prolongación de ese gobierno.

Cuando una nación como México se encuentra envuelta en los horrores de una guerra civil, por más de medio siglo sostenida, nada más natural que sus fuerzas parezcan agotarse; y si cuando el enemigo extranjero aprovechándose de esta misma debilidad se propone invadirla, nada más natural que los hijos de esa nación, olvidando sus reyertas intestinas, se apresten á defender su nacionalidad: y el que lejos de acudir á ese llamado se uniese al enemigo de su

patria, su acción es tanto más criminal cuanto alevosa, y si por algún acaso puede admitírsele error como disculpa, por los que en virtud de él se hubieren adherido á la invasion, secundando sus proyectos, siempre simulados en el programa de la humanidad, en el momento que las dudas siquiera sustituyeran al error, desde ese mismo instante la criminalidad no reconoce límite, porque en materia de nacionalidad é independencia, el solo titubear constituye otro delito.

El Sr. Mejía al militar bajo las órdenes del Comandante en Jefe de la intervención, contribuyendo por su parte á aumentar las víctimas de su patria, en los campos de batalla, en el momento que desconfió de la veracidad y buena fe de los que lo habían comprometido al reconocimiento y defensa del imperio, desde ese mismo instante su deber de mexicano era deponer luego las armas decidiéndose por la causa nacional, ó si continuaba en las filas imperiales, cosa que ya repugnaba á su convicción, debió hacerlo en la inteligencia de que entonces ni el error podía alegar como defensa respecto de sus actos anteriores, porque su conducta equivalía nada menos que á ratificarse en lo pasado.

Otra objeción se hace que abraza á todos los encausados.

Según los sanos principios, se dice, de la verdadera civilización, los vencidos solo pueden ser juzgados conforme al derecho de la guerra y no por leyes *ad hoc*. En apoyo de esta verdad, citan los defensores todos las doctrinas de Wheaton Vattel y otros respetables publicistas, deduciendo por consecuencia fi-

nal, que la pena de muerte jamás debe imponérseles á los reos de que nos vamos ocupando porque el derecho antes citado lo prohibe, por la consideración que deben tener á nuestros ojos como prisioneros de guerra.

Cierto es, y sin que nadie lo cuestione, que los prisioneros de guerra no deben ser tratados con ese rigor en virtud de la ley recibida en todas las naciones civilizadas. Pero estamos absolutamente fuera del caso que ella se supone. No se trata aquí de una guerra justa ó legal seguida contra nosotros con arreglo á los principios adoptados por la civilización. Se trata de una guerra injusta, bárbara, ilegal en la que se ha despreciado el derecho de gentes, declarando fuera de la ley no sólo á los que tomaban las armas en la defensa de su nacionalidad, sino aun á los que mantenian algunas relaciones con ellos; se trata de personas que son responsables cada una solidariamente de atentados cometidos contra el derecho de gentes y las garantías individuales, caso también previsto por los mismos publicistas que acaban de citar, y que, en opinion de sus mismos autores, forman la escepción de la regla antes citada.

Además, el Supremo Gobierno con anterioridad á la comisión de estos delitos expidió la ley de 25 de Enero, donde con toda regularidad fueron previstos los casos de que hoy nos ocupamos. En ella se trataba de impedirlos, con la imposición de penas severísimas á los que se decidieran á cometerlos, porque antes que todo, se quería salvar á la sociedad de los trastornos de que pudiera ser víctima con la guerra que entonces se iniciaba, y nada más justo y natural

que en cumplimiento de su deber recurriera á medidas tan severas como esa para precaver males mayores, como la pérdida de nuestra nacionalidad.

Estas son, Ciudadano General, las apreciaciones que en mi opinión deben hacerse de los descargos de los reos, y que por lo mismo, no habiendo sido suficientes estos para destruir los cargos que se les formularon, y encontrando perfectamente fundada la sentencia que el consejo de guerra ordinario pronunció el 14 del corriente, contra los reos de esta causa, soy de opinion, que confirmándose en todas sus partes por los fundamentos en que se apoya, se condenen á la pena capital Fernando Maximiliano de Hapsburgo llamado emperador de México, y sus llamados generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía.

Querétaro, Junio 15 de 1867.—*Lic. Joaquín María Escoto.*

Ejército del Norte.—General en Jefe.—Conformándome con el dictámen que antecede del Ciudadano Asesor, se confirma en todas sus partes la sentencia pronunciada el día 14 del presente por el Consejo de Guerra, que condenó á los reos Fernando Maximiliano de Hapsburgo y á sus llamados generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía á ser pasados por las armas.

Devuélvase esta causa al Ciudadano Fiscal para su ejecución.

Querétaro, Junio 16 de 1867.—*M. Escobedo.*—Una rúbrica.

La lectura de las piezas que acaban de reproducirse se había hecho en medio de un silencio sepulcral.

—Estoy listo, exclamó Maximiliano haciendo un esfuerzo sobre sí mismo en que le ayudaron su nombre, su amor propio y su situación de caudillo en un país extranjero.

—Aun no, contestó el general Gonzalez.

Habiéndose despedido cortesmente se retiró con todos sus acompañantes.

Se habían dictado todas las disposiciones para la ejecución de los reos en la tarde del mismo 16 de Junio, cuando se recibió de San Luis Potosí el siguiente telegrama:

"Los defensores de Maximiliano y Miramón acaban de ocurrir á manifestar al gobierno que se ha confirmado la sentencia del consejo de guerra que les impuso á ellos y á Mejía la pena de muerte y que se ha ordenado hacer la ejecución en la tarde de hoy.

Se ha pedido para los tres sentenciados la gracia de indulto, que el gobierno ha denegado, despues que ha tenido sobre este punto las más detenidas deliberaciones: con el fin de que los sentenciados tengan el tiempo necesario para el arreglo de sus asuntos, el C. Presidente de la República ha determinado que no se verifique la ejecución de los tres sentenciados, sino hasta la mañana del miércoles diez y nueve del mes corriente. Sírvase usted dar sus órdenes conforme á esta resolución y acusarme desde luego el recibo de este mensaje.—*Mejía.*»

Con motivo de esta orden estaban reunidos el general Escobedo con el fiscal y otros generales en el Cuartel General.

—¿Que hacemos? preguntó D. Refugio González.

—Obedecer, contestó Escobedo de mal humor.

—¿No se siente usted contrariado, mi general?

—Mucho. Esta es una debilidad del gobierno á última hora. Yo había consentido en que esta tarde quedaríamos despachados.

—Ahora van á mover los interesados infinitos récursos.

—Lo primero que se van á soltar diciendo es que los procesados han muerto ya moralmente y que no se les puede matar dos veces, murmuró el asesor.

Y así, aunque horrorizaba á todos el derramamiento de sangre, aunque todos compadecían á los tres personajes que iban á espiar las culpas de Almonte, Ormachea, Miranda, Labastida y demás traidores, aunque no había quien no tuviera grandes simpatías por las víctimas; un rumor sordo de disgusto se dejó escuchar, principalmente en la guarnición, porque se decía que ya que aquel escarmiento era indispensable, no debía sufrir más dilatorias. Los mismos reos y las personas que por ellos se interesaban no recibieron con placer sino con pena, como la prolongación de la agonía, aquel nuevo plazo que tan intempestivamente decretaba el gobierno.

—¡Lástima! se decía, aun entre los mismas gentes del pueblo, de tanta energía, tanta firmeza, tanta resistencia, tanto temple en los miembros del gobierno en los últimos quince días, para venir á dar esa muestra irrisoria de benignidad. Se conoce que estan ya aturdidos los del gobierno.

Y en efecto, si en esos tres dias de prorroga no hubieran estado mudas las potencias europeas y el go-

bierno de los Estados Unidos, quizás se hubiera salvado Maximiliano.

Estas fueron las últimas cartas que dictó aquel vástago de reyes, residuo de un desdichado emperador de sainete.

«Querétaro, Junio 18 de 1867.

«Mi querido Lic. Ortega:

«La enérgica y valiente defensa que habeis hecho de mí, exige que os haga la manifestación más sincera de mi gratitud por tan noble y generoso servicio, el que queda profundamente grabado en el corazon de

«Su afectísimo

MAXIMILIANO.

«Querétaro, Junio 18 de 1867.

«Mi querido Lic. Vazquez:

«La enérgica y valiente defensa que habeis hecho de mí, exige que os haga la manifestación más sincera de mi gratitud por tan noble y generoso servicio, el que queda profundamente grabado en el corazón de

«Su afectísimo

MAXIMILIANO.»

«Prisión en Capuchinas. Querétaro, 18 de Junio, de 1867.

«Mi querido Riva Palacio:

«La perseverancia y energía con que he sabido que habeis defendido mi causa en San Luis Potosí, y las penas que para ello habeis tomado, á pesar de vuestros años y estado delicado de vuestra salud, exigen os

muestre mi sincera gratitud por un servicio tan generoso y noble, el que queda profundamente grabado en mi corazón.

«Siento nò poderos hacer esta manifestación de palabra, y de recomendaros de la misma manera, así como lo hago por escrito, que no olvideis en vuestras oraciones á

« Vuestro afectísimo

MAXIMILIANO.»

«Prisión en Capuchinas. Querétaro, 18 de Junio de 1867.

«Mi querido Lic. Martinez de la Torre:

«He sabido con sumo placer la enérgica constancia con que habeis defendido mi causa en San Luis Potosí, despues de no haber perdido un momento para emprender vuestro viaje con el objeto de hacerlo.

«Tan noble conducta demanda de mi parte que os manifieste mi profundo reconocimiento por tan señalado servicio, que ha conmovido vivamente el corazón de

« Vuestro afectísimo

MAXIMILIANO.»

«Mi querido capitán Pierron:

«A mi última hora pienso todavía en la buena amistad de usted, tan cordial, y en los sercicios que me ha prestado usted con tanta bondad. Aprovecho estos últimos instantes para enviarle á usted un adios supremo: quiero darle nuevamente las gracias á usted, por la franqueza, la adhesión y la abnegación que me ha

manifestado en todas las ocasiones. Me es caro este desahogo.

«Espero que despues de mí muerte, conservará usted mi recuerdo, y hago votos porque viva usted feliz y tranquilo. No olvide usted al que hasta su último suspiro, ha sido enteramente su afectísimo

MAXIMILIANO.»

«Sr. D. Benito Juarez:

Querétaro, Junio 19 de 1867.

«Próximo á recibir la muerte á consecuencia de hal ber querido intentar si por nuevas instituciones política podría poner término á la sangrienta guerra civique ha destrozado desde hace tantos años á este desgraciado país, perderé con gusto la vida, si su sacrificio puede contribuir á la paz y prosperidad de mi nueva patria. Intimamente persuadido de que nada sólido puede fundarse sobre un terreno empapado de sangre y agitado por violentas conmociones, conjuro á usted, de la manera más solemne, y con la sinceri dad propia de los momentos en que me hallo, para que mi sangre sea la última que se derrame, y para que la misma perseverancia, que me complacía en reconocer y estimar en medio de la prosperidad, con que ha defendido usted la causa que acaba de triunfar, la consagre á la más noble tarea de reconciliar los ánimos, y de fundar de una manera estable y duradera la paz y la tranquilidad de este pais infortunado.

MAXIMILIÀNO.

Llegó el 19 de Junio.

A las seis de la mañana una división de 4,000 hombres mandados por el general Jesús Díaz de León formó su gran cuadro en los bajos del cerro de las Campanas. Los habitantes de Querétaro acudieron todos en actitud silenciosa á presenciar la ejecución, formando nutridos grupos en las partes más salientes de la eminencia.

Las personas encargadas del acto escogieron el lugar que les pareció más apropiado para que se verificara.

Mientras tanto los tres reos se habian confesado y comulgado y habían pasado toda la noche asistidos de sus respectivos sacerdotes. Maximiliano aparecia enfermizo, Miramón preocupado, Mejía indiferente. Nunca los de la raza pura india como Mejía han manifestado en sus semblantes la menor impresión antes de ser fusilados. Parece que para los indios es lo mismo vivir que morir. Como durante tres siglos estuvieron á merced de sus señores que los trataron como esclavos y en esos tres siglos jamás supieron cuantos dias más contaban de vida perteneciendo esto á sus señores, ¿qué había de importarles la vida ó la muerte?

El general Escobedo estuvo á despedirse de los tres la víspera en la noche: la entrevista fué corta y todos estuvieron correctos y dignos. Nada de fanfarronadas por una parte, nada de altanería ni de orgullo por la de los prisioneros.

Por la mañana temprano se sirvió un buen desayuno á cada preso en su celda. Tuvieron muy poco apetito. El pan en circunstancias como esa no sabe á

pan sino á montones de trapo.... lo tenemos por experiencia.

Maximiliano dió su anillo de nupcias al Dr. Basch para que se lo llevara á la archiduquesa Carlota.

Poco despues le entregó un escapulario.

—Le daréis á mi madre esta reliquia, le dijo.

A las seis y media se presentó en la alcoba del prisionero el coronel Palacios dejando varios soldados que le seguían en la puerta.

—¿De modo que ya no hay esperanzas, de gracia? preguntó Basch.

—Ninguna, contestó el coronel.

—Entonces, vamos, dijo el archiduque procurando que su acento fuera firme.

Se veía en todos sus actos, en todos sus movimientos, que se hacía violencia.

El coronel Palacios profirió algunas excusas.

—Usted cumple con su deber, señor, murmuró el prisionero.

—Este deber es penoso.

—Comprendo... comprendo.

Se tomó del brazo de su confesor y comenzó á andar.

Una vez en el corredor él mismo se colocó en el centro de la escolta.

En lo alto de la escalera el Dr. Basch se detuvo llorando. El archiduque sin poder hablar tampoco le tendió la mano. Se lo habían dicho todo en silencio. El Dr. Basch:—es imposible seguir, mis piernas no me ayudan. Maximiliano:–¡adiós pues, amigo mío, adiós!

Cuando llegaron á la puerta de la calle había allí

tres carruajes: en dos de ellos acababan de entrar Miramón y Mejía con sus respectivos confesores y guardianes.

Una vez que Maximiliano fué colocado en el coche que le correspondía, la escolta se dividió en tres grandes pelotones, los jefes montaron á caballo y el cortejo fúnebre echó á andar lentamente.

Al llegar al pie del cerro, apenas pasaron los carruajes las dobles filas del cuadro de soldados cuando se detuvieron: Maximiliano saltó el primero, procurando siempre imprimir soltura á sus movimientos y luego dirigiéndose á los generales sus compañeros de infortunio, les dijo con voz natural:

—¿Vamos, Señores?

Los generales no contestaron sino con una amarga sonrisa, pero se pusieron luego en la misma línea y los tres avanzaron con paso firme hacia el lugar del suplicio teniendo que recorrer á pie y de subida un buen número de metros.

En toda la eminencia del cerro no obstante haber allí más de treinta mil personas reunidas reinaba un profundo silencio. La ciudad de Querétaro también estaba silenciosa y triste.

Una vez que llegaron á donde estaban los pelotones que habían de hacer fuego, Maximiliano sacó unas monedas de oro que repartió á los soldados y después se despidió de Miramón y Mejía abrazándolos. Con voz que pudieron oír bien los que estaban cerca dijo Maximiliano:

—Voy á morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Qué mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!

Miramón también dijo algunas palabras que leyó en un papel: protesto, decía al terminar, contra la mancha de traidor: no quiero esa nota para mis hijos!

Mejía estaba taciturno con un crucifijo en las manos.

Maximiliano separó su luenga barba y presentó el pecho: Miramón dijo: «aquí» tocándose el corazón con la mano derecha, Mejía hizo á un lado su crucifijo.

Y se oyeron las tres descargas, tan continuadas, que parecieron ser una sola.

Maximiliano, al caer, todavía dijo revolcándose en el suelo.

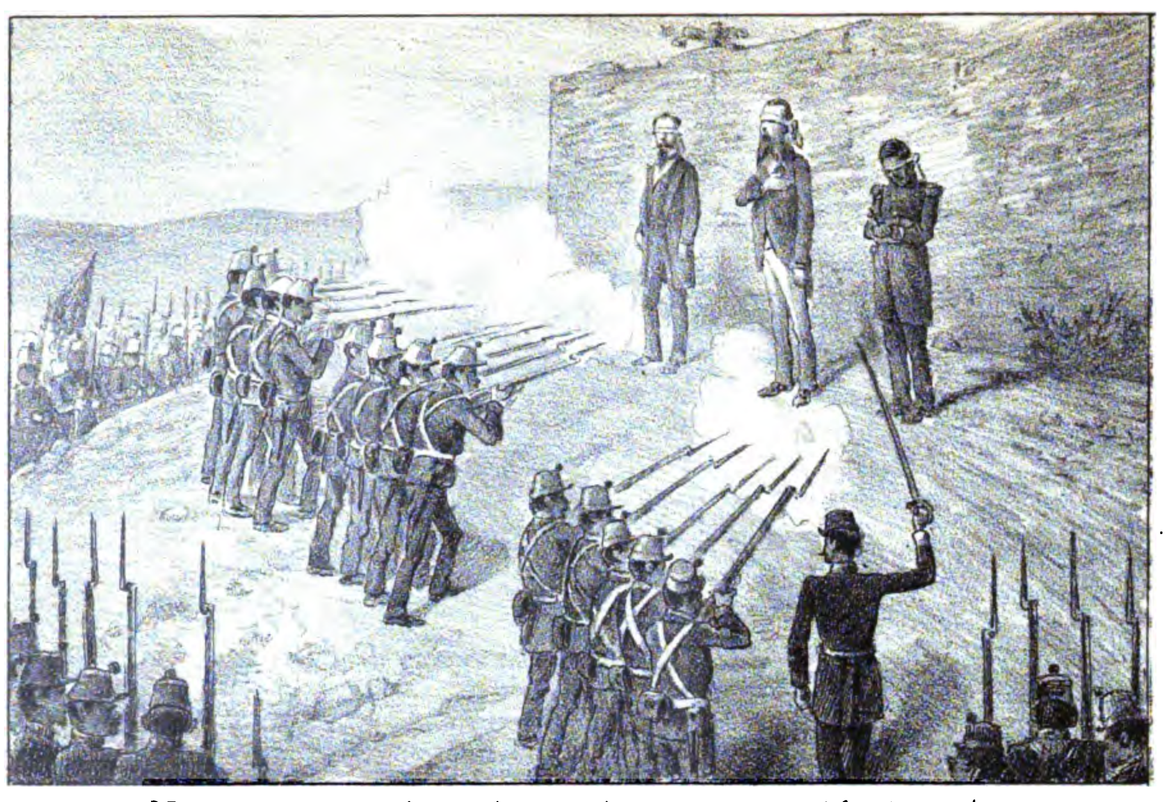
—Hombre, hombre . . .

Y un soldado le dió el tiro de gracia.

Por la noche no se hablaba de otra cosa en Querétaro sino de la ejecución de por la mañana.

Uno de los sargentos que sirvieron de secretarios en la causa dijo en la fonda, al estar cenando con varios amigos, estas sentenciosas palabras:

—En México no prosperan los Emperadores: el primero á quien se dió ese nombre, pues antes de que vinieran los españoles sabe Dios qué título tendrían en el idioma azteca, Moctezuma murió á pedradas, Guatimozin fué quemado de los pies y después fué ahorcado, Iturbide fué decapitado en Padilla y Maximiliano el 4.º Emperador fué hoy ajusticiado en el Cerro de las Campanas . . .



Maximiliano separó su luenga barba y presentó el pecho.....

CAPITULO XLIX

UN AÑO DESPUES.

ERA el mes de Julio de 1868.

El día estaba muy caluroso y la brisa era tan suave que apenas movía las copas de los árboles en el tívoli de San Cosme.

El pabellón de las nupcias estaba primorosamente tapizado con rosas blancas. Del centro pendía un gran bouquet de rosales, lirios y gardenias y la mesa también estaba cubierta de flores, ya en ramos puestas sobre jarrones, ya en canastillas y cojines; pero todas eran blancas, muy blancas y muy frescas.

La mesa estaba servida como para veinte cubiertos.

Los primeros que llegaron fueron los músicos acompañados del periodista Sebastián Pérez. Este después de reconocer la localidad, dijo al jefe de la pequeña orquesta de nueve profesores:

—Ustedes aquí detrás del pabellón de manera que nadie los vea al tiempo que rompan á tocar la primera pieza que ha de ser una marcha triunfal.

—¿La marcha de Zaragoza?

—Si, está buena la marcha de Zaragoza ó la de Henri Herz.

Entró Mr. Porras, que aunque francés, no quiso hacerse de delito emigrando ó quizás ya había vuelto de su escondite si acaso se había escondido á la entrada del gobierno de Juárez, el caso es que alli estaba ahora en su tívoli.

—Maestro, le dijo Pérez, el adorno del pabellón está muy bueno; pero yo quisiera unos bouquets más grandes y más bonitos allì junto al lugar que deben ocupar los novios.

—Están terminándolos y van á ponerlos.

—Bien, bien: la sopa lista luego que se pida porque ya veo allí que llegan los novios con muchos convidados.

Efectivamente, se dejaran ver por lo ancho de la calzada cinco carruajes, de los qué todavía el que venía por delante y parecía particular, traía algunos azahares,

Al primero qne se vió bajar del coche engalanado fué al coronel Cisneros: éste dió la mano á su sobrina Aurora y á doña Enriqueta la madre política de esta, para que bajaran.

—¡Bendito sea Dios que hemos llegado! exclamó la buena señora, ya me ahogaba en el coche.

En seguida se apearon del segundo carruaje Ernesto Domínguez, Doña Asunción Rivadeneira de Cisneros, Leonor Jiménez y Ramón Díaz.

Del tercer carruaje se bajaron el boticario Torres su mujer doña Zenona y el Dr. Gutiérrez.

Del cuarto carruaje se bajaron el Lic. Camacho,

Doña Luisa su mujer y Julia la segunda prima de Aurora.

Del quinto carruaje se apearon dos caballeros elegantes con sus respectivas esposas jóvenes y hermosas, parientes cercanas del novio, á quienes había invitado la señora doña Enriqueta viuda de Domínguez.

Todavía no acababan de reunirse en la puerta del pabellón recibidos por Pérez, cuando se presentó pie á tierra Genero Lacroix, antiguo chambelán y salvado por su familia que lo sacó á tiempo del servicio del imperio y lo mandó á estudiar á los Estados-Unidos.

Por todas estaban allí con el periodista Pérez diez y nueve personas: faltaba pues una persona para el completo de los 20 cubiertos que estaban colocados en el pabellón de las nupcias.

—Temo que no pueda venir nuestro capitán Morales, dijo Ernesto tomando del brazo á su amigo Ramón Díaz.

—¿Por qué?

—Porque anoche apenas llegó con su cuerpo.

—El vendrá: tratándose de tí, chico, aunque tuviera que hacer un pronunciamiento no dejaría de venir. Casualmente viene entrando ahora un simon.

—El debe venir en él. . . . ¡que gusto me da ver á ustedes conmigo en estas circunstancias!

En efecto llegó el capitán Morales con sombrero alto y vestido negro de la última moda.

—Hombre, tan guapo ya y apenas llegaste anoche.

—¡Chist! me vesti en los empeños . . . . no lo digan á nadie.

Esto le dijo Morales al oido á sus dos amigos.

Saludó á todos y como Pérez fungía de maestro de ceremonias ordenó que los novios entraran en el pabellon á la cabeza de todos cojidos de las manos.

Como estaba dispuesto, al penetrar la camitiva, la música tocó una ruidosa marcha triunfal que duró mientras cada cual fué ocupando su asiento.

En seguida Pérez sonó fuertemente las manos y gritó:

—Mr. Porras, la sopa.

Naturalmente, mientras llegaba la sopa se sirvió á los concurrentes un aperitivo.

Ahora vamos á referir con toda brevedad lo que había pasado en el año trascurrido durante la toma de Querétaro y el fusilamiento de Maximiliano.

Los traidores que defendían la plaza de México todavía se siguieron sosteniendo por varias semanas, aunque sin esperanza la mas mínima de recibir auxilio de ninguna parte.

Como el general Ramón Méndez había sido fusilado en Querétaro por no presentarse á la autoridad, en el término que señaló, de la misma manera los generales O'Horan y Vidaurri que se habían escondido en México fueron encontrados y fusilados después de la rendición de la plaza.

Fué la única sangre que corrió ya consumada la victoria de los republicanos. Casi todos los prisioneros fueron perdonados, pues el castigo que se impuso á los principales culpables fué irrisorio consistiendo en prisiones de poco tiempo y confinamientos.

Más duro castigo recibieron los jefes y oficiales que combatieron en contra del imperio con toda constancia y decisión, pues á éstos se les dijo que ya

no podía mantenérseles y se les mandó á sus casas. sin pagárseles siquiera sus alcances.

La nación por medio del gobierno se mostró sumamente ingrata con una gran parte de sus hijos que habían abandonado padres, mujeres, hijos, hogares y cuanto tenían para ir á exponer su vida no solo en los combates sino en los patíbulos que levantaban por todas partes la ley de 3 de Octubre y las horribles cortes marciales instituidas por los franceses.

Al capitular la plaza de México, el general Márquez que había sido traidor á Maximiliano y á su patria, se ocultó y logró escaparse sano y salvo yéndose para el extranjero. ¡Ironía de la suerte! Ese hombre que era quizás el único que merecía entre todos la pena de muerte y uua pena más afrentosa y más cruel en caso de que hubiera sido posible aplicársela, ese fué el que se salvó y siguió arrastrando una vida por muchos años, quizás llena de remordimientos. Al trazarse estas líneas vive aún, para oprobio de la humanidad.

De ese general Márquez decía Maximiliano, según refiere el Dr. Basch: «Si me entregaran á Miguel López y á Leonardo Márquez para que hiciera con ellos lo que quisiera, al primero que fué un traidor por cobardía lo dejaría libre; pero ahorcaría al segundo porque es un traidor por cálculo y con circunstancias atroces.»

Llegó Juárez á México después de haber paseado por todo el país el pendón republicano, y no obstante que le había arrebatado á González Ortega sus derechos, su tranquilidad y su salud (con la aprobación

de la mayoría de los que empuñábamos las armas, eso sí), al encontrarse ya en el palacio nacional expidió una proclama que contenía estas notables palabras:

«El respeto al derecho ageno es la paz.»

Y á poco andar expidió una convocatoria que establecía el veto, investía á los clérigos de facultades electorales y atacaba los fueros de la democracia, causando nuevos conflictos á la nación á raíz de los que acababa de sufrir.

Insensiblemente nos hemos lanzado á la política, sin ser ese el objeto de esta relación, sino el de fotografiar los principales sucesos de aquella época aciaga con un ropaje á la simple vista del lector, presentándole los cuadros sencillos de la historia; de manera que abandonaremos de una vez el terreno resbaladizo en que nos hemos metido, para concluir refiriendo algo relativo á nuestros personajes novelescos, lo que nos lo dirán ellos mismos.

El principio del banquete de boda no tuvo nada de particular. Todos tenían apetito y se dedicaron á comer silenciosamente, de manera que durante una hora solo se oyeron los golpes de los cubiertos sobre los platos; pero luego que se quedaron un poco satisfechos los comensales, cuando bebieron los primeros vasos de vino, la expansión se hizo general; de todos lados se oían decir agudezas y retruécanos, estallando las risas y la algazara.

Entonces aprovechó el momento el Capitán Morales para dirijirse á Ernesto Domínguez.

—Cuéntame cómo ha estado esto, le dijo.

—Pues ni he tenido tiempo de escribirte, le contestó Ernesto, porque luego que llegué á México pedí

mi licencia absoluta para dedicarme á concluir mi carrera de abogado.

—¿De modo que ya no eres coronel?

—No, fuí soldado de ocasión, cumplí con mi deber de patriota y volví á seguir con mis inclinaciones que son las del foro y la literatura.

—¿Y te recibiste?

—Sí, hace quince días me dieron el título.

—Bueno y tu novia, ¿no estaba en Miramar?

—Verás. Cuando yo llegué con mi cuerpo, nos situaron en Tacubaya y al día siguiente lo primero que ví fué á Aurora saliendo de la iglesia acompañada de mi madre.

—¿Cómo estuvo eso?

—Muy sencillamente. Aurora se vino de Europa con una familia de allá. Ya te contará ella misma las peripecias. Al desembarcar en Veracruz supieron que la ciudad estaba sitiada y pensaron muchos de los pasajeros que venían en el vapor alemán regresar en el mismo, supuesto que ya no podían llegar á la capital en donde tenían sus negocios. Por fortuna, llegó la noticia de que habían caído prisioneros Maximiliano y sus generales en Querétaro y ya consideraron que la revolución estaba terminanda. En consecuencia casi todos siguieron su viaje; pero se encontraron conque los defensores de México presentaban una tenaz resistencia. Aurora se encontró desde luego en situación más crítica que nadie: su familia estaba dentro de la plaza y no había medio de comunicarse con ella para avisarla que ya había llegado: nadie tampoco salió á recibirla sin embargo de que avisó ella su salida de Europa.

Entonces recordó que yo le había contado en nuestras conversaciones que mi familia poseía una finca en Tacubaya y la buscó en el acto, dándose á conocer á mamá que la recibió con los brazos abiertos, pues demasiado sabía esta que la mujer adorada de mi corazón era la que solicitaba su hospitalidad y su cariño.

Tenía Aurora tres días de encontrarse en casa cuando tuvo lugar nuestro feliz encuentro. ¡Qué escena aquella, mi querido capitán Morales! ¡Qué sorpresa para ella, que sorpresa para mi y que enorme gusto para mi viejecita, que no cesaba de abrazarnos á ambos!

—¿Pero que haces aquí? le preguntaba yo á Aurora sin saber ni lo que le preguntaba.

—¿De dónde sales? me decía ella á su vez.

—Vamos á casa, vamos á casa, dijo mamá, porque aquí estamos en la calle.

Y andando, andando, nos referimos como era que nos encontrábamos á la vez en Tacubaya y como de seguro ya no volveríamos á separarnos, pues que después del sitio me proponía asegurar la situación de Aurora, de manera que ya no volviera á correr riesgo alguno al lado de sus desnaturalizados tíos.

Las cosas pasaron de otra manera.

Luego que ocuparon México, Doña Asunción y Don Tirso supieron que Aurora estaba en Tacubaya, corrieron á echarse á sus pies pidiéndole perdón arrepentidísimos de sus muchas culpas y por fin nos ablandaron á todos y convenimos en que Aurora volviese á su casa con la condición de que la habian de respetar, la habían de querer y le habían de dejar

amplia libertad para que nosotros ejerciéramos sobre ella la suficiente vigilancia.

En efecto, Aurora no volvió á tener queja de sus tíos. No solo, tan luego como se trató del matrimonio, Don Tirso presentó cuentas de la tutela que había ejercido desde que Aurora quedó huérfana y esas cuentas están correctas. Ahora el coronel es el que se ha empeñado en esta comida de boda: nosotros habríamos deseado irnos á pasar unos quince días á Jalapa.

—En suma, eres feliz.

—Ahora por lo menos, puesto que estoy unido á la mujer que amo y me encuentro rodeado de mis más queridos amigos.

Ya se les había dejado charlar lo suficiente, sin que fueran interrumpidos por los bríndis, pues se había destapado la primer botella de champagne.

El primero que brindó fué el periodista Pérez, que ahora ya no era periodista sino empleado en la Secretaría de Relaciones con opción á ser ministro plenipotenciario en la China ó en cualquiera otra gran nación con el trascurso de los años, y brindó por el placer que manifestaban todos los presentes de encontrarse reunidos después de cinco años de vicisitudes más ó menos peligrosas, de las que habian salido con bién. Hizo referencia á las tertulias que celebraban antes en que siempre se disfrutaba de buena compañía y concluyó haciendo votos por la felicidad de los desposados.

El coronel brindó por sus sobrinos y por sus ahijados deseando que tuvieran una prole que los honrara.

El Lic. Camacho pronunció un excelente discurso que fué muy aplaudido.

El Dr. Gutiérrèz estuvo circunspecto.

Y por fin la boticaria pidió que siendo todos los antiguos contertulianos y encontrándose en la mejor armonía, no había motivo para que no siguieran reuniéndose y proponía una velada en la casa del coronel la noche del 1º de Agosto próximo día en que se le tomaría el dicho á la Señorita Leonor para desposarse con Pérez.

Ya se deja suponer que los aplausos fueron atronadores.

—¿Y por qué no brinda el ex-chambelan? dijo imprudentemente Dª Asunción.

—Porque estaba esperando que brindara antes la ex-dama de honor.

Todas aplaudieron la salida del ex-chambelán el cual empuñó su copa y dijo:

—En nombre mío, en nombre de Dª Asunción y en nombre de cuantos fueron incautamente partidarios de un imperio exótico y de una intervención extranjera invasora, yo brindo porque no volvamos á pensar en tal disparate. Bastante daños nos hemos hecho nosotros mismos para consentir en que vengan otros á acabar de despedazarnos.

Se aplaudió, pero el coronel tuvo que aclarar que él nunca fué intervencionista, que sirvió poco tiempo al imperio por compromiso y que estando aun fuerte y jóven se rehusó á empuñar las armas contra los mexicanos por más que fueran los liberales sostenedores de Juarez y enemigos de la iglesia y del venerable clero.

Por fin Ramón Díaz refirió á grandes rasgos los padecimientos que había sufrido en la campaña, haciendo votos porque la patria no volviera á estar en peligro. Refiriéndose luego á la fiesta doméstica en que dichosamente se encontraba, recordó cuanto sufría Ernesto pensando en Aurora y como temía no volver á verla. Que sean felices Ernesto y Aurora, así como deseo que lo sean Leonor y Pérez en su próximo enlace.

Ernesto dio las gracias á todos por sus frases cariñosas, y así como había entrado al pabellón de las nupcias dando el brazo á Aurora á la cabeza de la comitiva, así se dirigió á uno de los boliches, con toda la gente yendo detrás la música.

Y ahora no queda otra cosa que hacer: el autor pide á sus siempre benévolos lectores la indulgencia acostumbrada hacía las faltas de lenguaje, de fechas, de lugares y otras que involuntariamente haya cometido. Así lo hace con toda humildad y . . . .

FINIS.

INDICE

CAPITULOS | PAGINAS

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.



